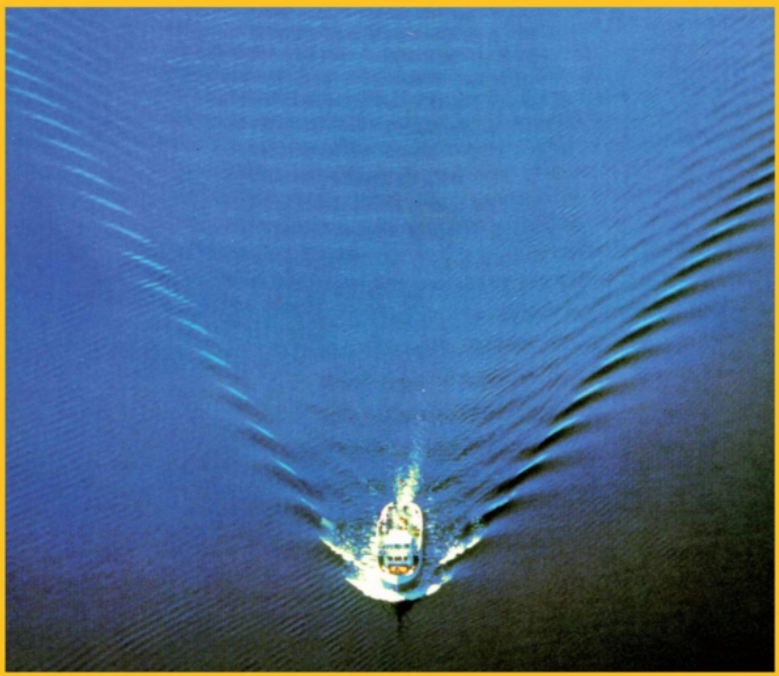
Martin Amis

Mar gruesa



ANAGRAMA
Colección Compactos

MAR GRUESA

MARTIN AMIS

ANAGRAMA
Colección Compactos

Título de la edición original:
Heavy Water and Other Stories

Edición en formato digital: noviembre de 2021

© imagen de cubierta, Tony Stone Images

© de la traducción, Jesús Zulaika, 1999

© Martin Amis, 1998

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 1999
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-4372-9

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

Para Delilah y Fernanda

UN PELDAÑO EN LA CARRERA

Cuando Alistair terminó su nuevo guión, *Ofensiva desde Quásar 13*, lo envió a *LM* y esperó. En el curso del año anterior *Little Magazine* le había rechazado más de una docena de guiones. Pero su envío más reciente —un lote de cinco— le había sido devuelto no con la habitual banda de rechazo sino con una nota manuscrita de Hugh Sixsmith, el editor de guiones. La nota decía lo siguiente:

> Me han gustado bastante dos o tres, y me he sentido realmente tentado por *El puenteo*, que a mi juicio está casi totalmente logrado. Por favor, siga mandándome sus trabajos.

Hugh Sixsmith era también guionista, y su reputación como tal era considerable aunque un tanto dudosa. Su nota de aliento infundió a Alistair, en efecto, nuevos ánimos. Despertó en él una renovada audacia.

Con talante osado, pues, se aprestó a enviarle *Ofensiva desde Quásar 13*. Ordenó morosa y amorosamente los bordes de las hojas con las yemas de los dedos. Alistair, en esta ocasión, no dirigió el sobre al editor de guiones. No. Lo dirigió directamente al señor Hugh Sixsmith. Tampoco adjuntó, por primera vez, el currículum vitae, que ahora contemplaba incluso con cierta incomodidad. Su c. v. daba cuenta, en un implacable *staccato*, de los guiones que había publicado en diversos opúsculos profesionales y en algunos panfletos cómicamente crípticos. Daba cuenta incluso de guiones que había publicado en la revista de la facultad. Pero lo realmente patético venía al final, donde se leía: «Ofrezco derechos *sólo* a publicaciones británicas de primera fila.»

Alistair dedicó mucho tiempo a la elaboración de la nota dirigida a Sixsmith, casi tanto como el dedicado al guión mismo. La nota se fue haciendo más y más breve cuanto más volvía sobre ella, y siguió puliéndola hasta sentirse satisfecho. Era ya el alba cuando cogió el sobre y pasó la lengua por la oscuramente luminosa franja de pegamento.

Aquel viernes, camino del trabajo, y sintiendo de pronto una total desesperanza, Alistair entregó el paquete en la oficina de correos de

Calchalk Street, cerca de Euston Road. Deliberadamente —muy deliberadamente—, no había adjuntado ningún sobre franqueado y dirigido a sí mismo. La nota adjunta rezaba, literalmente, como sigue: «¿Aprovechable? Si no, a l. p.»

A l. p., por supuesto, significaba «a la papelera», receptáculo que adquiría una enorme y amenazadora dimensión en la vida de todo guionista en ejercicio. Con una mano en la frente, Alistair se dirigió sigilosamente hacia la salida, dejando atrás a los pensionistas de semblante tenso, las tarjetas de cumpleaños, los sobres, los rollos de cordel para los paquetes…

Cuando Luke acabó su nuevo poema —titulado, escuetamente, *Soneto*— hizo una fotocopia del original y la envió por fax a su agente. Noventa minutos más tarde volvió del gimnasio de abajo y preparó su zumo especial de frutas mientras el contestador automático le informaba, entre otras muchas cosas, de que llamara a Mike. Alargando la mano para coger otra lima, Luke apretó la tecla de memoria de Talent International.

—Ah, Luke —dijo Mike—. La cosa marcha. Ya hemos tenido respuesta.

—¿Sí? Cuéntame. Allí son las cuatro de la madrugada.

—No, las ocho de la tarde. Está en Australia. Trabajando un poema con Peter Barry.

Luke no quería oír hablar de Peter Barry. Se inclinó y se quitó la camiseta sin mangas. Las paredes y ventanas mantenían una distancia respetuosa: la estancia era una ancha veta de polvo de sol y luz de río. Luke sorbió el zumo: su extrema acidez le hizo levantar ambos codos y esbozar un único y resentido movimiento de cabeza.

Dijo:

—¿Qué le ha parecido?

—¿A Joe? Se ha puesto a dar volteretas. Me ha dicho: «Dile a Luke que su poema me ha dejado absolutamente impresionado. Estoy seguro de *queSoneto* va ser un auténtico bombazo.»

Luke se lo tomó con calma. No era en absoluto viejo, pero llevaba en la poesía lo bastante como para tomarse tales cosas con calma. Se volvió. Suki, que había ido de compras, entraba ahora en el apartamento. No sin dificultad, porque llegaba cruelmente cargada. Luke dijo:

—No habéis hablado de cifras todavía, supongo. Me refiero a algo aproximado.

Mike dijo:

—Nos entendemos bien. Joe sabe lo interesados que están en Monad. Y lo interesado que está Tim, de la TCT.

—Estupendo —dijo Luke.

Suki se acercaba hacia él, delgada y esbelta, y al hacerlo iba dejando aquí y allá los paquetes de la compra: pequeños cestos y cofrecillos, relucientes bolsos de bandolera.

—Quieren que vayas a verles un par de veces como mínimo — dijo Mike—. En principio para discutir… Les parece inconcebible que no vivas allí.

Luke supo que Suki había gastado mucho más de lo que tenía pensado gastar. Lo supo por la calidad paciente de su suspiro al empezar a lamerle el sudor de los omóplatos. Dijo:

—Vamos, Mike. Saben perfectamente que odio toda esa mierda de Los Ángeles.

Aquel lunes, camino del trabajo, Alistair iba como desplomado sobre el asiento del autobús, desfallecido por la ambición y el abandono. Una de sus fantasías estaba resultando particularmente obstinada: al entrar en la oficina, el teléfono de su mesa *brincaba* sobre su base: Hugh Sixsmith, *delLittle Magazine*, con voz apremiante aunque grave, le comunicaba la nueva de que iba a incluir su guión en el mismísimo número del mes siguiente. (A decir verdad, Alistair había tenido la misma fantasía el viernes anterior, fecha en la que, presumiblemente, *Ofensiva desde Quásar 13* seguía siendo pateada por el suelo de la estafeta de correos.) Su novia, Hazel, había llegado de Leeds para pasar con él el fin de semana. Ambos —él y Hazel— eran tan menudos que podían compartir su cama individual de un modo bastante confortable: podían estirarse a voluntad, sin estorbo alguno. El sábado por la tarde asistieron a una lectura de guiones en una librería de Camden High Street. Alistair esperaba impresionar a Hazel con su creciente desenvoltura en aquel medio (se las arregló incluso para intercambiar cautas miradas de inteligencia con algunas figuras desgarbadas y vagamente familiares: colegas guionistas, olfateadores, *connaisseurs*…). Pero en aquellos días Hazel parecía ya bastante impresionada por la sola persona de Alistair, hiciera éste lo que hiciera. A la mañana siguiente, Alistair se quedó en la cama (le tocaba a Hazel preparar té) interrogándose acerca de este hecho: el de sentirse impresionado. Hazel, siete años atrás, le había impresionado poderosamente en la cama, simplemente por no desentenderse del «asunto» cuando él «entraba en materia». El teléfono de la oficina sonó muchas veces aquel lunes, pero ninguna de ellas tuvo que ver con *Ofensiva desde Quásar 13*. Alistair vendía espacios publicitarios para un boletín agrícola, y quienes llamaban querían invariablemente hablar de mezclas de creosota y reprocesadores de basuras.

Siguió sin noticias durante cuatro meses. Normalmente, esto habría constituido una señal bastante halagüeña. Significaba, o podía

significar, que el guión estaba mereciendo seria —e incluso reñida— consideración. Era mucho mejor que ver cómo el guión caía sobre la esterilla a vuelta de correo. Por otra parte, Hugh Sixsmith podía haberse ceñido tanto al espíritu como a la letra de la nota de Alistair y haber tirado *Ofensiva desde Quásar 13* a la papelera a los pocos minutos de su llegada (es decir, cuatro meses atrás). Al volver a leer el original ya un tanto desvaído del guión, Alistair maldijo su (sobremanera estudiada) pose de indiferencia. No debería haber escrito: «¿Aprovechable? Si no, a l. p.» Debería haber escrito: «¿Aprovechable? Si no, ¡s. f. a m. n.! (¡sobre franqueado a mi nombre!). Todas las mañanas bajaba los tres tramos de escaleras de la casa, y ahí estaba el correo listo para ser barajado y distribuido. Y cada cuarto viernes, aproximadamente, abría de golpe el *Little Magazine* para ver si Sixsmith había publicado su guión sin comunicárselo previamente. A modo de sorpresa.

«Estimado señor Sixsmith», pensó Alistair en el tren, camino de Leeds: «Estoy considerando dar a otra publicación el guión que le envié. Confío en que… Pensé que era justo…» Alistair retiró los pies para que pudiera sentarse otro pasajero. «Querido señor Sixsmith: En respuesta a un requerimiento de… En respuesta a un requerimiento harto generoso, estoy elaborando una selección de mis guiones para…» Alistair echó la cabeza hacia atrás y fijó la mirada en la manchada ventanilla. «… para Mudlark Books. Al parecer en Ostler Press también están interesados. Ello exige de mí cierto papeleo, el cual, si bien tedioso… Para su información… Las cosas se facilitarían considerablemente… Claro que si usted…»

Luke estaba sentado en una silla *bauhaus love* del Club World de Heathrow, bebiendo Evian y aprovechándose del servicio gratuito de fax para solventar con Mike el papeleo inicial relativo a su poema.

En el Club World todo el mundo guardaba silencio y parecía exhibir un aire agradecido; todos salvo Luke, que parecía enormemente disgustado. Iba a volar en primera clase a Los Ángeles, donde sería recibido por un chófer uniformado que lo conduciría en limusina o cualquier otro vehículo de cortesía al Pinnacle Trumont de la Avenida de las Estrellas. La primera clase no era nada extraordinario. En poesía, la primera clase era algo que uno daba por supuesto. Era algo «de oficio». La primera clase, en estos casos, era la cosa más normal del mundo.

Luke estaba tenso: se sentía presionado. De aquel *Soneto* suyo dependían muchas cosas, tal vez demasiadas. Si *Soneto* no tenía éxito, pronto no podría permitirse el apartamento, e incluso su actual novia. De Suki se recuperaría razonablemente pronto. Pero jamás se recuperaría del hecho de no poder afrontar el seguir con ella, o pagar

el apartamento. A decir verdad, el trato cerrado en torno a *Soneto* no era nada del otro mundo. Luke estaba furioso con Mike a este respecto, salvo en lo relativo a la nueva cláusula de comercialización (potenciales accesorios basados en el poema, como juguetes o camisetas), y a la mejor tajada que habría de llevarse de las posibles continuaciones y secuelas. Y luego estaba Joe.

Joe llama y empieza:

—Pensamos que *Soneto* va a funcionar, Luke. Jeff también lo piensa. Mira, acaba de entrar. Jeff, es Luke. ¿Quieres decirle algo? Luke… Luke, va a ponerse Jeff. Quiere decirte algo sobre *Soneto.*

—¿Luke? —dice Jeff—. Soy Jeff. Luke, eres un escritor de mucho talento. Es fantástico trabajar contigo en tu *Soneto*. Bueno, se pone Joe.

—Era Jeff —dice Joe—. Le encanta *Soneto*.

—Y ¿de qué dices que tenemos que hablar? —dice Luke—. A grandes rasgos.

—¿Respecto de *Soneto*? Bueno, el caso es que tenemos un problema con… Luke, verás, en mi opinión…, y sé que Jeff está de acuerdo conmigo en este punto, ¿verdad, Jeff? Y también Jim, por cierto —dice Joe—. Tenemos un problema con… la forma.

Luke vacila unos instantes. Luego dice:

—¿Te refieres a la forma que he empleado en *Soneto*?

—Sí, exacto. La forma del soneto.

Luke esperó a la última llamada, y cuando al fin se dirigió a la puerta de embarque fue conducido, con una amabilidad no correspondida, al interior del morro del avión.

«Estimado señor Sixsmith», escribió Alistair:

> El otro día, mirando mis carpetas, recordé vagamente haberle enviado un pequeño trabajo titulado *Ofensiva desde Quásar 13*. Debió de ser hace unos siete meses. ¿Me equivoco al suponer que no le ha sido de ninguna utilidad? Puede que vuelva a molestarle con un nuevo guión (¡o quizá dos!) que he terminado desde entonces. Espero que se encuentre usted bien. Muchas gracias por sus palabras de aliento del pasado.
>
> ¿Necesito decirle lo mucho que admiro su trabajo? La austeridad, la profundidad. ¿Cuándo —me permito preguntarle — podremos esperar de usted otro «tomo liviano»?

Echó la carta al correo una húmeda tarde de domingo en Leeds. Confiaba en que el matasellos pudiera dar fe de su movilidad y sus agallas.

Sí, la verdad es que ahora se sentía mucho más estable y sosegado. Recientemente había atravesado un periodo de unas cinco semanas en las que —ahora se daba cuenta— había estado clínicamente enajenado. Aquella carta al señor Sixsmith no era sino una de las muchas docenas que llevaba pergeñadas. Había dado incluso en merodear por las oficinas de *Little Magazine*, en Holborn. Permanecía sentado y encorvado durante horas en los cafés y locales de sándwiches de enfrente, con la incierta intención de abordar al señor Sixsmith en caso de llegar a verlo (lo cual jamás llegó a ocurrir). Alistair empezaba a preguntarse si el tal Sixsmith existía realmente. ¿Se trataba, acaso, de un actor, de un fantasma, de una astuta ficción? Alistair telefoneó a *Little Magazine* desde cabinas telefónicas cuidadosamente escogidas. Contestaron varias personas, y ninguna de ellas sabía nunca dónde estaba nadie, y sólo tres o cuatro veces consiguió que le pusieran con el constante acceso de tos que invariablemente respondía en la extensión del señor Sixsmith. Y las tres o cuatro veces colgó enseguida. No podía dormir —o al menos eso pensaba— porque Hazel decía que se pasaba la noche haciendo rechinar los dientes y gimoteando.

Alistair volvió a esperar casi dos meses. Al cabo envió otros tres guiones. Uno trataba de un sicario de la mafia que abandona su temprano retiro cuando su mujer es asesinada por un asesino en serie. En otro, las tres Gorgonas se infiltraban en una agencia de acompañantes del Nueva York actual. Y el tercero era un musical *heavy-metal* con la Isle de Skye como escenario. Adjuntó un sobre franqueado y con su nombre del tamaño de una pequeña mochila.

El invierno era inusualmente benigno.

—¿Puedo ofrecerle algo de beber antes del almuerzo? ¿Un capuchino? ¿Un agua mineral? ¿Una copa de *sauvignon* blanco?

—Un exprés descafeinado doble —dijo Luke—. Gracias.

—De nada, no faltaba más.

—Vaya —dijo Luke una vez que hubo pedido todo el mundo—. Ya no sólo me dicen «de nada», sino «de nada, no faltaba más».

Los demás sonrieron con paciencia. Tales comentarios no eran sino consecuencia del hecho chic de que Luke, pese a su aspecto y a su acento, era inglés. Estaban sentados en la terraza de Bulbo's: Joe, Jeff, Jim y él.

Luke dijo:

—¿Qué tal ha funcionado *Égloga junto a una verja de cinco barrotes*?

Joe dijo:

—¿A nivel nacional? —Miró a Jim y luego a Jeff—. Pues como unos… *quince mil*.

Luke dijo:

—¿Y a nivel mundial?

—No lo hemos sacado a nivel mundial.

—¿Qué tal va *Grajo negro en día lluvioso*? —preguntó Luke.

Joe sacudió la cabeza.

—Ni siquiera ha recaudado lo que *Ovejas en la niebla*.

—Todo son nuevas versiones —dijo Jim—. Métrica de mierda.

—¿Qué tal *Roble de ciénaga*?

—¿*Roble de ciénaga*? Oh… Puede que unos veinticinco mil.

Luke dijo en tono agrio:

—He oído grandes cosas de *El viejo jardín botánico*.

Charlaron sobre otros grandes éxitos y fracasos de Navidad, difiriendo todo lo posible cualquier mención a *Su altivo desdén de anoche*, de la TCT, que no había costado prácticamente nada y ya llevaba recaudados ciento veinte millones de dólares en las primeras tres semanas.

—¿Qué es lo que ha pasado? —preguntó al cabo Luke—. Dios, ¿cuál ha sido el presupuesto de publicidad?

—¿De *Su altivo desdén*…? —dijo Joe—. Nada. Dos, tres millones.

Todos sacudieron la cabeza. Jim estaba filosófico.

—La poesía es así —dijo.

—No se estarán componiendo ahora otros sonetos, ¿no? —dijo Luke.

Jeff dijo:

—En Binary están en posproducción con un soneto, *Compuesto en… Castle*. Más métrica de mierda.

Llegaron las sopas y ensaladas. Luke pensó que, dado el «panorama», probablemente era un error seguir hablando de sonetos. Al cabo del rato dijo:

—¿Qué tal ha funcionado *Para Sofonisba Anguisciola*?

Joe dijo:

—¿*Para Sofonisba Anguisciola*? No me hables de *Para Sofonisba Anguisciola*…

Era ya noche avanzada y Alistair estaba en su cuarto trabajando en un guión sobre un negro sin hogar y con un alto coeficiente de inteligencia a quien un médico internista y terrorista de las Molucas del Sur convierte en una *broker* blanca que negocia bonos basura. De pronto apartó el papel con un gruñido, cogió una hoja de papel en blanco y escribió:

Querido señor Sixsmith:

Ha transcurrido ya más de un año desde que le envié *Ofensiva desde Quásar 13*, y aún no ha dado usted señales de vida. No contento con tal negligencia, ha dejado pasar cinco meses sin responder a otros tres envíos míos más recientes. Una elemental buena educación sin duda le habría dictado una pronta respuesta, dada su condición de colega guionista, aunque he de decir que jamás me ha interesado su trabajo, que juzgo a un tiempo superficial y recargado. (El mes pasado leí el artículo de Matthew Sura, y pensé que lo tenía a usted *contra las cuerdas*.) Por favor, sírvase devolverme de inmediato los tres guiones últimos, a saber: *El diezmador, Medusa toma Manhattan* y *El valle de los vaciadores de estratos*.

Firmó la nota y la metió en un sobre. Salió de casa y echó el sobre en el buzón. A su vuelta se quitó altaneramente la ropa empapada. La cama individual se le antojó enorme, como una orgiástica cama con dosel. Se hizo un ovillo apretado y durmió como no había logrado hacerlo en todo el año.

Así, fue un apaciblemente desafiante Alistair quien a la mañana siguiente bajó las escaleras y echó una mirada hacia su correo mientras se dirigía a la puerta. Reconoció el sobre como lo habría hecho un amante. Se agachó y lo abrió.

Le ruego disculpe esta tan tardía respuesta. Lo lamento profundamente. Pero permítame que pase directamente a un juicio sobre su trabajo. No le aburriré con el censo de mis distracciones personales y profesionales.

¿Aburrirme?, pensó Alistair buscándose con la mano el corazón.

Creo poder asegurar de entrada que sus guiones son inusitadamente prometedores. No: tal promesa se ha visto ya cumplida. Son piezas que poseen a un tiempo sentimiento y fulgor.

Me contentaré con aceptarle por ahora *Ofensiva desde Quásar 13*. Y ahora permítame detenerme un poco en *El diezmador*. Tengo una o dos enmiendas menores que sugerir. ¿Por qué no me telefonea aquí para concertar una cita?

Gracias por sus generosos juicios sobre mi trabajo. Cada día tengo mayor convicción de que este tipo de intercambio —esta franqueza, esta reciprocidad— es una de las cosas que me mantiene en la brecha. Sus palabras han contribuido a apuntalar mis defensas tras el rencoroso y chapucero ataque de Matthew Sura, del cual, me temo, aún no me he recuperado del todo. Cuídese mucho.

—Le va bien el poema lírico —dijo Jim.

—¿Y qué tal la balada? —dijo Jeff.

Jack se mostraba receptivo.

—Las baladas están bien —concedió.

Hacia el final del segundo día Luke tuvo la impresión de que estaba ganando la batalla del soneto. La clave estaba en la taciturnidad de Joe: apática pero no huraña.

—Admitámoslo —dijo Jeff—. Los sonetos son esencialmente herméticos. Métrica estricta. Responden a una conciencia formalizada. Hoy estamos hablando de conciencias *en busca de* forma.

—Además —dijo Jack—, la lírica ha sido siempre el vehículo natural para la expresión libre del sentimiento.

—Sí —dijo Jeff—. Con el soneto uno está atado a la rutina de la tesis-antítesis-síntesis.

Joan dijo:

—Pero ¿qué estamos haciendo aquí? ¿Reflejando el mundo o iluminándolo?

Tomó la palabra Joe:

—¿Nos estamos olvidando acaso de que *Su altivo desdén…*, antes de las sucesivas reescrituras, fue un soneto? ¿O es que estábamos colocados cuando en verano dijimos que íbamos a optar por el *soneto*?

La respuesta a esta última pregunta, por cierto, fue afirmativa. Pero Luke miró detenidamente a su alrededor. La comida china que la secretaria había pedido para ellos por teléfono descansaba en la mesita central cual si fuera el resultado de unos experimentos infantiles con plastilina y pinturas y pringues de diseñador. Eran las cuatro, y Luke quería marcharse pronto. Quería irse a nadar y tenderse al sol. Ponerse bronceado y especialmente esbelto para su encuentro con la joven actriz Henna Mickiewicz. Simuló un bostezo.

—Luke tiene desfase horario —dijo Joe—. Seguiremos hablando mañana, pero para mí la cosa está clara: sigo votando por el soneto.

—Disculpe —dijo Alistair—. Soy yo otra vez. Disculpe.

—Oh, sí —dijo la voz de mujer—. *Estaba aquí* hace un minuto… No, espere, aquí está. Aquí está. Un segundo, por favor.

Alistair apartó bruscamente el auricular de su oído y se quedó mirándolo fijamente. Luego volvió escuchar. Era como si el teléfono mismo experimentara un paroxismo: un guirigay de estridencias y graznidos semejante al de la radio de un taxista. Luego el acceso cesó, o se hizo una pausa, y una voz dijo en tono tenso aunque digno:

—Soy Hugh Sixsmith, dígame.

A Alistair le llevó cierto tiempo explicar quién era. Sixsmith parecía sorprendido, aunque también bastante intrigado por la

llamada de Alistair. La charla continuó con fluidez suficiente como para permitirles concertar una cita (el lunes siguiente, a la salida del trabajo), y al cabo Alistair se las arregló para decir:

—Señor Sixsmith, hay una cosa que querría decirle. Me resulta muy embarazoso, pero anoche, viendo que no tenía noticias suyas en tanto tiempo, me entró una especie de arrebato nervioso, y me temo que le envié una carta absolutamente furibunda que… —Alistair aguardó—. Bueno, ya sabe cómo son estas cosas. En estos guiones, ya sabe, uno pone mucho de sí mismo y…, en fin, el tiempo pasa y…

—Mi querido joven, no diga ni una palabra más. Pasaré esa carta por alto. La tiraré a la papelera. Después de leer un par de líneas me limitaré a apartar mis ojos, impertérrito… —dijo Sixsmith, y de nuevo empezó a toser.

Hazel no bajó a Londres aquel fin de semana. Alistair no subió a Leeds aquel fin de semana. Se pasó el tiempo pensando en aquel lugar de Earls Court Square donde los guionistas se reunían para leer pasajes de sus obras mientras bebían contundente vino tinto español y eran observados fijamente por despeinadas muchachitas con gruesos abrigos y sin maquillaje que parpadeaban incesantemente o no parpadeaban en absoluto.

Luke aparcó su Chevrolet Celebrity en la quinta planta del aparcamiento del estudio y bajó en el ascensor con dos ejecutivos medios en chándal que comentaban los últimos récords alcanzados por *Su altivo desdén*… Se puso las gafas de sol mientras cruzaba el otro aparcamiento, el reservado a los altos ejecutivos. Cada plaza de aparcamiento tenía un rótulo con un nombre. A Luke le tranquilizó ver en una de ellas el nombre de Joe, parcialmente oculto por su Range Rover. Los poetas, claro está, raras veces tenían ese tipo de influencia. O incluso alguna en absolu-to. Le alegraba que Henna Mickiewicz no pareciera darse cuenta de ello.

El despacho de Joe. Estaban Jim, Jack, Joan, pero no Jeff. Había dos tipos nuevos. Hicieron las presentaciones entre Luke y esos tipos. Ron dijo hablar por Don cuando le explicó a Luke que era un gran admirador de su trabajo. Apretujado contra Joe sobre la máquina de café, Luke preguntó por Jeff, y Joe dijo:

—Jeff está fuera del poema.

Luke se limitó a asentir con la cabeza.

Tomaron asiento en los sillones bajos.

Luke dijo:

—¿Qué tal está funcionando *Un galés para cualquier turista*?

Don dijo:

—Bastante bien, aunque tampoco es para echar cohetes.

Ron dijo:

—No va a funcionar como *La brecha en el seto*, eso desde luego.

Jim dijo:

—¿Cuánto se ha sacado con *La brecha*…?

Hablaron de lo que había recaudado *La brecha*… Luego Joe dijo:

—Bien, ocupémonos del soneto. Inmediatamente. Don tiene problemas con el primer cuarteto. Ron tiene problemas con el segundo cuarteto. Jack y Jim tienen problemas con los cuatro primeros versos de los dos tercetos, y yo pienso que *todos* tenemos problemas con los dos últimos.

Alistair se presentó en las oficinas del *Little Magazine* en un impávido trance de puntualidad. Llevaba horas en la zona y se había gastado unas quince libras en tés y cafés. Su morosa permanencia en los locales de los alrededores no había despertado en éstos excesivos entusiasmos (Alistair, además, se imaginaba poco favorablemente recordado a causa de sus anteriores vigilias de merodeo en torno al *Little Magazine*); se había pasado el tiempo sosteniendo con ambas manos los crujientes vasos de plástico y contemplando la luz que se filtraba a través de las ventanas de las oficinas de la revista.

El Big Ben estaba dando las tres cuando Alistair subió las escaleras. Aspiró el aire tan profundamente que casi llegó a caerse de espaldas, y llamó a la puerta. Un viejo botones le hizo pasar sin pronunciar palabra a un estrecho despacho lleno de suciedad en el que se apiñaban con dificultad siete personas. Al principio Alistair los tomó por otros guionistas y, una vez franqueada la puerta, se alineó apretadamente al final de la cola. Pero no tenían aspecto de guionistas, y su identidad —todos ellos querían ver a Sixsmith— fue revelándose lenta, parcialmente y de modo poco sistemático. Un par de ellos —su abogado y el psiquiatra de su segunda esposa— desistieron y abandonaron la oficina en menos de una hora y media. Otros, como el inspector del IVA y el funcionario de la libertad condicional, esperaron casi tanto como Alistair. Pero a las siete menos cuarto Alistair se quedó solo.

Se acercó al increíble maremágnum de papeles de la mesa de Sixsmith. Se puso a revolver precipitadamente el correo aún sin abrir, en la creencia de que podría tal vez localizar e interceptar su carta. Pero todos los sobres —había un montón— eran de color marrón, de ventanilla y certificados. Se volvía ya para marcharse cuando vio un sobre acolchado y muy abultado dirigido a él, a Alistair. No vio, pues, razón para no cogerlo. El viejo botones —reparó sin tardanza Alistair — se hallaba acurrucado en el interior de un saco de dormir, debajo de la mesa de trabajo de la pieza principal de la oficina.

En la calle abrió el enorme sobre en un estado de gran agitación. En su interior encontró dos de sus guiones: *El valle de los vaciadores de estratosy*, sorprendentemente, *El diezmador*. Vio asimismo una nota que decía:

> He debido ausentarme sin remedio, como suele decirse. Avatares personales. Le llamaré esta semana y nos reuniremos para… ¿almorzar quizá?

Alistair encontró también su misiva de descontento. Sin abrir. Echó a andar por la calle. El tráfico, tanto humano como mecánico, pasaba a trompicones ante su semblante estimulado. Sintió que sus ojos se abrían a una obvia y esclarecedora verdad: Hugh Sixsmith era guionista. Alistair entendió.

Tras una jornada no demasiado fructífera en la que se discutió la cesura del primer verso de *Soneto*, Luke y sus colegas fueron a tomar unos cócteles a Strabismus, donde se les instaló en la gran mesa circular cercana al piano.

Jane dijo:

—En la TCT van a sacar la continuación de *Su altivo desdén de anoche*.

Joan dijo:

—En realidad no es una continuación, sino un preludio.

—¿Título? —dijo Joe.

—Aún por decidir. En la TCT la están llamando *Su altivo desdén de entonces*…

—Mi hijo —dijo Joe con aire pensativo una vez que el camarero les hubo traído las bebidas— me ha llamado gilipollas esta mañana. Por primera vez en la vida.

—Increíble —dijo Bo—. El mío también me ha llamado gilipollas esta mañana. Y también es la primera vez.

—¿Y? —dijo Mo.

Joe dijo:

—Mi hijo tiene seis años, por el amor de Dios.

Phil dijo:

—El mío me llamó gilipollas cuando tenía cinco años.

—El mío no me ha llamado gilipollas todavía —dijo Jim—. Y tiene nueve años.

Luke bebía a sorbos el Bloody Mary. Su tonalidad y textura le hizo preguntarse si podría arriesgarse a sonarse sin hacer antes otra visita al aseo de caballeros. Llevaba tres días sin llamar a Suki. Las cosas se le estaban yendo irremediablemente de las manos con Henna Mickiewicz. En realidad no le había prometido incorporarla al poema,

al menos no por escrito. Henna era fantástica, sí, pero no podías dejar de pensar que, de todas formas, cuando menos lo esperaras iba a ponerte una demanda.

Mo estaba diciendo que cada niño progresa a su propio ritmo, y que normalmente los patentes avances de los primeros años se ven luego compensados por paréntesis de aparente estancamiento.

Jim dijo:

—Sigue habiendo motivos para preocuparse.

Mo dijo:

—Mi hijo tiene tres años. Y me llama gilipollas continuamente.

En los árboles apuntaban ya las hojas, y los lomos de los autocares de los turistas destacaban rotundos y obesos en medio del tráfico, y cuando por fin telefoneó Sixsmith los agricultores pedían mezclas de fertilizantes más que aislamientos de graneros y almacenes. En el ínterin, Alistair se había convencido a sí mismo de lo siguiente: antes de devolverle la carta de descontento, Sixsmith *la había abierto al vapor y había vuelto a cerrarla*. Durante este tiempo, también, Alistair se había prometido con Hazel. Pero al cabo la llamada telefónica llegó.

Estaba absolutamente convencido de que había ido al restaurante correcto. Sólo que aquello no era un restaurante, o al menos no del todo. No admitían reservas, y no conocían a ningún señor Sixsmith. Servían multitud de desayunos de mediodía a personas mal habladas y de ojos saltones volcados sobre tazas de un té color carne. Pero también había alcohol. Y lo estaban consumiendo todo tipo de personas. Estupendo, pensó Alistair. Estupendo. Sí, señor. Qué mejor sitio para que un par de guionistas…

—¿Alistair?

Sixsmith inclinó con desenvoltura su largo cuerpo hacia el interior del reservado. Al tomar asiento parecía harto complacido con su manera de presentarse. Contempló a Alistair con una peculiar neutralidad, pero luego, en el semblante que dirigió hacia el camarero había algo como de adolescente, como un punto consciente de indolencia. Al verle pedir un gin-tonic, y escuchar cómo se explayaba divertidamente sobre su debilidad por los cócteles de gambas, Alistair se sintió irónica pero poderosamente atraído por aquel hombre, por aquel escritor de guiones arrugado y de mirada soñadora, por las singulares elisiones de aquella voz que arrastraba un poco las palabras, por los hondos surcos y huesudas sombras de su cara, por todas aquellas defectuosas fontanelas del cuidado vocacional. Sabía la edad de Sixsmith, pero quizá el tiempo se movía extrañamente para los guionistas, cuyas llamas ardían con tanto fulgor…

—Y mi colega artesano del gremio de los escribidores, Alistair, ¿qué va a tomar?

Sixsmith se mostró enseguida como una persona de cierto candor. O acaso vio en aquel escritor más joven a alguien ante el cual podía dejar a un lado toda falsa reticencia. La segunda ex mujer de Sixsmith —pudo saber Alistair—, hija de dos alcohólicos, era asimismo alcohólica. Su actual amante (ah, cómo iban y venían tales amantes…) era otra alcohólica. Para complicar aún más las cosas, explicó Sixsmith mientras agitaba el vaso en dirección al camarero, su hija, fruto de su primer matrimonio, era también alcohólica. ¿Cómo se las arreglaba Sixsmith para seguir adelante? Pese a sus años, y gracias a Dios, había encontrado el amor en brazos de una mujer lo bastante joven (y, a juzgar por el sentido de su discurso, lo bastante alcohólica) para ser su hija. Llegaron los cócteles de gambas y una garrafa de vino tinto. Sixsmith encendió un cigarrillo y levantó las palmas hacia Alistair durante un acceso de tos que hizo que se volvieran hacia ellos todas las cabezas del local. Luego, por espacio de un instante, con aire un tanto desorientado, se quedó mirando a Alistair como si no estuviera muy seguro de sus intenciones, o incluso de su identidad. Pero el lazo entre ambos se restableció casi de inmediato. Pronto se vieron charlando como curtidos iguales (de Trumbo, de Chayevsky, de Towne, de Eszterhas…).

A eso de las dos y media, cuando tras varias tentativas el camarero logró retirar el intocado cóctel de gambas de Sixsmith y se disponía a servirles las chuletas estofadas y la tercera garrafa de vino, los dos hombres discutían ruidosamente sobre la primera época de Puzo.

Joe bostezó y se encogió de hombros y dijo en tono lánguido:

—¿Sabéis? Nunca me entusiasmó gran cosa la rima petrarquista.

Jan dijo:

—*Compuesto en… Castle* es ABBA ABBA.

Jen dijo:

—Lo mismo que *Su altivo desdén*… Hasta el pulido final.

Jon dijo:

—Una noticia: se habla de que van a cancelar la publicación de *Compuesto en… Castle*.

—No lo dirás en serio… —dijo Bo—. Va a salir este mes. He oído que está creando grandes expectativas entre los críticos.

Joe parecía tener sus dudas:

—*Su altivo desdén*… ha puesto a los ejecutivos un tanto nerviosos con los sonetos. Piensan que un bombazo de ese calibre no puede repetirse.

—ABBA ABBA —dijo Bo con disgusto.

—O… —dijo Joe—. O… Bueno, también podríamos intentar los poemas sin rima.

—¿Sin rima? —dijo Phil.

—Sí, el verso blanco.

Se hizo un silencio. Bill miró a Gil, que a su vez miró a Will.

—¿Qué opinas tú, Luke? —dijo Jim—. Tú eres el poeta.

Luke nunca se había sentido demasiado «protector» respecto de *Soneto*. Incluso en su versión original no lo había considerado mucho más que una «baza de negociación». Actualmente reescribía *Soneto* todas las noches en el Pinnacle Trumont, antes de que llegara Henna y ambos empezaran a martirizar al servicio de habitaciones.

—Verso blanco —dijo Luke—. Verso blanco… No sé, Joe. Podría emplear ABAB ABAB, o incluso ABAB CDCD. Dios, hasta podría emplear AABB si no estuviera seguro de que hacía polvo los dos últimos versos. Pero verso blanco… Jamás se me ha ocurrido la posibilidad de escribir *sin rima*.

—Bien, hace falta algo —dijo Joe.

—Quizá podríamos probar con el pentámetro —dijo Luke—. O quizá con el yambo. Eh, aunque suene un tanto descabellado, ¿qué tal el verso silábico?

A las seis menos cuarto Hugh Sixsmith pidió otro gin-tonic y dijo:

—Hemos hablado. Hemos compartido el pan. El vino. La verdad. La escritura de guiones. Quiero hablar de su trabajo, Alistair. Sí, de veras. Quiero hablar de *Ofensiva desde Quásar 13*.

Alistair se ruborizó.

—No es muy normal que… Pero uno siempre sabe. Esa sensación de detenimiento lleno de sentido. De vida percibida en toda su plenitud… Gracias, Alistair. Gracias. He de decir que todo me ha recordado mucho a mis primeros trabajos.

Alistair asintió con la cabeza.

Tras un buen rato de charla sobre su propia maduración como guionista, Sixsmith dijo:

—Bueno, no tiene más que decirme que me calle cuando lo estime oportuno. No crea que por eso voy a dejar de publicar su trabajo. Pero me gustaría hacerle una *mínima* sugerencia sobre *Ofensiva desde Quásar 13*.

Alistair hizo un gesto con la mano en el aire.

—Bien… —dijo Sixsmith. De pronto se interrumpió y volvió la cabeza y pidió un cóctel de gambas. El camarero le miró con aire derrotado—. Bien —prosiguió Sixsmith—. Cuando Brad escapa del laboratorio experimental de Nebulan y parte con Cord y Tara a inmovilizar la guadaña de energía direccional en la nave de ataque

xerxiana, ¿dónde está Chelsi?

Alistair frunció el ceño.

—¿Dónde está Chelsi…? —siguió Sixsmith—. Pues bien, Chelsi sigue en el laboratorio, con los nebulanos. A punto, además, de que le inyecten un veneno de víbora fobiana. ¿Dónde está el final feliz? ¿Qué hay del protagonismo heroico de Brad? ¿Y de su declarado amor por Chelsi? ¿O me estoy poniendo pelmazo?

La secretaria, Victoria, asomó la cabeza en el recinto y dijo:

—Está bajando.

Luke percibió el sonido de veintitrés pares de piernas que se descruzaban y volvían a cruzarse. Él, por su parte, se aprestó a exhibir una sonrisa de dieciséis piezas dentales. Echó una mirada a Joe, que dijo:

—No os preocupéis. Sólo baja un momento a decir hola.

Y, en efecto, bajó. Jake Endo en persona, exquisitamente occidentalizado y espléndidamente acicalado. De unos treinta y cinco años. De los suntuosos elementos que ornaban su figura esbelta, ninguno tan imponente como su pelo, con sus capas de cuidados y luminosos reflejos.

Jake Endo estrechó la mano de Luke y dijo:

—Es un gran placer conocerle. No he leído el material básico del poema, pero estoy familiarizado con el contexto.

Luke dio por sentado que Jake Endo se había hecho «arreglar» la voz. Pronunciaba perfectamente las palabras que a los japoneses les resultaban tan difíciles.

—Entiendo que se trata de un poema de amor —continuó—. Dedicado a su novia. ¿Está con usted aquí en Los Ángeles?

—No. Está en Londres.

Luke se sorprendió mirando las sandalias de Jake Endo y preguntándose cuánto podían haberle costado.

El silencio había iniciado un *crescendo*. Y empezaba ya a hacerse intolerable cuando Jim dijo, dirigiéndose a Jake Endo:

—Oh, ¿qué tal ha funcionado *Versos dejados en un banco, junto a un tejo, frente al lago de Easthwaite, en un paraje desolado de la orilla desde el que se divisa una vista tan hermosa*?

—¿*Versos dejados en un banco*…? —dijo Jake Endo—. Bastante bien.

—Estaba pensando en *Compuesto en… Castle* —dijo Jim con voz débil.

Se hizo un nuevo silencio. Y tal silencio se acercaba ya a su cenit cuando Joe pareció acordarse de pronto del enorme caudal de energía que se suponía poseía. Se puso en pie y dijo:

—Jake, creo que estamos llegando al ápice del cansancio. Nos has «pillado» en un momento bajo. No somos capaces de ponernos de acuerdo ni en el primer verso. ¿Qué digo el primer verso? No podemos llegar ni hasta el final del primer *pie*.

Jake Endo seguía impertérrito.

—Siempre existen momentos bajos. Estoy seguro de que, con tanto talento junto en esta sala, conseguiréis salir del paso. Arriba confiamos plenamente en ello. Confiamos en que va a ser un gran poema de verano.

—También nosotros confiamos en ello —dijo Joe—. Hay mucha fe en esta sala. Mucha fe. Trabajamos en *Soneto* sin desmayo.

—¿*Soneto*? —dijo Jake Endo.

—Sí, soneto. *Soneto*.

—¿*Soneto*? —repitió Jake Endo.

—Es un soneto. Y se titula *Soneto*.

Occidente fue borrándose como por ensalmo del semblante de Jake Endo. Al cabo de unos segundos parecía un señor de la guerra de otros y oscuros tiempos en mitad de una incursión bélica, tomándose un gélido respiro antes de proseguir con las mujeres y los niños.

—Nadie me había hablado —dijo dirigiéndose hacia el teléfonode ningún *soneto*.

El local estaba cerrando. El paréntesis del té y el tráfago de después de la oficina se habían acabado. Fuera, las calles relucían de un modo mórbido. Los empleados del local empezaban a ponerse gabardinas y abrigos. Se apagó una de las luces principales. La puerta de un frigorífico se cerró con ruido.

—No es precisamente el más feliz de los aciertos —dijo Sixsmith.

Ausente o no disponible desde hacía más de una hora, el don del habla volvió a labios de Alistair. El habla, ese príncipe de las facultades.

—¿O qué tal si…? —dijo—. ¿Qué tal si Chelsi ha salido del laboratorio antes?

—No es tremendamente dramático que digamos —dijo Sixsmith. Pidió otra garrafa de vino e indagó acerca del paradero de sus chuletas estofadas.

—¿O qué tal si resulta herida? Durante la huida. En una pierna.

—Siempre que pueda uno evitar el maldito cliché: chica impedida, héroe que se demora peligrosamente… Además, Chelsi no es más que una figurante en el asalto a la nave xerxiana. Lo que queremos es que desaparezca de escena en este punto.

Alistair dijo:

—Entonces la matamos.

—Muy bien. Y empañamos un tanto el final feliz. No, no.

Ante ellos, de pie, un camarero miraba con tristeza la cuenta que descansaba en su platillo.

—De acuerdo —dijo Sixsmith—. Chelsi resulta herida. De gravedad. En el brazo. Y *ahora* ¿qué hace Brad con ella?

—La deja en un hospital.

—Mmm… Un registro bastante hueco.

Al camarero se le unió un segundo camarero, igualmente estoico; sus rostros exhibían una textura granulada por las sombras del atardecer. Ahora Sixsmith parecía hurgarse en los bolsillos con un ceño cada vez más acentuado.

—¿Y qué tal si…? —dijo Alistair—. ¿Qué tal si es alguien que pasa por allí quien la lleva al hospital?

—Puede ser —dijo Sixsmith, casi de pie, con una mano desmañadamente hundida en el bolsillo interior de la chaqueta.

—¿O qué tal si…? —dijo Alistair—. ¿Qué tal si Brad se limita a darle *instrucciones* sobre cómo llegar al hospital?

Al día siguiente, de vuelta en Londres, Luke se reunió con Mike para poner las cosas en orden. Todo parecía arreglarse. Mike llamó a Mal, de Monad, que sentía una gran antipatía por Tim, de la TCT. A modo de posible argucia para con Mal, Mike llamó también a Bob, de Binary, con vistas a recuperar la opción sobre *Soneto*, amén del dinero de producción a interés renovable, para rehacerlo por completo en otro sitio, por ejemplo en Red Giant, donde —no era ningún secreto— Rodge se había mostrado enormemente interesado.

—Querrán que salgas a la palestra —dijo Mike—. Que participes en la promoción y demás.

—Es increíble lo de Joe —dijo Luke—. No puedo creer que me hayan dejado fuera de juego por ese bicho raro de Jake Endo.

—Son cosas que pasan. A Joe se le olvidó lo de Endo con los sonetos. El primer gran poema de Endo fue un soneto. Antes de que tú empezaras. Se titulaba *Rutilante estrella, ¿quién pudiera alcanzar tu inamovilidad*? Se publicó por todo lo alto. Y por poco arruina al Japón.

—Me siento utilizado, Mike. Mi sentido de la confianza en los demás… Desde ahora tendré que ir con los ojos bien abiertos.

—En gran medida depende de cómo funcione *Compuesto en… Castle*, y la acogida que merezca el preludio de *Su altivo desdén*…

—Voy a irme fuera con Suki durante un tiempo. ¿Conoces algún sitio donde no haya ninguna tienda? Dios, necesito unas vacaciones. Mike, esto es una mierda. Tú sabes lo que de verdad quiero hacer, ¿no es cierto?

—Por supuesto que lo sé.

Luke se quedó mirando a Mike hasta que éste dijo:
—Quieres dirigir.

Cuando Alistair se recuperó de aquel almuerzo, revisó *Ofensiva desde Quásar 13* siguiendo a grandes rasgos las sugerencias de Sixsmith. Resolvió el problema de Chelsi haciendo que fuera cruelmente devorada por una pantera estigia de la jaula de fierasdel laboratorio. La acusación de gratuidad se veía, en opinión de Alistair, convenientemente conjurada por el discurso de adiós de Brad ante sus restos, que a un tiempo prefiguraba y legitimaba su sanguinaria venganza contra los nebulanos. Asimismo, suprimió el pasaje en que Brad declaraba su amor por Chelsi y lo sustituyó por otro en el que Brad declaraba su amor por Tara. Envió, pues, las nuevas hojas con los cambios, y tres meses después Sixsmith acusó recibo de ellas y les dedicó un aplauso bastante incompatible con el tenor de sus notas anteriores. Pero no le reembolsó a Alistair el importe del almuerzo. Su cartera, le había explicado entonces, había sido saqueada aquella misma mañana (Sixsmith no llegó a precisar por cuál de los alcohólicos). Alistair conservó la cuenta de aquel almuerzo a modo de recordatorio. Aquel sorprendente documento daba fe de que en el curso del almuerzo Sixsmith se había fumado —o cuando menos comprado— casi un cartón de cigarrillos.

Tres meses después le fueron enviadas unas pruebas de *Ofensiva desde Quásar 13*. Tres meses después, el guión apareció en el *Little Magazine*. Tres meses después, Alistair recibió un talón por importe de 12,50 libras, que le fue devuelto por el banco.

Curiosamente, aunque las pruebas habían incorporado las correcciones de Alistair, la versión publicada recogía escrupulosamente el original primero, en el cual Brad escapaba del laboratorio nebulano al parecer sin preocuparse en absoluto por una Chelsi a quien se veía por última vez sobre una mesa de quirófano con una jeringuilla llena de veneno de víbora fobiana clavada en el cuello. Aquel mismo mes, más tarde, Alistair asistió a una lectura en la Sociedad de Guionistas, en Earls Court. Allí entabló conversación con una chica demacrada, con una especie de blusón negro manchado de ceniza, que afirmaba haber leído su guión y que, primero sobre unos cuantos vasos de vino tinto y luego en un terrible *pub*, le dijo que era un pelele y un hipócrita y que no tenía ni la más remota idea de cómo se relacionaban hombres y mujeres. Alistair no llevaba como guionista publicado el tiempo suficiente como para responder a —o siquiera reconocer— proposiciones *gráficas* de tal naturaleza, aunque sí conservó el número de teléfono que ella le arrojó a los pies. (De todas formas, no está nada claro si se habría atrevido a llevar las cosas más lejos: se iba a casar con Hazel el fin de semana siguiente.)

En Año Nuevo empezó a enviar a Sixsmith una serie —casi podríamos denominarla una secuencia— de guiones sobre grupos humanos amenazados por grandes peligros. Su ulterior carta del verano mereció una breve nota de respuesta en la que se le informaba de que Sixsmith no trabajaba ya en el *Little Magazine*. Alistair telefoneó a la revista. Luego discutió el asunto con Hazel y decidió tomarse el día siguiente libre.

Era una mañana de septiembre. El asilo de Cricklewood era de estilo y construcción recientes. Desde la carretera parecía un puñado de iglús recortados contra la tundra sin brillo del cielo. Cuando preguntó por Hugh Sixsmith en recepción, dos hombres con traje brincaron rápidamente de sus sillas. Uno era notificador de mandamientos judiciales; el otro tasador de costes. Alistair se zafó como pudo de sus complejas pretensiones.

La cálida sala albergaba ahogados y pesarosos murmullos, y un desafío en forma de botellas y vasos de papel y humo de cigarrillos, y la miríada de escrutadores ojos de la aflicción femenina. Una mujer joven lo encaró con ademán orgulloso. Alistair empezó a explicar quién era, un guionista que venía a… En la cama de un rincón divisó la decrépita figura de Sixsmith, torpe y desgarbada. Alistair se dirigió hacia ella. Al principio tuvo la impresión de que carecía de ojos, de que eran como agujeros en una calabaza o una naranja sanguina. Pero luego los débiles párpados empezaron a alzarse, y Alistair creyó ver la luz del reconocimiento.

Cuando comenzaron las lágrimas, sintió en la espalda el estremecimiento de la aprobación, del asenso. Cogió la mano del viejo guionista y dijo:

—Adiós. Y gracias. Gracias. Gracias.

Estrenado en cuatrocientos treinta y siete teatros, el soneto *Compuesto en… Castle* de Binary recaudó diecisiete millones en su primer fin de semana. A la sazón Luke vivía en un apartamento de dos dormitorios en Yokum Drive. Con Suki. Confiaba en que no tardara mucho en descubrir su aventura con Henna Mickiewicz. Y cuando amainara la tormenta buscaría consuelo en la más madura Anita, que era productora.

Había llevado su soneto a Rodge, de Red Giant, donde había acabado convertido en una oda. Cuando comprobó que no funcionaba lo llevó a Mal, de Monad, donde lo convirtieron en una villanela. La villanela —en síntesis— se había convertido en un trioleto al recalar en Tim, de la TCT, para finalmente verse convertida en un rondó por sugerencia de Bob, de Binary. Cuando el rondó no «cuajó», Luke le dio un tratamiento lírico y encargó a Mike que se lo enviara a Joe. Todo el mundo, incluido Jake Endo, pensó entonces que había llegado el

momento de convertirlo en un soneto.

Luke estaba cenando en Rales con Joe y Mike.

—Siempre he visto en *Soneto* una obra de arte —dijo Joe—, pero los sonetos se están poniendo tan difíciles que he empezado a pensar más comercialmente.

Mike dijo:

—La TCT va a sacar una continuación y un preludio de *Su altivo desdén*… Las dos cosas al mismo tiempo.

—¿Una continuación? —dijo Joe.

—Sí. La van a titular *Su futuro altivo desdén*…

Mike se sentía un poco jodido. Joe se sentía un poco jodido. Luke se sentía un poco jodido. Habían trabajado unos cuantos versos en la oficina. Luego se habían tomado unas cuantas copas en la barra del restaurante. Ya habían previsto estar un poco jodidos. No importaba. De cuando en cuando era bueno estar un poco jodido. La cosa era no estar jodido muy a menudo. La cosa era no estar jodido en exceso.

—Lo digo en serio, Luke —dijo Joe. Rebosaba entusiasmo—. Pienso que *Soneto* puede ser un bombazo tan grande como_.

—¿Tú crees? —dijo Luke.

—Sí, en serio. Creo que *Soneto* podría ser otro_.

—¿_?

—_.

Luke se quedó pensativo unos instantes tratando de asimilarlo.

—_ —repitió dubitativo.

New Yorker, 1992

LA MUERTE DE DENTON

De pronto Denton cayó en la cuenta de que serían tres, de que vendrían después del anochecer, de que el jefe tendría la llave y de que actuarían con calma y determinación, seguros de que dispondrían de todo el tiempo necesario para hacer lo que tenían que hacer. Supo que serían corteses, deferentes, urbanos —fuera cual fuere el estado en que él se encontrara cuando llegaran—, y que le permitirían ponerse cómodo. Quizá le ofrecerían un último cigarrillo. Jamás había dudado seriamente de que los tres ganarían su simpatía y admiración de inmediato, y le habría gustado enormemente haber llegado a ser su amigo. Sabía que solían utilizar una máquina. Como movido por una extraña visión retrospectiva, Denton pensaba a menudo y dolorosamente en el momento en que el jefe se avendría a cogerle la mano cuando la máquina comenzara a funcionar. Sabía que los tres estaban ya allí fuera, viendo gente, haciendo llamadas telefónicas. Y sabía que tenía que resultar muy caro contratarles.

Al principio sintió un vivo e incluso vanidoso interés por saber quién habría contratado a aquellos hombres y su máquina. ¿Quién podría molestarse en hacerle aquello? Estaba su hermano, un enorme y exhausto hombre que a Denton jamás le había gustado ni disgustado, y a quien jamás se había sentido unido y por quien jamás se había sentido amenazado en forma alguna. Se habían peleado recientemente, sí, por el reparto de los bienes de su madre muerta, y de hecho Denton se las había arreglado para quedarse con unas cuantas fruslerías de más a expensas de su hermano; pero ésta era otra razón por la que su hermano jamás podría permitirse hacerle aquello. Había un hombre en la oficina cuya vida Denton probablemente había arruinado: tiempo atrás Denton había conseguido intimidarle para que lo ayudara en la realización de un pequeño robo en la oficina, y luego se lo había contado todo a sus superiores arguyendo que en su caso había sido una simulación para probar a su colega (la empresa no sólo despidió al hombre en cuestión, sino que logró —causando apenas una leve inquietud en Denton— que lo procesaran con éxito por hurto). Pero alguien cuya vida había podido arruinar tan fácilmente tenía que carecer por fuerza de la determinación necesaria para hacerle aquello. Había también unas cuantas mujeres que aún contaban marginalmente

en su vida, mujeres a quienes había maltratado tan concienzudamente como había osado hacerlo, mujeres todas ellas que en el pasado parecieron deleitarse con las frustraciones de Denton, que se habían estremecido de placer con sus pesares, que se habían reído de sus fracasos. Había oído que una de ellas estaba a punto de casarse con alguien muy rico, o en cualquier caso alguien lo suficientemente rico como para contratar a tres tipos. Pero a aquella mujer Denton nunca le había importado tanto como para querer hacerle aquello.

Transcurridos unos días, sin embargo, la cuestión de quién había contratado a aquellos hombres dejó de pronto de preocuparle. No se sentía capaz de formarse juicios rotundos al respecto; a fin de cuentas, todo estaba decidido. Denton se desplazaba lentamente por las dos piezas de su pequeño apartamento, reformado a medias; se quedaba inmóvil, como apático, con la mente tan vacía como los cristales cubiertos de polvo de las ventanas o las estridentemente desnudas paredes. Ya nada lo incomodaba. Se pasaba los días vagando silenciosamente por el apartamento, sin pagar el alquiler (al parecer era eso precisamente lo que los propietarios esperaban), sin ir a la oficina más que una o dos veces por semana. Al cabo dejó de ir por completo (en la oficina a nadie parecía importarle; eran discretos y remotos como parientes comprensivos), y dejó de pensar en quién habría contratado a los tres hombres y su máquina. Tenía algo de dinero, lo suficiente para comprar leche y ciertos alimentos básicos. Denton había sido anoréxico en su juventud, porque odiaba la idea de hacerse mayor y viejo. Ahora su estómago había redescubierto aquella viva, sentimental tensión, y solía vomitar con brío después de ingerir cualquier sólido.

Se pasaba el día sentado en la sala vacía, pensando en su niñez. Le daba le impresión de que en su vida no había hecho otra cosa que ir dando tumbos desde la felicidad de la infancia, dando tumbos hacia la inseguridad y el desencanto de sus años últimos, cuando gradualmente, como merced a algún altanero consenso, a la gente había dejado de gustarle Denton y a Denton le había dejado de gustar la gente. ¿Qué me ha pasado?, se preguntaba Denton. A veces conseguía visualizarse a sí mismo a la edad de seis o siete años, corriendo hacia el autobús de la escuela, con la cartera pegada a un costado y la cara fresca y en absoluto ansiosa; entonces Denton se inclinaba hacia adelante y sollozaba roncamente con la cara entre las manos, y al poco se levantaba y se preparaba quizá un té, y se ponía a contemplar el complicado ajetreo de la plaza, y se sentía ebrio y sabio. Denton dio las gracias a quienquiera que hubiera contratado a los tres hombres para hacerle aquello. En su vida se había sentido tan vivo.

Más tarde, su mente aceptó plenamente la venida de los hombres y

su máquina, y su infancia se desvaneció con todos los demás retazos de su vida. Denton, ya sin rostro, «racionalizó» las provisiones de la despensa comprando todo un surtido de leches enlatadas y comidas para bebé de la más variada gama, de forma que, en caso necesario, podía no volver a salir jamás del apartamento. Con la severa adustez de un adolescente, Denton decidió dejar de lavar la ropa y dejar de lavarse él mismo. La claridad que entraba por los cristales era menor cada día, y Denton empezó a dejar encendidos día y noche los secos y ruidosos radiadores. Las dos piezas del apartamento se volvieron turbias y exentas de espíritu, como invernaderos en medio de una tormenta estival. En una ocasión, movido por un impulso, Denton abrió bruscamente la rígida ventana de la sala. El exterior le hirió con saña, como si el aire estuviera preñado de acero. Cerró la ventana y volvió a su sillón, junto al fuego, donde permaneció sentado sin expresión en el semblante hasta la hora de irse a la cama.

Por la noche lo conmovían y atormentaban sueños exultantes e hirientes. Lloraba en playas escarlatas, mientras las olas se alzaban ante él hasta ocultar el sol. Veía derrumbarse ciudades, desmoronarse montañas, venirse abajo continentes. Y él conducía a un mundo agonizante hacia el amable calor del espacio. Sostenía planetas en las manos. Avanzaba tambaleante por arcadas terminales, espiado por familiares figuras encapuchadas apostadas en oscuros umbrales. Pequeñas chiquillas voladoras de mellados dientes depredadores surcaban el aire en dirección a él a velocidades serpeantes e insólitas. Se topó con su propio ser de otro tiempo, cuando era más joven, y al verlo sumido en la aflicción le ofreció alimento, que le fue arrebatado por un águila. A menudo Denton se despertaba tendido diagonalmente sobre la cama, con las mejillas mojadas por lágrimas exhaustas.

¿Cuándo llegarían? ¿Cómo sería su máquina? Denton pensó en la llegada de los tres hombres con la inocua desesperanza de un amante largamente separado de su amada: la llamada en la puerta, las apacibles y tranquilizadoras sonrisas, la cama, la petición de un cigarrillo, el ofrecimiento de la mano del jefe, la máquina… Denton imaginaba el momento como un mero cambio de estado de ánimo, un sencillo tránsito de un estado a otro, como despertarse o dormirse o darse cuenta repentinamente de algo. Sobre todo se deleitaba en el pensamiento de aquella consoladora mano apretando la suya mientras la máquina se ponía en funcionamiento. Un peldaño de una escalera de mano, un asidero final cuando la vida empezara a escapársele y la muerte comenzara.

¿Cómo sería su muerte? La mente de Denton veía libros de símbolos, bestiarios. La nada y un zumbido purpúreo. El engaño. Un campo de juegos abandonado. Lacerantes sueños. Fracaso. La sensación de que los demás quieren librarse de uno. El proceso de

morir repetido incesantemente. ¿Cómo será mi muerte?, se preguntó Denton, y supo al instante, con una certeza abrupta, que sería idéntica a su vida: diferente en la forma, quizá, pero nada nuevo; el mismo balance de cosas soportables. El mismo exactamente.

Aquella noche, en la madrugada, Denton abrió los ojos y allí estaban. Dos de ellos permanecían de pie en el umbral a contraluz del dormitorio, con el porte pesado de quienes tienen una tarea — *esa* tarea— que cumplir. Tras ellos, fuera, junto a la puerta de al lado, podía oír al tercer hombre preparando la máquina. Las sombras llenaban el techo amarillo. Denton se incorporó rápidamente e hizo ademán de arreglarse el pelo y la ropa.

—¿Eres tú? —preguntó.

—Sí —dijo el jefe—. Aquí estamos otra vez. —Miró en torno a la habitación—. ¿No crees que estás siendo un chico sucio?

—Oh, no me digas eso —dijo Denton—. Ahora no.

Sintió que lo embargaba la autocompasión y la vergüenza. Se vio a sí mismo como ellos le veían, hecho un viejo vagabundo en un cuarto sucio, con miedo a morir. Denton rompió a llorar cuando los hombres empezaron a acercarse (parecía quedarle sólo ese gesto para expresar su indefensión).

—Ya está casi —dijo el tercer hombre con voz sonora y grave a través de la puerta.

Y al instante siguiente los tres estaban sobre él. Lo sacaron fuera de la cama y lo empujaron hasta la sala. Empezaron a atarle a un sillón recto con correas de cuero, manipulando su cuerpo como médicos del ejército a un paciente difícil. Todo fue muy rápido.

—Un cigarrillo, por favor —dijo Denton.

—No tenemos toda la noche, ¿sabes? —susurró el jefe—. Lo sabes perfectamente.

La máquina estaba lista. Era una caja negra con una luz roja y dos interruptores cromados. Emitía un ruido sordo y lejano. Del lado más cercano salía un tubo brillante, de color carne, que acababa en lo que parecía una pequeña máscara antigás o el protector dental de un boxeador.

—Abre más la boca —dijo el jefe. Denton se debatió débilmente. Le apretaron la nariz—. Mañana todo esto pertenecerá al pasado — dijo el jefe—. Todo habrá pasado en… un par de minutos.

Separó con los dedos los labios apretados de Denton. El blando protector le resbaló sobre la fila frontal de dientes; parecía *vivo*, parecía tantear un firme asimiento con sus superficies diestras y carnosas. Una honda, nauseosa succión inversa empezó a generársele en el pecho, como si cada corpúsculo se estuviera armando para conseguir un movimiento brusco y concertado. ¡La mano! Denton se

puso rígido. Con una ira desesperanzada se debatió para atraer la atención del jefe, congestionando los ojos y arrancando tenues sonidos finales a las profundidades de su garganta. Cuando la presión se le hubo acumulado masivamente dentro del pecho, Denton dobló y flexionó las muñecas, tratando de zafarse de las correas de cuero. Algo le hacía cosquillas en el corazón con gruesos y fuertes dedos. Forcejeaba con la inconsciencia en aguas oscuras. Moría solo.

—Muy bien —dijo uno de los hombres cuando vio que su cuerpo aflojaba—. Está preparado.

Denton abrió los ojos por última vez. El jefe le miraba a la cara fijamente, de muy cerca. Denton no tenía fuerzas. Frunció el ceño con tristeza. El jefe comprendió casi al instante y sonrió como un padre sonríe a un niño nervioso.

—Oh, sí… —dijo—. En este punto Denton siempre quiere que le cojan la mano.

Denton oyó el clic del otro interruptor y sintió cómo le iban sacando una larga cuerda por la boca.

El jefe le cogió la mano y se la fue apretando mientras la vida se escapaba de su cuerpo. Y comenzó la muerte de Denton.

De pronto Denton cayó en la cuenta de que serían tres, de que vendrían después del anochecer, de que el jefe tendría la llave y de que actuarían con calma y determinación, seguros de que dispondrían de todo el tiempo necesario para hacer lo que tenían que hacer. Al principio sintió un vivo e incluso vanidoso interés por saber quién habría contratado a aquellos hombres y su máquina. Transcurridos unos días, sin embargo, la cuestión de quién había contratado a aquellos hombres dejó de pronto de preocuparle. Se pasaba el día sentado en la sala vacía, pensando en su niñez. Más tarde, su mente aceptó plenamente la llegada de los hombres y su máquina, y su infancia se desvaneció con todos los demás retazos de su vida. Por la noche lo conmovían y atormentaban sueños exultantes e hirientes. ¿Cuándo llegarían? ¿Cómo sería su muerte? Aquella noche, en la madrugada, Denton abrió los ojos y allí estaban.

—Sí —dijo jefe—. Aquí estamos otra vez.

—Oh, no me digas eso —dijo Denton—. Ahora no.

La máquina estaba lista. El jefe le cogió la mano, y se la fue apretando mientras la vida se escapaba de su cuerpo. Y comenzó la muerte de Denton.

Encounter, 1976

EL ESTADO DE INGLATERRA

1. TELÉFONOS MÓVILES

Big Mal estaba de pie en la pista con su arrugado traje de lino. Llevaba un cigarrillo en una mano y un teléfono móvil en la otra. También llevaba una herida: un horrible desgarro en un lado de la cara, desde el lóbulo de la oreja hasta el pómulo. Lo peor de la herida era lo *reciente* que era su aspecto. No sangraba. Pero puede que hubiera estado rezumando. El traje lo había comprado en Contemporary Male, en Culver City, Los Ángeles, cinco años atrás. La herida se la habían hecho en un aparcamiento de varias plantas cercano a Leicester Square, en Londres, la noche anterior. Bajo las altas nubes de base plana y el chillón azul del cielo, Big Mal seguía en la pista de atletismo. Sin ser alto, era como una mole de ladrillo: uno setenta y cinco en todas direcciones. Mal se sentía inmerso en una situación clásica: esposa, hijo, otra mujer. Era a mediados de septiembre. El Día de los Deportes. La pista por la que deambulaba pronto sería pisoteada a conciencia por su hijo de nueve años, el pequeño Jet. La madre de Jet, Sheilagh, estaba en las escaleras del club, a unos cincuenta metros, junto a las otras madres. Mal podía verla. Ella también llevaba un cigarrillo y un teléfono móvil en las manos. No se hablaban más que a través de estos teléfonos.

Mal se puso el cigarrillo en la boca y con grandes, blancos, fríos y agitados dedos marcó el número.

—¡*A*! —dijo, con un sonido tenso, agudo; una breve «a», como la de su nombre, «Mal». Era un sonido que Mal empleaba a menudo: una respuesta general ante el dolor, la inadvertencia, la imperfección terrena. Ahora había emitido aquel «¡A!» porque se había equivocado y había apretado el auricular contra el otro oído. Contra la oreja herida: tan hinchada, tan enjundiosamente traumatizada por los sucesos de la noche anterior. Luego añadió—: Soy yo.

—Sí, te estoy viendo.

Sheilagh se estaba apartando del grupo de madres y bajaba las escaleras del club en dirección a él. Mal le dio la espalda y preguntó:

—¿Dónde está Jet?

—Viene en el autobús. Dios, Mal, ¿qué diablos te has hecho esta vez? Cómo tienes la cara…

Perfecto. Era estupendo saberlo: su herida se veía a cincuenta metros.

—Cojones —dijo, a modo de explicación. Lo cual, en cierto modo, era verdad. Mal tenía cuarenta y ocho años, y era evidente que se había ganado bien la vida con los puños: los puños, las punteras de los zapatos, la rápida y agresiva frente… La paliza de la noche pasada no era en absoluto la peor que había recibido en su vida. Pero había sido sin duda la más extraña—. No cuelgues —dijo, mientras se encendía otro cigarrillo—. ¡*A*! —añadió. Había vuelto a equivocarse de oído—. ¿A qué hora llega el autobús?

—¿Te han mirado esa herida? Tienes que curártela.

—Me la han curado —dijo Mal en tono cauteloso—. Una enfermera diplomada.

—¿Quién? ¿Miss India? ¿Cómo dice que se llama? *Linzi*…

—No, Linzi no. Ivonne.

La mención de este nombre (cansina aunque poderosamente acentuado en la primera sílaba) despertaba en Sheilagh unas resonancias muy concretas.

—No me lo cuentes. Has estado buscando bronca con Fat Lol… Sí. Muy bien. Si llevas treinta años con Fat Lol…

Mal siguió el curso del razonamiento. Si uno ha estado treinta años con Fat Lol sabe perfectamente en qué consisten los primeros auxilios. Lo quiera o no, uno es casi enfermero diplomado.

—Me ha curado Ivonne —siguió Mal—. Me ha limpiado la herida y me ha puesto algo para taparla.

Era la verdad. Aquella mañana, con el té y las tostadas delante, Ivonne le había quemado la mejilla con la loción para después del afeitado de Fat Lol, y luego se la había cubierto con un trozo de papel de cocina. Pero el papel había desaparecido hacía tiempo en los borboteantes intersticios de la herida. Era como en aquella película de aquel jovencísimo Steve McQueen… Ah, sí: *The Blob*.

—¿Te duele mucho?

—Sí —dijo Mal con resignación—. Me duele mucho. Mira. Tratemos de ser civilizados delante del niño, ¿vale? Vamos, She. Se lo debemos a Jet. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Estupendo. Ahora dame mi jodido dinero.

—¿El jodido dinero de *quién*?

—¿El jodido dinero de quién? El jodido dinero mío.

Sheilagh colgó y entonces Mal trató, sin éxito (y mascullando

«¿dónde estás, tío?»), de conectar con Fat Lol (le llamó, pues, a *su* móvil).

Describiendo un amplio arco, manteniendo una distancia fija entre él y Sheilagh, Mal avanzó pesadamente por la pista atlética, y al cabo fue a parar al extremo opuesto del club. El edificio era de madera negra Tudor: puede que dentro hubiera un bar. Mal vaciló, e incluso se tambaleó; su brío corporal estaba quedándose sin cuerda. Y allí estaban los demás padres, en las escaleras de la vuelta de la esquina, con *sus* teléfonos móviles.

Demorando el acercarse, Mal se detuvo en el borde del edificio e intentó localizar a Linzi en *su* teléfono móvil.

El colegio de Jet, el Saint Anthony, era un colegio elegante, o al menos caro. Era Mal quien, de un modo u otro, hacía frente a las exorbitantes facturas escolares. Aunque se dejaba ver sólo en días como aquél, en que la asistencia era algo de rigor. Asimismo, deseaba y esperaba que su hijo rindiera como estudiante.

Durante sus más recientes visitas al colegio para asistir a las reuniones padres-profesores, Mal se había quedado sin habla la mayor parte del tiempo, afectado por una terrible inhibición ante sus iguales: no podía dejar de pensar que había algo horriblemente malo en él. Quería escapar de *aquel* grupo de iguales e incorporarse a otro grupo de iguales diferente en el que tropezara con una menor oposición. Mal dejaba que fuera Sheilagh quien hablara, pues ella poseía una mayor confianza en sí misma y una más alta autoestima —derivadas, como en cierta ocasión había dicho su consejero matrimonial, de «su mayor pericia idiomática»—. Lo cierto era que la escritura de Mal, para decirlo suavemente, dejaba mucho que desear. Y no es que pudiera considerarse brillante su aptitud para la lectura. Tampoco. Ante una valla publicitaria, pongamos, o ante las instrucciones de una lata de tiritas, sus labios se movían, trémulos, y su mímica daba cuenta de lo dificultoso de la empresa. También hablaba mal, y lo sabía. Pero en la actualidad todos los prejuicios en contra de la gente como él eran cosa del pasado. O al menos eso se decía. Y en parte era cierto. Mal podía ir prácticamente a cualquier restaurante que le apeteciera, y comer o cenar rodeado de todos aquellos tipos de vocecitas chillonas y remilgadas, y pagar una cuenta tan abultada como un billete de avión. Podía ir a los sitios que le viniera en gana. Y sin embargo nadie podía garantizar que *se sintiera a gusto* en tal o cual lugar. Nadie podía garantizarle eso. Mal, que gruñía con una especie de asentimiento cuando veía que un puño volaba directamente hacia su boca, podía quedar totalmente fuera de combate ante la visión de un dedo meñique levantado. La exclamación ¡*A*! siempre lo acompañaba, cada minuto, como una enfermedad, como un embrujo. Adelante, pues, y

fíjate bien en todo… Adelante, pues, y ríe. ¿Por qué si no le gustaba tanto Estados Unidos? Los Ángeles, tío… Trabajando para Joseph Andrews…

Mal se sentía un hombre en una situación clásica. Se había ido de casa (hacía cinco meses) y se había ido a vivir con una mujer más joven (Linzi), abandonando a su mujer (Sheilagh) y a su hijo (el pequeño Jet). Una situación clásica es, por definición, una situación de segunda mano, de tercera mano, de undécima mano… Y ello era tanto más obvio cuanto más alto fuera el ordinal. En la noche avanzada Mal se sorprendía a veces pensando: si Adán hubiera dejado a Eva y se hubiera fugado con una mujer más joven — suponiendo que la hubiera encontrado—, se habría adentrado en un terreno absolutamente ignoto. Se le podría tachar de hijo de puta, pero no de trivial. Pero hoy esto se había convertido en rutina; era algo normal y corriente, rancio, sin vida. Hoy, asimismo, existía otro nivel de enfoque para algo tan manido. Recogías algo de información sobre los estudios y estadísticas al respecto, y aparecías en televisión todas las noches, en todas esas telenovelas y comedias de situación encaminadas normalmente a hacer reír. Uno de los dos tipos lo hacía: se iba de casa. Claro que *no* irse de casa era también algo trivial, pero a nadie se le ocurría ponerlo de relieve. Y además Adán, quedándose con Eva, también se quedaba en lo absolutamente ignoto.

Tenía la impresión de que en esto él no era sino un cliché; y, aún más, de que incluso había jodido tal cliché. *Se había fugado con una mujer más joven y se había ido a vivir con ella*… ¿Fugado? Linzi vivía al otro lado de la calle. ¿Ido a vivir con ella? Estaba en un *bed-and-breakfast* de King's Cross. ¿Una mujer más joven? Estaba cada día más seguro de que Linzi era, de hecho, una mujer *más vieja*. Una tarde, mientras Linzi se hallaba sumida en una profunda siesta, Mal había encontrado su pasaporte. La fecha de nacimiento de Linzi era el 25 de agosto de 19… Los dos últimos dígitos habían sido arañados y borrados con la uña. A la luz de la lámpara aún podía entreverse un punto de esmalte de uñas (el mismo carmesí vampírico que ella solía utilizar). Allí enfrente, mirándole con fijeza, estaba la cara de Linzi: delirios de grandeza en un fotomatón de Woolworth. De lo único que tenía certeza Mal era de que Linzi había nacido en este siglo.

¡*A*! Otra vez el oído equivocado. Pero esta vez no se había equivocado: *quería* que fuera ese oído. Porque ahora estaba a punto de reunirse con los padres, con el grupo de iguales, y el móvil podría ayudarle a ocultar la herida. Los móviles significaban movilidad social. Con un móvil cabalgando sobre la mandíbula uno podía salir a la palestra sumido en sus propias cosas, en sus preocupaciones, en sus asuntos.

—Qué hay, amigos —dijo, dirigiéndoles un saludo con la mano.

Luego volvió a engolfarse en el teléfono. Había llamado a Linzi y decía, por tanto, cosas como «¿De veras, niña?… Tómate una taza de té y un Nurofen… Vuelve a la cama… Con esos folletos… ¿Quiénes, las Curvilíneas o las Crecientes?… ¿Seguro, cariño?…». Encorvado sobre su móvil, con las rodillas dobladas, Mal parecía un atleta esperando su turno para lanzar el peso. Hacía lo que los otros padres estaban haciendo, a saber: componer una pose. Presentar una apariencia a los demás y al mundo. ¿Y qué le decía la apariencia de Mal al mundo? En el campo de la lucha existen cosas sabidas de siempre: cuando te infligen una herida, no sólo tienes que recibirla, que padecerla; no sólo tienes que sobrellevarla; tienes también que «llevarla», a la vista de todo el mundo, hasta que se cure.

Asintiendo con la cabeza, parpadeando, cogiendo un brazo aquí, dando una palmadita en el hombro allá, iba moviéndose entre los padres. Se veían chaquetas de sport, trajes ligeros, tejanos y camisas abiertas, e incluso algún curioso *dhoti* o algún caftán o comoquiera que uno quiera llamarlos. Los padres: la mitad de ellos no eran siquiera ingleses, incumpliendo así la primera de las normas sociales. O eso era lo que Mal pensaba en un tiempo.

—¡Manjeet, muchacho! —se veía diciendo—. ¡Mikio! ¡Nusrat!

Socialmente, en la actualidad, incluso los paquistaníes eran capaces de imponerle respeto. Paratosh, por ejemplo, que era una especie de *sij* o de *pathan* y llevaba corbata y actuaba en obras dramáticas de la radio y tenía unos modales exquisitos. Y si hasta yo noto perfectamente que tiene unos modales exquisitos, pensó Mal, realmente debe de tenerlos.

—¡Paratosh, muchacho! —exclamaba ahora.

Pero Paratosh se limitó a dedicarle una sonrisa neutra y a dirigir escrupulosamente hacia otra parte su mirada majestuosa. Mal tuvo la impresión de que todos hacían lo mismo. Adrian. Fardous. ¿Por qué? ¿Era por la herida? No lo creía. Veamos, aquéllos eran los padres «nucleares», los que habían seguido formando un núcleo con sus familias (hasta el momento, al menos). Y todo el mundo sabía que Mal había roto con todo eso, que había incumplido su pacto y se había vuelto «no nuclear». Aquellos hombres —algunos de ellos— eran los maridos de las amigas de Sheilagh. Paseándose entre ellos y pisando el suelo con firmeza mientras volvía a intentar hablar con Fat Lol, Mal vio seculares reproches dirigidos a él en aquellas caras de ocre y avellana, de café y moca. Él era un paria, un intocable; y todos pensaban —pensaba Mal— que había fracasado como hombre. Torpe y desgarbado, enorme como una mole en forma de cubo, acobardado bajo la fina mata de pelo oscuro, con los dedos temblorosos sobre los accidentes de la mejilla dolorida, Mal era intocable, como su herida.

Otros padres mantenían a través de sus móviles conversaciones

incorpóreas, unidireccionales. Por espacio de un instante parecían locos, como esas pobres gentes que mantienen monólogos y soliloquios en las calles.

2. CRIATURAS ASIÁTICAS

El verdadero nombre de Linzi era Shinsala, y su familia había venido de Bombay in illo témpore. Nadie podría adivinarlo hablando con ella por teléfono. La mayoría de aquellos padres extranjeros —los Nusrat, los Fardous, los Paratosh— hablaban un inglés mejor que el de Mal. Mucho mejor. Amén de —se suponíaser bastante buenos en farsi, urdu, hindi o lo que fuera. Y Mal no podía dejar de preguntarse: ¿cómo es posible? ¿Cómo era posible que a él, Mal, le hubieran comido tanto el terreno y le hubieran dejado *tan poco*? Pero Linzi no concitaba en él tales reproches. Linzi hablaba peor que Sheilagh, peor que Mal. Hablaba tan mal como Fat Lol. Hablaba puro East End, con la salvedad de un pequeño «exotismo» en la manera en que empleaba los pronombres. Linzi decía *he* donde un inglés diría *him* o *his*.[1] Como «comparado con *he*» o «conduciendo *he* coche». Y lo mismo con *she*.[2] Como «lo dice por *she*» o «la forma de llevar *she* falda». Ello a veces conseguía darle a Mal un buen susto, porque pensaba que estaba hablando de She, es decir, de Sheilagh. Y es que Linzi estaba siempre al borde de una confrontación con She. Como ese mismo día, por ejemplo. Mal no quería ni pensar en la posibilidad de que ambas se encontraran cara a cara. ¡*A*!

Pero ahora el hombretón se abría paso entre los padres en dirección al interior del club. Dejó atrás la máquina de Coca-Cola, los tablones de anuncios, la entrada a los vestuarios, la ventanilla de los refrigerios y su aroma de hamburguesas. Santo Dios. Mal no era un gran bebedor, como otros. Pero la noche anterior, después de la zurra, él y Fat Lol se habían bebido una botella de whisky escocés. Una botella *cada uno*. Así que ahora le vino a la cabeza que después de un par de pintas de cerveza seguro que se sentía como nuevo. Se asomó a una esquina, se detuvo, y al final siguió andando haciendo tintinear el cambio en el bolsillo. Todo en él respondía a cuanto veía: la máquina tragaperras, el tarro de los donativos lleno de monedas cobrizas, los paños grises y húmedos bajo unos ceniceros del tamaño de boles, las botellas de licor boca abajo y con ese mecanismo en el morro que garantiza la honradez de la prestación, que garantiza el juego limpio. Y allí estaba el ampulosamente afable camarero, moviéndose pesadamente sobre el piso.

—¡Mal!

Mal se volvió.

—¡Bern, muchacho!

—¿Todo bien?

—Todo bien. ¿Cómo está el pequeño Clint?

—Es un diablo. ¿Cómo está…?

—¿Jet? Está hecho un buen mozo.

—Ven, Mal. Dile hola a Toshiko.

Toshiko sonrió con sus dientes japoneses.

—Encantado de conocerla —dijo Mal, y añadió, impotente e inseguro—: De veras.

Bern era el padre que mejor conocía Mal. Habían trabado conocimiento en la línea de banda de un campo de fútbol, mientras veían jugar a sus hijos defendiendo los colores del Saint Anthony's. Clint y Jet eran delanteros del equipo de menores de nueve años. Sus padres seguían el partido como un par de terribles «cazatalentos» o reporteros, y gritaban cosas como «¡marcaje de zona!», o «¡sistema de líbero!», o «¡4-4-2!» mientras sus hijos y el resto de los chicos corrían por el campo como perros detrás de una pelota. Luego Mal y Bern se tomaron unas copas. Estuvieron de acuerdo en que no era nada extraño que sus chicos hubieran recibido una paliza (9 a 0). La defensa era un desastre, y en el juego medio «no hacían una mierda». ¿Por qué diablos no lanzaban pases a los delanteros?

—La otra noche oí una cosa muy interesante —dijo de pronto Bern. Bern era fotógrafo; al principio de modas, luego de sociedad y prensa del corazón. Hablaba aún peor que Mal—. Una cosa muy interesante. Estaba cubriendo la recepción del alcalde y me puse a hablar con unos polis. De Scotland Yard. ¿Te acuerdas de aquel tipo que se coló en Buckingham Palace y que armó todo aquel revuelo en los periódicos?

Mal asintió con la cabeza. Lo recordaba.

—Bueno, pues adivina qué. —Aquí la cara de Bern adquirió una expresión solemne y sacerdotal—. Creen que se la folló. Creen que le echó un polvo.

—¿A quién?

—A la reina. Te acuerdas de que lo encontraron en su dormitorio, ¿no?

—Sí.

—Bueno, pues creen que se la folló.

—Joder, es un poco difícil de creer, ¿no, tío?

—Ya, pero eso es lo que piensan. Piensan que se la folló. Bien, así que… te has largado, ¿eh?

—Sí, tío. No podía aguantar más.

—Claro, todo hombre tiene un…

—Límite.

—Exacto. O sea, cuánta mierda eres capaz de aguantar…

—Exacto.

Estaba bien poder charlar con Bern de aquel modo. Poder desahogarse. Bern se había marchado de casa cuando su mujer estaba embarazada del pequeño Clint. No por aquella Toshiko, que parecía ser japonesa, sino por otra. Cada vez que Mal se topaba con él, Bern llevaba a alguna mujer nueva colgada del brazo: extranjera, treintañera… Como si se dedicara a ir país por país. Para mantenerse joven.

—Mira a ésta —dijo Bern—. Veintiocho años. ¿Sabes una cosa? Es mi primera nipona. ¿No es cierto, Tosh? ¿Dónde han estado antes, durante toda mi vida, estas criaturas? —Sin bajar un ápice la voz o cambiar de tono, añadió—: ¿Sabes? Siempre pensé que lo tenían oblicuo. Lo de ahí abajo. Pero no. Lo tienen igual que todas. Dios las bendiga.

—No hablas inglés, ¿verdad, Tosh? —siguió Bern, con el consiguiente alivio de Mal al oírlo.

Toshiko le respondió con una especie de graznido.

—Habla francés.

Mal bajó la mirada. El caso era que… Lo que le pasaba a Mal era que su sexualidad, al igual que su sociabilidad, era esencialmente lúgubre. Como si algo hubiera ido mal cuarenta años atrás, un sábado de lluvia, al pasar junto a los escaparates de unos grandes almacenes y quedarse mirando a aquellas mujeres de plástico de color beis y pardo y de apariencia prieta y cérea, con los brazos alzados en actitud oferente (un presente, una explicación paciente…). En la cama, él y Linzi —Big Mal y Shinsala— veían *Criaturas asiáticas*. Y actualmente toda su vida sexual se basaba en esta serie. *Criaturas asiáticas* en revista, vídeo, CD o lo que fuera. *Criaturas asiáticas*, intuía Mal, representaba todo un hito en las relaciones raciales de esta isla. Hombres blancos y mujeres oscuras se unían en un mestizaje electrónico. Todo videoimbécil de Inglaterra tenía ahora su Fatima, su Fetnab. Cuando *Criaturas asiáticas* se tomaba un descanso, o cuando se ponían a adelantarla o rebobinarla y el televisor de Linzi no reproducía ninguna cinta, el canal preseleccionado era Zee TV: musicales indios. ¡Casta cultura! Cuando una pareja iba a besarse, la cámara se apartaba para enfocar a revoloteantes y gorjeantes periquitos o a grandes mareas rompiendo contra acantilados cortados a pico. Mujeres de oscura y celestial belleza, riendo, cantando, bailando, haciendo mohínes y pucheros, pero sobre todo llorando, llorando, llorando: enormes, glutinosas, opalescentes lágrimas en cimas de montañas, en esquinas urbanas, bajo lunas escénicas… Luego Linzi apretaría de nuevo el *play* y volverían a alguna doncella árabe

que entre sonrisas y risitas se iría desnudando al son de una música sensual en algún apartamento árabe a un tiempo moderno y con aire de mezquita, para acabar contorsionándose sobre un sofá tapizado de plástico o una alfombra blanca de diez centímetros de espesor. El otro vídeo que veían constantemente era uno que Linzi había conseguido en Kosmetique y que versaba sobre cómo realzar los senos femeninos. El antes y el después. Se diría que la cirugía plástica buscaba trastocar el orden natural, pues el «después» era siempre mejor que el «antes», en lugar de merecer un humilde segundo puesto, como sucede en la vida. Aunque a Mal le gustaba Linzi tal como era, sentía, cómo no, un enorme interés por Kosmetique, y ello le preocupaba. Él también quería cambiarse la piel. Una vez, en el Speaker's Corner, donde hombres subidos a cajas de embalaje mantenían conversaciones unilaterales ante un auditorio inexistente, se había quedado quieto, con un brazo sobre el hombro de Linzi, contemplando el fantástico lustre de su pelo, y se había sentido maravillosamente evolucionado, cual un arco iris racial, listo para abarcar un mundo nuevo. Deseaba un cambio. Aquello, pensó, todo aquello le sucedía porque deseaba un cambio. Deseaba un cambio, e Inglaterra no se lo iba a proporcionar.

—¿Con quién estás ahora, entonces? —le preguntó Bern.

—Con Linzi. Estoy loco por ella.

—Oh. Genial. ¿Qué edad tiene?

Mal pensó decir «cuarenta y tantos». Sí, cuarenta y *nueve*. O ¿por qué no decir, simplemente, «dieciséis»? Mal se sentía particularmente agradecido a Bern por no hacer la menor mención sobre el lamentable estado de su cara. Bien, eso era lo que Bern era: un hombre de mundo. Sin embargo, Mal no supo qué contestar, y Bern pasó rápidamente a hablar de la misteriosa desaparición del hombre que se había follado a la reina (o eso pensaban). Toshiko seguía allí, sonriendo, con los dientes extrañamente amontonados. Mal llevaba ya media hora en su compañía, y sin embargo le seguía pareciendo un ser absolutamente terrorífico, un personaje salido de algún viejo cómic bélico. Aquel revestimiento extra de su carne facial, que le daba el aire de llevar una máscara hecha de piel, aquellas cejas y aquellas órbitas, aquellos huecos oculares, aquellos párpados llenos de facetas… Con los años había adquirido la vaga impresión de que las niponas acababan exhaustas para complacer a sus hombres en la cama. Como tenía que ser, según su opinión. La mente de Mal se encogió. Santo Dios… A lo mejor te dejaban también que te las follaras por *los ojos*.

Sheilagh le llamó al móvil para decirle que los autobuses de los chicos por fin habían llegado.

3. MORTAL KOMBAT

Se sentía un hombre en una situación clásica. Sus rarezas eran sólo rarezas: casualidades, no originalidad. Mientras salía al aire exterior, cambiando las coloraciones irlandesas del salón (óptimamente expresadas, quizá, en los bullidores pardos de los *bourbons* que apuraba Bern) por la claridad polar del mediodía de mediados de septiembre, lo único que veía era su situación. El sol no estaba ardiente ni alto, sólo increíblemente intenso, como si uno fuera capaz de *oírlo*, de oír el bramido crepitante de sus vientos. El sol hacía esto mismo todos los años, sometiendo al reino al escrutinio más crítico y fiero. Era la comprobación del estado de Inglaterra. Sheilagh, vestida con su mono verde lima, se acercó y se situó junto a él. Mal se apartó y dijo:

—Tenemos que hablar, She. Cara a cara.

—¿Cuándo?

—Luego —dijo Mal.

Porque los chicos entraban ya por la verja después de bajar de los autobuses en el aparcamiento. Mal se quedó allí de pie, mirando: toda una lección de postura inadecuada. Por el rabillo del ojo vio cómo Sheilagh aspiraba profundamente y henchía el pecho. Cuán ligeros parecían los chicos; cuán asombrosamente ligeros.

Por una mujer más joven. Abandonar a su mujer y a su hijo… ¿Hasta qué punto era eso verdad? Mal consideraba factible incluso argüir que Sheilagh no era en realidad su esposa. Se había casado con ella, sí, pero apenas hacía un año. Como una bonita sorpresa; como un regalo de cumpleaños. Pero lo cierto es que no significaba nada. Mal, a la sazón, pensó que Sheilagh estaba reaccionando desproporcionadamente. Durante meses había ido por todas partes con aquella expresión de codicia en la cara. Y no era sólo una expresión. En Navidad ganó diez libras. *Abandonar a su hijo*… Bueno, eso era bastante cierto. En ese punto lo tenían contra las cuerdas. El día en que iba a decir que se iba, el plan era el siguiente: Mal se lo contaría al chico, y luego Sheilagh se lo llevaría a ver *Mortal Kombat*. Jet lleva meses queriendo verla, lamentándose, gimoteando, y sin embargo no quiso ir. Mal se quedó mirando cómo Sheilagh tiraba de él calle abajo; sus zapatillas de tenis, sus pantalones de chándal grises, su testarudo trasero. Mal le llevó a ver *Mortal Kombat* la semana siguiente. Una jodida estupidez. Se pateaban la cara durante veinte minutos y no hacían más que hincharse un labio…

El chico se estaba acercando y su madre se inclinaba sobre él para enderezarle el cuello del polo y alisarle el pelo cortado a la última. ¿Peinado a navaja? ¿Desde cuándo? Y…, santo Dios: un pendiente. Eso era Sheilagh jugando a la mamá joven y divertida. Ya sabes: se lo

lleva a Camden Market y le compra una *chupa* de cuero. Guardándose su opinión, por el momento, Mal se agachó (*¡A!*) para darle un beso en la mejilla a Jet y para alborotarle el… Un momento. No, él no querría que le despeinara. Jet se limpió la mejilla y dijo:

—Papá… ¿Quién te ha pegado?

—Nos ganaban en número. Eran muchos más. —Hizo un cálculo. Había unos treinta—. Quince contra uno. Fat Lol y yo.

No le dijo que quince de ellos eran mujeres.

—Papá…

—¿Sí?

—¿Vas a correr en la carrera de padres?

—Nada de eso.

Jet miró a su madre, que dijo:

—Tienes que hacerlo, Mal.

—Ni hablar. Acabaría de matarme.

—Mal.

—He dicho que ni hablar.

—Pero papá…

—Ni hablar del peluquín.

Mal bajó la mirada. El chico le miraba fijamente, con gran concentración, casi bizqueando, con la boca abierta, contemplando los valles y colinas de la herida de su padre.

—Debes centrarte en cómo corres tú —le dijo Mal.

—Pero papá… Se supone que eres tú el que da las tortas —dijo Jet.

Dar las tortas, ser gorila —como profesión, como vocación— tenía muy mala prensa. Su oficio, opinaba Mal, no se comprendía bien.

En los años setenta había sido gorila en muchas puertas exclusivas, se había ocupado de muchas entradas prestigiosas, con frecuencia en compañía de Fat Lol. Eran un equipo: Big Mal y Fat Lol. Habían empezado juntos en el Hammersmith Palace, pero pronto fueron abriéndose camino hasta locales del West End como Ponsonby's y Fauntleroy's. Mal llevaba quince años en la profesión, pero para cogerle el «tranquillo» al asunto le había bastado con una semana.

Hacer de gorila no era exactamente echar a la calle a la gente; no consistía en echar a patadas a tipos problemáticos. Era más bien no dejar entrar a cierta gente. En eso residía el oficio. Oh, sí. Y en decir «señor» y «caballero».

Veías a alguien como una cuba o con pinta de facineroso, y empezabas: «Lo siento, señor, no puede entrar. ¿Por qué? Porque no es usted socio, señor. Si no puede encontrar taxi a esta hora, señor, con sumo gusto le pediremos uno desde aquí mismo.»

Veías a una panda de palurdos viniendo hacia la entrada todos trajeados, y te apresurabas a decirles: «Buenas noches, caballeros. No, lo siento, caballeros, este club es sólo para socios. ¡Eh! Un momento, tranquilos, caballeros. ¡Caballeros! ¡Lol! De acuerdo. De acuerdo. Si están ustedes bien despiertos, caballeros, y quieren ir a algún sitio, les puedo recomendar Jimmy's, Noel Street, 32, semisótano. Cojan ustedes la izquierda, y otra vez la izquierda…»

Aproximadamente una vez cada siete días, normalmente los fines de semana, el señor Carburton bajaba a la entrada, te miraba fijamente a los ojos y decía, con terrorífico hastío:

—¿Quién cojones les ha dejado entrar?

Y tú decías:

—¿A quiénes?

—¿A quiénes? A esos dos putos locos de dos metros y barba de varios días.

—Parecían legales —decías. Y quizá añadías, en los primeros tiempos—: Venían con tías.

—*Siempre* vienen con tías.

Pero las tías habían desaparecido y los tipos se ponían a echar sifonazos a todo el mundo, y tenías que subir las escaleras y… Así que la única vez que tenías que echar a alguien a patadas era cuando habías metido la pata, cuando habías sido un mal gorila. Echar a alguien a la calle era una operación de limpieza que se hacía necesaria sólo cuando habías fracasado como gorila. Los mejores gorilas nunca tenían que hacer de gorilas. Sólo los malos gorilas se veían obligados a hacer de gorilas. Parece un poco complicado, pero en realidad no lo es.

En camisa con chorreras y maloliente esmoquin, Big Mal y Fat Lol, en huecos de escaleras, junto a salidas de incendios, de pie inclinados sobre la caja registradora a las cinco de la madrugada, cuando se encendían todas las luces y en un abrir y cerrar de ojos pasabas de la opulencia a la pobreza y toda la laca, el *glamour*, el sexo, el privilegio, el imperio… era barrido por aquella explosión de electricidad.

Era también la época del verdadero peligro. Sorprendentemente, a veces éste venía de la pertinacia de aquellos a quienes habías excluido, a quienes habías impedido la entrada al local (rechazado, empujado, apremiado, agarrado, atenazado, abofeteado, puesto la zancadilla, dado empellones, patadas, rodillazos, cabezazos…); o simplemente habrías dicho: «Lo siento, señor.» Podían esperar toda la noche, o volver semanas o meses más tarde. Escoltabas a la pálida chica del guardarropa —que aún no había desayunado— hasta su Mini, y luego seguías por la calle hacia tu coche en medio de la niebla de un amanecer propio del Destripador. Y allí te estaba esperando,

junto al coche, apoyado contra el muro, apurando una botella de leche y calibrando su peso entre las manos.

Porque cierta gente no aceptaba ser excluida. Cierta gente no aceptaba que le negaran la entrada… Mal hizo de gorila aquí y allá; hizo de gorila año tras año sin ningún percance serio. Hasta una noche. Se iba pronto, y al pie de las escaleras se apiñaba el habitual enjambre de chóferes, taxistas, putas, putos, chulos, clientes de la carne, bujarrones, víctimas y panolis… Mal se abría paso entre ellos jovialmente cuando una pequeña sombra se le acercó y le dijo, con respiración pesada y voz carrasposa: *Toma esto, tío*… Mal retrocedió al instante, con suma rapidez, tratando de echarse un vistazo a sí mismo y a la hoja que le acababa de entrar en el vientre y a la sangre que le empezaba a empapar los pliegues de la camisa blanca y sucia. Pensó: ¿Qué diablos es eso de que cuando te apuñalan no te duele? ¿De que llega después… el dolor? No, muchacho: llega ahora. Como una cuchillada en mitad del corazón. El vientre de Mal, su orgullosa y plácida panza, se convirtió de pronto en escenario de una histérica reorganización. Y, antes de desplomarse, sintió la necesidad de hablar.

El momento se le antojó familiar. Había visto caer a otros hombres, a sus camaradas, a los custodios en esmoquin de las aldabas de bronce y los faroles de las cocheras. Al enorme negro Darius resbalando contra una farola tras ser alcanzado por un gato de automóvil junto a la entrada de Ponsonby's. O el propio Fat Lol, en Fauntleroy's, tropezando de mesa en mesa con media botella de cerveza incrustada en el cráneo. Antes de perder el conocimiento siempre querían decir algo. Te recordaba a una película de guerra de los años cincuenta, ¿cómo era…? «Me han dado en la espalda, señor.» No es que los gorilas que se derrumbaban llegaran nunca a decir gran cosa. Un juramento, una promesa. Era la expresión de sus caras, pidiendo reconocimiento o respeto, porque allí los tenías, en una especie de uniforme —la gran pajarita negra, los pequeños zapatos negros—, cayendo en acto de servicio. Al caer querían que les reconocieran que se habían ganado el sustento. ¿Deseaban también decir —u oír— la palabra «señor»?

Retrocedió unos pasos, hasta que sus hombros chocaron contra el alféizar. Cayó pesadamente sobre su trasero.

—¡*A*!

Fat Lol se arrodilló para sostenerlo entre los brazos.

—Oye, Lol, me han dado un navajazo —dijo Mal—. Dios, estoy listo, tío. ¡Estoy listo!

Fat Lol quería saber el nombre del agresor. Y también la policía. Pero Mal no pudo ayudarles en sus pesquisas.

—No tengo ni idea de quién es —insistía él, pensando que jamás había visto a aquel tipo. Pero sí lo había visto. Al final logró

acordarse. Cuando su memoria se vio estimulada por la comida de hospital.

La comida de hospital. Mal jamás quiso reconocerlo, pero le encantaba la comida de hospital. No es buena señal, no, el que empiece a apetecerte la comida de hospital. Oyes el chirrido del carrito, e inmediatamente inunda toda la sala ese olor a cálido y húmedo papel de periódico, y al instante tus tripas malheridas empiezan a revivir como un motor fuera borda, y se te empieza a hacer la boca agua de una manera escandalosa. Ello significa que estás institucionalizándote, en el peor sentido de la palabra. No le apetecían en absoluto los pasteles y *quiches* que le traía Sheilagh al hospital. Los tiraba a la basura o se los daba a los pobres parias de la sala. Aquellos pobres viejos… En el horno de la noche gañían como perros de bar víctimas de una pesadilla bajo las mesas bajas…

Fue mientras se besaba las cinco yemas de los dedos juntas (indicando su deleite) y felicitaba a la encargada por su más reciente triunfo gastronómico cuando Mal, de súbito, recordó. Recordó al hombre que le había acuchillado.

—Santo Dios —le dijo a la encargada, que iba enfundada en su mandil de plástico—. Ridículo, ¿no? Me refiero a que ni siquiera…

La buena mujer se alejó con cautela, dejando a Mal con el ceño fruncido y meneando la cabeza (y atacando la comida). Fue la piel frita de las barritas de pescado: en su envoltura Mal reconoció el oscuro color de jengibre del pelo de su agresor. Lo recordó en la noche de la agresión, y también en otra noche de meses antes, *meses*… Era tarde, hacía frío. Mal estaba en las escaleras del Fauntleroy's, taponando el iluminado umbral con su mole roqueña, y el pequeño pelirrojo decía:

—¿Te estoy oyendo que no soy lo bastante bueno para entrar?

—No sé lo que estarás oyendo, tío, pero lo que te estoy diciendo es que es sólo para socios.

Llamarle «tío» en lugar de «señor» significaba que la paciencia de Mal estaba siendo seriamente puesta a prueba.

—Es porque soy un trabajador, ¿no?

—No, tío. Yo también soy un trabajador. Pero dejaré de serlo si te dejo entrar. Son las reglas. Esto es caro de cojones, tío. ¿Qué quieres, entrar e invitarle a una furcia a una limonada y que te cobren ochenta y cinco libras? Vete a casa, tío.

—No te gusta la gente como yo, ¿eh?

—Eso es. Es por tu pelo jengibre, tío. A los tipos de pelo jengibre no se les permite la entrada. Venga, ya. Es tarde. Hace frío. Lárgate.

—¿Estás diciéndome que no soy lo bastante bueno para entrar?

—Oye, tío, déjalo de una puta vez.

Y eso fue todo. Pasaban cosas parecidas una docena de veces cada noche. Pero aquel pequeño pelirrojo esperó hasta la primavera y volvió y le dejó a Mal una cuchillada en la barriga: «Toma esto, tío…» Y ahora era Mal quien tomaba limonada y comía «dedos» de pescado en una bandeja de cama de hospital.

Me han dado en la espalda, señor… De *The Dam Busters*, la película que de niño tanto había anhelado ver. Lo mismo que Jet con *Mortal Kombat*. Recordaba otra frase del guión: «Negro está muerto, señor.» Dicho torpemente, tiernamente, por el soldado que tenía que comunicárselo al oficial. Se refería al perro. Tenían un perro llamado Negro. Su pequeño perro negro, su mascota extraoficial, que acababa muriendo, se llamaba Negro. Hoy no se le podría poner tal nombre. No, señor. En una película. ¿Llamarle a un *perro* Negro? Ni hablar. Los tiempos cambian. ¿Llamar a un perro *negro* Negro? De ninguna manera. Se te echarían encima como… ¿Llamarle Negro a un perro negro que muere en una película? Ni de coña.

4. BURGER KING

Así que al parecer clase y raza y sexo ya no contaban (lo mismo que al parecer empezaban a no contar otras cosas, como la edad y la belleza e incluso la educación). Todas las formas realmente automáticas de saber quién era mejor o peor… eran ya cosas del pasado. Los biempensantes de todas latitudes afirmaban que estaban exentos de prejuicios, que las formulaciones heredadas habían sido finalmente purgadas de su pensamiento. Lo habían decidido así. Pero para aquellos situados en el extremo erizado de espinas del proceso —los ignorantes, por ejemplo, o los feos…— no se trataba sólo de una decisión. Algunos de ellos no tenían *ropa* nueva. Algunos seguían vistiendo el uniforme de sus deficiencias. Algunos seguían llevando los mismos harapos viejos.

Algunos jamás serían admitidos.

Mal miró hacia adelante y se puso rígido. El profesor de gimnasia pasaba junto a él con el megáfono —parecía empuñar un extraño prototipo de móvil— y llamaba a los participantes de la primera prueba. Los padres se situaron de cara a la pista, y al duro interrogatorio al que les sometía aquel sol bajo, con sus prismáticos, cámaras de fotos, videocámaras, y con sus *otros* hijos (hermanitas, hermanos mayores, bebés que lloraban, bostezaban, hacían bambolear un pie colgante y rollizo…). Mal seguía observándolo todo, cuidando de mantener una distancia de al menos dos padres entre él y Sheilagh, con su mono verde y su liviano y espléndido y rojizo pelo. Entre ellos

se movían cabezas femeninas con diferentes labores de peluquería: mechas grises, cortes a lo paje, a lo golfillo, tinte caramelo; y, entre los hombres, diversas tragedias de desaparición capilar, diversamente asumidas, y el eterno tipo con una tira de hebras pegada al cráneo, como si desde una patilla le hubieran trazado una línea hasta la otra. Quizá el sol no estaba interrogando a nadie sino encendiendo las luces al máximo —como en el Fauntleroy's cuando llegaba el alba (y te preguntabas acerca del valor de lo que habías estado custodiando)— para que todo el mundo pudiera ver con claridad el evento.

Los corredores, en pantalón y camiseta de deporte reglamentarios color hueso, se agrupaban en la línea de salida. Mal consultó su programa, una simple hoja multicopiada. Se hallaba profundamente concentrado en tal tarea (sus labios se movían con esfuerzo) cuando sintió un tirón de la manga.

—Oh —dijo. Era Jet—. Será mejor que vayas a la salida, muchacho.

—Ésos son los de sexto.

—¿Y en qué carrera corres tú?

—En setenta metros y en doscientas veinte yardas.

—Bueno, entonces no corres hasta dentro de un rato. Perfecto. Vamos a prepararnos un poco.

Jet volvió la cabeza. El pelo cortado a la última, el pendiente de oro… Por espacio de unos segundos el revés de sus orejas brilló, anaranjado y transparente. Jet movió de nuevo la cabeza y miró a Mal con aquella tímida inteligencia subrayada por el labio superior alzado. Dios, tenía los dientes azules. Pero no era nada. Sólo vestigios de un polo que se acababa de comer y no un nuevo modo de ponerse deliberadamente horrible. La ley de la moda decía que todo niño tenía que ofender estéticamente a sus padres. Mal había ofendido a sus padres estéticamente: pantalones muy ajustados, zapatones de suela gruesa, pelo como un torrente de grasa negra. Jet se las había ingeniado para ofender a Mal estéticamente. Y los hijos de Jet, cuando los tuviera, encararían también la ardua tarea de ofender estéticamente a Jet.

—Muy bien, veamos cómo colocas la cabeza. Hay que hacer los ejercicios preparatorios. Punto uno.

Y de nuevo el chico volvió la cabeza. Se quedó en su sitio, pero apartando la mirada. En las carreras, durante dos años escolares, Jet había estado llegando el decimonoveno de una clase de veinte. A Mal le gustaba pensar que Jet compensaba este fracaso con la excelencia —conseguida con ayuda de su padre— en los demás deportes que practicaba. Gimnasia, squash, natación, fútbol. Los entrenamientos constituían su única relación con el chiquillo. En los últimos tiempos,

como es lógico, sus sesiones se habían visto harto reducidas. Pero los sábados por la tarde seguían yendo al polideportivo con el cronómetro, el balón de fútbol, el disco de lanzamiento, los polvos de talco. Jet, en la actualidad, parecía sentir mucho menos entusiasmo. Y también Mal se sentía diferente. Ahora, al ver a Jet tirándose de cabeza a la piscina o haciendo un *sprint*, Mal atraía el aire a los pulmones —para reprenderle o infundirle ánimos— y luego, silenciosamente, lo expulsaba. Y no sentía más que náuseas. Ya no tenía ni la autoridad ni la voluntad necesarias para continuar. Y entonces vino la hora más negra: Jet dejó de pertenecer al equipo del colegio. Entre padre e hijo se fue abriendo como una fosa… ¿Cómo cerrarla? ¿Cómo se hacía algo así? Los sábados por la tarde, a la hora de la comida, se sentaban en la zona infantil del McDonald's, Jet con su Comida Feliz (hamburguesa, patatas fritas y una chuchería de plástico de diez peniques), Mal con sus McNuggets de pollo frito o su pescado McCod. No comían. Como amantes ante su última cena en un restaurante; ni siquiera miraban la comida —para qué hablar de probarla—. Además, durante cierto tiempo, la sola visión de una hamburguesa bastaba para que Mal sintiera que se le revolvía el estómago. Era como poner en marcha el coche con la primera metida y el freno de mano echado: una brusca sacudida hacia adelante que no te llevaba a ninguna parte. Mal había tenido una experiencia límite con las hamburguesas… El infierno de las hamburguesas: había estado allí.

—Papá.

—¿Sí?

—¿Vas a correr en la carrera de padres?

—Ya te lo he dicho. No puedo, muchacho. Mi espalda.

—Y tu cara.

—Sí. Y mi cara.

Se pusieron a mirar las carreras. Y, bien, más claro no puede estar: en la vida de un chico todo son carreras. El colegio es un examen y una competición y un certamen de popularidad: una carrera diabólica. Y ves cómo cada chico ha sido dotado para ella por la naturaleza; poco importan los interminables padecimientos en el polideportivo (poco importa el dedo gordo del entrenador sobre el cronómetro): torpes, patosos, terroríficos campeones, perezosos, «liebres» y todo un abanico en medio. Empiezan como un solo cuerpo, los corredores; como un grupo compacto. Y luego, como merced a un proceso natural, se separan: unos proyectados hacia adelante, otros (mientras siguen avanzando) van quedando atrás. Cuanto más larga es la carrera, mayores son las diferencias. Mal trató de imaginar a los corredores yendo todos a la par —nadie adelantado ni atrasado— y llegando al mismo tiempo a la meta. Y no resultaba humano. No cabía en la

imaginación. No en este planeta.

Llamaron para la primera de las carreras de Jet.

—Así que recuérdalo —dijo Mal, agachado—. Acelera hasta la zancada larga. La espalda recta, las rodillas altas. Corta el aire con las palmas tiesas. Respiración poco profunda hasta romper la cinta con el pecho.

En el breve tiempo que tardó Jet en llegar hasta la línea de salida —y pese al calor y al color del mono de Sheilagh, que se había situado justo a su lado—, Mal se había transformado por completo en ese horror de padre inevitable en toda pista de que hablan las revistas. ¿Por qué? Porque, sencillamente, quería volver a vivir su vida a través de su hijo. Tenía los puños, de nudillos exangües, levantados a la altura de los hombros; la frente, arrugada sobre el puente de la nariz; los labios, también exangües, esbozaban un desesperado susurro que decía: «¡Oxigénate! ¡Activa la circulación! ¡Calienta! ¡Entra en calor!»

Pero Jet no estaba entrando en calor. No estaba haciendo el precalentamiento que Mal le había enseñado (tal como la televisión, a su vez, le había enseñado a Mal), no estaba trotando sin moverse del sitio ni movía los brazos en el aire como aspas ni resollaba como un pulmón de acero. Jet se limitaba a *estar* en la línea de salida. Y mientras Mal seguía mirándole con expresión suplicante, empezó a sentir que Jet parecía… absolutamente excepcional. No sabría decir por qué. No era el más alto, no era el más ágil. Pero Jet parecía un chico absolutamente excepcional. La pistola hizo sonar su ínfimo disparo, y al cabo de unos segundos Mal se llevó una mano a los ojos. ¡*A*!

—¿El último? —dijo cuando se hubo acabado el griterío.

—El último —dijo Sheilagh en tono seco—. Pero vas a dejar al chico en paz…

Al poco Jet se abría paso entre la gente y se acercaba hasta ellos, y Sheilagh le decía: «Qué mala suerte» y «No te preocupes, cariño» y demás. Y el impulso de Mal, en verdad, era hacer exactamente lo que su padre le habría hecho a él ante una derrota semejante: mandarle al hospital para un par de semanas. A ver qué le parecía. Pero eran métodos viejos, obsoletos, y en realidad tampoco quería hacerlo, así que el impulso pasó. Además, el chico deambulaba por allí con expresión inquieta y no se atrevía a mirarle a la cara. Mal sintió entonces que debía ofrecer algo, algo quijotesco, disparatado, infantil.

—Escucha. Este sábado, en el polideportivo, vamos a trabajar en tu zancada. Primero te comes una hamburguesa, para coger fuerzas, y luego nos ponemos a trabajar en tu zancada. ¿Y sabes qué? Me voy a comer una hamburguesa. ¡Dos hamburguesas!

Era una broma entre ellos. Una broma «de familia», pero ese tipo

de bromas puede tener el efecto contrario cuando ya no se es una familia.

Sheilagh dijo:

—Mirad al Burger King.

Y Jet dijo:

—Sí. El Rey de la Hamburguesa *ha vuelto*.

Burger King era una especie de apodo. Jet miraba a su padre con aire siniestro: sus dientes seguían azules.

—Sí, señor. Lo juro. Lo haré por Jet. ¡Jo! ¡Uy! ¡Dios santo! Está sucediendo. Lo voy a hacer. Eh, She. ¡Yuuupi!

¿Comer hamburguesas? Ni siquiera podía pronunciar la palabra «hamburguesa».

California. Cuando el último *lifting* de Joseph Andrews le salió tan pésimamente que tuvo que cancelar lo de Las Vegas y dar por terminada toda la operación de la Costa Oeste, Big Mal decidió quedarse en Los Ángeles para intentar algo por sí mismo. Transfirió el grueso de su dinero a Londres y se quedó con unos cuantos miles, lo que pensaba arriesgar. Hubo ofertas, planes, proyectos. Había hecho muy buenos amigos en el mundo de los negocios y del espectáculo. Era el momento de pedir que le devolvieran los favores.

Y la cosa salió como sigue: al cabo de veintitrés días se vio —a su juicio— al borde de la inanición clínica. La gente le había dejado tirado. Y Mal había dejado de comer, de beber y de fumar, por ese orden. Y veía cosas, y oía cosas. En el motel, por la noche, extraños que no existían realmente se movían con diligencia a su alrededor. Estaba sentado en un retazo de hierba de un sitio cualquiera y un pájaro empezaba a cantar una canción en un árbol. No una canción de pájaro. Una canción de los Beatles. Como *Try and See It My Way*, con letra incluida. Para entonces se pasaba el día hurgando en los cubos de basura de los supermercados, y descubriendo que la comida, tan variada en color y textura, podía perder la identidad y convertirse toda ella en una. Allí donde iba, era rechazado. Hasta los contenedores de basura de los supermercados estaban a menudo vigilados, en previsión de que la basura pudiera estar contaminada y te la comieras y decidieras demandarles.

Amanecer del último día: el cumpleaños de Mal: cuarenta y cinco años. Despertó en el asiento del conductor de un viejo Subaru, en el aparcamiento de un cine al aire libre cercano al aeropuerto. Sheilagh le había enviado un billete de avión para que volviera a Londres. Faltaban catorce horas para la salida de su vuelo. Y él contemplaba tal vuelo de vuelta a casa no como un viaje, no como un regreso, no como una derrota, sino como una comida gratis. Y antes un aperitivo de

cacahuetes. O un surtido Bombay.

Cuando vio el letrero pensó que se trataba de otra alucinación. «Hamburguesa de cumpleaños de Maurie's…» Lo único que tenías que hacer era presentarte con el carnet de conducir para probar que era tu cumpleaños. Te daban una hamburguesa gratis, y te recibían como si fueras un héroe. Maurie's tenía más de setenta locales en el área metropolitana de Los Ángeles. Y una vez comenzado el periplo, Mal no vio ninguna buena razón para parar. A la trigésima o cuadragésima hamburguesa, no podría decirse que siguiera por la comida en sí. Pero seguía entrando en los Maurie's. Y lo hacía porque Maurie's estaba haciendo lo que nadie más hacía: permitirle la entrada.

Gástricamente las cosas no iban precisamente bien cuando llegó al aeropuerto de Los Ángeles y facturó el equipaje (una bolsa llena de desgarros con todas sus pertenencias). Consiguió llegar hasta la puerta de embarque más o menos bien. Fue en el avión donde todo se le empezó a ir de las manos. Al parecer a Maurie's, aquella semana, le habían endosado una partida de carne no demasiado de fiar. Fuera como fuere, al manipular el cinturón de seguridad, Mal sintió que se estaba abrochando unos diez kilos de vaca loca.

Cinco horas después, sobrevolando la bahía de Baffin, en la cabina de vuelo se entabló una muy seria discusión sobre la conveniencia o no de realizar un aterrizaje de emergencia en Disko, Groenlandia, ya que Mal, de tumbo en tumbo por la cabina de turista, iba devastando pacientemente, uno tras otro, todos los retretes. Le permitieron incluso evacuar en preferente. Luego, finalmente, cuando sobrevolaban County Cork, Irlanda, y los pasajeros estaban siendo despertados, y algunos de ellos, rascándose y estirándose, iban saliendo al pasillo con sus neceseres…, bueno, a Mal (encogido, monstruosamente pálido y plantado en su asiento como un hongo) se le antojó que el único desenlace posible era la eyección masiva. Trescientos paracaídas, como trescientos panecillos de hamburguesa, cayendo sobre los valles de Gales mientras el avión seguía su vuelo, grandioso y ciego.

En el aeropuerto le pidió a She que se casara con él. Y al hacerlo temblaba. El invierno se acercaba y tenía miedo a su inclemencia. Quería sentirse a salvo.

—¡Jet! —gritó Mal. Podía oír a su hijo moviéndose afuera.

—¡Papá!

—¡Estoy aquí!

Mal estaba en el aseo de caballeros del club, solo, refrescándose la frente contra el espejo, apoyado sobre el sucio lavabo.

—¿Estás bien?

—Sí, muchacho. Ya se me ha pasado.

—¿Duele? —dijo Jet, refiriéndose a la herida.

—No, muchacho. Sólo es un poco de malestar.

—¿Cómo te la han hecho? ¿Quién te la ha hecho?

Mal se irguió.

—¿Hijo? —empezó. Sentía que le debía una explicación, un testimonio, un discurso antes de separarse. Los rayos del sol otoñal se filtraban a través de los gruesos cristales rugosos del servicio de caballeros—. ¿Hijo? Escúchame un momento. —Su voz reverberó como la de un dios en la luz ambarina—. A veces te va a pasar que te vas a ver metido en una pelea. Te vas a ver metido en una pelea y no te van a ir bien las cosas. A veces la ves venir y a veces no. Y hay algunas que no ves venir ni *de lejos*. Así que tienes que tomarla como viene, ¿de acuerdo?

—Tú y Fat Lol…

—Yo y Fat Lol. Tendrías que verle a él.

Jet se sacudió el pelo en dirección a la puerta.

Mal dijo:

—¿Y ahora qué?

—Las doscientas veinte yardas.

—Ah. Escucha, Jet. Si quieres corro yo también. ¿De acuerdo? Correré con los padres. Y haré todo lo que pueda. Si tú haces lo mismo. ¿Hacemos el trato?

Jet asintió con la cabeza. Mal miró su pelo: parecía que le hubieran pasado unas tijeras de podar alrededor de la cabeza, o algo parecido, porque le habían dejado una especie de franja «pelada» de unos diez centímetros de ancho. Mientras le seguía hacia fuera se dio cuenta de una cosa. De que Jet, en la línea de salida, tenía un aspecto absolutamente excepcional. No era el más alto. No era el más ágil. ¿Qué era, entonces? Era el más blanco. Era eso, sencillamente: el más blanco.

Ahora que los prejuicios eran cosa del pasado podías relajarte y concentrar tu atención en el dinero.

Lo cual estaba bien si lo tenías.

5. ARGOT RIMADO[3]

Sinceramente, Fat Lol no podía creer que Mal siguiera interesado en esas cosas.

—¿Tú? —dijo—. ¿Tú, Big Mal? ¿El guardaespaldas de las superestrellas?

Sí, así estaban las cosas. Big Mal, el superguardaespaldas. Mal dijo:

—¿Y *tú* por qué, entonces?

—¿Yo? Yo estoy en el paro. Estoy en la calle. Así que estoy a todas. Pero ¿tú?

—Aquello se ha acabado de momento. Lo de Joseph Andrews y demás. Ahora estoy un poco corto de pasta. Temporalmente. Eso espero. Así que con todos estos cambios necesito cualquier ingreso extra que se me pueda presentar.

Mal no podía hablar con total libertad. En la mesa, con ellos, estaban la mujer de Fat Lol, Yvonne, y el hijo de seis años de ambos, el pequeño Vic. Estaban almorzando en el Del's Caff de Paradise Street, en el East End, y era como otro mundo. Mal y Fat Lol habían nacido en la misma casa la misma semana. Pero Mal había salido adelante y Fat Lol no. Mal había evolucionado. Allí estaba él, sentado, con su traje ligero, sus gafas oscuras…, una persona moderna. Su hijo tenía un nombre moderno: Jet. Mal podía llamar a su chica asiática por el teléfono móvil. Y se había ido de casa. Cosa que no se hacía en ciertos medios. Y allí estaba Fat Lol, con su jersey ancho y caído, sus astrosos vaqueros y sus viejos zapatos de ante, con su mujer de aire de atracadora de bancos y su hijo sobresaltándose cada vez que su padre o su madre hacían ademán de coger el vinagre o la salsa con especias. Fat Lol seguía en el negocio de los músculos (en una u otra variante). No había sentido la llamada de otra vocación. Había seguido con lo suyo, a modo de marchamo de lealtad.

—Así que —dijo Fat Lol— me estás diciendo que si hay algo en perspectiva…, cualquier asuntillo, te metes en él conmigo…

—Exacto.

—A tiempo parcial, claro. Por las noches.

—Sí.

Fat Lol era la prueba concluyente de que uno es lo que come. Fat Lol era lo que comía. Más aún: Fat Lol era lo que estaba comiendo. Y en aquel almuerzo estaba comiendo un desayuno inglés: el «Especial de todo el día» de Del's, a 3,25 libras. Su boca era una tira de bacon poco hecho; sus ojos, una pasta de yema de huevo y tomate de bote; su nariz, como la punta de una salchicha de cerdo ligeramente asada a la parrilla; luego venían las judías estofadas de su tez, los champiñones afelpados de sus orejas. Puro Paradise Street, hasta la raja del culo: eso es lo que era Fat Lol. Una barra de pan frito con patas. Mal observó al chico: silencioso, cauteloso, mirando la máquina tragaperras con astucia y paciencia.

Ivonne dijo:

—Así que estás teniendo problemas para llegar a fin de mes. Desde que te fuiste con esa Lucozade.

—Nada de cosas desagradables, por favor, Yv —dijo Mal,

horrorizado. Ya no se veían a menudo, pero durante muchos años Yv y She habían sido amigas íntimas. E Yv era siempre así de mordaz, como su nombre, como su cara—. No es ninguna Lucozade. Vamos, Yv. ¿En los tiempos que corren…?

Yvonne siguió comiendo, muy ocupada, con la cabeza baja. Hasta el último bocado.

—No es ninguna Lucozade. —La gente pensaba que Lucozade, en argot rimado, significaba *spade*.[4] Pero Mal sabía que a los negros no se les llamaba Lucozades porque *spades* rimara con Lucozades. A los negros se les llamaba Lucozades porque *bebían* Lucozade. En cualquier caso, Linzi era de Bombay y bebía ginebra—. Es de ascendencia india, pero ha nacido aquí mismo, en Paradise Street.

—La diferencia es la misma —dijo Yvonne.

—Cierra la boca —dijo Fat Lol.

Cuando la tenía cerrada, como ahora, la boca de Yv parecía una moneda cobriza metida en una ranura. No, la ranura no se veía: sólo el borde estriado del penique, taponándola. Oh, Dios, santo Dios, pensó Mal, cómo se le ha quedado la *boat*… *Boat* era, en argot rimado, «cara» (a través de *boat race*).[5] Hasta entonces nunca se había dado cuenta de lo apropiado o evocador del término. La cabeza de Yv era una proa, una esquina cerrada, el ángulo de una horquilla.

—Linzi, cuando firma —dijo Yvonne—, ¿hace un pequeño círculo sobre la última «i»?

Mal se quedó pensativo.

—Sí —dijo.

—Lo suponía. Igual que cualquier putilla inglesa. ¿Y hace lo mismo con *paqui*?[6]

—Cierra la boca —dijo Fat Lol.

Luego, en el Queen Mum, Fat Lol dijo:

—¿Qué haces esta noche?

—Nada especial.

—Tengo un trabajo, si te apetece.

—¿Sí?

—Cepos.

—¿Cepos?

—Sí —dijo Fat Lol—. Poner cepos.

Yv tenía una cara curtida por la vida, lo mismo que She. La cara de She, según la recordaba, porque ahora no era capaz de mirarla, era confiada, amable, ingenua bajo la mata poco densa de pelo rojo. Mal pronto se vería obligado a mirar aquella cara, y a mirarla directamente, cara a cara.

¡Pero antes Jet tenía que correr las doscientas veinte yardas!

—Sigue al pie de la letra la estrategia —le estaba diciendo ahora —. Recuérdalo. Corre como si fueran los setenta metros lisos. Uno detrás de otro.

Jet le lanzó una mirada de inteligencia. La estrategia de Mal se reducía escuetamente a que Jet debía correr a plena potencia del primero al último metro.

—Adelante, hijo. A correr.

La pistola alzada, la desigual salida de los chicos… A mitad de carrera Jet corría a plena potencia y había conseguido una ventaja mínima sobre sus compañeros. «Ahora ataca a fondo», se dijo entre dientes Mal en las gradas, con la figura de She a su lado. «Ahora lo tienes chupado. Ataca, muchacho. *Ataca*. ¡Ataca! ¡Ataca! ¡Ataca!» Cuando Jet acometió con toda furia la recta final, y todos sus adversarios, uno tras otro, le fueron alcanzando y dejando atrás, la fría mano diestra de Mal buscó despacio su frente. Pero de pronto Jet pareció caer hacia adelante. Fue como si alguien estuviera inclinando la pista desde un extremo y Jet no estuviera corriendo sino deslizándose por la pendiente. Pasó a un corredor, luego a otro, y a otro…

Cuando Mal se acercó a él, Jet seguía tumbado boca abajo sobre el suelo de rojizas cenizas. Mal se arrodilló junto a él y dijo:

—Cuarto. Eso sí que es recuperarse. Un gran esfuerzo, muchacho. Ha sido tu carácter lo que lo ha logrado. Tu corazón. He visto tu corazón en esa pista. He visto tu corazón.

Sheilagh estaba a unos metros, esperándoles. Mal ayudó a Jet a ponerse en pie y le deslizó una libra para una lata de refresco. La pista estaba cercada por una valla baja; más allá se divisaba un campo con una espesura de árboles y arbustos en el centro. She se dirigía hacia ella y Mal la seguía con la cabeza gacha. Al pasar por encima de la valla el choque cultural casi le hizo perder el conocimiento: la pista de atletismo era una pista de atletismo, pero aquello era *el campo*…

Llegó hasta Sheilagh moviendo un dedo en el aire.

—Oye, parece tonto —dijo—, pero vete detrás de aquellos matorrales y te llamo.

—¿Me llamas?

—Sí, a tu móvil.

—¡Mal!

Mal se dio la vuelta, se inclinó y marcó el número de Sheilagh.

—¿Sheilagh? Soy Mal. Bien. ¿Te acuerdas de aquella mujer a la que fuimos y dijo que yo tenía un problema de comunicación? Pues bien. Puede que no le faltara algo de razón. Así que allá va: desde que os dejé a ti y a Jet yo… Es como si tuviera gangrena o algo parecido.

Si estoy leyendo el periódico o viendo un partido de golf todo va bien durante unos diez minutos. Ya sabes. Estoy distraído. O cuando voy a la bolera con Val y Rodge. —Val y Rodge eran, con mucho, la pareja con la que Mal y Sheilagh más tiempo llevaban jugando a los bolos en Kentish Town Sports—. Entonces no estoy tan mal. Durante diez minutos. —Para entonces Mal tenía ambos brazos alrededor de la cabeza, como si estuviera tocando la armónica. Porque estaba hablando por el móvil y llorando encima de la manga—. He perdido algo que jamás supe que tenía. La paz mental. Es como si supiera cómo te…, cómo sienten las mujeres. Cuando estás molesta, no solamente estás de mal humor. Te sientes mal. Enferma. Lo sientes dentro. Pues ahora siento como sienten las mujeres. Déjame volver contigo, She. Por favor. Te juro que…

Mal oyó unos ruidos de electricidad estática y sintió la mano de Sheilagh sobre su hombro. Y se abrazaron. ¡*A*!

—Dios, Mal, ¿quién te ha puesto así la cara?

—Ridículo, ¿no? Me refiero a que…, bueno, una gente que no te lo ibas a creer.

Y Sheilagh dejó escapar un suspiro; luego frunció el ceño y se puso a enderezarle el cuello de la camisa y a sacudirle la caspa con el dorso de la mano.

6. SALÓN DEL AUTOMÓVIL

—Aparca en el Hostal del Parque —dijo Fat Lol.

—¿No iremos a hacerlo ahí dentro?

—No digas gilipolleces. Vamos a recoger mi furgoneta.

El acceso al interior del Hostal del Parque se lo había facilitado a Fat Lol —previo pago de cierta cantidad— un conocido que trabajaba de guarda en el garaje del hostal. Los dos hombres bajaron la rampa en el BM con matrícula C de Mal. Luego subieron al Vauxhall Rascal de Fat Lol y partieron hacia el este a través de Mayfair y el Soho. Mal miraba una y otra vez hacia atrás. Los cepos iban todos amontonados y revueltos en la trasera, como minas de una guerra antigua.

—No parecen cepos normales. Son demasiado grandes.

—Son de los primeros que salieron. Antes de que los hicieran más compactos.

—Apuesto a que pesan un montón.

—No son ligeros —concedió Fat Lol.

—¿Cómo se te ha ocurrido volver a meterte en esto?

Mal tuvo que admitir que el plan le parecía impecable. Porque

ponía el acento en el volumen de negocio. Poner cepos a gran escala: ésa era la orden del día. Obviamente (o al menos eso argüía Fat Lol), no tenía mucho sentido andar de un lado para otro del West End poniéndole un cepo a algún Cortina aparcado sobre la doble línea amarilla. El asunto era el siguiente: le pones un cepo a un coche, y te sacas setenta libras por quitárselo. Lo que necesitas, pues, son coches a montones. ¿Y dónde hay coches a montones? Pues en un Aparcamiento Nacional.

Pero un momento:

—¿Cómo le vas a poner un cepo a un coche en un Aparcamiento Nacional?

—A los que no ocupen la plaza como es debido. O sea, que se salgan del espacio marcado.

—Un poco fuerte, ¿no, tío?

—Es la ley —dijo Fat Lol, indignado—. Pueden ponerte un cepo hasta en un Aparcamiento Nacional. Si estás mal aparcado.

—Apuesto a que no les hace ninguna gracia.

—No, no se ponen locos de contento.

Fat Lol le tendió a Mal una pegatina de muestra. Había que pegarlas en los parabrisas: «Atención: este vehículo está aparcado de forma indebida. No intente moverlo. Para pronta asistencia…» Otras pegatinas exhibidas en un cristal lateral de su Rascal anunciaban que Fat Lol aceptaba las principales tarjetas de crédito.

—Les das un poco de tiempo y cuando llegas ya se han calmado. Lo único que quieren es irse a casa. ¿A quién se lo haces, además? A algún pobre diablo de Lutton que ha traído a su mujer a pasar una noche en la ciudad.

Decidieron empezar por un aparcamiento de varias plantas justo al norte de Leicester Square. Sin guarda, sin gorilas que les negaran la entrada. El brazo automático de la barrera se levantó como en un saludo. Subieron al segundo piso.

—Bingo —dijo Fat Lol.

Veinte vehículos de primera apretados a un extremo; agazapados, a la espera, relucientes a la ominosa luz común a todos los aparcamientos.

Se bajaron de la furgoneta.

—Un jodido salón del automóvil… —dijo Fat Lol.

Y era verdad: la heráldica del cromo, la pintura metalizada. Vacilaron unos instantes mientras un gran sedán descendía de la planta tercera.

—Manos a la obra.

Decepción: sólo cuatro vehículos rebasaban —a juicio de Fat Lol— los límites prescritos. Pero pronto dio con una alternativa.

—Muy bien. Lo haremos también con los que *tocan* las rayas blancas.

—En tenis —dijo Mal con talante moderado— las rayas blancas cuentan como dentro.

—Pues en esto de los cepos —dijo Fat Lol con voz tensa, agachándose— las rayas blancas cuentan como *fuera*.

Era un trabajo pesado; te hacía sudar. Aquellos anticuados artilugios eran como jodidas apisonadoras. Tenías que sacarlos de la furgoneta y separarlos unos de otros y cargarlos hasta su emplazamiento. Luego, una vez allí (*¡A!*), había que manejar la mordaza sobre el mecanismo de trinquete. Y al final ¡*cloc*!: el cepo instalado, con sus fauces atenazando la rueda del coche. Una de las operaciones, sin embargo, era bastante agradable: ir poniendo las pegatinas blancas en los parabrisas de los coches.

Fat Lol estaba allí agachado, ocupándose de un Jaguar con matrícula K, cuando Mal dijo:

—Eh, tío, te veo la raja del culo.

—Agáchate —dijo Fat Lol poniéndose de pie—. Y yo te veo la tuya.

—Ropa informal, dijiste.

—Con un coche como éste —dijo Fat Lol con voz ronca— se te parte el corazón. Quiero decir que a un coche como éste no te apetece nada ponerle un cepo.

—Lo que te apetece es llevártelo.

—No. Pero ponerle un cepo a un coche como éste es…

—Un sacrilegio.

—Sí. Ponerte a enredar en un coche como éste es un jodido sacrilegio.

Fue Mal quien lo oyó primero. Era algo que iba diferenciándose de los cantos de sirena de Leicester Square, donde los viejos sonidos de un puñado de castigadas y esclavizadas máquinas competían con el sonido de las nuevas, con sus *pings* y *pongs* y *pams* y *bips* y *bops* y gorjeos y graznidos y alaridos… Big Mal lo oyó primero, y se quedó quieto, con una rodilla en tierra y la mordaza múltiple en la mano. Un denso cuerpo sonoro de animada conversación humana se acercaba hacia ellos. Los sopranos y contraltos femeninos, los espléndidos tenores y los *redondos* barítonos de los hombres doblaban ahora la esquina, y era como si se aproximara todo un salón de baile, como si llegara la civilización, ellos uniformados con esmóquines y ellas con mechas y reflejos y plumas y ornatos de turquesa, de esmeralda, de tafetán, de bombasí…

—Lol, tío —dijo Mal.

Fat Lol estaba un par de coches más allá, ocupándose de un Range Rover mientras maldecía en voz baja.

—¡Lol!

Dios, ¿sabes lo que parecía aquello? Una revolución al revés…, eso es lo que parecía. Sí, señor. Dos vaqueros con el culo al aire apaleados y masacrados por gentes de buena cuna. Dios: linchados por las clases altas. Pero lo más asombroso de todo, mirándolo retrospectivamente, fue cómo los dos se vinieron abajo por completo, dos tipos tan grandes… Cómo sus cimientos, su legitimidad se evaporaron como por ensalmo en un abrir y cerrar de ojos. Fat Lol se las arregló para ponerse en pie y balbucear algo sobre que aquellos vehículos estaban aparcados de forma ilegal. O indebida. O, sencillamente, mal aparcados. Y ésa fue toda la resistencia que opusieron. Big Mal y Fat Lol, aquellos curtidos veteranos de broncas y refriegas, que zurraban la badana en callejones traseros y en pasillos y en escaleras de salas de baile, que se abrían paso a codazos hacia la salida de las boleras y los retretes de los salones de billares, que acababan agachados y jadeantes junto a salidas de locales nocturnos pobremente iluminadas…, ahora rodaban por el suelo hechos una piltrafa. *No quisimos ni saber*… Mal trató de refugiarse bajo el Lotus al que estaba poniendo el cepo, pero cayeron sobre él como los del Cuerpo de Operaciones Especiales. El primer golpe de mordaza le hizo perder el conocimiento. Al volver en sí, segundos después, se incorporó y apoyó el codo sobre un charco de sangre y aceite, y vio cómo arrastraban por los pelos a Fat Lol, lentamente, de coche en coche, mientras las mujeres hacían cola disputándose el turno para asestarle patadas en el culo, todo lo fuerte que podían, con aquellos vestidos de noche… ¡Las damas! ¡Qué lenguaje! Luego volvieron a por Mal, que tuvo que encajar un nuevo golpe de mordaza. Me han dado en la espalda, señor. Negro ha muerto, señor… No hay descanso para los malos. ¿No es ésa la puta verdad? Levantaron a Mal hasta ponerlo en pie, le estamparon la boca contra el borde de un faro, y luego lo hicieron ir de capó en capó, rebotando, obligándole a raspar y quitar con dedos fríos y blancos las pegatinas de los parabrisas. Este vehículo está aparcado de forma ilegal… Para pronta asistencia… Se aceptan las principales tarjetas de… Y finalmente, tras la última ronda de patadas e insultos, sus coches empezaron a estremecerse y a zumbar y a chirriar y a volver a la vida, y el grupo se fue, dejando a Fat Lol y a Big Mal avanzando a tientas el uno hacia el otro a través de gases de escape y de ecos y del montón de anticuados cepos, jadeando, rezumando, como restos de un naufragio de la era de las máquinas.

7. UN «SPRINTER» DE PENA

—Gente que va a la ópera.

Sheilagh dijo:

—¿Gente que va a la ópera?

—Sí, gente que suele ir a la ópera. Bueno, la verdad es que nos estábamos pasando… Podrías decir con razón que no estaba bien lo que estábamos haciendo…

—¿Estás seguro de que era el tipo de gente que suele ir a la ópera?

—Sí. Creo que volvían de algún estreno. De un estreno del Royal o algo así.

Mal y Linzi habían asistido hacía poco a un estreno en el Royal. Las entradas le habían costado un ojo de la cara. Y a Mal le dio la impresión de que hacía siglos que no se mezclaba con gente tan poco recomendable: unos mil quinientos carcas de etiqueta con sus chicas…

—No, del Royal no —siguió Mal—. Se dejaron unos programas. Venían del Coliseum. No son buena gente, ¿sabes, She? —le previno. Sheilagh tenía debilidad por esas películas en las que los aristócratas eran gentes maravillosas—. Qué desprecio, She… Eran como… *sanguinarios*.

—He estado en el Coliseum. Cantan en inglés. Es mejor, porque te enteras de lo que está pasando.

Mal asintió con la cabeza con expresión sufrida.

—Puedes seguir la historia.

Mal volvió a asentir con la cabeza.

—¿Vas a correr en la carrera de padres?

—No me queda más remedio.

—Pero ¿has visto la cara que tienes? La verdad es que no se te puede dejar solo, Mal. No se te puede dejar solo.

Mal se dio la vuelta. Los arbustos, las hojas caídas, los árboles (¿qué árboles eran?). Incluso en California… Lo único que conocía de la naturaleza, incluso en California, era el soportable mal olor de las áreas de servicio de las autopistas, cuando se detenía, con su gorra de chófer, para una meada entre ciudades (en retretes en los que se mezclaban la naturaleza y las colillas y los libritos usados de cerillas), o en restaurantes estilo laguna donde los gángsters comían langosta. Una vez, uno de aquellos años, She fue con el pequeño Jet a pasar todo un trimestre (la experiencia no fue un éxito, precisamente), y Mal aprendió que en los colegios norteamericanos pensaban que el tomate *ketchup* era una verdura. En el curso de su vida había habido símbolos, como las máquinas tragaperras (con sus frutas de colores) y las ensaladas de frutas de los hospitales y las frutas de plástico del sombrero de su madre, cuarenta años atrás. Y *su* Día de los Deportes. Y el expeditivo corte de pelo y la ropa de domingo de su padre. Podían decir lo que quisieran de aquella época de hacía cuarenta años.

Podían decir lo que quisieran sobre sus padres, y sobre los padres de quien fuera, pero lo más importante que se podía decir de ellos era que estaban casados, y que lo parecían, y que vestían como casados, y que querían estar casados.

She dijo:

—Si vuelves conmigo… No vuelvas si no lo deseas de verdad.

—No, no —dijo Mal—. Ni hablar. No, señor. No lo haría por nada del mundo…

Sheilagh hizo un movimiento de cabeza y echó a andar, seguida de Mal. Mal la seguía a cierta distancia, mirando los rítmicos aunque asimétricos corrimientos de su gran trasero de mujer, donde parecían residir su fuerza y su virtud. Y su carácter, y su hondura. Y Mal podía verlo todo: la entrada por la puerta y el abrazo de oso con Jet, y luego el gran abrazo entre Mamá Osa y Papá Oso. Y la evaluación resignada de todo lo que iba a dejar atrás. Y la sonrisa congelándose en su cara. Y el saber que al cabo de diez minutos, veinte, dos horas, veinticuatro, volvería a salir por aquella puerta con Jet abrazado a sus rodillas, a sus tobillos, como en un placaje de rugby, y She a su espalda, en alguna parte, congestionada, despeinada, bañada en ese tenue sudor de quien se halla dispuesta a seguir hasta el próximo polvo o la próxima pelea, dispuesta a seguir, a seguir, a seguir… Y Mal saldría por la puerta y cruzaría la calle y subiría a donde Linzi, a ver *Criaturas asiáticas* y a liberar su mente de todo pensamiento acerca del futuro… Al pasar por encima de la valla miró hacia el aparcamiento y…, ay, allí estaba Linzi, su criatura asiática, subida sobre el maletero de su MG Midget. Sheilagh se detuvo. Linzi encima del maletero, Sheilagh con su mono verde. Maletero y mono. ¿Dónde estaba el cambio? Bueno, si Linzi quería unos nuevos pechos, un nuevo culo; si quería embutirse en la piel de una quinceañera, por Mal podía hacerlo…

—¿Papá?

—Jet, muchacho.

—Están preparados.

Mal se sacudió los mocasines con borlas y se puso a hacer ejercicios de calentamiento. ¡*A*! Le estaba tendiendo a Jet la chaqueta para que se la sostuviera cuando sonó el teléfono móvil.

—¡Lol! He estado intentando hablar contigo todo el día, tío. Y me contestaba un árabe.

Fat Lol le explicó que había tenido que vender su móvil.

—¿Por qué?

¡Porque le habían puesto un cepo a la furgoneta!

—A mí me lo vas a contar… ¡También se lo han puesto a mi BM!

—¡También a ti!

—Sí. Mira, ahora no puedo hablar, tío. Tengo que correr una

carrera.

Fat Lol dijo que tenía un asunto aquella noche.

—¿Sí?

Un asunto de alarmas de coche.

—¿Sí?

—¿Papá? Están esperando. Date prisa.

—Ya voy… Bien, hasta luego, hijo.

—Y no la fastidies —dijo Jet.

—¿Cuándo he fastidiado yo algo?

—Eres una mierda de *sprinter*, papi.

—¿Cómo?

—Que eres un *sprinter de pena*.

—¿Sí? Pues atiende y verás.

Los padres estaban en la línea de salida: Bern, Nusrat, Fardous, Someth, Adrian, Mikio, Paratosh y todos los demás, sin grandes diferencias de edad pero en diversos estadios de cintura, calvicie, mundología, con distintos currículos de separaciones, satisfacciones, alejamientos, algunos con sus padres ya muertos, otros con sus madres aún vivas… Mal se unió a ellos. Era la carrera de los padres. Pero los padres se pasaban la vida compitiendo: unos contra otros, contra sí mismos. Es lo que los padres hacen siempre.

Sonó el pistoletazo y la manada partió de estampía. Mal, al instante, sintió que se le accionaban unas diecinueve cosas a un tiempo. Todos los nexos y articulaciones —cadera, rodilla, tobillo, columna…—, amén de la insistente licuefacción que iba sintiendo en un lado de la cara. Tras cinco vacilantes y torpes trotes la rémora del dolor cayó sobre él y ya no quiso abandonarlo. Pero el hombretón siguió corriendo, corriendo, como era su deber. Los padres seguían corriendo con gran brío, y resollando, con los pies enfundados en medias deportivas o zapatos de gimnasia pero calzados todos ellos con los zuecos de madera de sus muchos años. Con la cabeza echada hacia atrás, sacando pecho, respirando entrecortadamente, babeando ante la curva, ante la recta final previa a la meta.

New Yorker, 1996

DEJA QUE CUENTE LAS VECES

Vernon hacía el amor con su mujer tres veces y media a la semana, y se sentía satisfecho.

Quién sabe por qué, pero sus coitos semanales siempre daban esa media. Normalmente, aunque en absoluto invariablemente, hacían el amor cada dos noches. Pero en determinadas ocasiones Vernon había hecho el amor con su mujer siete noches seguidas; las siete noches siguientes, pues, no hacían el amor, o quizá sólo una vez, en cuyo caso la semana siguiente harían el amor dos veces, y cuatro la siguiente; o quizá sólo tres veces, en cuyo caso la semana siguiente harían el amor cuatro veces, y sólo dos la siguiente; o quizá sólo una vez… Y así sucesivamente. Vernon no sabía por qué, pero las veces que hacían el amor siempre arrojaban tal promedio. Al parecer era invariable. Ocasionalmente —¿tenía algo de extraño?—, Vernon se sorprendía deseando que la semana tuviera sólo seis días, u ocho, para que tales cálculos (que, en esencia, resultaban siempre anodinamente ratificatorios) le fueran más fáciles de hacer.

Era Vernon, sin excepción, quien iniciaba los actos conyugales. Su mujer respondía siempre con la misma tímida presteza. Los juegos orales preliminares no eran en absoluto desconocidos para ellos. Como promedio —también salía siempre el mismo promedio en esto, y también aquí era siempre Vernon el adusto maestro de ceremonias—, la mujer de Vernon le hacía una *fellatio* cada tres apareamientos, o 60,8333 veces al año, o 1,1698717 veces a la semana. Vernon le hacía a ella el *cunnilingus* bastante menos a menudo: cada cuatro cópulas —como promedio—, o 45,625 veces al año, o 0,8774038 veces a la semana. Sería erróneo pensar que las variaciones llegaban sólo hasta ese punto. Vernon, por ejemplo, sodomizaba a su mujer dos veces al año: el día de su cumpleaños, lo cual parecía bastante justo, y también, irónicamente (o, al menos, a *él* se lo parecía) el día del cumpleaños de ella. Vernon lo atribuía a las caras noches que pasaban fuera en tales días señalados, y más particularmente a los efectos del champán. Vernon siempre se sentía terriblemente avergonzado luego, y a la mañana siguiente, en el desayuno, era la mustia personificación del bochorno y el remordimiento. La mujer de Vernon nunca decía

nada al respecto, lo cual facilitaba mucho las cosas. Si hubiera dicho algo, Vernon probablemente habría dejado de hacerlo. Pero nunca dijo nada. Y lo mismo sucedía cuando Vernon eyaculaba en la boca de su mujer, lo cual hacía una media de 1,2 veces al año. A la sazón llevaban diez años casados. No les iba mal, pues. Pero ¿qué tal irían las cosas cuando llevaran casados, pongamos, once años, o trece? Una vez, y sólo una vez, estando a punto de eyacular en la boca de su mujer, a Vernon se le ocurrió de pronto una idea mejor: eyacularle por toda la cara en lugar de dentro de la boca. Ella, gracias a Dios, tampoco dijo nada en esta ocasión. ¿Por qué había pensado que era una idea mejor? Vernon no sabría decirlo. Pero *luego* no le pareció que hubiera sido una buena idea. Le desazonaba pensar que tales actos aislados de «relajamiento» pudieran entrañar un deseo de humillar y degradar al ser amado. Y su ser amado era *ella*. Pero sólo lo había hecho una vez. Vernon, por tanto, le había eyaculado en la cara a su mujer apenas 0,001923 veces a la semana. No era eyacular muy a menudo sobre la cara de la mujer de uno, ¿no?

Vernon era un hombre de negocios. En su despacho había varias calculadoras electrónicas. Vernon solía utilizar estas rápidas, eficientes e impecablemente discretas máquinas para los cálculos de sus frecuencias maritales. Ellas siempre le brindaban la misma respuesta, como queriéndole decir: «Sí, Vernon, con esta frecuencia lo haces», o «No, Vernon, no lo haces con más frecuencia que ésta». Vernon solía pasarse la hora del almuerzo encorvado sobre alguna de estas máquinas. Y sin embargo sabía que aquellas cifras, en cierto sentido, no eran sino aproximadas. Ah, Vernon lo sabía, Vernon lo sabía. Y entonces, un buen día, llegó al departamento de contabilidad una poderosa computadora blanca. Vernon comprendió al punto que un sueño largamente acariciado podría ahora hacerse realidad: los años bisiestos. «Ah, Alice. No quiero que me molesten, ¿de acuerdo?», le dijo a la señora de la limpieza en tono grave al entrar aquella noche en la oficina. «Tengo que hacer unos cálculos muy importantes en el departamento de contabilidad.» Justo después de medianoche, los enrojecidos ojos de Vernon se alzaron bruscamente de la pantalla del ordenador, donde su entera vida sexual aparecía tabulada en recurrentes prismas de treses y seises, en interminables series que eran como espejos situados frente a frente.

La mujer de Vernon era la única mujer que éste había conocido en su vida. La amaba, y le gustaba enormemente hacer el amor con ella, y jamás había anhelado ningún otro desahogo. Cuando Vernon hacía el amor con su mujer sólo pensaba en darle placer, y en su belleza. Los infrecuentes pero sumamente halagadores sonidos que emitía a través de aquellos dientes simétricamente separados, la divina plasticidad de sus miembros, la pasión, el delirio y la seguridad del momento… La

sensación de paz que seguía al acto amoroso tenía apenas que ver con la alta probabilidad de que la noche siguiente fuera una noche exenta. Hasta los sueños de Vernon eran monógamos: las mujeres que habitaban aquellos irreales aunque esencialmente cotidianos paisajes eran meros iconos del autosuficiente universo femenino, poblado de enfermeras, monjas, cobradoras de autobús, guardas de aparcamiento, policías… Sólo de cuando en cuando —una vez a la semana, pongamos, o incluso menos, o quizá una cantidad de veces imposible de calcular—, Vernon veía cosas que le hacían sospechar que en la vida acaso había sitio para más riqueza interior —una luminosa orla moteando la arcada de un puente, ciertas formaciones de nubes, resueltas figuras deslizándose con prisa a través de la cambiante luz.

Todo esto, claro está, fue antes de aquel viaje de negocios.

No era un viaje particularmente importante: la empresa de Vernon no era una empresa particularmente importante. Su mujer le hizo la maleta más pequeña que tenían y le llevó a la estación. En el camino comentó que no habían pasado ninguna noche separados desde hacía más de cuatro años (cuando había ido a pasar un tiempo con su madre a raíz de una operación de ésta). Vernon movió la cabeza en sorprendido asentimiento, mientras hacía unos rápidos cálculos mentales. Se despidió de su mujer con un beso moderadamente apasionado. En el coche restaurante se tomó un gin-tonic. Y luego otro. Cuando el tren se iba acercando a la masa cada vez más densa de la ciudad de destino, Vernon sintió que le brincaba en su interior una extraña ligereza. La ciudad estaría llena de taxis, de gente sin rumbo fijo, de sombras, de mujeres, de acontecimientos…

Vernon llegó al hotel a las ocho de la tarde. La recepcionista le confirmó la reserva y le entregó la llave. Vernon subió en el ascensor a su habitación. Se lavó y se cambió, y, entre las dos corbatas que le había puesto en la maleta su mujer, escogió la más sobria. Fue al bar y pidió un gin-tonic. La camarera se lo sirvió en una mesa. En el bar había unos cuantos clientes urbanos: hombres, mujeres que probablemente hacían cosas con hombres con bastante asiduidad, jóvenes parejas que se cruzaban secretas risitas. Justo enfrente de Vernon estaba sentada una espléndida mujer con abrigo de piel, sombrero y un cigarrillo con boquilla. La mujer le dirigió una mirada a Vernon, y luego otra, y quizá una tercera. Vernon no podía estar seguro.

Cenó en el restaurante del hotel. Paladeó media botella de buen vino tinto. Con el café barajó la idea de volver al bar a tomar una crema de menta, o un cóctel de champán. Tenía calor; sintió un zumbido junto al cuero cabelludo: un par de moscas revoloteaban alrededor de su cabeza. Volvió a su habitación con intención de

refrescarse. Ante el espejo, despacio, se quitó toda la ropa. Su cuerpo pálido se hallaba inflamado por el fulgor quieto de la excitación. Se sintió deliciosamente salvaje, con una extrema sensibilidad al tacto. ¿Qué me está pasando?, se preguntó. Luego, con alivio, con vergüenza, con arrobamiento, se dejó caer en la cama boca arriba e hizo algo que llevaba sin hacer más de diez años.

Vernon lo hizo tres veces más aquella noche y dos veces más por la mañana.

A lo largo del día siguiente acudió a cuatro citas de trabajo. La misión de Vernon era seleccionar la calculadora de bolsillo más adecuada para uso diario de todos los miembros de su empresa. Entre cada demostración —la serie de cifras de Moebius, el repetido parpadeo de la coma de los decimales…—, Vernon tomó un taxi y volvió al hotel y lo hizo de nuevo, todas las veces. «Vaya todo lo rápido que pueda, por favor», se sorprendió diciéndole al taxista las tres veces. Aquella noche tomó una cena ligera que pidió al servicio de habitaciones. Lo hizo cinco veces más (¿o fueron seis?). Ya no podía estar seguro. Pero de lo que sí estaba seguro era de que a la mañana siguiente lo hizo tres veces: una antes del desayuno y dos después. Cogió el tren de vuelta a mediodía, después de haberlo hecho nada más y nada menos que dieciocho veces en treinta y seis horas, lo que arrojaba la friolera de 84 veces a la semana, o 4.368 veces al año. O quizá habían sido 19 veces y no 18. Vernon estaba exhausto, aunque en cierto modo jamás se había sentido tan fuerte. Y ahí estaba ahora en el tren, de nuevo, lo quisiera o no, con una erección en pleno viaje.

—¿Qué tal te ha ido? —le preguntó su mujer en la estación.

—Agotador. Pero todo un éxito —admitió Vernon.

—Sí, pareces agotado. Será mejor que vayamos a casa y que te metas en la cama.

Los ojos enrojecidos de Vernon pestañearon. No podía creer que tuviera tanta suerte.

Poco después Vernon habría de mirar con divertida incredulidad su pusilanimidad de aquellos días primeros. ¡Lo hacía sólo en la cama, por ejemplo! Ahora, ya en plena temeridad y euforia, Vernon lo hacía en todas partes. Se echaba en el suelo del dormitorio y lo hacía allí, sin más. Lo hacía ante la mirada impávida de la loza y el acero del cuarto de baño. Con escandalizada risa se llegaba hasta el cobertizo del jardín, y lo hacía. Lo hacía igualmente tumbado sobre la mesa de la cocina. Durante cierto tiempo dio en hacerlo al aire libre, en ventosos parques, detrás de vallas publicitarias, en el campo abierto. Y, cuando lo hacía, las rodillas le temblaban. Lo hacía en trenes sin pasillo. Alquilaba cuartos de hoteles baratos para una hora, para media hora, para diez minutos… Los recepcionistas se quedaban

pasmados. Pensó en alquilar un nidito de amor en alguna parte. De manera confusa, y fugazmente, consideró seriamente la posibilidad de fugarse consigo mismo. También empezó a hacerlo en el trabajo, al principio con cautela, luego con abandono nihilista, como si lo que anhelara íntimamente fuera que le descubrieran. Una vez, riéndose coquetamente antes y después (oh, el peligro, el peligro…), lo hizo mientras dictaba una larga y trémula carta a la secretaria que compartía con otros dos altos ejecutivos de la empresa. Después de ello, volvió a recuperar un poco el juicio y resolvió circunscribir tal actividad al ámbito del hogar.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera, querida? —le preguntaba a su mujer por encima del hombro al verla con las bolsas vacías de la compra en la mano—. ¿Una hora? Estupendo. ¿Sólo unos minutos? Mucho mejor.

Por las mañanas dio en hacerse el remolón en la cama mientras su mujer preparaba el té, y se quedaba un tiempo deliciosamente arropado por la húmeda femineidad residual de las sábanas. En las noches en que no hacía el amor (y la frecuencia era ahora invariable: una noche sí y otra no, una noche sí y otra no), Vernon casi siempre se las arreglaba para hacerlo mientras su mujer estaba en el baño arreglándose apaciblemente para acostarse. En varias ocasiones su mujer estuvo a punto de cogerle in fraganti. Y ello, a Vernon, se le antojaba particularmente excitante. En este punto, Vernon seguía tratando febrilmente de llevar la cuenta de las veces; todo estaba allá, borboteando en alguna parte de la memoria de la computadora del departamento de contabilidad. Ahora el promedio era de 3,4 veces al día, o 23,8 veces a la semana, o la insensata media de 1.241 veces al año. Y su mujer sin sospechar nada de nada.

Hasta entonces, las «sesiones» de Vernon (como él las llamaba) habían estado siempre mentalmente centradas en su esposa, la única mujer que había conocido en su vida (su belleza, los halagadores ruidos que emitía, la pasión, la seguridad). Su fantasía, como es lógico, lograba elaboraciones variadas. Una «sesión» típica solía abrirse con un escenario de noche en el que su mujer empezaba a desnudarse, y se inclinaba para desembarazarse del engorroso sujetador, y se quitaba sumisamente las delicadas trabas de las bragas. Dejaba escapar un pequeño grito ahogado, mitad placer mitad miedo (¿cómo puede uno ponerse en la piel de una mujer?), al ver que Vernon, desnudo y —como es lógico— en chispeante forma, emergía imponentemente de las sombras. Vernon solía montarla apresuradamente, incluso quizá un tanto brutalmente. Las manos de ella esbozaban la mímica de la indefensión mientras sus músculos serpeaban y se zambullían en la poderosa espalda de Vernon. «Eres

demasiado grande para mí», le hacía decir Vernon a veces, o «Duele, pero me gusta». El clímax solía coincidir con su mujer pidiéndole a gritos ese tipo de cosas que Vernon raras veces le hacía en la vida real. Pero Vernon, en sus sesiones, no se avenía a hacerle las cosas que ella le imploraba que le hiciera. No, señor. Lo que solía hacer era eyacular encima de su cara. También a ella le encantaba que lo hiciera, claro está (a la muy zorra), y ello le causaba a Vernon cierta fugaz repugnancia.

Y entonces llegaron los desconocidos.

Una noche de verano, Vernon volvió pronto del trabajo. El coche no estaba: como Vernon había previsto sagazmente, su mujer había salido a hacer la compra semanal en el supermercado. Entró apresuradamente en la casa y se dirigió sin dilación hacia el dormitorio. Se echó en la cama y se bajó los pantalones, y a continuación, con un gemido sensual, se los quitó por completo. Las cosas empezaban bien, con el convincente preámbulo que había ido ganando más y más aceptación en él en las últimas semanas. Desnudo, «armado», Vernon se quedó de pie en el descansillo anterior al dormitorio. Empezaba ya a oír los preparatorios susurros de recatada excitación de su mujer. Vernon avanzó unos pasos para abrir la puerta, con intención de quedarse unos segundos en actitud amenazadora, con las inquietas piernas bien separadas. Abrió la puerta y se quedó mirando. Mirando ¿qué? A su mujer enzarzada con un enorme gitano cobrizo, que se volvió con indiferencia hacia Vernon para acto seguido volver a aquella histeria de deseo desplegada ante sus ojos en la cama. Vernon eyaculó inmediatamente. Su mujer volvió a casa unos minutos después, y le besó en la frente. Vernon se sintió raro.

La vez siguiente, Vernon abrió la puerta y encontró a su mujer del revés sobre la cabecera de la cama, haciéndole cosas increíbles a un turco de velluda espalda. La vez siguiente, su mujer tenía los codos abrazados a las corvas mientras un chino de unos cien kilos gozaba a voluntad de sus gemidos femeninos. Y la vez siguiente eran dos silenciosos y relucientes negros quienes hacían con ella lo que les venía en gana. Los dos negros, en particular, se negaban a irse. Y amén de ello, se les unía con frecuencia el turco. A veces dejaban incluso que Vernon y su mujer empezaran con lo suyo antes de irrumpir estruendosamente y caer sobre ellos. ¿Y ponía alguna objeción ante esto la mujer de Vernon? ¿Objeciones? Le gustaba. ¿Sólo gustarle? ¡Le *encantaba*! Y también a Vernon, según todos los indicios. En la oficina, Vernon rastreaba fríamente su cerebro en busca del más remoto neutrino de deseo real de que su mujer hiciera alguna de aquellas cosas con aquella gente. La sola idea le hacía gritar de repugnancia. Sin embargo, de una u otra forma, en el fondo le tenía

sin cuidado, ¿no? De una u otra forma, le gustaba. Le encantaba. Pero estaba decidido a acabar con ello.

Su tratamiento del asunto cambió. «Muy bien, chiquilla», se dijo a sí mismo entre dientes. «A ese juego vamos a jugar los dos.» Para empezar, Vernon tuvo «lances» con todas las amigas de su mujer. El más prolongado de todos ellos —y quizá también el más detallado— fue con Vera, la amiga íntima de tiempos del colegio de su mujer. Retozó igualmente con sus compañeras del bridge, con las voluntarias que trabajaban con ella en la beneficencia. Se lió con todas las parientes que reunían los requisitos mínimos: su hermana pequeña, aquella sobrinita suya tan guapa… Una mañana loca Vernon llegó a «montar» incluso a su odiada suegra. «No, Vernon…, pero ¿qué diablos…?», solían balbucear todas, aterradas… Pero él se limitaba a empujarlas hasta hacerlas caer sobre la cama, y luego se desabrochaba el cinturón con gesto imperioso. Todas las mujeres del entorno de su mujer, una por una, fueron pasando por Vernon. Todas.

Entretanto, la relación erótica real de Vernon con su mujer seguía siendo más o menos idéntica. Tal vez hasta llegaron a sacar cierto partido —en intensidad, en sutileza…— de los impetuosos fragores de la vida oscura de Vernon. En esta última fase de desarrollo, sin embargo, Vernon no tardó en percibir una especie de nueva dimensión, como una presencia no bienvenida, en la cama. Claro que seguían haciendo el amor sin problemas, pero ahora se daban dos vitales diferencias. Sus actos sexuales ya no eran en absoluta reclusión; la seguridad y la paz habían desaparecido; ya Vernon jamás intentaba poner freno al carro de sus pensamientos. Y en segundo lugar —algo acaso aún más crucial— sus coitos se hicieron *menos frecuentes*. Seis veces y media cada quincena, tres veces a la semana, cinco veces cada quincena… Decididamente, estaban «retrocediendo». Al principio la mente de Vernon era un caos de atrasos, de déficits, de planes reestructurados, de bosquejos de recuperación. Pero luego fue ganando desapego en relación con el asunto. ¿Quién había dicho que tenían que hacerlo tres veces y media a la semana? ¿Quién había dicho que era lo correcto? Tras diez noches de sueño casto (su récord hasta el momento), Vernon vio cómo su mujer se volvía con tristeza hacia su lado de la cama después de desearle tímidamente las buenas noches. Vernon esperó varios minutos, y luego se incorporó hasta apoyarse sobre un codo, eternizándose con impavidez en el potente momento. Luego se inclinó hacia ella y la besó con frialdad en el cuello, y luego sonrió al sentir que aquel cuerpo de mujer giraba sobre su eje hacia él. Y siguió sonriendo. Vernon sabía dónde estaba la verdadera acción.

Porque Vernon era ahora plenamente consciente de que cualquier

mujer, con sólo tomarla, podía ser suya; cualquier mujer, a un gesto suyo, a un encogimiento de hombros suyo, a un simple chasquido convulsivo de sus perentorios dedos. Sistemáticamente «montaba» a cualquier mujer que le llamara la atención por la calle; satisfacía con ellas sus deseos, y luego, sin más, las apartaba a un lado. Todas las modelos de las revistas de moda de su mujer: todas desfilaron, una a una, por su alcoba. En el curso de varios meses se «ocupó» de todas las actrices televisivas de renombre. Durante un periodo equivalente dedicó su favor a las más importantes estrellas de Hollywood. (Vernon compró un libro grande y reluciente con este objeto. Por el precio que había pagado al adquirirlo, las chicas de la Época Dorada se convirtieron en las más osadas y atléticas amantes: Monroe, Russell, West, Dietrich, Dors, Ekberg… Y, francamente, podían quedarse con las Welch, las Dunaway, las Fonda, las Keaton.) Para entonces, el censo de celebridades era ya asombroso, y las proezas de Vernon con ellas épicas, insuperables. Todas sin excepción decían que era el mejor amante que habían tenido en toda su vida.

Una tarde, miró furtivamente las revistas pornográficas que fulguraban en los expositores de un quiosco de prensa remoto. Tomó nota mental de caras y figuras, y las chicas fueron investidas brevemente como miembros del cada día más populoso harén de Vernon. Pero al mismo tiempo se sintió escandalizado. No le importaba admitirlo: ¿por qué aquellas preciosas jovencitas se quitaban la ropa de aquel modo por dinero? De *aquelmodo*… ¿Y por qué los hombres compraban fotografías de tales jovencitas haciéndolo? Afligido, y no poco confuso, Vernon acometió entonces la primera gran purga de su bullicioso gineceo. Aquella noche se paseó por los concurridos pasillos y quietas antesalas dando fuertes palmadas y mirando con gravedad a un lado y a otro. Algunas chicas lloraban abiertamente la pérdida de sus amigas; otras sonreían a Vernon con furtiva expresión de triunfo. Pero él seguía, impertérrito, cerrando las pesadas puertas a su espalda.

Ahora Vernon buscaba solaz en las páginas de la gran literatura. Era calidad, se dijo a sí mismo, lo que buscaba. Calidad. Calidad. En las obras de calidad, ahí es donde habitaban las jóvenes de clase alta. Acudió a las semivacías estanterías de ficción y poesía de la biblioteca pública local, y se puso manos a la obra. Tras unos rápidos escarceos con Emily, Griselda y Criseida, y un recio fin de semana con la Buena Esposa de Bath, Vernon pasó directamente a Shakespeare y a las deliciosamente ingenuas doncellas de las comedias románticas. Retozó entre risitas con Viola en las colinas ilirias, durmió en un claro de Arden con la esbelta Rosalind, se bañó desnudo con Miranda en una laguna color turquesa. En una sola y desdeñosa mañana se despachó a gusto con las cuatro heroínas trágicas: la fría Cordelia (un auténtico

témpano de hielo, de hecho), la agridulce Ofelia (bastante contenida ella, aunque a Vernon le gustaba mucho su «boca sucia»), Lady M., la de los ojos de sierpe (aquí Vernon había tenido que mostrarse precavido), y, la mejor de todas, la ardorosa hechicera Desdémona (a Otelo no podía engañarle: era *puro* sexo). Tras algunos arduos, insalubres aunque relativamente breves devaneos con el teatro de la Restauración, Vernon siguió adelante y se atrevió con las prudentes matronas de la Gran Tradición. Por regla general, cuanto más morigeradas y respetables eran las doncellas, más horribles y complicadas cosas ansiaba hacerles Vernon (con frescas redomadas como Maria Bertram, Becky Sharp o Lady Dedlock, Vernon llegaba, consumaba y se largaba a toda prisa y a medio vestir por los tejados). Pamela tenía sus cosas, pero era Clarissa la que en la obra resultaba al cabo la verdadera artista del catre; con Sophia Western uno se lo pasaba bien, no había duda, pero en el calenturiento repertorio de Vernon era la pía Amelia la que aullaba al aproximarse al clímax. Tampoco tenía serias quejas sobre sus lances de una noche con damas como Elizabeth Bennett y Dorothea Brooke; eran aventuras adultas, salubres, basadas en un claro entendimiento de sus deseos y necesidades de varón. Ellas sabían que los hombres como él tomaban lo que apetecían; sabían que a la mañana siguiente, al despertar, Vernon ya no estaría en su lecho. Pero que le ofrecieran a hembras como Fanny Price, o aún mejor, como Little Nell, y Vernon entraría en sus alcobas remangándose las mangas de la camisa. Y Fan y Nell pronto se verían lamentando el día en que vinieron al mundo. Pero ¿les preocupaban lo más mínimo las horribles cosas que les hacía? ¿Preocuparles? Cuando a la mañana siguiente le veían abrocharse solemnemente la hebilla del cinturón ante el alto ventanal…, ¡cómo aullaban las condenadas!

Las posibilidades parecían inmensas. Otras literaturas dormitaban a la espera en sus dormitorios. El león dormido de Tolstói, con Anna, Natasha, Masha y las demás… La ficción norteamericana: aquellas chicas le podrían enseñar a Vernon un par de trucos. Las taimadas galas: Vernon tenía el presentimiento de que Madame Bovary y él, por ejemplo, iban a llevarse a las mil maravillas…

Un desconcertante fin de semana, sin embargo, Vernon descubrió las obras de D. H. Lawrence. Al cerrar *El arco iris* el domingo por la noche, Vernon cayó en la cuenta de pronto de que aquella avenida de posibilidades —amplia como era, con sus intrincados árboles aquejados de hermosas dolencias, con aquella perspectiva en lontananza en la que se recortaba un macizo de montañas color de arena— había llegado a un brusco e incontestable final. Jamás había sospechado que las mujeres pudieran obrar *así*… Vernon sintió un oscuro alivio, aunque también una punzada de deseo teórico, cuando

vio entrar a su mujer con la bandeja del té.

Vernon, en aquella época, se acostaba con su mujer una media de 1,15 veces a la semana. Llegar a hacer el amor menos de una vez a la semana supondría sin duda un hito crucial, y Vernon se puso en guardia ante la forma que una crisis tal pudiera tomar. Su mujer, gracias a Dios, aún no había dicho nada al respecto. Una tarde, poco después de la debacle de Lawrence, Vernon rumiaba acerca del asunto cuando de pronto reparó en algo que hizo que el corazón le brincara dentro del pecho. Parpadeó. No podía creerlo. Pero era cierto. Desde que había dado comienzo a sus «sesiones», ni una sola vez le había pedido a su mujer ninguna de las procaces variantes que antes se permitía en escogidas ocasiones (las variantes que siempre había espaciado semanas, meses, años). Ni una sola. No se le había ocurrido pedirlas, sencillamente. Sacó la calculadora de bolsillo y se la puso en el regazo. Anonadado, tecleó las cifras. Su mujer, pues, le debía… Si quería, Vernon podía disfrutar de una semana entera de… Su déficit de *tal variante* ascendía a… Pronto volvería a llegar la fecha en que podría… La mujer de Vernon pasaba en ese momento por la sala, y le envió un beso. Vernon resolvió archivar aquellas cifras, aunque sin dejar de seguir manteniéndolas al día. En cierto modo parecían equilibrar un poco las cosas. Sabía que le estaba negando a su mujer algo que ella tenía derecho a disfrutar; pero al mismo tiempo estaba reteniendo algo que no debía dar. Y empezó a sentirse mejor en relación con el asunto.

Porque pronto vio claro que ninguna mujer podía satisfacerle cabalmente. No, señor. Sus actividades se adentraron, pues, en una esfera de intensidad y abstracción desconocida hasta entonces. Ahora, cuando la cortina de terciopelo se alzaba hacia lo alto, Vernon podía cabalgar por una duna marmórea a lomos de un garañón negro, con los ojos entrecerrados fijos en una caravana de desvalidas mujeres árabes que avanzaban trabajosamente por el retazo de desierto que se extendía a sus pies. Picaba espuelas y caía sobre ellas, con sendas espadas en las manos. O bien se veía emergiendo de un movedizo amasijo humano de cuerpos desnudos de mujer, apartando juguetonamente las manos que se tendían con ánimo de asirlo y que al cabo lograban hacer que volviera a zambullirse en la masa de carne y celo. Vernon visitó extraños planetas donde las mujeres eran metal, eran flores, eran gas. Pronto se convirtió él mismo en un cúmulo, en un maremoto, en el Viento del Este, en el hirviente centro de la tierra, en el aire mismo…, y giraba en torno al aterrorizado globo mientras tribus, razas, sistemas ecológicos enteros huían y se dispersaban al ver aparecer su ingente sombra, ancha como todo un continente.

Fue al cabo de un mes de este nuevo divertimiento cuando las cosas empezaron a tomar un cariz realmente preocupante.

La primera intuición de desastre le llegó con unos esporádicos ataques de *ejaculatio praecox*. Vernon se preparaba para una «sesión» sin prisas; se disponía a prefigurar y elaborar el drama cósmico que instantes después se desplegaría ante sus ojos, cuando, al dirigir la vista hacia abajo, descubrió que el pícaro instrumento que tenía entre las manos se había anticipado —viscosamente, y sin proporcionarle placer alguno— a todas sus fantasías. Y la cosa empezó a acontecerle cada vez con más frecuencia, a veces de forma absolutamente inopinada. En tales casos, Vernon ni siquiera se daba cuenta hasta que, al ir a acostarse, se veía las adolescentes y reveladoras manchas en los pantalones. (Asombrosamente —y también harto hirientemente — su mujer no pareció percibir gran diferencia. En aquellos días, sin embargo, hacía el amor con ella sólo cada diez u once días.) Vernon hizo un loable esfuerzo por reírse de lo que le pasaba, y, en efecto, al cabo de cierto tiempo el problema cesó. Pero lo que siguió fue mucho peor.

En principio, Vernon se echó la culpa a sí mismo. Se había sentido tan aliviado y tan puerilmente encantado con su destreza recién recuperada, que dio en hacer que sus «sesiones» durasen de forma interminable, casi insoportable. Tal vez no era sensato… Pero de lo que no había ninguna duda era de que se le había ido la mano. No había transcurrido una semana cuando, en contra de su voluntad, las «sesiones» le llevaban entre media hora y tres cuartos de hora. Y no habían transcurrido dos semanas cuando cada «sesión» empezó a durar hasta una hora y media. Lo cual arruinó todos sus planes: todos los golpes fulminantes, todas las incruentas incursiones que habían jalonado su vida hasta entonces se vieron reducidas a insípidas campañas que Vernon, además, no podía ganar.

—Vernon, ¿estás enfermo? —le preguntaba su mujer al otro lado de la puerta del cuarto de baño—. Es casi la hora del té.

Vernon, sentado a plomo sobre la tapa del inodoro, jadeante y exhausto, alzaba la mirada con expresión desaforada, con ojos sobresaltados y encogidos, y tosía hasta que lograba encontrar la voz:

—Enseguida salgo —conseguía decir al fin, poniéndose trabajosamente en pie.

Nada de lo que Vernon llegaba a imaginar lograba liberarlo. Hordas de enloquecidas y gesticulantes mujeres —algunas de peltre fundido y de quince metros de altura, otras de color añil y no más grandes que una pluma estilográfica— le gritaban desde las cuatro esquinas del universo. Pero nada surtía efecto. Vernon, entonces, reunía a todas las inocentes doncellas del planeta y las sometía a atrocidades inimaginables; perpetraba un millón de asesinatos

aderezados con infames torturas. Y seguía sin obtener resultado alguno. Vernon, todo neutronio, supernova, sol negro, consumía en su agonizante fuego a la Tierra y sus planetas hermanos, hacía de las suyas por el cosmos, eyaculaba la Vía Láctea. Pero tampoco resultaba. Se vio obligado a fingir los orgasmos con su mujer (muy diestramente, al parecer, porque ella no dijo ni una palabra al respecto). Sus testículos empezaron a padecer una fortísima migraña, cuyas lentas palpitaciones pautaban los latidos de su corazón cada vez con más intensidad y frecuencia, hasta que, llegada la noche, la cara de Vernon era un rezumante trozo de manteca, y sus manos adquirían un fulgor delirante al llevarse las aspirinas a los labios.

Y entonces le sobrevino la catástrofe última. Paradójicamente, fue anunciada por un clímax único, gozoso, no buscado. Sucedió otra vez como por ensalmo, en un autobús, durante la hora del almuerzo. Aquella tarde, en la oficina, Vernon se regodeó y rió entre dientes al evocarlo, convencido de que finalmente todos sus problemas habían terminado. Pero no era así. Al cabo de una semana de incesantes experimentos y escrutinios, Vernon tuvo que encarar la verdad. Su cosa estaba muerta. Era impotente.

«Oh, Dios mío», pensó. «Siempre supe que algún día me sucedería algo así.» En cierto modo, Vernon aceptó este revés con ceñudo estoicismo (para entonces el recuerdo de sus viejas mañas le producía la mayor de las aversiones). Pero por otro lado —y ello le producía terror— se sentía como alguien suspendido entre dos estados: uno (quizá), su realidad; el otro, un sueño indescriptible. Y un día, al despuntar el alba, se despertó con un gemido de alivio; pero la realidad se había esfumado y su lugar lo ocupaba la pesadilla. La pesadilla seguía allí todo el tiempo. Vernon miraba la casa donde llevaban viviendo tanto tiempo —las cinco habitaciones por las que su apacible esposa se movía con paso manso—, y veía que toda ella se le alejaba para siempre, junto a toda su paz, toda su pasión, toda su seguridad… ¿Y para qué, en aras de qué?

«Tal vez fuera mejor que se lo contara todo, que le hiciera una confesión sincera», pensó, desconsolado. «No sería nada fácil, ciertamente, pero con el tiempo ella podría aprender a confiar en mí de nuevo. Y ya he acabado definitivamente con todas esas insensateces. Dios, si yo…» Pero entonces veía la cara de su mujer —capaz, sincera, segura de sí misma—, veía que se iba abriendo en ella la luz de la verdad al comenzar él a confesarle entre balbuceos su vergüenza. No, jamás podría contárselo; jamás podría hacerle eso a ella. No, no podía… Ella iba a descubrir pronto la verdad, de todas formas. ¿Cómo podía un hombre ocultar que ha perdido lo que lo constituye como tal? Consideró la idea del suicidio, pero… «Pero me faltan agallas», se dijo a sí mismo. Tendría que esperar; esperar y

fundirse con su hondo miedo.

Pasó un mes sin que su mujer dijera nada. Para Vernon ése era el tiempo límite de la hora de la verdad, de la última trinchera. Intentó, pues, enfocar la inminente confrontación como un asunto de momentos críticos nocturnos. Se pasaba el día ensayando excusas. Para empezar, Vernon alegó una jaqueca, y a la noche siguiente un malestar de estómago. Las dos noches siguientes se las pasó en vela hasta el alba («preparando las cuentas anuales», explicó). La quinta noche simuló un largo ataque de tos, y la sexta una fiebre alta. Pero la séptima noche se limitó a permanecer echado en la cama, inerme, triste, a la espera. Transcurrieron treinta minutos; seguían uno al lado del otro. Vernon imploraba calladamente que a su mujer le llegara el sueño y a él la muerte.

—¿Vernon? —dijo su mujer.

—¿Mmm…? —alcanzó a articular (Dios, qué patético graznido).

—¿Quieres que hablemos de ello?

Vernon no dijo nada. Siguió tendido en la cama, disolviéndose, muriendo. Pasaron más de cinco minutos. Y al cabo Vernon sintió la mano de su mujer en el muslo.

Bastante tiempo después, y en la postura de un *cowboy* a lomos de un novillo corcoveante, Vernon eyaculó por toda la cara de su esposa. Durante las dos horas y media precedentes le había hecho a su cónyuge todo lo que se le vino a la cabeza, hasta el punto de que se sintió sinceramente asombrado de que aún siguiera viva. Luego ambos se relajaron, musitaron cosas sin ruido y se durmieron abrazados.

Vernon se despertó antes que su mujer. Tardó treinta y cinco minutos en levantarse de la cama, tal era su deseo de realizar tamaña proeza sin despertarla. Hizo el desayuno en bata, poniendo cada célula de su ensimismado ser en cada pequeña, sacramental tarea. Cada vez que su mente volvía a la noche recién pasada, emitía un sonido bajo y rugiente, o deslizaba los nudillos por el rallador de queso, o se cogía la lengua entre los dientes y apretaba con fuerza. Cerraba los ojos y veía a su mujer prácticamente empotrada contra la cabecera de la cama, con una pierna en el aire, disparada hacia lo alto; podía oír el sonido de sus nalgas al recibir los golpes que él le propinaba con ambas manos (al final las nalgas se le encendían y adquirían un tonalidad carmesí). Vernon se apoyó contra el frigorífico para no caerse. Veía la imagen de su mujer entrando en la cocina con muletas, con la cara negra y azul. No era posible que no dijera nada sobre *aquello*. No era posible. Vernon puso la mesa. Oyó cómo su mujer se movía en la cama. Se sentó. Le crujían las rodillas; escondió la cabeza tras el paquete de cereales.

Cuando la levantó, vio a su mujer sentada al otro lado de la mesa. Parecía totalmente normal. Sus ojos azules, llenos de luz, buscaron los de Vernon.

—¿Tostadas? —dijo él, disimulando.

—Sí, por favor. Oh, Vernon, ¿no fue maravilloso?

Por espacio de un instante Vernon supo, más allá de toda duda, que ahora tendría que asesinar a su mujer y luego suicidarse, o matarla y abandonar el país con nombre supuesto, y empezar de nuevo en cualquier parte: Rumania, Islandia, Extremo Oriente, el Nuevo Mundo…

—¿Qué…, quieres decir que…?

—Oh, sí. Soy tan feliz. Durante un tiempo pensé que… nosotros… Pensé que tú eras…

—Que yo…

—No, cariño. No necesitas decir nada. Lo comprendo.

Ahora todo volvía a estar en orden.

—Oooh… —oyó Vernon que añadía su mujer—: Fuiste muy malo anoche, ¿sabes?

A Vernon volvió a invadirle el pánico. Pero se sobrepuso y dijo, con absoluto desenfado:

—Sí, un poco…

—Muy malo. Tan *bruto*… Oh, Vernon…

Alargó la mano para buscar la de Vernon, y se puso en pie. Vernon se levantó también de la mesa (o se vio de pronto en pie merced a algún sistema hidráulico especialmente diseñado para la ocasión). Ahora su mujer le miraba por encima del hombro mientras le precedía escaleras arriba.

—No tienes que hacérmelo muy a menudo, ¿sabes?

—¿Ah, no? —dijo Vernon, arrastrando las sílabas—. ¿Quién lo dice?

—*Yo* lo digo. Dejaría de ser divertido.

Vernon supo una cosa: iba a dejar de llevar la cuenta. Muy pronto, dio por sentado, las cosas volverían más o menos a la normalidad. Él había tenido sus emociones; era de estricta justicia que ahora su amada también tuviera las suyas. Vernon siguió a su mujer hasta el dormitorio y cerró suavemente la puerta a su espalda.

Granta, 1981

LA COINCIDENCIA DE LAS ARTES

—Esto es una tomadura de pelo, tío. ¿Todavía no has leído mi novela?

—No.

—Bien, ¿y esta vez por qué?

—He estado terriblemente…

Al otro lado de la calle un coche de bomberos fue alzando y situando en posición su brazo con un gran estornudo contenido. Un millar de conversaciones se interrumpieron unos instantes, quedaron en suspenso, se reanudaron ávidamente.

—El caso es que he estado terriblemente ocupado.

—¿No son ésas, una por una, las palabras que empleaste la última vez que te lo pregunté?

—Sí.

—Entonces, ¿cuántas veces más tendré que oírlas?

Los dos hombres estaban de pie frente a frente en una esquina, en el tráfago de calles, circuitos y pistas donde la Séptima Avenida desemboca bruscamente en el Village… Quien hacía las preguntas era un hombre negro de treinta y cinco años, de dos metros de altura y la corpulencia de un defensa de fútbol americano con atuendo protector incluido. Su nombre era Pharsin Courier, y su tez era muy negra. Quien respondía a ellas tenía aproximadamente la misma edad, pero medía poco más de uno setenta y era muy delgado. Allí de pie, encarado a su interrogador, parecía carecer de una de las dimensiones. Su nombre era sir Rodney Peel, y su tez era muy blanca.

Se estaban hablando a gritos, pero aún no de forma exasperada o colérica. La ciudad se hacía más ruidosa día a día: hasta las sirenas parecían tener que encolerizarse para hacerse oír.

—Encuentra tiempo para mi novela —dijo Pharsin. Luego siguió instando a Rodney durante unos veinte minutos más, y al cabo concluyó diciendo—: Te entregué el original de buena fe, y necesito tu crítica. Tú y yo somos artistas. ¿No crees que eso significa algo?

¿En aquella ciudad?

El letrero rezaba: «Omni's — Material de Arte — Para el Artista

latente en cada uno de nosotros.» Pero allí todos eran *ya* artistas. Los camareros y camareras del café eran, por supuesto, actores y actrices, y las gentes a quienes servían eran libretistas y guionistas, arpistas, puntillistas, ceramistas, caricaturistas, contrapuntantes. Los jovencitos eran todos lanzadores de cuchillos y malabaristas; las jovencitas todas bailarinas (inclinadas sobre las mesas y enfrascadas en «pecosas» discusiones con sus madres o mentores). Hasta los bebés eran estrellas publicitarias y tenían sus representantes. Y la cosa no se detenía ahí. Fuera, escultores que acarreaban trozos de roca en carretillas, sobre pavimentos pintados, pasaban junto a flautistas ambulantes y a una *troupe* de payasos que hacía mimo ante mirones que ofrecían espontáneamente retahílas de consejos. Todo el mundo hacía su número. Bufones se tambaleaban sobre zancos de tres metros de altura. Divas practicaban sus escalas junto a ventanas de casas de vecindad. Los instaladores de aire acondicionado eran todos instalacionistas. Los obreros de la construcción eran todos constructivistas.

Y, por una vez, sir Rodney Peel decía la verdad: estaba terriblemente ocupado. Tras muchos inanes años de fracaso artístico y sexual en Londres, SW3, Rodney saboreaba ahora, en Nueva York, exactamente lo contrario. Uno podía aún ver sus años de fracaso en la oscurecida piel que orlaba sus ojos (manchada, marcada, velada). Uno podía aún olerlos en su pijama, que no había visitado la lavandería en quince años (cuando se levantaba de la cama por la mañana lo dejaba apoyado contra la pared). Pero Norteamérica había reinventado a Rodney Peel. Tenía un título nobiliario, y una coleta, y un acento florido, y un pincel acomodaticio. Era un heterosexual sin pareja en Manhattan: algo tenía que salirle. Y Rodney ahora conocía el pánico de las plegarias atendidas. Como quien interpreta un papel secundario en un sueño, Rodney veía cómo los precios de sus obras seguían duplicándose y duplicándose: lo único que se le pedía era un aristocrático movimiento de cabeza y una cara franca. Bajo el entarimado de su estudio tenía escondidos noventa y cinco mil dólares. En metálico. Y cada tarde se metía en una cama perfumada, sin hablar, con las orejas silbándole como si fueran conchas de mar.

Rodney seguía sintiendo que aún le quedaban oportunidades de llegar a ser un pintor importante. No muchas, pero sí alguna. Incluso tenía la seguridad de que su universo artístico, tras diez meses en Nueva York, había experimentado una contracción drástica. El viaje al interior de su sistema nervioso, la búsqueda a tientas de relaciones espaciales, el rastreo de su propio talento…, todo lo había dejado a un lado de momento. Y se estaba especializando. Pintaba esposas. Esposas de ricos profesionales y ejecutivos: esposas de los leones de Madison Avenue, esposas de los héroes de Wall Street. Su pincel, como es

natural, las halagaba y rejuvenecía. Pero ello no era especialmente arduo ni incluso poco honrado, porque las esposas nunca eran primeras esposas: eran segundas esposas, terceras esposas, cuartas, quintas… Esposas que miraban con decencia intachable al esbelto sir Rodney con su manchada bata de pintor. «Perfecto», susurraba él. «No. Sí. Así, adorable…» A veces una cosa llevaba a la otra. Pero jamás a la cosa que importaba. Dócilmente, su vida amorosa imitaba a su arte. Esta esposa, aquella esposa. Rodney adulaba, flirteaba, tanteaba, fracasaba. Y entonces llegó el cambio. Ahora, cuando trabajaba, su pintura quedaba coagulada en líneas tradicionales, en curvas convencionales. Entre las sábanas, sin embargo, Rodney acusaba la terrible agitación del innovador.

—Ha habido un avance decisivo —le dijo a Rock Robville, su representante o intermediario—. En el…, mmm…, en el capítulo del «conocimiento carnal».

—¿Oh? Cuéntame.

—Algo bastante extraordinario, la verdad. Nunca he conocido nada tan…

—¿La fragante señora Peterson, acaso?

—Santo Dios, no.

—La voraz señora Havilland, entonces. Apostaría a que es ella.

De veintiocho años, acicalado, sonrosado y con una incipiente calvicie, Rock era también inglés, y de la clase social de Rodney. Los Robville no eran tan antiguos ni de tan rancio abolengo como los Peel, pero eran mucho más ricos. Rock, en la actualidad, amasaba otra fortuna como empresario de cosas *British*: vacaciones en castillos de Escocia, derechos de pesca en Cumbria, divisas heráldicas, títulos, niñeras, armaduras. Ah, y mayordomos. Rock ganaba un dineral traficando con mayordomos.

—No. No es una de las esposas —dijo Rodney—. No quiero hablar demasiado del asunto por si se rompe el ensalmo. Ya sabes, la fase primera y todo eso…

—¿Habéis mojado ya?

Rodney le miró frunciendo el ceño, como en una esforzada retirada. Luego su cara se aclaró y respondió negativamente. Rock parecía disfrutar dejando caer aquí y allá aquellas expresiones del momento —aquellos neologismos progeriacos— en sus conversaciones con Rodney. Había otra que solía emplear: «Jugar a esconder el Salami.» Esconde el Salami sonaba más divertido que el juego al que normalmente jugaba Rodney con las mujeres. Porque tal juego era *Encuentra* el Salami.

—Nos…, mmm…, vemos a solas. Pero todavía no hemos dado el

paso.

—El acto oscuro —dijo Rock, lo cual hizo que Rodney se quedara mirándole de un modo extraño—. Qué tierno. Y qué *retro*. Primero os tenéis que conocer bien.

—Sí, eso es. Ella no… Nosotros no…

Rock y Rod estaban recostados sobre la barra de caoba, de espaldas a la hilera de botellas, bebiendo Pink Ladies en un viejo santuario alcohólico cercano a Lower Park Avenue. Al percatarse de la inquieta mirada de soslayo de su amigo, Rock sintió una punzada de instinto protector y dijo enseguida:

—¿Has hecho ya algo con tu dinero? Habla con el señor Jaguar del asunto. Y hazlo pronto. Los norteamericanos son inflexibles con lo de los impuestos. Podrían meterte entre rejas.

Callaron. Los dos pensaban en los cuatro o cinco segundos que Rodney habría durado en una cárcel norteamericana. Rodney se movió en su taburete, inquieto, y dijo:

—Tengo humor de celebración. Todo es muy emocionante. Déjame que te pida otro de ésos.

—Ah… Eres un hombre de honor —dijo Rock con aire distraído—. Házmelo saber —añadió—. Cuando mojéis, me refiero.

Rodney era uno de esos ingleses que han tenido que marcharse de Inglaterra. Se marchó de Inglaterra y se dejó coleta. Indefenso frente a su madre, frente a su abuela; indefenso frente a todas las ociosas, parlanchinas, siempre sonrientes *miladies* a las que los suyos, de un modo u otro, le habían obligado a escoltar. Cuando trataba de romper con todo, no les costaba gran cosa hacerle volver al redil, siempre lograban recuperarlo para el mundo que creían suyo. Lo poseían… Rodney tenía un carnoso labio superior en cuya comisura derecha, durante aquellos años inanes, solía abrírsele un hondo pliegue de resignación —de desangelada resignación—. En los restaurantes chinos de Chelsea podía vérsele con frecuencia recibiendo almuerzo y conferencia de alguna vieja tía fumadora empedernida, con los brazos cruzados a duras penas sobre las apreturas de la chaqueta, con la comisura superior filosóficamente hendida.

—¿Te has ocupado ya de mi novela?

—¿Qué?

—Que si has leído ya mi novela.

—Ah, Pharsin. —Rodney recobró el ánimo—. Verás, he estado intentando sacar tiempo para ocuparme de ella por las tardes. Pero el caso es que… —Miró la calle con aire desdichado. Estaban en Greenwich Avenue, era domingo por la mañana y todo el mundo avanzaba dando tumbos con su respectiva carga de prolijidad, de

increíble verborrea, de incontenible comunicatividad: es decir, con el *Sunday Times* debajo del brazo—. El caso es que…

El caso era que Rodney trabajaba por las mañanas, y por las noches se dedicaba a hacer una vida social alcohólica, y por las tardes —único momento del día en que habría podido coger un libro, o al menos una revista o un catálogo— se metía en la cama. Zumbándole las orejas. Y con desatado celo.

—Venga, tío. Esto está pasando de castaño oscuro.

Rodney recordaba un buen consejo para cuando se miente: mantenerse tan cerca de la verdad como uno juzgue prudente hacerlo.

—He intentado encontrar tiempo por las tardes. Pero por las tardes… Mi dama amiga, ya sabes… La… «recibo» por las tardes.

Pharsin adoptó un aire juicioso.

—Por ejemplo —prosiguió, ya sin freno—, el viernes por la tarde me estaba preparando para leerla cuando, ¡zas!, apareció mi dama por la puerta. Tenía ya tu novela en el regazo.

No era cierto, por supuesto. El arrugado y voluminoso original de Pharsin jamás había llegado a estar sobre el regazo de Rodney. Seguiría debajo del piano, o en cualquier rincón o armario donde lo hubiera metido al desgaire meses atrás.

—¿Te viene a ver todos los días?

—Menos los fines de semana.

—Bien, ¿qué solución vas a darle, entonces?

—Voy a dedicarle unas cuantas veladas… Me pondré a ello, de veras.

—¿Dices que el viernes por la tarde estabas con mi novela en el regazo?

—Sí, a punto de hincarle el diente.

—Muy bien. ¿Cómo se titula?

Pharsin se quedó allí de pie, cerniéndose como un rascacielos sobre Rodney. Cuando se inclinó hacia adelante y escupió sobre una alcantarilla, uno habría jurado que acababan de tirar un cubo de agua desde el tercer piso.

—¡Venga! ¿Cuál es su jodido título?

—Ejem… —dijo Rodney.

Había conocido a Pharsin en la esquina suroeste del Washington Square Park, ese descabellado parlamento del ajedrez donde los *yonquis* eran Expertos, los borrachines Grandes Maestros y los mendigos y vagabundos, parlanchines manchados de pizza, ex Campeones del Mundo. Rodney, que había jugado durante un año en el segundo equipo de ajedrez de la Universidad de Suffolk, se acercó a la mesa de mármol que presidía ostentosamente Pharsin. Y en media

hora perdió cien dólares.

En todos sus años de relación con las treinta y dos piezas y los sesenta y cuatro escaques, jamás había sido Rodney tan risiblemente derrotado. No era sino un mero y memo centurión a la espera, con su minifalda de metal y la espada corta a un costado; mientras que Pharsin era el gladiador profesional, enormemente diestro con la red lastrada y el tridente broncíneo. Después de media docena de movimientos, Rodney empezaba ya a sentir la presión de la trama de cuerda, las dentelladas del metal. En la tercera partida Pharsin prescindió con éxito de los servicios de su reina: cuando las cosas parecían ir bien para Rodney, Negro introdujo su primera torre en la entrepierna de la defensa de Blanco.

Se pusieron a hablar mientras avanzaban a buen paso inmersos en la serenata de saxofones y sirenas y dejaban atrás a los huidizos camellos de la esquina noroeste y salían a la calle Octava.

—¿Vives… de esto?

—Antes sí —dijo Pharsin, haciéndose oír en medio del martilleo de docenas de enormes radiocasetes y radios encendidas al unísono—. El ajedrez callejero se resiente cuando la economía está floja. Y me he visto obligado a diversificarme.

Rodney le preguntó hacia qué campos.

—Verás: el ajedrez es un arte. Si puedes practicar un arte, puedes practicarlos todos.

Rodney dijo que qué interesante, y siguió andando detrás de él. En un momento dado, le dio la impresión de que podría pasar de un costado a otro de Pharsin a través del hueco que a intervalos se abría entre sus piernas. No, no había abertura suficiente: sus músculos parecían matones apoyados contra las paredes del ángulo. La cabeza de Pharsin, encaramada en lo alto de aquel cuerpo, tenía la forma y el tamaño de un reposacabezas. Rodney sentía respeto por la cabeza de Pharsin. Fuera lo que fuere el ajedrez (un arte, un juego, una batalla), era sin duda alguna una escarpada montaña, y Rodney deambulaba al pie de ella mientras Pharsin se hallaba ya a medio ascenso de su cara más arriesgada.

—¿Ves esto?

Pharsin se detuvo, metió la mano en la bolsa y sacó un puñado de papeles enrollados. Era un ensayo, un polémico texto titulado *La co-incidencia de las artes — Parte I: la indivisibilidad de la poesía, la fotografía y la danza*. Rodney paseó la mirada por la frase inaugural. Era de ese tipo de frases que se pasan un largo rato marcha atrás antes de meter la primera.

—¿Estás seguro de que quieres decir «coincidencia», y no… «correspondencia»?

—Sí. Co-incidencia. Las artes tienen lugar en la misma parte del cerebro. Por eso le pongo un guión: porque suceden en el mismo sitio.

A Rodney le interesaba mucho el concepto de coincidencia. Todo lo que ahora poseía se lo debía a la coincidencia. Sucedió en un camino rural, a unos trescientos metros de la casa de su abuela: una colisión frontal entre dos Range Rover, ambos repletos de Peels por línea paterna. Todo lo demás derivó de ello: título, coraje, Norteamérica, Rock, sexo, los cinco mil billetes de veinte dólares que escondía bajo el piso de su estudio. Y el talento también, se decía a veces. Quizá también el talento.

—¿Eres inglés?

—Oh, sin duda alguna.

—Mi mujer también es inglesa. Lo opresivo del sistema de clases le hizo abandonar aquellas costas.

—La comprendo. Puede hacerse muy agobiante. ¿Se dedica también al arte, tu mujer?

—Sí. Se dedica a…

Pero el final de frase de Pharsin quedó ahogado por el fragor de la ciudad: alguien hacía explosionar un pequeño ingenio nuclear o acababa de arrojar un contenedor desde un helicóptero.

—¿Y tú? —dijo Rodney.

—Soy escultor. Matemático. Coreógrafo. Percusionista. Ensayista. Amén del arte que hemos estado practicando hace un rato.

—Oh, me acuerdo —dijo Rodney con humildad—. Yo soy pintor. Aunque también me interesan otras cosas. —Y a continuación dijo lo que solía decirles a los norteamericanos, porque en sentido geográfico era prácticamente cierto (además, ¿qué iban a saber ellos?)—: Estudié Literatura en Cambridge.

Pharsin dio un respingo y dijo:

—Eso me interesa mucho. Porque últimamente he llegado a pensar que lo que soy en primer lugar es novelista. Bien, amigo mío. Voy a pedirte un favor.

Rodney le escuchó y dijo que sí. ¿Por qué no? Rodney daba por sentado que Pharsin resultaría un tipo nada difícil de evitar.

Pharsin dijo:

—Voy a estar en una situación inmejorable para seguir tu progreso con mi novela.

Rodney guardó silencio, a la espera.

—Veo que no me reconoces. Trabajo de portero en tu edificio. Los fines de semana.

—Oh, claro… —Ahora Rodney tendría que empezar a diferenciar las tres o cuatro caras negras que brillaban y fruncían el ceño en la penumbra del vestíbulo de su edificio—. La coincidencia —susurró—

de las artes. Dime, ¿sois una pequeña familia los que trabajáis allí?

—¿Por qué…? Yo no me mezclo con esos animales. Bueno, te traeré mi novela mañana por la mañana. A primera hora. Dejando a un lado toda falsa modestia, no creo que tengas ningún problema para dejarte seducir por ella.

—Eh…, mmm… —dijo Rodney.

—¿Tres meses con ella en las manos y aún no has leído ni el jodido título?

—Eh…, mmm… —repitió Rodney.

Según recordaba, el título, como la novela misma, era muy, muy largo. El original de Pharsin tenía más de mil cien páginas. A espacio sencillo. Pharsin dijo que constaba exactamente de un millón de palabras, afirmación cuya veracidad —en opinión de Rodney— muy pocos se molestarían jamás en comprobar.

—Es *muy* larga —dijo Rodney. Alzó la mirada hacia los ojos inyectados de sangre de Pharsin y añadió—: *Las*…

—Las ¿qué?

—*Las palabras de*… Espera un momento. *El ruido de*…

—*El sonido*.

—*El ruido del sonido*…

—¡Qué coño…! *El sonido de las palabras, el sonido de las palabras*, tío. *El sonido de las palabras, el sonido de las palabras*.

—Eso es. *El sonido de las palabras, el sonido de las palabras*.

—Dedícale la jodida energía necesaria, tío. Y lo digo porque estoy convencido de que tu esfuerzo será recompensado. Sobre todo te va a encantar la estructura. Y también el tema.

Al cabo de otra retahíla de reproches, de veladas amenazas, de persuasión moral y de crítica literaria, Pharsin zanjó la cuestión añadiendo, a modo de último pensamiento audible.

—Trece semanas… Y ni siquiera sabe cómo se titula.

—Perdóname. Estoy como aturdido con…, mmm…, con tanto «exceso amoroso».

—Eso me lo creo. Pareces hecho polvo. Tío, cuídate. Como sigas así te va a llevar el viento. Mi matrimonio ha sobrevivido hasta aquí, pero de los actos y los problemas de las mujeres lo sé todo. ¿Cómo se llama?

Rodney susurró como un fonema femenino: Jan o Jen o June.

Pero lo cierto es que aún no sabía su nombre.

—Hemos mojado.

—Bravo. Cuéntamelo todo.

Esta vez Rod y Rock estaban en cierto restaurante irlandés de la

parte alta de Lexington Avenue. Ocupaban dos asientos a la cabecera de una mesa para dieciocho comensales. Su costumbre en tales ocasiones era reunirse con una hora de antelación, para charlar y tomar unos cócteles antes de que un grupo de norteamericanos se presentara para la cena y pagara luego la cuenta. Aquella noche, en la confortable compañía de Rock, Rodney no parecía tan escuálido como autorizarían a pensar sus cincuenta y cinco kilos de peso. Su corporalidad, aunque reducida a la mínima expresión (sólo su grueso labio superior soportaba unos cuantos gramos de más), parecía compartir la blanda redondez de su amigo. Ambos llevaban la faja de la obesidad interior otorgada por su clase. Bebían *black velvets* en jarras de peltre.

—¿Qué puedo decir? —dijo Rodney—. Francamente, estoy sin habla. Las palabras no pueden…

—¡Vaya por Dios! Descríbeme su cuerpo, al menos.

—Preferiría no hacerlo, la verdad. Quiero decir que no hay nada que contar, ¿no? Cuando las cosas marchan tan gloriosamente…

—Es la señora Peterson, ¿no es cierto? —Rock, indelicadamente, hizo una pausa—. No. Demasiado morena para tu gusto. A ti te gustan las blancas como la leche. Las criadas a base de cuajada y suero. Tienen que ser como rosas de Inglaterra. O sufrirías un choque cultural.

—Qué equivocado estás… —dijo Rodney con voz tensa—. Puede que te interese saber que coincide que…, que la dama en cuestión es… negra.

—¿Negra?

—*Negra* —dijo Rodney con énfasis. Su modulación de la palabra fue un tanto peculiar. Un año o dos atrás ambos la habrían pronunciado de otra forma. Pero habían abandonado en gran medida la rúbrica fonética de su clase, y se estaban reeducando.

—¿Negra? —repitió Rock—. ¿Te refieres a una auténtica…? ¿Cómo se llaman a sí mismos actualmente? ¿Una auténtica… *americafricana*?

—Afroamericana —dijo Rodney. Luego, al proseguir la explicación, su voz se hizo letárgica, porque ahora disfrutaba con una sensualidad cansina (inhalaciones lentas, como si alimentara un fuego interno) de su cigarrillo de las noches—. Bueno, africana. Siento a África en ella. Sabe a África. A una de las zonas francesas, probablemente. Senegal, quizá. Sierra Leona. Guinea-Bissau.

Rock le miraba atentamente.

—Se mueve como una emperatriz. Una amazona de Dahomey. Cleopatra era bastante oscura, ¿sabes?

—Así que es divina, ¿no? Además de negra. ¿De dónde dice ella

que es?

Desoyendo la pregunta y enardeciéndose un tanto, Rodney dijo:

—Es lo maravilloso de Estados Unidos. En Londres no hay negras que merezcan la pena. Sólo esas *cockneys* chillonas. Espléndidas criaturas, algunas de ellas, pero… absolutamente «imposibles». No te topas con ninguna, sencillamente. Pero aquí, en el gran… «crisol»…

—La ensaladera.

—¿Cómo dices? —dijo Rodney, buscando una ensaladera con la mirada.

—Ahora la llaman la ensaladera. No el crisol.

—¿De veras?

—En cierto modo, podría decirse que las negras inglesas tienen más clase que sus primas norteamericanas.

—¿Por qué?

—¿Que por *qué*?

Eran dos hombres en una película muda: cuando estaban los dos solos, al milenio parecía faltarle un siglo. Rock, ahora, se hallaba a punto de hablar del pasado histórico, pero su tono mundano flaqueó, y de pronto pareció estar sobrio.

—Oh, vamos… Nosotros sabemos *algo* acerca de esto, ¿no? El «contingente» inglés fue traído al país después de la guerra. Para conducir el metro y demás. Y los autobuses. Mano de obra contratada. Pero con los negros norteamericanos… no fue lo mismo.

—Son la misma gente, sin embargo. Imagino.

Rod y Rock: sus árboles genealógicos eran de alta alcurnia. Sus árboles genealógicos eran de alto y orgulloso abolengo. Pero ¿qué tipo de árboles genealógicos eran ésos? ¿Sauces llorones, salgueros, caobas, fresnos? En cualquier caso, estaban enfermos; los carcomía la necrosis, sus ramas tenían un aire sobrecogido y artrítico… Los Peel habían sido investidos de honores nobiliarios cuando, en un solo día de 1661, Carlos II nombró trece nuevos baronets en la colonia de Barbados. Los antepasados nobles de Rock, los Robville, bastante decepcionantemente (bastante desconcertantemente, en opinión de Rodney), no se remontaban hasta tan lejos. Pero tanto los Peel como los Robville habían prosperado en un tiempo en que todo inglés adulto con dinero en metálico o crédito poseía un puñado de *aquello*: de esclavos. La mansión donde vivió el padre de Rock había sido financiada, *circa* 1750, por los ingentes beneficios de su negocio de carpintería naval en Liverpool. El conocimiento de tales procedencias jamás había sido abiertamente reconocido por ninguno de aquellos dos caballeros. Toda una vida de inhibición les servía de escudo: en su niñez había sido como un secreto terrible oculto bajo la cama. Sin embargo, Rock era un hombre de negocios. Y jamás había supuesto

que los negocios fueran hermosos. Dijo:

—No hay mucho que hablar, supongo. Pero el contingente inglés recibió la libertad mucho antes que los esclavos norteamericanos.

—Sí, es cierto —dijo Rodney, reflexivo—. Supongo que no hay nadie con menos «clase» que un esclavo. Pero, por supuesto, lo que no hay que olvidar es lo que este esclavo pudo ser originalmente en su tierra.

—«Clase» en África.

—En cierto modo. África fue un continente bastante avanzado en un tiempo, ¿sabes? Mira el arte africano. Exquisito. Arcaico, pero inmediato. Inmediato. África tuvo grandes civilizaciones cuando en Inglaterra no había más que rebaños de ovejas. Hace siglos y siglos.

—¿Qué has estado leyendo? ¿El *Amsterdam News*?

—No. *Ebony*. ¡Pero es cierto! No somos más que advenedizos y horteras comparados con ellos. Escoria, Rock. A mí me da la impresión de que mi dama ha venido directamente de África. De Sudán, posiblemente. Dicen que Tombuctú era una ciudad increíble. Llena de príncipes y poetas, y de fascinantes huríes. Jezabel era de…

—¿Has dicho fascinantes ¡hurras!?[7] ¿Qué? Oh, no te preocupes. ¿Qué tipo de acento tiene? El nuestro, ¿no?

—No lo sé.

—¿Cómo se llama?

—No lo sé.

Rock calló unos instantes y dijo:

—Descríbeme esa relación, te lo ruego. ¿Cómo os conocisteis? ¿O tampoco lo sabes?

—Nos conocimos en un bar. No como *tú* te piensas.

Se conocieron en un bar, pero no como Rock se pensaba.

Sino así:

Rodney acaba de pedir un *bullshot*. Dado que es un cóctel de vodka y consomé, podría argüirse que es una porquería, pero Rodney, con ojos acechantes y medrosos tras las gafas oscuras, lo necesitaba con urgencia. Aunque lo que realmente le apetecía era una copa de verdad, un *bloodshot*, por ejemplo. Llevaba un gastado traje de lino y una corbata sucia. Se había pasado la mañana en un edificio sepulcral de piedra rojiza de la calle 65 Este, haciendo lo que podía con el largo labio superior y las cejas ridículamente juntas de una tal señora Sheehan, esposa de un astro de los programas televisivos de entrevistas.

—Salsa Worcestershire, por favor. Y el zumo de un limón, como mínimo.

—¿Sabe una cosa? Me quedaría todo el día escuchándole, oyéndole hablar.

No era la primera vez que a Rodney le hacían tal cumplido. Entrampado en una resaca engañosamente suave de cocaína, respondió:

—Muy gentil de su parte.

—No. De verdad que no.

—Es usted muy amable.

Aquella camarera, en un momento u otro de su vida, quizá había querido ser actriz. Quizá había sentido la extraña llamada de las tablas. Pero no recientemente. En cualquier caso, Rodney estaba mirando más allá de ella y enseguida sintió como un estremecimiento.

Veamos. La mujer estaba en la barra, encaramada en un taburete y encaramada sobre la torreta de sus caderas, alzándose sobre el asiento cada vez que éstas giraban hacia un lado o hacia otro. Rodney la miraba fijamente. Allí sentada en la barra, bebiendo té con leche en un vaso blindado, acusando los alaridos de un partido que tenía lugar en el televisor de la pared, mantenía una vigorosa pero inaudible charla trivial con un interlocutor oculto tras la barra. Sin duda era una persona de color, y, más concretamente, de color —o así se lo pareció a Rodney al menos— *norteamericano*. Lo mismo que había un negro norteamericano, un pardo norteamericano, y un beige, y un blanco y un rosado norteamericanos… Más allá de este recinto había otro, donde se estaba disputando ruidosamente una especie de certamen de talento. De poesía, de monólogos, de humor…

Rodney la estaba mirando fijamente mientras sentía una punzada de reconocimiento, aunque sabía que no la conocía. Tenía la impresión de haberla visto antes en el vecindario. Pero nunca totalmente. Porque era esa mujer que pasa por la calle a la que no se ve nunca enteramente, esa mujer que está allí para eludirte, que gira o se escabulle o se pierde de vista parcialmente, o mantiene el paralaje con buzones y troncos de árboles, o se desvanece para siempre tras el centelleante cristal de una cabina telefónica o bajo la negra sombra de un camión. Se han escrito poemas preñados de indignación sobre estas mujeres, sobre estas *desaparecidas*.[8] Hasta el morigerado Bloom se ponía de mal genio al pensar en ellas. A los hombres les importa, porque por una vez están pidiendo muy poco, no piden ningún contacto, tan sólo la libre contemplación de la figura pasajera. Y tal era la disposición inicial de Rodney. No quería concertar una cita con ella. Quería pintarla.

—Aquí tiene, señor.

—Mis más sinceras gracias.

—¡Qué acento!

Incluso en aquel momento, en aquel bar, la mujer era continuamente tapada por algo, eclipsada por algo. Había una rubia

sonrosada, de edad mediana y aspecto germánico, con todo un arrecife de pecas y lunares en la garganta desnuda (¡lo que tenía que luchar Rodney, todas las mañanas, con aquel tipo de imperfecciones de sus modelos!), que constantemente, alternativamente, la ocultaba con su cuerpo para instantes después permitir de nuevo contemplarla. De pronto la vista se despejó, y pudo quedarse absorto ante el pródigo poder de aquellos muslos; y luego vino su cara, su mirada, su sonrisa ambigua. Lo que aquella mujer le *gritaba* era Talento. Y no sólo el talento *de ella*. También el suyo propio, *su* talento.

—¡Camarera! ¡Camarera! Ah, gracias. Me pregunto si tendría la amabilidad de dejarme algo para escribir. Sólo será un par de minutos.

—¡Con mucho gusto!

—Muchísimas gracias.

Sabía lo que debía hacer. Tal como le había exigido su representante y amigo, Rodney se había mandado hacer unas tarjetas que decían: «Sir Rodney Peel (Baronet) — Retratista.» En el reverso se mostraba un ejemplo de su arte: con aspecto de mellizas no idénticas, la esposa y la hija de un magnate de las alarmas contra robo descansaban amigablemente en sendas butacas francesas. Rodney se puso a escribir. Aún no se había reconciliado por completo con aquel «baronet» entre paréntesis. A principio había intentado imponer la más discreta y convencional abreviatura «Bt». Pero finalmente se había doblegado ante los argumentos de su amigo y representante: según Rock, los norteamericanos podían pensar que «Bt» era la abreviatura de «Comprado».[9]

Con las grandes espirales y penachos de su penosa caligrafía, Rodney explicaba que era un pintor inglés que vivía en Estados Unidos, y que qué difícil era, incluso en aquella ciudad, con su célebre diversidad, encontrar una cara tan *pintable* como la suya; que, por supuesto, le pagaría por su condescendencia; y que pagaba bien. Rodney, a continuación, empleó una segunda tarjeta entera y la mayor parte de una tercera en un fantástico despliegue de justificaciones, disculpas e inseguridades íntimas…, y añadía una cuarta tarjeta para la respuesta.

—¡Camarera! ¡Por favor! ¡Disculpe!

La voz de Rodney tenía que competir con la cafetera exprés y con el enérgico aplauso que llegaba de la otra sala, amén de con las exclamaciones e hipos de la comunión humana de alrededor (era como el patio de un colegio). Pero la voz de Rodney era *más alta* que su estatura. Una voz adiestrada por siglos de gritar de una punta a otra de salones inmensos.

—Ah, aquí tiene.

La camarera se quedó allí de pie mientras Rodney le explicaba su

misión. Pero su recién confesa disposición a escuchar la voz de Rodney durante todo el santo día pareció entonces flaquear. Su cara se volvió dura, y se llevó el puño a la cadera mientras sus hombros se encogían, o quizá se estremecían. Pero Rodney se apresuró a alinear las tarjetas haciendo que sus bordes golpearan varias veces con suavidad contra la mesa, y dijo, lleno de contento:

—Verá: no la del pelo naranja, esa llena de pecas. Detrás de ella. La de piel oscura. —Rodney tuvo una idea ingeniosa: su interlocutora era una camarera especializada en cócteles; ¿por qué no hablarle en su propia jerga?—. La Dama Rosada no. Bajo ningún concepto. La Terciopelo Negro, ¿de acuerdo? La Terciopelo Negro.[10]

Trató de ver cómo la camarera entregaba su mensaje. La receptora, entonces, pareció mirar y sonreír hacia él, pero de pronto se interpuso entre ellos el muro humano de los bardos y humoristas que volvían de la otra sala, y cuando se despejó el bar y volvió a mirar hacia ella había desaparecido.

La sombra de la camarera pasó por su lado y se alejó. Rodney miró la bandeja que acababa de dejarle sobre la mesa: la cuenta y la cuarta tarjeta, que, con pulcras letras mayúsculas, decía lacónicamente lo siguiente: «Habla usted demasiado.»

Rodney, con la hendidura labial bien marcada, pagó y dejó el quince por ciento de propina. Y se fue.

Fue al cruzar la calle Diez cuando cayó en la cuenta de que la mujer le estaba siguiendo. A la luz del día, advirtió también que era negra como la noche. Y de doble tamaño que él. Su primer impulso (que no logró vencer fácilmente) fue salir corriendo como alma que lleva el diablo. En la calle Once la ventana oscurecida de Ray's Pizza le hizo saber que aún le seguía. Se paró y se dio la vuelta, achicando los ojos tímidamente, y ella se paró también, con una sonrisa de complicidad. Rodney avanzó un paso hacia ella, y ella dio un paso hacia atrás, y él se volvió y siguió su camino, y ella volvió a seguirle. Por la calle Doce. Ahora, a cada paso que daba, Rodney sentía más pesadas y débiles las piernas, como en un acceso de esos dolores medulares del crecimiento adolescente. Desesperanzadamente, torció hacia la izquierda en la calle Trece. La mujer dejó de seguirle: lo adelantó. Y entonces, mientras contemplaba la asombrosa máquina de aquellos muslos y nalgas, cuyas partes se acomodaban con tanta ecuanimidad dentro del ceñido espacio de la falda, todos sus miedos (y todo pensamiento relacionado con su caballete) dieron paso a una vacuidad abyecta. Por primera vez en su vida Rodney estaba preparado para cualquier cosa. Sin hacer preguntas.

Cuando la mujer llegó al edificio de Rodney, se volvió y aguardó. Él recuperó el resuello y se dispuso a hablar, pero ella se llevó el índice a los labios para indicar que se callara. Y él entendió, y se sintió

como un chiquillo. Hablaba demasiado. Hablaba demasiado… Subió las escaleras, empujó la puerta interior de cristal y la mantuvo abierta a su espalda. Cuando dejó que el peso de la puerta la hiciera volver y encajar en su sitio, sintió que lo invadía una oleada de intimidad: algo tan íntimo como la presión de unos pechos hirvientes sobre su espina dorsal. Descartado el ascensor por imposible, inició el largo ascenso, temeroso de volverse pero minuciosamente pendiente de los pasos a su espalda. Llegó a su puerta. Las llaves, al intentar dar con la que necesitaba, se le mezclaron y enredaron en la anilla del llavero. Cada cerradura abría para un lado diferente: al modo inglés, al modo norteamericano… Empujó, y al punto sintió que el aire, al entrar ella rozándole la espalda, se reorganizaba en el espacio.

En el curso de la primera media hora, las palabras le acudieron muchas veces a la boca, y otras tantas el índice de ella se alzó hasta su boca para que callara (hubo incluso algún ceño fruncido en señal de grave advertencia). El mismo gesto siempre. Pero minutos después, una vez hubo terminado ella su ronda por la sala, estaban los dos de pie junto al piano. Cuando Rodney superó su más reciente oclusión glótica, el dedo de ella se levantó de nuevo hasta su boca; pero ahora giró la mano noventa grados, y sólo entonces vio él la magulladura rosa de la uña. Al cabo de unos segundos, Rodney tomó su gesto como una invitación. Se acercó un par de palmos más y alzó la cabeza hacia la mujer. Y la besó.

—¿Qué cojones me cuentas ahora, Rod? ¿Has leído ya mi novela o qué?

Santo Dios: el tipo era como ese perro del vecino que nunca deja de odiarte. Jamás piensas en él hasta que lo tienes ahí delante, casi sobre dos patas al final de la correa y ladrándote en la cara como un poseso.

—Aún no —admitió Rodney, saliendo del ascensor.

—Esto se está poniendo *feo* de verdad. ¿Por qué ese desprecio, Rod? ¿Qué me respondes?

Rodney se tenía a sí mismo, erróneamente, por un experto en excusas. Después de todo, él y las excusas llevaban conviviendo mucho tiempo. Miró hacia arriba, con los labios fruncidos, y dijo con voz suave:

—Vas a odiarme por lo que voy a decirte.

—Ya te odio.

Sintiendo como un zumbido amortiguado en las dos axilas, Rodney decidió cambiar de táctica. La ocasión exigía algo más que una despreocupada sonrisa tonta.

—No he podido hacer nada —se sorprendió diciendo—. Mi tía ha

muerto, ¿sabes? De repente. Y he tenido que escribir el…, ejem, el «elogio fúnebre» para su entierro.

—¿Dónde ha sido? ¿En Inglaterra?

—No. Mi tía vive en… —No era ése el verbo que Rodney buscaba —. Estaba en…, ejem, Connecticut, ¿sabes? Ha sido todo muy embarazoso. Cogí el tren a…, a Connecticut, ¿sabes? Bueno, normalmente habría despachado pronto a la pobre tía Jean, pero su…, su hijo estaba allí, con su familia, y…

Cuando no estaba hablando, lo cual no era muy a menudo, Pharsin tenía un aire pasmado. Como si no pudiera creer que estuviera escuchando otra voz distinta de la suya. El angustioso cuento de Rodney les había llevado afuera, a la acera de la calle Trece. A lo lejos, el Empire State pareció oscilar por espacio de un instante, y volver a la vertical perfecta merced a su compleja urdimbre de ecuaciones de fuerzas.

—… y ese tren también fue cancelado. Así que con una cosa y otra he estado ocupado toda la semana.

El semblante de Pharsin se había suavizado hasta adquirir una expresión socarrona, incluso indulgente. Y dijo:

—Ya veo. Entiendo lo que te está pasando, Rod. Te estás metiendo en un brete. *Quieres* leer mi novela. Pero es como si después de haberla dejado de lado tanto tiempo ahora no supieras cómo meterle mano. —Pharsin se dio unos golpecitos en la sien—. Entiendo la mente humana. Conozco la mente humana. El año pasado tomé un montón de…

Hizo una pausa como para escuchar. Rodney creía que la próxima palabra iba a ser *Prozac*. Pero, segundos después, Pharsin siguió hablando:

—… clases de psicología, y sé cómo lo hacemos, cómo nos ponemos trampas y cómo caemos en ellas inmediatamente. Yo *entiendo*. ¿Rod?

—Sí, Pharsin.

—Vas a leer mi libro la semana que viene. ¿No es cierto?

—Lo voy a hacer, Pharsin.

—Una cosa más. Tienes que pensar que esa novela está escrita con sangre. Con mi sangre, Rod. En ella está todo. Todo lo que soy está en esa…

Rodney desconectó de Pharsin unos instantes y se puso a escuchar Manhattan. A escuchar cómo Manhattan tocaba su concierto para cuerno.

—… el trauma y las heridas. Escrita con mi sangre, Rod. Escrita con mi sangre.

Aquella noche (era domingo y Rock estaba fuera de la ciudad),

Rodney se encontró ante un vacío de inactividad absoluta. Se sentía tan perdido que por primera vez en todo aquel tiempo consideró la idea de buscar y sacar de dondequiera que estuviera el original de *El sonido de las palabras*,*el sonido de las palabras*. Pero resultó que en la televisión había un documental razonablemente divertido sobre nadadores sincronizados. Y se las arregló para matar el resto de la velada lavándose el pelo y regodeándose en los gruesos fajos de billetes de veinte dólares que tenía escondidos bajo el piso.

—La veo en un escenario de Abisinia. O en la Etiopía de la antigüedad. Es una Nefertiti. O una de aquellas Candaces. Aquí estaremos bien. Lo cierto es que creo que este sitio es de *gays*, pero parece que no les molesta que venga.

No había ironía en sus palabras, y Rock, que tampoco creyó percibirla, siguió sin sonreír a su amigo Rodney por las escaleras.

El hermano mayor de Rock, Inigo, había conocido a Rod en Eton, y —según le había contado Inigo a su hermano— Rod, en aquella época, era célebre por prestar su colección de revistas galantes a los amigos y por su prolífico onanismo. Así que Rock no veía ambigüedad sexual ninguna en su representado y amigo. Pero sí otros. Por ejemplo, a ninguno de los maridos de las esposas-modelos se le había ocurrido jamás que Rodney pudiera ser heterosexual. Y el propio Rodney había alimentado inevitables dudas al respecto en el pasado, en Londres, cuando, tendido sobre un costado en el lecho, se disculpaba sentidamente mientras acariciaba la espalda de otra terrateniente más a quien acababa de dejar in albis.

Pidieron whisky con soda. La clientela era toda masculina, pero también de edad mediana (y amanerada y panzuda), y Rodney no mereció más que la usual «ración» de miradas.

Dijo:

—Seguro que esto te hace gracia. La primera vez que…, en fin, que «escondí el salami»… No, la primera vez que *enseñé* el salami…, me sentí un auténtico plebeyo, un auténtico bellaco. Un *intocable*.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Soy un caballero.

—Yo también.

—Por supuesto. Somos ingleses. Pero aquí todos son populistas. Aquí lo prestigioso es ser muy del pueblo. Sólo los paletos y los aldeanos son monárquicos. —Rodney recordaba bien a la señora Vredevoort, esposa de un pez gordo de la construcción; recordaba bien cómo, una vez hubo encontrado el salami (después de localizarlo e identificarlo), lanzó como un pequeño maullido de sorprendido disgusto, e inmediatamente emergió de entre las mantas en busca de

aire—. Los nuestros parecen porros. En contraposición a los cigarrillos. Que es a lo que están acostumbrados. Apuesto a que en África todo el mundo es populista.

—Pero no hay mucha diferencia, ¿no?, cuando se te pone tiesa.

—¡Exactamente! Así es, sí señor. A mi dama no pareció importarle. No dijo ni una palabra al respecto.

—Por lo que veo, *nunca* dice nada.

—Cierto —dijo Rodney—. ¿Sabes? Sólo hay una cosa que no me deja hacer. No, no me refiero a *eso*. Lo que no me deja hacer es *pintarla*. Ni sacarle fotos.

—Supersticiones.

—Y yo siento que si al menos pudiera pintarla…

—Así que todo mojar —dijo Rock— y nada pintar. Lo contrario de lo que haces normalmente.

—¿Qué coño dices? Me las he arreglado muy bien con las esposas. Todo mojar y nada de palique: eso es lo que es extraño de verdad.

—Ven a pasar el fin de semana a mi casa. Ya está terminada.

—Oh, muy bien. Me parece una idea estupenda.

Amor sin palabras. Un hombre de las cavernas podría hacerlo perfectamente. Sonaba a algo sólo al alcance de un Picasso o un Beckett. Pero ¿de sir Rodney Peel? Él jamás había mostrado ni el más mínimo anhelo de tal pureza maestra. Más carroñero que predador en asuntos del corazón, Rodney era el primero en llegar nada más desaparecer, tras el festín, los grandes felinos. Le gustaban las mujeres recién plantadas por sus amantes. Sus labios conocían el dulce regusto del rímel corrido; sus ojos conocían la maraña de ínfimas líneas que el rímel dejaba en el papel secante de unas mejillas empolvadas. Era muy diestro en las caricias de consuelo. Acariciaba rítmicamente la turgencia lateral de un seno mientras susurraba: *Vamos, vamos*… Se adaptaba bien a esas situaciones. La expectación sexual, en tales circunstancias, era generalmente baja. En tales circunstancias, la impotencia podía tomarse casi como una galantería.

Amor sin voces. La mujer solía llegar a eso de las dos y media. Congestionado y salpicado de minúsculas máculas por la ducha, con su larga bata azul, Rodney solía estar echado en la *chaise longue*, tratando de hojear una revista o simplemente esperando. A veces iba hasta la ventana y asomaba la cabeza y trataba de entreverla mientras se deslizaba bajo los ginkgos. Una vez la vio toda entera en medio de la calle, increpando airadamente al conductor del taxi del que acababa de bajarse. Por las tardes, pues, al oír cómo la llave entraba en la cerradura, sentía, bajo la bata, la ceremonia de una circuncisión indolora. Una sonrisa: era todo lo que ella pedía a modo de saludo. Él

la miraba humildemente mientras avanzaba por la sala con la cabeza baja sobre los brazos cruzados. Acababa de llegar a su apartamento; ahora necesitaba tiempo para llegar a él con el pensamiento. Entonces se dirigía hacia los dos biombos laqueados que acotaban el lecho. Se ponía a desnudarse con naturalidad, dejando la ropa sobre la silla (como lista para una clase en el colegio). Era hacia este momento cuando en la cabeza de Rodney se encendía un interruptor que lo sumía en una febril actividad. Sus oídos, entonces, se volcaban hacia dentro, y sólo prestaban atención a los músculos que le crujían en la raíz de la lengua.

Había en ello —en lo que venía después— algo primitivo, algo que se manifestaba especialmente en las asombrosas crecidas que se operaban en su corriente sanguínea. Ella era una cosa, y él era la otra. Rodney Peel había llegado a África. El cuerpo de aquella mujer parecía sobrenatural en su alternancia entre lo suave y lo duro; y su piel, a diferencia de la de Rodney, no reflejaba la luz sino que la absorbía, apoderándose sin más de sus poderes. En cuanto a su aroma, a Rodney se le antojaba de una graduación más alta, o tal vez de una mayor concentración. Y Rodney, en su pensamiento, iba más allá: ¡llegaba hasta sus pechos volcánicos, hasta sus dientes devoradores de cebras! Con el sol sobre la cabeza y calzado con zapatos de lona (y a punto de acometer su tarea tributaria), sir Rodney Peel aparta las lianas y las rezumantes frondas y contempla… En realidad lo que contemplaba le recordaba a las barbacoas en casa de Rock, en Quogue, cuando daba un tajo en la superficie chamuscada de la pieza de vacuno y veía que la carne estaba aún muy poco hecha.

Luego ella descansaba. Nunca dormía. A menudo, y cada vez con más cobardía, Rodney señalaba el caballete o los pinceles, pero ella invariablemente hacía un gesto de negación con el dedo y apartaba la mirada. Una vez, en los primeros días, estando él incorporado en la cama con su cuaderno de bocetos en ristre, ella se lo arrebató con una expresión de terrible severidad en sus ojos color rapé. Y con enorme fuerza, por añadidura (una fuerza que él conocía perfectamente). Sin embargo, aquella mujer había creado o hecho aflorar en él algo nuevo, algo que él pensaba que podía ser talento. El ático de Rodney no tenía paredes interiores, de forma que él podía mirarla mientras utilizaba el baño o se preparaba aquel té con mucha leche que tanto le gustaba. Poseía las pantorrillas de músculos extraordinariamente desarrollados, prominentes y altos de las bailarinas. Todos sus movimientos delataban la seguridad mecánica y la acusada nitidez de una intensa técnica. Rodney solía pensar en ello: no había duda de que se trataba de una artista. ¿Una mujer de menos de treinta y cinco años, que no pertenecía al mundo de los negocios, viviendo en Manhattan? Una artista, por supuesto. Una bailarina. Tal vez una cantante. Del ramo de

la interpretación, sin el menor asomo de duda. Pero ¿de cuál?

Nunca dormía. Tomaba su té, y descansaba, a veces suspirando y bostezando con ruido, pero nunca dormía. Su aire pensativo parecía centralizado y diligente, como si se hallara siguiendo una argumentación que tuviera lugar al otro lado de los ojos. Rodney temía interrumpir el curso de tal argumentación cuando más tarde volvía a la cama, pero el cuerpo de ella siempre le acogía de buen grado en su calor. A veces, mientras brincaba y se retorcía encima de ella, Rodney imaginaba que la primera palabra que le oiría pronunciar jamás sería el nombre de pila de otro hombre… En cualquier caso, lo que hacían juntos nada tenía que ver con el arte. No había juego alguno en ello: todo era absolutamente serio. Como un trabajo realizado con una honradez sin fisuras.

—Eh… ¡Eh! No tienes por qué escabullirte como un conejo. ¿Has leído ya mi novela?

—*Sí* —dijo Rodney.

Rodney dijo que sí no porque fuera cierto ni nada parecido, sino simplemente para variar un poco la rutina de responder que no. Fue algo impulsivo. Y se quedó asombrado de lo bien que funcionó.

Pharsin retrocedió unos pasos. Durante unos instantes pareció tocado. Luego, mientras fruncía suavemente el ceño, se inclinó y agachó la cabeza, y Rodney casi alzó la mano para acariciar las negras limaduras de su pelo.

—Bueno, tío. ¿Qué te ha parecido?

Lo dijo en tono suave. ¡Qué prodigioso cambio!, pensó Rodney (un cambio que parecía dejar atrás todos los pasados exabruptos). Aquellos tipos podían ser increíblemente amables y razonables. Se echó a reír y dijo:

—Oh, no, amigo mío… Con una novela como ésta… Con un *escritor* como su autor…, no voy a quedarme aquí en la puerta como si estuviéramos hablando del tiempo. Oh, no…

—Pero, entonces, ¿crees que da la talla?

—Oh, no, Pharsin. ¡No intentes hacerme esto! Amigo mío, vas a subir a mi estudio un día de éstos. Muy pronto. Vamos a… descolgar el teléfono, vamos a poner un tronco en la chimenea y a abrir una botella de buen vino tinto. Un buen Burdeos…, un rotundo Morgon. Y *entonces* hablaremos.

—¿Cuándo? —dijo Pharsin con su habitual recelo.

—El caso es que hay una razón de peso por la que no podemos hacerlo este fin de semana.

—¿Cuál?

—La estoy releyendo.

—Dios, alabo tu rigor… Este tipo de obras raras veces dejan entrever sus secretos en una primera lectura.

—Exacto.

—Como ya te he dicho, Rod, de tu crítica dependen muchas cosas. Se me ha sugerido que no estoy dotado para la narrativa, y estoy ansioso por recibir una segunda opinión. Estoy en un estadio de mi vida en el que… ¿Tienes un minuto para escuchar esto?

Media hora después Rodney dijo:

—Por supuesto. Pensándolo bien, quizá sea mejor algo con más cuerpo…, un Margaux, por ejemplo. Tomaremos también un queso Stilton. Y aceitunas negras…

Al separarse, los dos hombres ejecutaron ese viejo ritual caído en desuso hace ya tiempo: esa serie de apretones y fintas de manos con que solían saludarse los compadres callejeros. Y Rodney, al hacerlo, fue una vez más la viva imagen de alguien que —lenta y dolorosamente— estuviera aprendiendo a jugar a Piedra, Papel, Tijeras…

Era la inauguración de una exposición en una galería cercana a Tompkins Square Park. Un acto patrocinado por una nueva marca de vodka, aunque celebrado con un nostálgico aluvión de Martinis. Rod y Rock se habían situado cerca de la mesa de los canapés y las bebidas. Sexualmente en paz, y bajo los efectos de la cocaína, Rodney tenía la impresión de que todo el mundo lo amaba. Ahora bromeaba con el barman, y fingía interés por todos los camareros del evento. Aunque invariablemente cortés con el servicio, Rodney nunca llegaba a distinguir una cara de otra. Jamás veía, por ejemplo, que tal barman o tal camarero era, sin posibilidad de error, un actor que llevaba esperando su oportunidad demasiado tiempo.

—He llegado a una osada conclusión —dijo, volviéndose hacia Rock—. Todos mis problemas con las mujeres vienen de…, de las palabras. Del habla.

Y algo había de verdad en ello. Sorprendentemente, pese a su presencia frágil y obsequiosa, a Rodney, en el curso de los años, le habían roto la cara en multitud de ocasiones, tantas como veces había fracasado su labia. Era un adulador —necesidades de la profesión—. Creía en la adulación, y siempre se hallaba presto a utilizarla. Pero algo le fallaba en el terreno de las palabras: salían de su boca, sí, pero, como solía decirle su madre, un poco *a desmano*. Si la conversación era un arte, Rodney no era ningún artista. Creaba mala atmósfera a su alrededor.

—Métete un calcetín en la boca, Rodney —solían decirle—. Oh, cierra el pico, Rodney.

Y el carnoso pico de su labio superior, una vez articulada la última frase desdichada, se cerraba estoicamente formando su eterno pliegue. Su prosa no era mucho mejor. Sus notas perfumadas causaban inevitables *froideurs* que duraban mucho tiempo. Utilizaba mucho «sin hablarnos», por ejemplo, como en la frase «ella y yo ahora estamos sin hablarnos». No hablándose, en efecto: así es como debía haber *empezado* cualquier relación…

—El silencio —continuó— ha sido lo único que me ha permitido llegar a algo con las esposas. No se puede hablar mientras se pinta.

—Pensaba que a las mujeres les gustaban las tonterías que dices.

—También yo. Pero no les gustan. Parece ser que siempre digo lo que no debo.

Recientemente, a modo de experimento, Rodney había vuelto a flirtear con dos de las esposas-modelos: la señora Globerman, esposa de un magnate de las telecomunicaciones, y la señora Overbye, esposa de un pez gordo del transporte aéreo. La idea era ver si su nuevo poderío era extrapolable y podía tener éxito en otros lechos. Pero ambas tentativas habían fracasado (resultaron ser empeños imposibles). Por las cosas que él había dicho y por las cosas que ellas habían dicho. Por las cosas dichas por ambas partes. Mucho más extrañas que el silencio mismo. Con aquellas mujeres, Rodney había sentido la absoluta superfluidad del habla humana. Así que aún no ha empezado a llover. Cuénteme qué ha hecho esta semana. ¿Qué tal se lo ha pasado? Oh, ya sabe: así, así. Fulano dijo esto y mengano dijo lo otro. Estoy tan cansado. ¿Tan pronto? Y esto y lo otro y lo de más allá.

—Tú y tu chica negra parecéis hechos el uno para el otro.

—Sí. Es cierto. Muy buenos cócteles, éstos. Pero, joder, un poco fuertes, ¿no? Se me están subiendo a la cabeza. Me están soltando la lengua. Rock, ¿puedo preguntarte algo? ¿Por qué *sé* que todo va a acabar en lágrimas? ¿Por qué siento este desasosiego? ¿Y todo este sentimiento de culpa?

—Porque estás recibiendo algo por nada. Una vez más.

Los ojos de Rodney se abrieron como platos. Pensó en la primera vez: el sentimiento de estar cometiendo un fraude que experimentó cuando la vio desnudarse. Como si hubiera alcanzado su objetivo no por los medios normales (adulación, falsas promesas, mentiras), sino por algo mucho peor: magia negra, traición, quién sabe… Durante un instante tuvo la extraña sospecha de que ella era su prima y que estaban jugando a médicos.

—Porque has quebrantado la ética del trabajo. Una vez más. Oh, mañana voy a ver a Jaguar. ¿Has hecho algo ya con ese dinero?

—Sí —dijo Rodney.

Y era cierto, si en el concepto «hacer algo» se incluía el contarlo y

el regodearse en él y el gastarlo a manos llenas en cocaína.

—Hablaré de ello con Jagura. Quiero decir con Jaguar. ¡Uf! Este último trago me ha dejado hecho polvo. —Rock siguió hablando con voz turbia—. A veces me siento como un traficante de esclavos. Un negrero de blancos. Con lo de los mayordomos. Con lo de las niñeras. Puede que a ti sea eso lo que te está afectando. Que sea negra.

Rodney dijo de pronto:

—¿Que sea negra? No, no.

¿Podía ser eso? No. No, porque siempre había sentido que era una mujer que transpiraba libertad. Una libertad que radicaba en su persona y que parecía estar siempre al acecho en algún lugar de sus mandíbulas.

Poco tiempo después empezó a descubrir las magulladuras.

Nada demasiado llamativo ni fulminante. Apenas una tonalidad diferente de oscuro bajo lo oscuro. En la cadera, en el hombro, en la parte alta del brazo. Al reparar en una nueva, Rodney detenía sus movimientos y trataba de buscar sus ojos, pero nunca lo conseguía, y, tras el titubeo, volvía a lo que estuviera haciendo. Luego, sin embargo, no le sonreía en señal de elogio y gratitud, como solía hacer normalmente, sino que se volvía hacia la mancha en la pared, oval y del color de la nicotina, donde su cabeza había descansado durante aquellos largos meses.

Creía saber algo acerca de las mujeres y el silencio. Solían sentarse ante él, las esposas, y enfrascarse en tímidas charlas triviales mientras él esbozaba los primeros trazos, mientras encuadraba la figura humana en el marco espacial formado por la silla, el armario, la mesa baja… Los artistas, por supuesto, anhelan el silencio. Desean que sus modelos estén quietos, inmóviles: un bol de manzanas, una copa de vino, un pez muerto… Pero una persona posee vida, y ha de hablar, quizá sintiendo que el habla es necesaria para dar color y furia a su garganta, a sus mejillas, a sus ojos. Y el pintor se aviene a la charla con un esquemático armazón de palabras, hasta que llega ese momento en que es incapaz de vocalizar la más sencilla de las frases: el momento, en suma, en que acomete la cabeza. Hasta Rodney conocía ese momento de ensordecida concentración (era como sentir el talento). Y la modelo sensible aprendía también a percibir ese momento, y mantenía un piadoso silencio hasta el descanso siguiente de los tres que el maestro concedía a su modelo cada hora: su respiro, cuando le era permitido volver a mostrarse viva.

Creía saber algo acerca de las mujeres y el silencio. ¿Pero aquello? Rodney se deslizaba fuera de la cama y, enfundado en su bata azul, se ponía a preparar una tetera de English Breakfast. A través del hueco

entre los dos biombos, contemplaba a su amante, que se apretaba la almohada contra el pecho como una niña, que jamás dejaba de seguir el discurso interior de su cabeza. La magulladura de su hombro, maquillada con betel o con cinabrio, parecía artificial, hecha adrede: una marca de casta, una pintura de guerra… Rodney la calibraba con ojo profesional. No por nada pintaba al óleo. El óleo era una elección acertada. Su pincel —se daba cuentano era tanto la varita mágica de un artista cuanto la pinza de un cosmetólogo. El óleo, en sus manos, era el elixir de la juventud. Con ella todo sería diferente, se decía. Porque en ella todo era diferente. Aunque Rodney jamás se atrevía a mencionarlo.

Durante unos segundos su cuerpo de mujer pasó junto a él, enorme e imponente, y se dirigió hacia la ducha. Rodney jamás se había tenido por el único —o incluso principal— interés erótico de ella. ¿Cómo iba a poder, pues, *poseerla*? Pensó en una escena de una larguísima novela norteamericana que había leído años atrás, en la que un joven se hace adulto, placenteramente, en un burdel de Chicago. Y en determinado momento se leía lo siguiente: El joven había usado lo que otros usaban. ¿Y qué? Así eran las ciudades.

Pero, por otra parte, Rodney supo de pronto lo que deseaba decirle. Dos palabras: un verbo precedido por un pronombre personal.

—Eh... *Eh*.

Ninguna figura negra —ningún atracador ni asaltante, ningún violador carcelario, ningún guerrero hutu, ningún enfurecido cimarrón de los ardientes campos de caña de Santo Domingo— podía ahora resultarle a Rodney tan temible como el hombre que de cuando en cuando guardaba su edificio: es decir, Pharsin. Rodney dedicaba enteramente los fines de semana a esquivarle (cuatro de los cinco últimos los había pasado con Rock en Quogue). Incluso había llegado a hacer un par de llamadas telefónicas relacionadas con la posibilidad de mudarse de casa. Al parecer había un apartamento bastante céntrico, cerca de las oficinas de Rock…

—Ah, Pharsin. Eres tú…

Rodney se volvió, estremecido, pero era un respingo físico causado sólo por la lluvia. Tenía miedo de Pharsin, y era una persona por lo general bien habituada a la amenaza. Pero su angustia, ahora, era de naturaleza casi exclusivamente social.

—¿Cuáles son las últimas noticias, Rod?

—Sí, ya es hora de que…, ejem…, de que «compartamos el pan». Me veo ya ante un Chambertin-Clos de Beze. Y un untuoso Camembert.

—No hago más que oírte mencionar esos malditos vinos. Pero me

da la impresión de que son exactamente los mismos aros por los que hemos estado pasando hasta ahora. ¿Qué es lo que tengo que hacer, Rod? No es sólo a mí a quien estás haciendo daño, es a todo el mundo a mi alrededor. Jamás pensé que alguien podría hacerme esto. Jamás pensé que ningún hombre podría dejarme reducido a esto.

Estaba lloviendo. La lluvia, en aquella ciudad terrible, hacía que la gente sufriera y que su dolor cobrara voz y rezongara, maldijera, farfullara. En Nueva York, si no tenías a nadie con quien hablar o a quien gritar, siempre te quedabas tú mismo: siempre tú mismo. Mientras Rodney abría el paraguas reparó en cómo las gotas caían de los lóbulos de las pequeñas e infantiles orejas de Pharsin.

—El viernes a las cinco.

—¿Lo juras?

—Por mi madre. Quizá sea mejor codillo y salmón ahumado. Y un buen Gewürtztraminer. ¿O qué tal un Trockenbeerenauslese con un poco de delicias turcas?

—El viernes a las cinco.

—¿Has estado muy ocupado esta semana? —dijo Rock el jueves por la noche.

Estaban bebiendo en un bar al que sólo iban cuando era ya noche avanzada: Jimmy's. Aunque había estado allí quizá una docena de veces, Rodney, hacía un rato, no había tenido la menor idea de cómo diablos llegar.

—¿Dónde coño está Jimmy's? —había preguntado, mientras Rock le iba guiando en la dirección correcta. El local, en la «hora feliz»,[11] parecía diferente.

—No especialmente ocupado —dijo Rodney—. Pero ya sabes cómo son las cosas en Nueva York. No tienes nada planeado y piensas, bueno, me quedo en casa y leo un buen libro. Y al minuto siguiente te das cuenta de que…, de que hay una inauguración o algo que no quieres perderte. Y unas horas después te ves desgañitándote en la mesa de un restaurante.

—¿Tienes que hacer algo esta noche? Hay una fiesta en un club de mala muerte de Brooklyn. Tengo unos pases para beber todo lo que nos apetezca. Aún faltan unas horas, pero para llegar allí la cosa está jodida.

—Oh, perfecto —dijo Rodney.

Al día siguiente salió para Quogue mucho más temprano de lo normal. Se levantó a mediodía y, manteniéndose erguido sólo gracias a los estratos de semen seco del pijama, se preparó una tetera. Luego tomó una ducha de cincuenta minutos. Se portó sorprendentemente bien en la cita con su amante (aquella tarde ella parecía aliviada,

aunque expeditiva), y casi llegó a bajar con ella en el ascensor. A los conserjes de los días laborables les dejó una larga nota para Pharsin en la que le explicaba la exhumación de su tía para su posterior entierro en otro lugar; como posdata, le cambiaba la cita al lunes a la misma hora. Sólo cuando el microbús vibraba al ralentí en su parada frente a aquel cine se cuestionó Rodney su elección del contenido de la bolsa de mano: tres nuevas revistas y el neceser de viaje.

Era poco más de la una de la tarde del lunes.

Estaba sentado en la mesa de la cocina y leía —como preparativo para la tarea que le esperaba— el reverso de un paquete de cereales. Levantando la cabeza y parpadeando, pensó en las voluminosas novelas victorianas que se había tenido que tragar en la universidad, los *Middlemarch* y los *Bleak House*… Como mínimo, le habían llevado cada una un mes. Sin embargo, jamás había planeado dedicar más de media hora a *El sonido de las palabras, el sonido de las palabras*. Empezaba a releer el reverso del paquete de cereales cuando oyó la llave en la cerradura de la puerta.

Su aparición le sobresaltó tanto que a punto estuvo de hablar. Lo que había sucedido era lo siguiente: la polémica que durante meses se había desarrollado ilegiblemente en el interior de su cabeza, se hallaba ahora escrita en su semblante. A la vista de todo el mundo. Sus ojos invitaban con insistencia a Rodney a registrar tal cambio: el labio inferior completamente partido y con el lápiz corrido, el pómulo derecho ostensiblemente marcado, como si le hubieran dado una pincelada de vivo colorete. Lo que iba mal se había hecho explícito, y no por ella sino precisamente por aquello que iba mal.

Horrorizado, Rodney se dirigió hacia ella con paso rápido y se sintió acogido con indulgencia. La besó en el cuello, en la mandíbula, y, con circunspección, en la boca…, hasta perder toda circunspección. Lleno de pasión y de miedo, y por última vez, sir Rodney Peel avivó aquella alquitranada sangre de Eva.

Luego ella hizo algo que no había hecho nunca. No es que por fin hablara, no. Lo que hizo fue dormirse.

Rodney se puso a trabajar, y con bastante estrépito.

Arrastró el caballete por el piso, desplazó los biombos, se movió ruidosamente de un lado a otro con los pinceles. La posibilidad de andar de puntillas no parecía caber ni en su cuerpo ni en su mente: el sueño de su amante parecía elementalmente seguro, como una hibernación. Retiró las mantas de su cuerpo. Yacía sobre un costado, con la rodilla de encima alzada hacia el pecho, una mano bajo la almohada y la otra metida entre los muslos. Lo primero la cabeza,

pensó Rodney. Luego el cuello. Luego el resto del cuerpo.

«¡Los artistas son camareros!»,[12] se dijo. «Esperan el modelo oportuno en el lugar oportuno a la hora oportuna.» Y con ello dijo adiós a su mente discursiva. Y casi había terminado de pintarla cuando oyó que alguien llamaba ruidosamente a la puerta.

Rodney, entonces, habló. Con voz clara e infantil, dijo:

—Oh, Dios. Ése será Pharsin.

Ella le estaba mirando por encima del hombro. Y también habló. Lo que dijo fue devastador. Pero no su contenido. Sino la forma. Oída por él únicamente en las calles inglesas, tras las cajas de los supermercados ingleses, ante los grandes tambores de las lavanderías en seco inglesas. También, quizá, a través de ese radioteléfono de los taxis ingleses que tanto se soporta a altas horas de la madrugada en el asiento trasero. Porque la mujer dijo:

—Es mi marido…[13]

—ABRE ESTA PUTA PUERTA INMEDIATAMENTE.

Rodney describiría luego lo que vino después como «todo muy borroso». Pero de hecho las cosas fueron harto claras. Era estupendo sentirse poseedor de tanto talento. Poderosas sustancias químicas inflamaban su cerebro.

—TE DOY UN MINUTO PARA ABRIRME. DESPUÉS ARRANCARÉ LA PUERTA DEL PUTO MURO. SESENTA. CINCUENTA Y NUEVE. CINCUENTA Y OCHO…

En un mundo ideal Rodney habría deseado disponer de más de un minuto para leer *El sonido de las palabras, el sonido de las palabras*. Pero para poder leerlo antes tenía que *encontrarlo*.

Cuando la mujer de Pharsin Courier hubo sido acallada y escondida tras los biombos gemelos, Rodney rápidamente hurgó en el armario de doble puerta (CINCUENTA Y UNO), se agachó hasta el suelo y miró debajo del piano (CUARENTA Y CINCO), buscó atropelladamente en los estantes bajos y entre las sombras de la cocina (TREINTA Y CUATRO). Cuando oyó que llegaba al medio minuto, hizo una pausa para evaluar su situación (y para aupar una alfombra de irregular textura y color castaño hasta el hueco entre los dos biombos, advirtiendo al hacerlo una sospechosa cuña en la masa gris de periódicos amontonados en una esquina, más allá de la cama. Rodney se abalanzó sobre su presa (TRECE): … una novela de Pharsin J. Courier (NUEVE, OCHO). Lanzó con destreza el original sobre la mesa (SEIS, CINCO), leyó media frase de la primera página («hacia mediodía Cissy había…») y, mientras se erguía para dirigirse hacia la puerta, otra media de la página 123, parte I («eso le pareció a Cissy»). Y eso fue todo.

—Ah, Pharsin. Respondes a los gritos de «¡Autor! ¡Autor!»… Dé un paso hacia adelante, señor, y sea reconocido. Bien. Si haces el favor de sentarte ahí, yo…

»Bien, yo no soy escritor —dijo Rodney con severidad, poniendo delante de Pharsin un vaso de Pepsi sin apenas gas. Y un platillo con galletitas saladas Graham. De la grumosa bata azul de Rodney podrían haberse sacado alimentos más variados y sustanciosos—. Soy pintor, un artista visual. Pero, como tú has escrito en otra obra, hay cierta… afinidad entre las artes. Bien. La *primera* vez que leí tu libro me abrumó la cascada de imágenes visuales. Esas cosas que describes… Me daba la impresión de que podía alargar la mano y tocarlas, olerlas, gustarlas… Sólo después de una segunda lectura y, si se me permite decirlo, de un tercer…, ejem, «detenido examen», caí en la cuenta de que tales imágenes estaban, de hecho, relacionadas. Y de forma bastante intrincada.

Alzando el original en las manos, admirativamente, Rodney le dirigió a Pharsin una mirada franca. Las cosas, hasta allí, no habían ido demasiado mal. La ira de Pharsin, si bien aún manifiesta, había alcanzado una suerte de registro semejante a un trance. Rodney sabía lo bastante de novelas como para tener presente que todos los autores *trataban* de conseguir ese tipo de cosas; conectar imagen con tema y demás. Con cautela, prosiguió con sus propias variantes, sintiendo a cada paso los espasmos de aquellos músculos tan poco utilizados: sus tics críticos y literarios. Sí, aún podía nadar en aquellas aguas. Aún podía montar la vieja bicicleta.

—… dando forma a toda la composición. Pude distanciarme de los ornamentos, de las molduras, de los frisos, de las… ejem, acanaladuras y elementos semejantes. Pude distanciarme de las gárgolas y ver la catedral entera.

Por espacio de un instante fue como si Pharsin fuera a hacer una pregunta acerca de esa catedral: cómo era o dónde estaba ubicada. Así que Rodney, con un balanceo como letárgico de cabeza, prosiguió:

—¿Y de dónde te has sacado esos personajes? Es increíble. O sea, Cissy, por ejemplo. ¿Cómo has conseguido imaginarla?

—¿Te gusta Cissy?

—¿Cissy? ¡Oh, Cissy! Cissy… Cuando terminé sentí que jamás había conocido a *nadie* tan íntimamente como la conocía a ella. —Mientras hablaba empezó a pasar con amoroso cuidado las hojas—. Sus pensamientos. Sus sueños y esperanzas. Sus dudas. Sus miedos. *Conozco* a Cissy. Como se conoce a una hermana. O a una amante.

Rodney levantó la mirada. La cara de Pharsin estaba arrasada por las lágrimas. Absolutamente envalentonado, Rodney se inclinó hacia

adelante y se puso a pasar las páginas del texto.

—Ese pasaje…, ese pasaje en el que ella…, cuando Cissy…

—¿Cuando llega a los Estados Unidos?

—Sí. Cuando llega a los Estados Unidos.

—¿Lo de Inmigración?

—Sí. Bien, pues esa *escena*… Increíble. ¡Pero tan real! Y luego, después de que… Estoy intentando encontrarla… El pasaje en que…

—¿Cuando se encuentra con él?

—Sí. Con él: ese otro personaje. Y hay esa gran escena en que los dos… Aquí está. No. Cuando ellos…

—¿En el famoso tribunal?

—Oh, qué escena. ¿No es para no creerlo?

—¿El juez?

—Por favor —dijo Rodney—. No me hagas hablar del juez.

Y así, durante cuarenta y cinco minutos —y siempre rezagado unos segundos— Rodney fue como cantando una canción que no sabía. Era una treta despreciable, por supuesto; y resultaba extrañamente bochornoso ver cómo la cara de Pharsin, impelida por el ansia, despertaba a vívidas variedades de animación y deleite. (Al igual que ante el tablero de ajedrez, Rodney se sintió empequeñecido ante aquella superior fuerza vital.) Era un manejo vil, pero era *fácil*. Se preguntó por qué no lo había hecho hacía meses. Al cabo Pharsin dijo:

—Basta. Olvida la risa, los personajes, las imágenes. ¿Qué *dice* en realidad *El sonido de las palabras, el sonido de las palabras*, Rod?

—¿*El sonido de las palabras, el sonido de las palabras*?

—¿Qué *nos dice*?

—¿Qué nos dice? Bueno, es una historia de amor. Trata del amor en el mundo moderno. De cómo el amor se hace difícil de plasmar.

—Pero ¿qué *nos dice*?

Transcurrieron diez segundos. Y Rodney pensó: «A tomar por el culo», y dijo:

—Trata de la raza. Trata del tormento del varón afroamericano. Trata de la compulsión, de la necesidad de expresar ese atormentado conflicto.

Pharsin, despacio, alargó una mano hacia él. Y volvieron a brillar las lágrimas en sus ojos inyectados de sangre.

—Gracias, Rod.

—Ha sido un placer, Pharsin. Pero bueno, ¿es esa hora? ¿No deberías…?

Hasta aquel momento Pharsin había parecido insensible a su entorno. Pero ahora se irguió cuan largo era y empezó a moverse por la sala con decidida curiosidad. Con un brazo cruzado y el otro

doblado y con el antebrazo hacia arriba, dándose golpecitos en la barbilla con el índice, se paraba aquí y allá para inspeccionar una menudencia en un rincón, una fruslería en otro. Rodney, al verle, no pensaba en su otro huésped (la cual, presumía, seguiría encajada detrás de la cama). Pensaba en su simulacro: su retrato, dispuesto en su pedestal, a modo de flagrante delito. Casi regurgitando un buche que se le vino hacia los labios, vio cómo Pharsin se acercaba al caballete y se detenía ante él.

La forma negra en el lienzo blanco. La belleza y el poder de caderas y nalgas. La cara somnolienta, medio hurtada. Rodney, por puro hábito, había aplicado el bálsamo del pincel y había sanado las magulladuras. Una buena idea, pensó.

—¿Ha posado una persona real? —Pharsin se volvió y, de artista a artista, añadió—: ¿O la has sacado de un libro?

—¿De un libro?

—Sí, de una revista o algo así.

—Sí, de una revista.

—¿Sabes a quién me recuerda? A Cassie. A mi mujer. —Pharsin sonrió como con un súbito cosquilleo y siguió estudiando el parecido unos cuantos segundos más. Luego pareció rechazar la idea—. Quizá hace unos diez años. Pero ella no ha tenido un culo como ése en toda su vida. Bien, Rod. Quiero que sepas lo que esta última hora ha supuesto para mí. En mi interior había un hombre gritando en la oscuridad. Bien, pues tú, amigo mío, has dado respuesta a ese grito. Me has dado lo que deseaba: me has escuchado. He mandado la novela a todos los editores y agentes literarios registrados en la ciudad. Y todo lo que he conseguido es un montón de tiras impresas de rechazo. ¿Sabes lo que pienso? Que no la han leído. Que ni siquiera la han *leído*, Rod.

—Eso es horrible, Pharsin. Terrible. Oh, a propósito: una vez me dijiste que tu mujer era artista. ¿En qué rama del arte?

Entonces, por espacio de unos instantes, sus ojos se encontraron. Pharsin lo miraba torvamente. Y en su cara podía verse el intemporal y pavoroso «eureka» de todo simplón o pelele ante el más sencillo de los enigmas. Dijo:

—¿Has leído mi novela y me preguntas qué *hace* Cassie?

Pero Rodney tuvo una inspiración y dijo:

—Ya sé lo que hace *Cissie*. En la novela. Coincide que ahora mismo me estaba preguntando hasta qué punto te ciñes a la realidad. Sé lo que hace Cissie.

La voz de Pharsin tenía a Rodney contra las cuerdas. Dijo:

—¿Qué?

Y entonces Rodney se lo dijo:

—Mimo.

Con Pharsin enjaulado en el ascensor rumbo a la planta baja, cargado con su original como un mensajero, la cabeza de Rodney quedó laxa, inclinada, abatida, aliviada. Hasta la rotunda convicción que sentía por momentos —para que fuera permanente necesitaba reflexionar más sobre el asunto— de que él, Rodney, carecía de talento… Hasta eso le producía alivio. Dejó que su cabeza siguiera así unos minutos más, y al cabo encaró la música del habla humana.

Ella dijo:

—La has cagado.

Él dijo:

—Oh, Dios. ¿He dicho algo que no tenía que decir?

—Una pequeña pesadilla, la verdad. Ella no podía marcharse porque Pharsin estaba abajo, en la entrada. Así que prefirió ponerme verde. —Rodney estaba acostumbrado a recibir todo tipo de vituperios, pero no estaba acostumbrado a acentos como el de ella—. Terrible modo de acabar las cosas. Nuestra primera noche juntos y todo charla y nada de sexo. Y qué charla. Estaba hecha una fiera.

—¿Por qué? Vaya, me gustaría que toda esa gente se fuera de aquí.

Tomaban cócteles al aire libre en Rockefeller Plaza. Amber Dreams bajo un frío cielo azul. La plaza estaba salpicada de gentes vestidas como modelos y con poses de estatua, gentes que se limitaban a estar allí de pie, con la sonrisa pintada en el semblante.

—Oh, Dios, no me preguntes —dijo Rodney (los reproches de su amante habían sido innumerables)—. Ella había conocido a alguien, o a él algo le estaba volviendo loco. Ella no sabía que quien estaba desquiciando a su marido era yo. Él nunca había sido violento. El culpable fui yo. *Yo* le hice esas magulladuras.

—Oh, vamos… Está en su cultura.

Rodney tosió y dijo:

—Oh, sí… Y ella me dijo: «Ahora se pondrá a escribir otra novela.» Se había pasado dos años pluriempleada. De camarera. Para mantenerle. Y estaba segura de que yo ni la había leído. Por mi voz.

Rock siguió mirándole y frunciendo el ceño, mientras Rodney, sin talento alguno, la imitaba parodiándole a él. Algo así como: «Oooh, diiiría que…, una obra de deslumbraaantes imágeneeees…» Y luego añadió:

—Pensaba que me estaba burlando de él. Siendo negro y demás, ya me entiendes.

—Sí, bueno, aquí pueden ponerse muy quisquillosos al respecto. ¿Piensas que la novela podría ser *buena*?

—Nadie lo sabrá jamás. Pero sé una cosa: ella no va a mantenerle

mientras escribe la segunda.

—¿Por qué?

—Porque me robó el dinero.

—Oh, Dios… Qué gilipollas eres… ¿Cuántas veces te lo advertí? Dios, eres el tío más memo del mundo.

—Lo sé. Lo sé. ¿Camarera? Si me hace el favor… Dos Amber Dreams. No. *Cuatro* Amber Dreams.

—¿Me estás diciendo que lo tenías a la vista?

—En mitad de la madrugada… Espera un momento. Cuando la conocí en aquel bar, ¿te acuerdas?, le ofrecí quinientos dólares. Ya sabes, por posar. Así que pensé que se los debía. Fui y los saqué de debajo de las tablas… Pensé que estaba dormida.

—Ah, gilipollas…

—Me dejó los quinientos dólares. Muchísimas gracias…

Antes de irse, cuando se dirigía hacia la puerta, la mujer se detuvo ante el caballete y susurró una sola palabra (con el énfasis de cuatro amenazadoras y demoledoras sílabas):

—Pa…ji-lle…ro.

Y se acabó la historia, pensó Rodney. Se acabó la historia.

Rock dijo:

—¿Crees que estaban conchabados para desplumarte?

—No, no. En absoluto. Todo fue pura… coincidencia.

—¿Por qué no estás más furioso?

—No lo sé.

Jamás volvió a ver a Pharsin. Pero sí vio a la mujer de Pharsin. Una vez, aproximadamente dos años más tarde, en Londres.

Rodney estaba tomando un patético té con sándwiches de pan sin corteza en un oscuro café cercano a la estación Victoria. Acababa de salir de las oficinas de la revista de diseño de Pimlico para la que trabajaba a tiempo parcial, y se disponía a coger un tren para Sussex, donde sería recibido en la estación por una divorciada sin hijos en un Land Rover. Ya no llevaba coleta. Y tampoco utilizaba el título. Ese tipo de cosas ya no parecía casar bien con la Inglaterra actual. Además, Rodney llevaba cierto tiempo interesado por su árbol genealógico; y ésta era su escuálida protesta. Sus arrugas de los ojos se habían hecho más hondas. Pero no había cambiado mucho más.

La estación Victoria, al abrigo de los elementos, y un café del viejo estilo. Café servido en cafeteras de acero que perdían líquido, niños que tomaban Banana Splits y Knickerbocker Glories y otros dulces del color de los semáforos. En aquel local las camareras eran camareras por casta, y no anhelaban ningún destino artístico. Fuera, la ciudad se entregaba por entero a la idea de movilidad: flotas de autobuses y de

taxis, «manadas» de coches; y allí, en la estación, los trenes.

Estaba unas cuantas mesas más allá, de cara a él, con las finas cejas inquisitivamente alzadas y juntas. Rodney miró hacia ella, parpadeó, sonrió. Acto seguido volvieron a escenificar la muda pantomima: ¿Puedo…? Bueno, si tú… No, yo sólo…

—Qué pequeño es el mundo.

—¿No vas a asesinarme? ¿No vas a echarme a los perros?

—¿Qué? Oh, no. No, no. No.

—Así que has vuelto…

—Sí. Y tú, tú has…

—Mi madre murió.

—Oh, lo siento mucho. Así que estás aquí sólo para el…

—Para el entierro y todo eso, sí.

Le explicó que su madre era muy vieja y que había tenido una buena vida. La madre de Rodney también era muy vieja, y también había tenido una buena vida, al menos sobre el papel. Pero ella no estaba muerta. Todo lo contrario: estaba, como suele decirse, «vivita y coleando». Había vuelto con su madre. No había podido hacer otra cosa. Se veía obligado a hablarle mucho, pero todo lo que decía no hacía sino enfurecerla. Mejor cerrar el pico, había concluido Rodney. La palabra clave, en adelante, sería «mamá». Cerraría el pico y no diría más palabra que «mamá». Ella dijo:

—No puedo creer que seas tan bueno. Con lo del dinero y todo eso. ¿Es que tienes mucho más?

—No. ¿Qué? ¿Yo bueno? No, no. Al principio me sentó muy mal, por supuesto. Pero luego… ¿Qué hiciste con él al final?

—Le dije a Pharsin que me lo había *encontrado*. En un taxi. Es Nueva York, ¿no? —Se encogió de hombros y dijo—: Nos fuimos al norte del estado y me busqué un sitio en las Poconos. Estuvimos allí veintidós meses. Fue estupendo. Mira. Es un chico. Julius. Un bebé, todavía.

Mientras contemplaba la fotografía, Rodney se vio embargado por un sentimiento convencional: ¡el don de la vida! Mucho más fuerte, según su experiencia, en la raza negra que en todas las demás razas del planeta.

—¿Sabe ya hablar? ¿A qué edad empiezan a hablar? —Luego siguió con otras cosas que quería saber—: Nuestro código de silencio… ¿A qué se debía… aquella especie de juego?

—Tú eras sir. Y yo, con mi acento…

Lo que quería decir era que si la hubiera oído hablar con aquel acento no la habría aceptado. Y tenía razón. Rodney miró a Cassie. Su figura y textura le seguían enviando el mismo mensaje a los ojos y a la mente. Pero el mensaje se detenía allí. Ya no le bajaba por el espinazo.

Triste y desconcertante, pero totalmente cierto.

—Bueno, ya no soy sir —dijo, y casi añadió: «tampoco»—. ¿Siguió Pharsin…?

—Pero fue bonito, ¿no? Relajante. Sin complicaciones.

—Sí, fue muy bonito. —Rodney se sintió al borde de las lágrimas. Dijo—: ¿Siguió Pharsin con su…?

—Se libró de ello. Digámoslo así. Ha vuelto a ser él mismo.

Hablaba con alivio, incluso con orgullo. Al detenido examen de Rodney no se le había escapado que su cara y sus largos brazos desnudos se hallaban libres de toda contusión. La violencia está en su cultura, había dicho Rock. Y Rodney se preguntó ahora quién se la había inoculado.

—Ha vuelto a jugar al ajedrez —dijo—. Y le va bien. Ha rehecho nuestra economía.

Rodney quería decir: «El ajedrez es una noble vocación.» Lo creía de veras. Pero tenía miedo de que lo interpretara mal. Todo lo que se le ocurrió como alternativa fue:

—Bien. El necio y su dinero pronto se separan.

—Es lo que suele decirse.

—Tómalo como… —Buscó la palabra justa. ¿Serviría «reparación»? Dijo—: ¿Sigues haciendo mimo?

—Me cansé. No sé por qué, la verdad.

Aunque a Rodney no le entusiasmaba la idea de su cita en Sussex, le entusiasmaba la idea de las copas que se tomaría en el tren para prepararse para ella. Se volvió hacia la ventana. Su labio superior hizo lo que solía: plegarse despacio y convertirse en dos. Dijo:

—Parece que por ahora no va a llover.

—Sí. Al final ha hecho bueno.

—Pero antes parecía que iba a llover.

—Yo también lo pensé. Pensé que iba llover a cántaros.

—Pero no ha llovido.

—No —dijo ella—. Al final no ha llovido.

1997

MAR GRUESA

John y mamá estaban de pie uno al lado del otro en la cubierta de popa mientras el barco blanco reculaba hacia la salida del puerto. Alguna gente seguía agitando los brazos amistosamente desde la orilla. Pero las grandes máquinas del muelle (impávidos guardianes de otras máquinas más pequeñas y menos experimentadas) habían empezado ya a alejarse del barco que partía, con los brazos replegados con desdén e indiferencia… John devolvía los saludos. Mamá miró hacia estribor. El sol de la tarde perdía su color rojo sangre al fondo del estuario y languidecía por momentos. Justo debajo de él, las esquirlas de luz carmesí se deslizaban sobre el agua manchada de aceite como una lluvia voluble deslizándose por unas abultadas azucenas. John se estremeció. Mamá sonrió a su hijo.

—Cansado y sediento, ¿verdad, John? —le preguntó (llevaban viajando todo el día)—. ¿No estás cansado y sediento?

John asintió con gravedad.

—Entonces vamos abajo. Venga. Bajemos.

Las cosas empezaron a animarse al día siguiente.

—¿Qué? El chico, entonces, no está enteramente en sus cabales —dijo el hombre llamado Brine.

—Podría decirse así —dijo mamá.

—Un poco lento de entendederas…

—Puede decirlo así —dijo mamá escuetamente, mirando a través de la cubierta hacia el mar, donde las olas empezaban ya a rizarse para solazarse bajo el sol—. ¿Tienes calor, cielo? Dime si tienes calor.

—¿Llora siempre, entonces? —preguntó la señora Brine—. ¿O son sólo unos pucheros?

Mamá se volvió. La línea de su boca era como el reborde inferior de un tubo de pasta dentífrica.

—Siempre —admitió—. Son los ojos. No es que esté *triste*. Los médicos dicen que tiene los ojos enfermizos.

—Pobre chico —dijo la señora Brine—. Me da muchísima lástima. Pobre criatura.

El señor Brine se quitó el cigarro empapado de saliva y dijo:

—¿Cómo se llama? ¿John? ¿Qué tal estás, John? ¿Disfrutando del crucero, no? Estupendo. Miren. Empieza otra vez. ¡Arriba ese ánimo, John! ¡Arriba ese ánimo!

Está borracho, pensó mamá, cansada de todo aquello. Media hora después del mediodía del primer día completo en el barco, y todo el mundo borracho… La gente chapoteaba y salpicaba en la piscina: agua sobre agua. El mar vibraba bajo el calor. El sol parecía ir acercándose con un chisporroteo hacia el gran barco. John medía casi un metro ochenta y cinco. Y tenía cuarenta y tres años.

Estaba allí sentado, lagrimeante, con su traje gris oscuro. Llevaba una sencilla camisa blanca, y, como siempre, una llamativa corbata. Alguna fuente de calor interna parecía alimentar aquellos ojos llorosos; si no fuera por ella, su cara obesa carecería penosamente de color, como un órgano interno dejado demasiado tiempo en una cubeta. La barbilla le caía sobre el pecho, y el pecho le caía sobre la panza. En algunas marcas de coche, cuanto más grande es el modelo más pequeña es la figura que se alza sobre el morro del capó: lo mismo sucedía, ay, con John. Su hombría se manifestaba en un pequeño y tímido colgajo que le sobresalía del pubis y del cual mamá, durante el baño, apartaba recatadamente la mirada. Sus ojos rezumaban un agua que le caía despacio por la cara, día y noche. Mamá lo amaba con todo su corazón. Era la misión de su vida: que John no sintiera ningún dolor.

—Sí —dijo mamá, inclinándose hacia adelante para enjugarle las mejillas—. En realidad sigue siendo un niño, ¿verdad, John? Ven con mamá, cariño. Ven conmigo.

El señor y la señora Brine les vieron levantarse y dirigirse hacia las escaleras. Y se quedaron mirando cómo la menuda dama llevaba de la mano a su voluminoso hijo.

A las ocho de la mañana un camarero adolescente les llevó té y galletas y el *Cruise News* al camarote. El chico se parecía al Taimado Evasor, a pesar de la chaqueta beige y los pantalones burdeos. Con un gemido cándido John se deslizó hasta el borde de la litera de abajo y se sentó frotándose los ojos con los nudillos, igual que un niño pequeño, mientras mamá bajaba con habilidad los cuatro peldaños de la escalera de mano. Mamá tomó dos tazas del líquido de tonalidad parda, y luego le dio el biberón a John (la mezcla de siempre, la que sabía que le gustaba). A continuación, con un gruñido tierno, le introdujo el protector dental en la boca (John se caía a menudo y de mala manera, y una de aquellas caídas le había costado años atrás dos incisivos). Al retirar la mano se le quedaban pegados a los dedos gruesos hilos de saliva: «Por favor, no quites la mano; por favor,

todavía no.» En el luminoso habitáculo del baño, lo sentó para que evacuara. Y finalmente vistió su torpe y pesado cuerpo, dejando escapar un chasquido de satisfacción al hacerle el gigantesco nudo Windsor de la llamativa corbata. Dijo en tono ensoñador:

—¿Quieres bajar a desayunar ahora, John?

—Sa —dijo John («sa» era sí; «so» era no).

—Entonces vamos, John. Ven conmigo.

En cuanto salieron por la puerta, el olor del barco les invadió las fosas nasales: el olor de algo presurizado, de algo rabiosamente sintético. Entraron en el sinuoso comedor, con su iluminación de pequeñas perlas de vidrio, su calor de submarino y su personal de diminutos goaneses de gastados esmóquines. Movida por un espíritu de ahorro, Mamá consumió cuanto pudo del variado bufé del barco —tortilla, salchicha, beicon, chuleta de cordero…—, mientras John batallaba con un huevo pasado por agua, observado con atenuada ironía por el señor y la señora Brine. Había otros dos comensales en su mesa: un joven llamado Gary, que sólo pensaba en los baños de sol y en el bronceado que pensaba exhibir ante sus colegas de la fábrica de sistemas de ventilación, en Croydon; y una mujer no tan joven llamada Drew, que se había enrolado en el crucero por el aire del mar y la comida exótica (los *chop sueys*, los *curries* de Cheltenham). Cada uno por su lado, Gary y Drew tal vez tenían esperanzas de tener una aventura: las bonitas hijas casaderas, los apuestos oficiales. La velada en que zarparon había habido una fiesta de personas sin pareja en el Nido del Petirrojo, cuyo anfitrión había sido el propio capitán. Cuando entraron tambaleándose en el camarote, a John le esperaba una invitación en tal sentido, que mamá, claro está, siempre vigilante para que su hijo no se molestara por cosas de ese tipo, hizo desaparecer de inmediato. Mientras se paseaban por la cubierta aquella noche, pasaron ante la sala del baile, y mamá, con suma cautela, miró a través de los amplios ventanales quizá pensando que iba a presenciar alguna orgía propia de Calígula. Pero, la verdad, no tenía por qué preocuparse: no había visto un montón de viejas brujas como aquéllas en toda su vida. ¿Dónde estaban las hermosas hijas casaderas? ¿Y los apuestos oficiales?

—Ojo avizor desde el embarque —dijo la señora Brine en la cena aquella noche, en voz baja y arrastrando las palabras—, los oficiales toman nota de todas las chicas guapas antes de levar anclas. Es de dominio público. —Mamá frunció el ceño—. Al viajar al extranjero, las chicas quieren que alguien las cuide —siguió la señora Brine, indulgente—. Es el *uniforme*…

Una blanda y transparente clara de huevo se deslizaba despacio por la larga cara de John; luego se le detenía en la barbilla unos instantes, y finalmente caía sobre la servilleta que mamá le había

encajado en el cuello.

En cubierta, dos contratistas irlandeses se agitaban y maldecían debajo de los botes salvavidas, después de haber dormido en el hueco donde se habían dejado caer la noche pasada. Mamá urgió a John para que anduviera más deprisa. Aquellos dos no tardarían en estar en el Kingfisher Bar, ante sus Fernet Branca y sus cervezas *lager* de barril. El barco era un bar flotante, una sala de bingo suspendida sobre el agua. Así uno podía irse al extranjero sobre un trozo de Inglaterra que surcaba el mar dando bandazos, con su terror anestesiado por camareros ingleses que servían alcohol libre de impuestos.

El señor Brine era sindicalista. Había muchos como él a bordo. Era 1977: el National Front, el FMI, la Europa del señor Jenkins; Jim Callaghan se reúne con Jimmy Carter; los *provos*, Rhodesia, Windscale… Aquel año, según la hoja de noticias que había leído mamá aquella mañana, los empresarios del crucero habían abandonado finalmente la distinción entre primera y segunda clase. La cubierta A y la cubierta B seguían costando la misma cantidad más que la cubierta C y la cubierta D. Pero la distinción entre ellas había sido finalmente abandonada.

A las diez de la mañana John y mamá asistieron a una sesión de canto comunal en la Sala del Periquito. Y allí cantaron con música del Dirk Delano Trio (o, mejor, cantó mamá, con sus labios exangües). La cabeza de John se bamboleaba echada hacia atrás, con los líquidos ojos brillantes, expectantes. Mamá tenía la convicción de que John disfrutaba especialmente en estas reuniones. En determinado momento, a mitad de una canción lenta que traía grandes recuerdos a mamá (la parada del autobús bajo el empapado Palais; el festivo Bill en medio de la lluvia con la chaqueta puesta del revés…), John se puso rígido y dejó escapar un gemido mugiente que hizo que la orquesta vacilara y dejara de tocar unos instantes, lo que le ganó una jovial reprimenda del apuesto y procaz Dirk al término de la pieza. John rió esquiva y furtivamente. Y el resto de los asistentes le imitó. Mamá no dijo nada, pero le dio a John un buen pellizco en la sensible carnosidad de la cara interna y alta del brazo. Y John no volvió a hacerlo.

Luego se dieron una vuelta por cubierta antes de recalar en la Sala de la Cacatúa, donde diariamente se disputaba un bingo. De nuevo John se sentó y permaneció impasible mientras mamá se afanaba sobre su cartón (ella misma un ave, un gorrión orgulloso de su nido, con nuevas e importantes cosas en que pensar). John dio señales de animación sólo en momentos de algarabía ritual —cuando, por ejemplo, los jugadores respondieron con una pitada al sonoro «¡Once, las piernas», o cuando le devolvieron un triunfante «¡Sunset Strip!» en

respuesta a su tentador «Setenta y siete». Aquella mañana mamá consiguió seis números seguidos en su cartón, e instintivamente gritó «¡Línea!», como si estuviera haciendo alguna deshonrosa declaración sobre su propia existencia. Ahora era su turno para que todo el mundo la mirara. Hilera tras hilera de figuras con atuendos de tonalidad pastel. Caras contraídas por el desencanto y la sensación de haber sido traicionados… La ayudante del maestro de ceremonias, una chica con unas mallas de cuerpo entero que curiosamente se llamaba Bingo, se acercó para dar por válido el cartón de mamá. Pero ¿qué se encontró? Oh, Dios mío: uno de los números no era correcto. La cabeza de mamá se inclinó con abatimiento. El juego se reanudó y siguió su curso. Mamá no volvió a tachar ningún otro número.

A eso de las doce y media mamá llevó a John a descansar un rato, con su biberón. Recuperado por completo, acompañó a mamá al Nido del Petirrojo para el bufé del almuerzo. A John le costó mucho esfuerzo y trabajo llegar allí. Para él, la tierra firme resultaba tan traicionera como una movediza cubierta, de forma que, al cabecear el barco, John se encontraba doblemente en el mar… Con una bandeja en el regazo contemplaron a través del caliente ventanal cómo hombres y mujeres jugaban al pimpón y a los aros y al tenis sobre cubierta. Mamá se quedó mirando a su hijo, que seguía agachado sobre su comida intocada. No parecía importarle no poder jugar. Porque a bordo había también otros, muchos otros, que tampoco podían jugar. Gente con muletas, con calzado ortopédico, con aparatos para las piernas. La cubierta C era como una sala hospitalaria de Stoke Mandeville. Mamá sonrió. Su Bill había sido a su modo un buen deportista: bolos, billar, tejo, dardos… Mamá sonrió con sus labios vacíos. Tenía secretos. Por ejemplo, a los desconocidos siempre les había dicho que era viuda. Pero no era verdad. Bill no había muerto. Se había ido de casa, una Nochebuena. John tenía entonces catorce años, y aparentemente era un chiquillo normal. Pero de pronto empezaron sus pánicos, y la vida de mamá se volvió esa especie de cansino enigma que algunos hirientes sueños le obligan a uno a desentrañar. Fue un año *cruel*: Bill desaparecido, las cartas del colegio, la venta de la casa, la mudanza…, y John ya irrecuperable y definitivamente en casa. Bill enviaba cheques. Ella nunca había dicho que no le hubiera enviado cheques. Desde Vancouver. ¿Qué podría estar haciendo en *Vancouver*? Mamá se volvió. John estaba dormido, con la barbilla plegada en tres sobre el voluminoso nudo de la corbata, con los cuatro hilillos de líquido surcándole la cara despacio, dos desde las comisuras de la boca y otros dos desde los ojos, ojos que jamás llegaban a dormirse enteramente. Mamá le dejó tranquilo.

Nunca antes de las cinco le aplicaba un suave masaje que le hacía volver a la vida. A John le costaba caminar: se le hacía difícil

reintegrarse al movimiento.

—¿Mejor ahora? —le preguntó mamá—. ¿Después de esta estupenda siesta?

John asintió con un gesto, con tristeza. Luego, los dos juntos, cogidos de la mano, se dirigieron con paso lento hacia el camarote.

A John las tardes se le alargaban en interminables rizos y marañas. Media hora con mamá en la Sala del Periquito, un cariñoso pellizco en la mejilla de Kiri, la Chica Periquito de la velada. La Tómbola del Periquito mientras el pianista tocaba *The Sting*. Cena en la sala de baile Flamingo. El vestuario de noche de las damas: un desplegado abanico de sedas multicolores. Y luego toda aquella *comida*. Mamá acometió la serie de gestos encaminados a animar a John a comer algo (tenía también listo el biberón, pero no quería avergonzarle delante de los Brine y de Gary y de Drew). John miró la comida. La comida miró a John. A John no le gustó el aspecto de la comida. A la comida no le gustó el aspecto de John. Para él la comida nunca parecía lo suficientemente muerta. Y empezó a hacerse un verdadero lío con el protector dental (¿también él estaba vivo?). No comía nada. Camino del Nido del Petirrojo para el café, mamá quiso demorarse un poco en uno de los Pasillos Recreativos, rodeados de chiquillos que decían palabrotas y de abuelas que fumaban cigarrillos. John permaneció de pie detrás de mamá, mientras ésta perdía las cinco libras de cada noche ante las robustas máquinas tragaperras. Los cilindros giraban con ruido, los símbolos iban y venían: ciruelas, cerezas, manzanas, uvas. Equis y ceros en distinto nivel, no alineados. No ganó ni una vez. Las otras máquinas, constante y convulsivamente, arrojaban fichas plateadas sobre la cubeta de metal, pero la de mamá no daba nada, sólo brillos y petulancia mientras le negaba con desdén montones de cosas buenas… «Disfrute al máximo jugando con las cinco líneas», decía un rótulo en lo alto de cada máquina (refiriéndose a la práctica de introducir más de una moneda cada vez). Mamá intentó bastantes veces disfrutar al máximo de este modo, y perdió rápidamente. Nunca podían quedarse mucho en aquel lugar.

¿Y a continuación qué? Todas las noches tenían su tema, y aquélla era la Noche del Talento (a celebrar en la sala de baile del Pavo Real, a las diez en punto). La mar estaba alta aquella noche; eran olas empinadas pero regulares que batían los costados del barco en sus idas y venidas… Las parejas se arremolinaban en dirección a las puertas dobles: las damas con sus ropajes variopintos y sus bolsos, los caballeros gravemente acicalados y con la copa en la mano. Todos daban tumbos, respiraban agitadamente, sentían náuseas por el vaivén inmensamente poderoso del barco, que cabalgaba a lomos de su suerte… Alguien salía corriendo por el piso en una estrepitosa carrera

corta (sucedía cada cinco minutos), chocaba contra una pared y caía al suelo; un camarero de chaqueta morada se arrodillaba junto al cuerpo y daba órdenes a gritos a un muchacho vestido de azul. Mamá empujaba a John hacia adelante y lo mantenía pegado a la barandilla. Luego lo hizo pasar por las puertas dobles y adentrarse en las sombras de lentejuelas, donde finalmente pegó la silla contra una columna, cerca de la última fila.

—¿Estás bien, mi amor? —le preguntó.

John alzó la cabeza de la chaqueta mojada y miró hacia el escenario mientras que las luces se iban apagando.

La Noche del Talento. Un caballero de la tercera edad y de voz fuerte y educada cantaba *Si puedo ayudar a alguien*… y, a modo de potente bis, *Bendice esta casa*. Una señora de aproximadamente la misma edad que mamá, y con el vigor de un mecanismo de relojería, interpretó un abigarrado número de *music-hall* que trataba de prostitución, enfermedad y miseria. Una chiquilla ejecutó una pieza clásica al órgano eléctrico sin cometer un solo fallo. Esto constituyó el cenit de la velada. Acto seguido, un hombre se puso en pie y dijo:

—Yo…, yo perdí a mi esposa el año pasado, así que esto se lo dedico a Annette.

Y cantó como un tercio de *My way* (al «atrancarse» gritó: «¡Sigan ustedes! Así, así. Ríanse, ríanse.» Está borracho, pensó mamá). Luego un joven alto y sigiloso salió a escena y, después de cierta confusión con el presentador, anunció sin ceremonia que se bebería una pinta de cerveza sin usar en ningún momento las manos. Se agachó hasta desaparecer tras el festón del pie del escenario y, segundos después, fueron alzándose, hasta hacerse bien visibles, unos pies con sandalias, trémulos y muy blancos, y entre ambos un vaso alto, a rebosar, en equilibrio inestable; acto seguido se oyó un brusco estrépito, seguido de un feroz grito de ira y dolor. Borracho, sentenció mamá con cansancio. Luego una rubia de gran trasero y con un bikini blanco realizó un puñado de acrobacias. Mamá se dispuso a marcharse. Dio un codazo a John y dirigió un afilado dedo hacia el fondo del pasillo. No obtuvo respuesta. Le dio un pellizco en el muslo: en la carnosa cara interna, siempre tan escocida y dolorida. Y al final se pusieron de pie.

—Siéntese, señora —dijo una voz a su espalda.

Se volvieron y vieron un puñado de caras torcidas por el odio, caras masculinas indignadas, una de las cuales, con un cigarrillo en los labios, les espetó:

—¡Fuera de la puta vista!

Mamá no supo cómo sucedió. John, a veces, hacía cosas como aquélla. Lanzó un tenso gruñido o arcada y se abalanzó hacia el grupo

de ofensores. Se volcó una silla y John fue a dar contra el suelo de bruces, sin dejar de dar golpes con los brazos (tan sólo aporreaba el suelo). Y, claro está, mamá tuvo que escuchar sus risas hasta que llegó uno de los sobrecargos y le ayudó con su hijo…

John se quedaría sin biberón aquella noche. Había que ser firme. Pero luego, después de oírle gemir cada vez que inhalaba el aire hasta pasada la medianoche, mamá le pasó el biberón desde la litera de arriba, y sus manos se tocaron. Ella, de todas formas, siempre tenía listo el biberón. Siempre lo había tenido y siempre lo tendría.

Ahora el barco avanzaba rumbo a tierra. Se acercaban a Gibraltar y a las pinzas del Mediterráneo. Ahora ciertos funcionarios de aquellas entidades conocidas como países extranjeros de cuando en cuando se presentarían en el barco para la inspección: las sucias y ruidosas cubiertas superiores, donde mamá dormitaba y John suspiraba y se quedaba con la mirada fija y lloraba. Por el sistema de megafonía se ofrecían directrices viajeras. La mente de mamá se turbó un tanto al tratar de entender lo que decía la voz de la megafonía. Se dio la vuelta y miró, mientras decía sin brío:

—¡Mira, John!

¿Qué era aquello? Ondulantes laderas escalonadas, salpicadas de bonitas casas blancas. Lejanas zonas portuarias, en un tiempo colonias prósperas donde un puñado de viejos insectos seguía emitiendo sus gritos característicos. Una pendiente desnuda en la que se alzaban unas torcidas torres de alta tensión. Pero también, de cuando en cuando, una extensión de bendita orilla: una hilera de pequeñas islas, como abultadas anillas de una serpiente de mar; blancos acantilados que miraban con desconcertado ceño hacia el barco; una meseta rosada y desvaída entre desgreñadas nubes grises… Todo real y todo antiguo, sin duda; todo agostado, grandioso, indistinguible.

¡Oh, pero quedaban los recuerdos! ¡Por supuesto que quedarían los recuerdos! En la Noche del Agente 007, el sobrecargo la sacó a bailar. Dos piezas: *Sólo se vive dos veces* y *Vive y deja morir*. En la Noche del Casino perdió treinta y cinco libras, pero luego apostó por su número de la suerte (el diecisiete) y ganó, y quedó casi a la par. En la Noche Isleña hubo un concurso de *limbo* y su compañero de mesa Gary se alzó con la victoria. El premio era una botella de vino espumoso Asti. El señor y la señora Brine tomaron una copa, y también Drew, y también mamá. Bajo las estrellas. Ah, aquel Asti… ¡Tan dulce, tan cálido!

En el curso del crucero el barco se detuvo en cinco ciudades importantes. Pero la norma de mamá rezaba como sigue: No bajarse del barco. No bajarse nunca del barco. ¿Qué podía querer John de

Sevilla? ¿De Delfos? ¿Qué tenía que ver John con Delfos? Se quedaban a bordo. Era lo correcto. Muchos otros pasajeros hicieron lo mismo. Y algunos de los que se aventuraron a desembarcar tuvieron ocasión de lamentarlo. Los Brine, por ejemplo, bajaron a tierra en Trieste e hicieron una excursión de un día hasta Venecia. Pero se perdieron y cogieron un tren equivocado para la vuelta y, aquella noche, un taxi llegó chirriando por los muelles a toda velocidad y los dejó ante la escalerilla cuando apenas faltaban unos minutos para que el barco levara anclas. Habría zarpado sin ellos: que nadie se llamara a engaño. Al día siguiente el señor Brine trató de tomárselo todo a broma, pero la señora Brine no pudo hacer lo mismo. El médico hubo de visitarla en su camarote, y la pobre mujer apenas se movió de él hasta que fondearon en Gibraltar camino de casa.

La última parada fue en cierto lugar de Portugal. Una corta excursión en autobús a través de la costa hasta un pequeño centro turístico… Y todo a un precio tan asequible…

—¿Te gustaría bajar a tierra, John? —le preguntó mamá, como al desgaire, mientras tomaban asiento en el Nido del Petirrojo—. Allá, ¿ves? En tierra. Mañana.

—Sa —dijo al instante John. Y asintió con la cabeza.

—¿Así que te gustaría bajar a tierra? —le susurró ella, pensando que podría estar bien poder decir (a quien fuera) que habían pisado suelo extranjero.

Pero era uno de los días malos de John. El camarero les trajo el té y las galletas una hora más temprano, como estaba planeado. Pero John parecía incapaz de levantarse de la litera. Con calma, con ironía (le había sucedido otras veces, por supuesto), mamá hizo lo que siempre hacía cuando John se ponía difícil. Hizo un biberón, lo agitó enérgicamente —oh, aquel sonido violento y ahogado…— y le metió la tetina en la boca. Los párpados de John se descorrieron hacia atrás y sus ojos miraron fijamente a su madre… de tal modo que ella pensó que estaba *ya* mirándola, mirándola con ojos entrecerrados. John agarró el biberón que sostenía su madre y dejó escapar un gemido de…, ¿miedo?, ¿indignación? Mamá pestañeó. Aquello era nuevo. Luego, con alivio, recordó que le había dado un biberón de más la noche pasada. No, un biberón y medio, para apaciguar su inusual nerviosismo. Quizá ya no le gustaba tanto, y eso era todo. Pero con lo de la excursión ya no había posibilidad de echarse atrás, pues ya había comprado los billetes.

—Vamos, mi chico —dijo.

Le cogió una pierna mojada, tiró de ella y la dejó caer sobre el piso del camarote.

Los autocares vibraban sobre el muelle como un milagro de fuerza y calor. Los pasajeros bajaban despacio por la escalerilla y ponían pie en Iberia: un delicuescente macadán. Los primeros en subir, pensó mamá al cambiar el olor del barco por el olor del autocar. Transcurrieron tres cuartos de hora, y nada sucedió. Aquellas *temperaturas*… Aquel sistema de refrigeración extranjero hacía del aire un aire cargado. John parecía cegado por los rayos de sol que lo fijaban a su asiento. Mamá le observaba: mantenía el biberón a mano, pero lo reservó con astucia para cuando dejaran los muelles y salieran a la carretera de la costa. John alargó una mano. Más adelante, coches hechos de metal líquido coronaron la cima de la colina y, segundos después, desaparecieron de su vista. El biberón bailó en las manos de John como una pastilla de jabón.

—¡John! —exclamó mamá.

Pero John se limitó a agachar la cabeza y luego dirigir la mirada, empapada de lágrimas, hacia el hirviente mar y sus millones de ojos.

Bien, ¿qué podría decirse al respecto sino que la idea no resultó más que el más desdichado de los errores? Los pasearon por la población en autocar, cada uno con su propio guía (el suyo, una persona del lugar, conjeturó mamá): la plaza, el mercado, la iglesia, los jardines… Mamá siguió a los demás, que seguían al guía. Y John seguía a mamá. Todos ellos estremeciéndose, encogiéndose en el calor, las purificantes ráfagas de las contracorrientes, los mendigos, las personas en busca de clientes… Mamá se sintió oscuramente degradada. El idioma los había enviado a todos ellos al fondo de la clase, los había expulsado del colegio. Eran como criaturas; eran como John, que jamás sabía lo que se esperaba de él. En el restaurante todos se abalanzaron sobre el vino, y luego se echaron hacia atrás en las sillas, con los ojos en blanco. Hasta mamá, para conjurar el pánico, se tomó un par de copas de vino. John no tomó nada, a pesar de que mamá se las arregló para que el guía le pidiera al camarero que pusiera parte de su biberón en una copa.

Después del almuerzo despidieron al guía (con una salva de fríos aplausos), y el oficial del barco anunció a través de un megáfono averiado que disponían de una hora para hacer compras y buscar *souvenirs*, y que se reunirían en la plaza. Mamá llevó a John por un callejón, a un centenar de metros de los autocares, y se detuvo en determinado punto con intención de no moverse. Si se quedaba allí, en aquel retazo de sombra, con los ojos alerta sobre el reloj… Pasaron los minutos. Un chiquillo se acercó a ellos y les hizo una pregunta.

—No puedo entenderte, querido —dijo mamá con voz sufrida.

Luego se enfadó cuando un viejo vagabundo empezó a molestarles.

—Váyase de aquí —le dijo.

Qué idioma más extraño… Hasta los niños y los vagabundos sabían

hablarlo. Y los británicos —se dijo para sus adentros—, en un tiempo tan orgullosos, tan osados…

—Le he dicho que se vaya.

Miró a su alrededor y vio un letrero. Sólo podía significar una cosa, ¿no? Instó a John a que avanzara unos pasos, y cuando llegaron a las escaleras se puso a buscar en el bolso unas monedas sueltas.

El Acuario Municipal tenía aspecto de refugio antiaéreo. Era un recinto bajo, sin ventanas, que olía a piedra húmeda. Aparte de una especie de piscina mínima, infantil, situada en el centro del local (en cuyo interior se mecía con apatía una tortuga), no había sino una docena de tanques cúbicos embutidos en los muros, centelleantes como televisores. Sin perspectiva alguna de goce, mamá tiró de John hacia adelante y se adentraron en las desiertas sombras. Y casi de inmediato sintió que su desagrado cedía y se esfumaba. Para cuando se situó frente a la segunda vidriera, mamá estaba ya radiante. Todos aquellos ecos extrañamente tranquilizadores de color y forma y tono… Había unas anémonas de mar idénticas al elegante gorro de baño nuevo de la señora Brine, con sus penachos de mechones verdes. Peces circulares exhibían las mismas manchas de leopardo y las mismas rayas de cebra que podían verse en la espectacular decoración de la Sala del Periquito. Como las damas en la Noche del Baile, pececillos con orlas fluctuantes y deformados por la luz valsaban entre conchas con forma de capirote y corales infinitamente agujereados. Tres patilludos y desdentados veteranos se daban un paseo por el agua turbia de la superficie mientras debajo de ellos, a media altura de la pecera, un solitario jovenzuelo plateado se movía con inquietud como si comprobara nerviosamente su propia libertad. Langostas, criaturas tullidas con una docena de muletas, malévolas serpientes restregando su ceñida piel contra el fondo de arena, cangrejos muy parecidos a los malhumorados borrachos del Kingfisher Bar… Mamá se volvió.

¿Dónde estaba su hijo? Sus ojos, ya adaptados a la luz, parpadearon con indignación hacia la oscuridad. Entonces lo vio, arrodillado como un caballero medieval, junto a la pequeña piscina inflada. Se acercó a él con suavidad. En el fondo yacía la oscura sombra de la tortuga: con los miembros replegados, la abombada criatura casi abarcaba todo el perímetro del receptáculo. Mamá reparó en que la mano de John descansaba a plomo sobre la concha rugosa del animal, y tiró del pelo de John y dijo:

—John, no hagas eso…, es…

John alzó la mirada, y con un grito ahogado y lloroso se apartó de ella y salió al callejón, al aire libre. Santo Dios, ¿qué había estado comiendo aquellos últimos días aquel chico? Mamá no pudo sino quedarse allí de pie, observando cómo John vomitaba hasta vaciarse enteramente por dentro, sacudido y zarandeado por poderosas fuerzas

orgánicas.

La noche siguiente, en algún punto del Golfo de Vizcaya, John desapareció.

Estaba sentado en su litera mientras mamá enjuagaba el biberón en el cuarto de baño. La puerta que comunicaba ambas piezas se había cerrado por el oleaje. Mamá charlaba de esto y de lo otro: ya se sabe, de casa, de lo bonito que puede resultar el otoño y el invierno. Y entonces pasó al cuarto y dijo:

—Oh, mi niño, ¿dónde estas?

Salió al pasillo, al olor del barco. Un oficial que pasaba en pantalones cortos blancos la miró con preocupación y se acercó a ella como para mantenerla en pie. Ella se apartó de él con un fuerte sentimiento de culpa. Subió las escaleras, recorrió un Pasillo Recreativo tras otro, fue de la Sala del Periquito a la Sala de la Cacatúa, de la Sala de la Cacatúa al Kingfisher Bar. Subió la escalera de caracol hasta el Nido del Petirrojo. Su John… ¿Dónde estaba?

Solo bajo la fina lluvia, John se enfrentaba al atardecer en la popa misma del barco, a unos treinta metros de los ensortijados surcos de la estela. Con los brazos extendidos, recibía la sangrienta jabalina que le lanzaba el último sol. Luego, accionando los miembros con lentitud, tanteando el método despacio, trató de subir las cuatro barras blancas que le separaban del agua. Pero la secuencia se le escapaba una y otra vez. Pie, mano, peldaño, deslizamiento, oscilación, resbalón… Era la secuencia, el orden, lo que le fallaba: pie, deslizamiento, mano, oscilación, peldaño, resbalón…

Pero mamá lo había localizado ya. Bajó con calma los escalones que separaban la cubierta superior de la plataforma de popa.

—¿John?

—So —se resistió John—. So, *so*.

Mamá llevó a su hijo hasta el camarote. John le dejó hacer dócilmente. Mamá lo sentó en la litera. A través de sus vacíos labios, empezó a entonar una nana para tranquilizarle. John se echó a llorar en sus palmas abiertas. Nada había de nuevo en los ojos de mamá cuando alargó la mano para coger el biberón, y la ginebra, y el agua fresca y limpia.

New Statesman, 1978; reescrito en 1997

EL PORTERO DE MARTE

1

Pop Jones le estaba diciendo al niño que aquel día no podía ver las noticias.

—Normas especiales, Ash. Hay que tener dieciocho años. Es como un certificado X.

—Quiero ver al marciano.

—No puedes. Y, hablando estrictamente, no es un marciano. Creen que debe de ser una especie de robot.

—Es el hombre de Marte.

—Él, o *ello*, es el *portero* de Marte.

Y Pop Jones era portero en la tierra; más concretamente, era el portero de Shepherds Lodge, el último orfanato no privatizado de Inglaterra. Remoto, decrépito, superpoblado, exclusivamente masculino, el lugar era, por supuesto, un Shangri-la de la pedofilia. Y Pop Jones era, claro está, pedófilo, como todos los demás miembros del personal. Para emplear la (bastante equívoca) jerga propia, era un pedófilo «funcional», lo que equivalía a decir que su pedofilia *no* funcionaba. Pop Jones era un pedófilo inactivo, a diferencia de sus hiperactivos colegas. Nunca había interferido en el cuidado de ninguno de los chicos: nunca.

El niño, Ashley, una criatura de nueve años y un largo historial de sufrimiento, dijo:

—Van a llevarnos a la playa. Pero yo quiero quedarme a ver el robot.

—¡A la playa! Acuérdate de llevarte el protector de las estrellas.

—Es que quiero tomar baños de estrellas.

—Vas a coger una «inestrellación».

—Quiero un bronceado de estrellas.

—¿Un bronceado de estrellas? ¡Vas a volver todo quemado!

Ya nadie lo llamaba el sol: la naturaleza de la relación había cambiado. Era el 25 de junio del año 2049 y todas las televisiones

terrestres se disponían a ofrecer en vivo una entrevista con el portero de Marte.

Fuera, los chicos estaban siendo distribuidos en hileras bajo la marquesina mientras se acercaba el primer autobús eléctrico. Todos llevaban su sombrilla blanca. A Pop Jones le complacía ver que Ashley llevaba las gafas de estrellas y el sombrero de estrellas. Todos los niños alzaban la vista hacia el cielo. Y todas las bocas mostraban un cauteloso desdén.

El asunto se llevaba gestando desde hacía nueve meses.

El 30 de septiembre del 2048, a las 12.45 de la tarde, hora de la Costa Oeste, Incarnacion Buttruguena-Hume, la más abiertamente seductora de las presentadoras estrella de la CNN, recibió un mensaje cifrado en sus Comunicaciones de los Televidentes. El ordenador de Incarnacion al principio no lograba descifrar el código, pero poco después dio con la clave. El mensaje estaba escrito en el Código Blacksmith, no utilizado desde hacía un siglo y considerado ya obsoleto en la Segunda Guerra Mundial. Empezaba: CKBIa TCaAIaCaBTKaCa: Estimada Incarnacion. Una vez descifrado, el mensaje decía:

> DISCULPE LA INTROMISIÓN, PERO VOY A ENTRAR EN ANTENA EN SU PROGRAMA DE ESTA NOCHE. TENGO NOTICIAS PARA USTED. SOY EL PORTERO DE MARTE. HABLE CON PICK A ESO DE LAS CINCO Y MEDIA.

Pick era Pickering Hume, el marido de Incarnacion, quien, no por casualidad (como se supuso de inmediato), trabajaba en los departamentos de relaciones públicas y de recaudación de fondos de la SETI (Organismo para la Búsqueda de Inteligencia Extraterrestre). Incarnacion llamó inmediatamente a Pick a su oficina en Mountain View. Hablaron del mensaje transmitido: ¿quién de sus amigos —se preguntaban— era el responsable de aquello? Pero a las 17.31 Pick llamó a su esposa. En un susurro ahogado le contó que ellos llevaban recibiendo repetida y regularmente una señal de radio originaria de la línea de hidrógeno del Tharsis Bulge de Marte. En puro y llano morse. El morse que les llegaba de Marte decía: PICK, LLAMA A INCARNACION.

Eran las 5.40 en Los Ángeles. En el curso de los quince minutos siguientes se establecerían todas las conexiones por satélite, y el estudio de Incarnacion estaría atestado de astrónomos, cosmólogos, filósofos, historiadores, escritores de ciencia ficción, milenaristas, rupturistas, abducidos por OVNIS, hombres de Iglesia, políticos y generales de cinco estrellas, todos congregados en torno a un asunto

que acababa de irrumpir en sus vidas y que les venía ocupando ya las veinticuatro horas del día. Cuando el reloj dio las seis, la pantalla se tornó de un rojo herrumbroso.

El propio Pop Jones estaba alerta aquel día, al igual que todos los demás adultos del edificio, convocados a la Sala de Profesores por el director del centro, el señor Davidge. La pantalla se volvió roja, y luego blanca. Y el mensaje fue apareciendo, de abajo arriba, al modo de las películas de serie B, en colosales (y levemente inclinadas hacia atrás) letras mayúsculas. El mensaje rezaba:

ADN, SALUDOS DE HAR DECHER, EL ROJO, COMO VUESTROS EGIPCIOS LLAMABAN A NUESTRO MUNDO, O NERGAL, COMO LO LLAMABAN LOS BABILONIOS: LA ESTRELLA DE LA MUERTE. SALUDOS DESDE MARTE. NUESTROS DOS PLANETAS TIENEN MUCHO EN COMÚN. NUESTRO MOVIMIENTO DIURNO ES SIMILAR. LA OBLICUIDAD DE NUESTRAS RESPECTIVAS ECLÍPTICAS NO ES DEMASIADO DIFERENTE. VOSOTROS TENÉIS OCÉANOS, ATMÓSFERA, MAGNETOSFERA. Y NOSOTROS TAMBIÉN. VOSOTROS SOIS MÁS GRANDES. VOSOTROS ESTÁIS MÁS CERCA DEL SOL. NOSOTROS NOS ENFRIAMOS MÁS DEPRISA. PERO LA VIDA EN NUESTROS PLANETAS FUE SEMBRADA MÁS O MENOS CONTEMPORÁNEAMENTE. UNA DIFERENCIA DE UNOS MESES, POR LO QUE LA TIERRA TOMÓ LA DELANTERA TÉCNICA. NUESTROS MUNDOS, COMO DIGO, SON SIMILARES, Y FUERON MÁS SIMILARES EN OTRO TIEMPO. PERO NUESTRAS HISTORIAS DIVERGEN RADICAL Y ESPECTACULARMENTE.

HA CESADO YA, HA DESAPARECIDO TODA VIDA MARCIANA, Y SÓLO HE QUEDADO YO. SOY EL PORTERO DE MARTE. Y OS HE ESTADO OBSERVANDO, HE ESTADO COMO LIGADO A UN «CABLE TRAMPA» PARA CONECTAR CON VOSOTROS EN EL MOMENTO OPORTUNO. ESE MOMENTO HA LLEGADO. HABLEMOS.

ME MANTENDRÉ EN CONTACTO CON LA NASA EN RELACIÓN CON LAS VENTANAS DE LANZAMIENTO. TAMBIÉN OFRECERÉ CIERTOS CONSEJOS SOBRE CÓMO REMONTAR SU SIMA GRAVITATORIA: UNA CUESTIÓN DE COMBUSTIBLE. Y UNA SUGERENCIA ACERCA DEL PROBLEMA DE LOS RAYOS CÓSMICOS, Y DE CÓMO REDUCIR LA CARGA EXPLOSIVA. DUPLICADOS DE TODAS LAS COMUNICACIONES SE DIRIGIRÁN A LA CNN Y AL *NEW YORK TIMES*. Y, POR FAVOR, NO NOS APARTEMOS NUNCA DEL JUEGO LIMPIO.

NUNCA ESTUVISTEIS SOLOS. CREÍAIS QUE LO ESTABAIS. ¿Y CÓMO ES POSIBLE QUE LLEGARAIS A PENSARLO? DNA, DAOS PRISA. ESTOY IMPACIENTE POR VEROS CON MIS PROPIOS OJOS. VENID.

Bajo la sucia sombrilla blanca Pop Jones cojeaba a buen paso por el patio. Miró hacia arriba. Aunque su carne exhibía la palidez de la soltería consumada, la cara de Pop tenía a veces un aire infantil, inseguro. Ello, amén de su trasero coquetamente rollizo, su voz aflautada aunque no afeminada y su condición de célibe, que le habían deparado su apodo: Eunuco. (Su nombre de pila, además, era Enoch.) Los niños lo trataban con cordialidad jocosa. Pero para sus colegas adultos Pop Jones era un *portero*, de la cabeza a los pies. Era el portero prototípico; el portero entre los porteros: ocioso, poco servicial, malhumorado, retraído. Y, con su propia persona, impenitentemente poco limpio. Arriba, la estrella fluctuaba en el cielo con fatuidad, generando una movediza penumbra, una más entre las cascadas que el cielo dispensaba con tanta prodigalidad. El sol no había cambiado. El cielo sí. El cielo había enfermado, pero todo el mundo decía que mejoraría. Pop siguió renqueando escaleras arriba hacia la Enfermería. Se volvió: un cuadrado de césped en cuyo centro se alzaban dos viejos árboles, deformados y obligados por el tiempo a posturas de escatológica agonía. Shepherds Lodge parecía una facultad de Oxford pasada por el tamiz onírico de Huriah Heep. Pop Jones, orgulloso de su profesión, mantenía el lugar como un sofisticado laberinto de sudor y escalofrío, de radiadores ora gélidos, ora ardientes, las aulas ora frigoríficas, ora crisoles; los grifos, una vez abiertos, tardaban un rato en escupir ora ráfagas de vapor, ora hilillos de aguanieve. Las cañerías emitían todo tipo de ruidos. Las cerraduras se obturaban. Las luces fluctuaban y chisporroteaban.

Pasó por delante del despacho del oficial médico y echó una ojeada de soslayo al interior del viejo almacén quirúrgico, ahora un pequeño gimnasio, donde dos enfermeros se daban talco en las manos para levantar pesas echados sobre el banco. Los enfermeros, en una pausa, le devolvieron la mirada. Pop Jones podía oír el zumbido del aislamiento en los oídos. Sí, pensó, una situación terrible. Espantosa. Todo el orden moral. Pero alguien tenía que… El paciente a quien iba a ver era un chiquillo de once años llamado Timmy. Timmy padecía varias discapacidades del aprendizaje (siempre se estaba lastimando con caídas o colisiones contra paredes), y Pop Jones sentía por él una especial ternura. Muchos chicos de Shepherds Lodge —convenía señalar— estaban ya dañados (se mostraban complacientes ante las solicitudes salaces) o definitivamente pervertidos. En efecto, en las noches cálidas el lugar irradiaba una atmósfera de burdel de

anteguerra, con los chicos en pijama sentados con las piernas abiertas sobre el alféizar de las ventanas, arreglándose el pelo o leyendo revistas de venta por correo mientras escuchaban el rasgueo de alguna guitarra. Timmy no era como ellos. Encerrado en su propia mente, Timmy poseía una inviolabilidad que todo el mundo había respetado. Hasta entonces. Pop y Timmy eran puros: eran los inocentes. Ése era su vínculo. En rigor no es sólo la «niñez» lo que atrae a los pedófilos. El pedófilo, por alguna razón extraña, desea el conocimiento carnal del carnalmente ignorante: un encuentro harto desigual, un «encuentro» que lleva aparejado un significado perdido. En el caso del niño tal significado perdido no permanece perdido, sino que de algún modo persiste para siempre. De alguna forma Pop Jones percibía la naturaleza de tal disparidad, de esta apropiación preferente del infante, y ello le mantenía razonablemente alejado de la pedofilia. De cuando en cuando, un liviano codazo, un mínimo roce. Su uso de los agujeros para mirar duchas y vestuarios se había visto racionado estrictamente. En el curso de un mes cualquiera, las veces que hurgaba en los cestos de la ropa sucia podían contarse con los dedos de la mano.

—¿Cómo estás esta mañana, amigo mío?

—Coche —dijo Timmy.

Timmy estaba solo en la sala de seis camas. En un televisor encaramado en lo alto de la pared opuesta se veía el planeta Marte: ahora ocupaba la mitad de la pantalla, y seguía aproximándose.

—Timmy, intenta acordarte. ¿Quién te ha hecho eso, Timmy?

—Casa —dijo Timmy.

El chico no estaba en la Enfermería por ninguna de las heridas que se hacía diariamente, normalmente quemaduras o torceduras de tobillo. Timmy estaba en la Enfermería porque había sido violado. Tres días atrás. El señor Caroline lo había encontrado en el cobertizo, tendido sobre el pasillo de tablas, llorando. Y desde entonces Timmy había caído en el ensimismamiento semiautista que había marcado sus dos primeros años en Shepherds Lodge: el estado del que Pop Jones —y otras personas del centro— habían logrado sacarlo (eso les gustaba pensar, al menos). La flor se había abierto parcialmente. Y ahora había vuelto a cerrarse.

—Timmy, intenta recordar.

—Suelo —dijo Timmy.

La violación —las relaciones sexuales no consentidas con un menor — era algo extraordinariamente raro en Shepherds Lodge. La violación chocaba frontalmente con todo lo que el personal de la casa respetaba y valoraba. El sexo entre personas de distintas generaciones, en aquel retazo gótico situado en el abrupto verdor de la frontera galesa, era,

por supuesto, el pan de cada día, pero aquella gente poseía un sistema de creencias que lo justificaba. Y su principal principio decía que a los niños les gustaba.

—¿Quién te lo hizo, Timmy? —insistió Pop, porque Timmy era perfectamente capaz de identificar y, con cierta dificultad, decir el nombre de cada cuidador de la plantilla. Al director, el señor Davidge, lo llamaba «Day». Al señor Caroline lo llamaba «Ro». Y a Pop Jones de llamaba «Jo».

¿Quién lo había violado? Todos, incluido Pop, tendían cada vez más a una sospecha particularmente comprometedora: lo había hecho *Davidge*. Todo parecía indicar que así era. La última vez que había sucedido algo de este tipo (había sido un caso mucho menos grave: alguien había «acariciado inapropiadamente» a un interno temporal enviado desde Birmingham), Davidge había tratado el asunto con rigor extremo. Pero la investigación de la agresión sexual a Timmy parecía extrañamente varada: habían pasado tres días y no se había practicado más que un análisis de dilatación anal. A Pop le daba la sensación de que los encogimientos de hombros y las evasivas de Davidge, merced a un proceso de gradual ramificación política, iban a dar como resultado el carpetazo del asunto. El portero estaba solo en esto. Y se sentía al límite de su coraje moral. Los únicos susurros de apoyo le venían de un confuso e indignado interno de once años llamado Ryan, actual protegido de Davidge (y, por tanto, guía y referencia del Ala B).

—¿Fue… Day? —le preguntó, inclinándose hacia él.

—Perro —dijo Timmy.

Los dos enfermeros —unos repugnantes sádicos en camisetas sin mangas— resoplaban rítmicamente bajo las pesas. Pop les gritó:

—Eh, por favor. Por favor… Señor Fitzmaurice, si hace el favor, ¿podría apagar el televisor? A los chicos hoy no se les permite ver las noticias. Es una OO. Una Orden Oficial. Del jefe de departamento.

Los enfermeros se miraron con indiferencia y no respondieron.

—Hay que apagar este televisor.

Fitzmaurice se incorporó sobre el banco y gritó:

—Si lo hago se apaga todo el jodido sistema. Todos los jodidos televisores de la casa.

Pop Jones, como portero, tenía que admitir que era cierto. Dijo:

—Entonces habrá que cambiar éste de sitio. Porque esto puede ser muy inconveniente para los niños. Puede que haya palabrotas.

Fitzmaurice lanzó una jocosa mirada de soslayo y dijo:

—¿Palabrotas?

—Al menos podrá bajar totalmente el volumen. Nadie sabe lo que va a suceder allá arriba. Puede suceder cualquier cosa.

Fitzmaurice se encogió de hombros.

—Coche —dijo Timmy.

Pop miró hacia el televisor. Ahora Marte llenaba la pantalla.

Aquel día muchas preguntas tendrían su respuesta. Y, a juicio de muchos, «¿Por qué ahora?» no era la menos urgente de ellas. ¿Qué era el «cable trampa» a que hacía referencia el portero de Marte? ¿Qué explicación podía darse al momento que había elegido para el Contacto?

Todo era harto elocuente, o malsano, por dos razones. Sólo muy poco tiempo atrás, en el 2047, después de muchos sondeos y acercamientos espaciales, la NASA había acometido con éxito la primera misión tripulada a Marte. Los cosmonautas terrícolas permanecieron tres meses en el Planeta Rojo y regresaron con casi media tonelada de muestras de todo tipo. El análisis preliminar de tales materiales se realizó e hizo público en el otoño del 2048. Las conclusiones parecían inequívocas. Era cierto que la capa de permafrost probaba que en la superficie marciana había fluido el agua en un tiempo, y en abundantes cantidades, como se observaba claramente en los surcos dejados por ella en sus sistemas de valles y gargantas. Pero, por lo demás, la misión del *Sojourney 3* no había podido lograr nada que echara por tierra el veredicto establecido de esterilidad inmemorial. De modo que la pregunta seguía siendo: ¿por qué no se realizó el Contacto *entonces*? En el ínterin habían entrado en órbita 1.500 nuevos satélites de telecomunicaciones. Como el propio portero de Marte había señalado en uno de sus anteriores comunicados, la tierra prácticamente se había tapiado a sí misma con cachivaches espaciales. Tendrían que dinamitar y hacer desaparecer del cielo quinientos de ellos para practicar un pasillo para el *Sojourney 4*.

La segunda coincidencia tenía que ver con ALH84001. ALH84001 era el fragmento de roca del tamaño de un puño y de tonalidad verdosa hallado en la Antártida en 1984, y analizado en 1986, y sobre el que se venía debatiendo desde hacía medio siglo. Pero su historia era más grandiosa, más extraña, y sobre todo más dilatada en el tiempo que todo esto. Aproximadamente 4.500 millones de años atrás ALH84001 residía anónimamente bajo la superficie del Marte primigenio; 4.485 millones de años más tarde algo enormemente grande colisionó contra Marte con un ángulo de incidencia muy pequeño, y ALH84001 fue parte de la materia expulsada como consecuencia del impacto. Durante 14,987 millones de años el fragmento describió una intrincada órbita solar hasta estrellarse contra la superficie de la Tierra. Luego, 13.000 años más tarde, una cazadora de meteoritos llamada *Roberta Star* tropezó con él y comenzó

la controversia. ¿Había en ALH84001 algún rastro de vida microscópica? La respuesta llegó, finalmente, en abril del 2049, dos meses antes de que el portero de Marte diera el paso que nos ocupa. Y la respuesta fue «no». Los componentes orgánicos de ALH84001 (magnetita, gregita y pirrotita) resultaron ser meros hidrocarburos aromáticos policíclicos (es decir, eran de naturaleza no biológica). Al parecer Marte ni siquiera habría podido albergar un gusano segmentado de una centésima del grosor de un pelo humano. Marte, pues, parecía muerto *hasta ese punto*.

> *Déjenme recordarles que estas imágenes… de la cámara del morro cónico de la nave de cola. Al carecer de capa de ozono… efectivamente esterilizada por la radiación ultravioleta solar. La atmósfera… más fina que los vacíos de nuestros mejores laboratorios. Podemos ver Fobos, el mayor… a poco más de 5.000 kilómetros, comparada con la distancia de nuestra luna… Deimos, su segundo satélite, está arriba… tan brillante al ojo humano como Venus.*

El sillón de ver la televisión del desastrado dormitorio de Pop Jones (con sus tarros de Bovril y sus gastadas tazas), con los años, había acabado macerado por sus efluvios. Cualquier otra persona, al sentarse en él, sucumbiría al instante a una náusea motora que lo proyectaría hacia lo alto como impelido por el asiento eyector de un avión. Pero no Pop: en su sillón se sentía enteramente vivo. Contemplémosle ahora, con la lengua ociosa sobre los dientes inferiores, mirando la pantalla con el temor reverencial que reservaba para la más franca y detallada pedografía, fácilmente asequible en diversos medios y formatos en Shepherds Lodge (y protagonizada con regularidad por sus internos). Había visto aquella imagen antes; todo el mundo la había visto: un desierto de Colorado hecho de herrumbre y detrás un horizonte extrañamente cercano. Pero el planeta era ahora, en cierto sentido, un Marte vivo, y la vida lo investía por doquiera de un aire de amenaza. La fina neblina parecía grasa sobre el carmesí carnoso del regolito, y en las sombras de las abruptas barrancas parecían tomar cuerpo y cambiar formas diversas…

Durante un instante se fue la imagen. Luego la voz de Incarnacion Buttruguena-Hume —modulada y cálida, exageradamente humana— prosiguió:

> *En cierto modo, Marte es un mundo pequeño. Su superficie es apenas un tercio de la del nuestro, y su masa tan sólo una milésima parte. Pero en otros aspectos es un mundo grande. Sus cañones… que los nuestros, sus cimas mucho más altas. Una de sus gargantas, la Valles… el Gran Cañón desmerece a su lado. Y… sí: ahora nos*

estamos aproximando. Esto es Olympus Mons, de 25,5 kilómetros de altura… tres veces el Everest… pero de declive tan gradual que no proyecta sombra. Se asemeja a los volcanes de conos simétricos en… Me acaban de decir que nuestra nave ya no está bajo control. Nos está llevando al interior… Vamos a… vamos a…

Y uno podía verlo: en total silencio pero con una gran agitación en el cielo, la montaña se estaba abriendo…, sus segmentadas faldas superiores iban inclinándose hacia atrás como un nido lleno de titánicos polluelos que exigieran alimento con el pico abierto. La nave en cabeza, la *Nobel 1*, remontó y sobrevoló estas almenas, y cayó en picado. La *Nobel 2*, la nave «punto de vista», la siguió. Durante su descenso Pop sintió que bajaba en un ascensor mientras las entrañas del edificio resonaban a su alrededor en la oscuridad, pero a una velocidad vertiginosa, con la voraz aceleración de la caída libre.

Todas las pantallas de la Tierra estaban negras. Luego fueron apareciendo, en una tonalidad verde clara, los siguientes números: 45:00. Y acto seguido dio comienzo la secuencia: 44:59, 44:58, 44:57…

En realidad fueron el doble de esos minutos los que transcurrieron antes de que algo sucediera.

Se hizo una débil luz en las pantallas y la cámara se movió a trompicones de un lado para otro, como consternada, como violentamente despertada de un profundo sueño. Se veían sombras, figuras. Se oía mascullar, toser. Y una de las voces exclamaba en tono tenso y como cohibido:

—¡Hola…! ¿Me recibís…? ¡Hola…! ¿Me recibís…?

Aquí todo está bien. Hemos estado esperando en este… recinto. *Las naves se han posado en el suelo suavemente y hemos seguido las flechas de los letreros. Uno de los Laureados se ha caído hace unos segundos, pero no se ha lesionado. Y durante un momento Miss Mundo ha tenido un pequeño problema con su suministro de aire. Llevamos trajes de malla de filamentos caldeados y…*

Había habido, como es lógico, una encendida controversia en torno a quién debía acudir y quién no a la cita con el portero de Marte. En la Tierra, todo el mundo quería ir. Después de todo, ya no había nada aterrador o incluso exótico en los viajes espaciales. En los años treinta y cuarenta, antes de que los satélites empezaran a poblar en exceso el cielo, el turismo lunar se generalizó hasta el punto de que había partes de la superficie de la luna que ahora se asemejaban a un invernal Torremolinos. De acuerdo: la luna estaba a tan sólo 400.000

kilómetros de distancia, y Marte, en su oposición actual, a unos tres millones. Pero todo el mundo quería ir. Ningún billete había sido nunca tan disputado. Había 65 asientos. Y 7.000 millones de personas en la cola.

Gentes que no sólo tenían que competir entre ellas sino asimismo cumplir los requisitos fijados por el portero de Marte, quien, en sucesivos comunicados, demostró ser un muy enérgico e incisivo supervisor de solicitudes. Por ejemplo, se negó a aceptar desde un principio a clérigos o políticos. Luego, cuando se vio presionado por masivos referéndums a asignar un par de asientos al Papa y al presidente de los Estados Unidos, causó muchas más ampollas que alborozos al enviar al *New York Times* —forzando a este diario a romper un viejo tabú, al advertirles que «o imprimen con todas sus letras la obscenidad o me cambio al *Post*»— el e-mail siguiente: «No me envíen ningún puto simio, ¿estamos? Los simios *novalen*. Envíenme a los talentos.» Quería científicos, poetas, pintores, músicos, matemáticos, filósofos «y algunos ejemplos de belleza masculina y femenina». No quería más representante de los *media* que a Incarnacion Buttruguena-Hume (con su operador audiovisual), aunque permitió también que llevara a Pick, su marido. El «regateo» siguió hasta avanzada la cuenta atrás en Cabo Cañaveral. A final hubo veintiocho científicos laureados a bordo de las naves *Nobel 1* y *Nobel 2*, amén de varios modelos de ambos sexos, Miss Mundo, algunos miembros de la NASA y algunos investigadores y celebridades de las diversas ramas de las humanidades. El portero de Marte se había mostrado particularmente obstinado en el caso de Miss Mundo, aunque había resultado ganadora en un certamen un tanto oscuro, agriamente debatido por un par de centenares de interesados espectadores en el Hilton del aeropuerto de Buffalo.

Esta debilidad del portero de Marte por el lenguaje crudo y por el crudo sarcasmo fue objeto de fuertes discusiones terrestres, y de mucho desasosiego. Incluso aquellos que compartían tal debilidad parecían percibir una vulneración del decoro cósmico básico. El santón de la psicología Udi Ertigan tranquilizó la mente de muchos al aventurar la siguiente sugerencia (pronto adoptada como el punto de vista de consenso): «Veo en esto una mezcla de estilo alto y estilo bajo. El alto da la impresión de programado; el bajo, de adquirido. ¿Adquirido de quién? ¡De nosotros! Nuestras transmisiones televisivas salen al espacio exterior a la velocidad de la luz. Con quien estamos tratando es con un robot que ha visto demasiadas películas.» No había que engañarse, sin embargo: el portero de Marte era real. Al principio, los proclives a la duda dudaron y los acomodaticios se acomodaron. Pero el portero de Marte, definitivamente, era real. Sus consejos prácticos sobre la congelación de combustibles habían revolucionado

la aeronáutica. Cada dos semanas espoleaba una disciplina tras otra con sus mordaces memorándums sobre temas tales como la síntesis de las proteínas, la fuerza de Coriolis, la teoría de la congelación lenta, el cálculo de tensores, el caos y la entropía K, la gastrulación en la biología del desarrollo, las variables sentenciales, la catástrofe mariposa, el número de Champernowne y el *Entscheidungsproblem*. El portero de Marte había prometido revelar una fórmula para la fusión fría («No soy un experto», escribió, «y me está costando cierto trabajo poner a vuestro nivel los cálculos matemáticos necesarios») y una cura para el cáncer («¿O qué tal la prevención?, ¿o preferirías la *remisión*?»). «Vuestra gerontología», explicó, «está en pañales. Trabajando juntos podremos duplicar la expectativa de vida en una década.» En temas cosmológicos —y en historia marciana— solía negarse a entrar, aduciendo que «algunas cosas no debían hablarse por teléfono». Además, no quería «restarle valor al viaje». «Pero lo que diré es lo siguiente», dijo:

> Las teorías del Big Bang y de la Creación Continua son erróneas. O, para decirlo de otro modo, ambas son correctas pero incompletas. Me duele ver cómo os escandalizáis ante la paradoja de que el Universo sea más joven que algunas de las estrellas que contiene. Es, podríamos decir, la Pista *Uno*.

Iain Henryson, titular de la cátedra Lucasiana de la Universidad de Cambridge, describió como «inefables» las matemáticas que acompañaban a este memorándum. «En todos los sentidos.» El portero de Marte era a menudo irascible, insensible, ácido y burlón, y no pocas veces irreverente. Pero la Tierra confiaba en su inteligencia, y creía, como siempre lo había hecho, en la indivisibilidad última entre la inteligencia y la bondad.

Aquél era, en cualquier caso, un tiempo de esperanza para el planeta azul. La revolución de la conciencia durante las primeras décadas del siglo, una segunda Ilustración que tenía que ver con la conciencia de los humanos como especie, estaba al fin concitando voluntad política. Ninguno de los incipientes desastres de la biosfera había progresado hasta consumarse totalmente. La humanidad seguía aún «achicando agua», pero los niveles de ésta habían dejado de elevarse e incluso habían empezado a descender. Y, por primera vez en la historia registrada de la Tierra, no se dirimía ninguna guerra en ninguna parte de su superficie.

Pop Jones, en aquel momento, se echó atrás en su sillón con los mejores pensamientos y sentimientos. Si las cosas se ponían feas iría a ver a Davidge para llevar a Timmy a otra parte en el descanso (el intermedio exigido por el portero de Marte).

Llevamos mallas de filamentos caldeados con suministro de aire autónomo, pero según los instrumentos del coronel Hicks el aire es respirable y la temperatura se está elevando. Al principio estaba casi en el punto de congelación, pero es patente que ahora no es mucho más que fría. Y hay humedad. Me estoy quitando mi casco… Ajá. Todo parece estar bien… La gravedad es de 1 g. No tengo sensación de ligereza o vacuidad. Parece que estamos en algún tipo de área de recepción, pero no nos funcionan las luces y hasta hace un momento no hemos tenido más que una iluminación muy tenue. Puedo oír…

Podía oírse un chirrido de remaches o bisagras, y en lo alto del muro se proyectó de pronto un delgado rectángulo de luz, que se amplió fugazmente cuando una sombra se desplazó más allá de su fuente. Luego la puerta se cerró y volvió la penumbra. Pop Jones movió la cabeza en un súbito asentimiento instintivo. Fuera o no un genuino marciano (en etapas anteriores se habían hecho multitud de especulaciones al respecto: un fraude quizá no, pero tal vez un señuelo…), el portero de Marte era, en opinión de Pop, sin el menor asomo de duda, un genuino portero. Ahora quita la luz otra vez, pensó Pop, y apaga el sistema de calefacción. Esperó atentamente el ruido metálico de las paletas del rotor, el enfilar de unas grandes y viejas llaves en cerraduras húmedas y frías. Pero todo lo que alcanzó a oír fue el lento sonido de unos pasos. Luego, hiriendo las pupilas habituadas a la oscuridad, las luces volvieron con brutal sincronismo.

—Bienvenido, ADN. Ya veo la doble hélice de la turbina diestra… Bien, ADN, hago extensible a todos mi saludo de bienvenida.

Cuando al fin el ojo pudo enfocar las cosas, se vio al portero de Marte sentado en una mesa situada sobre un estrado elevado. Era, inequívocamente, un robot con mono azul y negro y camisa y corbata. Su cara era un pico de bruñido metal carente por completo de facciones. Sus manos, inquietas y complicadas, eran como garras. Su acento resultaba familiar: el norteamericano de educación media. Al hablar parecía un entrenador deportivo; un entrenador deportivo que se dirigiera a otros entrenadores deportivos de menor rango. Pero no tenía boca para dar forma a las palabras, con lo que éstas eran como zumbidos, como sonidos salidos de una caja, como en un chisporroteo interior. El portero de Marte dejó caer una carpeta de pinza sobre la mesa y dijo:

—Damas y caballeros, os pido disculpas por el modesto mobiliario. Esta estancia la improvisé hace casi exactamente un siglo, el 29 de agosto de 1949: el día en que quedó claro que en la Tierra había dos adversarios equipados con armas nucleares. Siempre quise ponerla al día. Pero nunca he tenido el jodido… Humanos, no pongáis esa cara.

Miss Mundo, no arrugues la nariz cuando me miras. Y, en general, olvidad todas vuestras expectativas grandiosas. Existe, sí, lo que podría llamarse censura cósmica. Pero el Universo es honda y esencialmente irreverente. Creo que os suscitará un respecto reverencial alguna de las cosas que voy a contaros. Predominarán en vosotros, sin embargo, otras emociones. Emociones como el miedo y el desdén. O, mejor aún, el terror y el asco. Terror y asco. Bien. En primer lugar… el pasado.

Para entonces se habían situado dos cámaras en plano-contraplano al pie del estrado. Una dirigida al portero de Marte, y la otra a su auditorio. Éste ocupaba unas sillas de metal en el recinto ceniciento: paneles de madera, cortinas anodinas en las falsas ventanas, una pizarra y las banderas norteamericana y soviética. En la primera fila se sentaban Incarnacion Buttruguena-Hume y su marido, Pickering. Incarnacion levantó la mano tímidamente.

—Sí, Incarnacion.

Incarnacion se ruborizó, sonrió a medias y dijo:

—¿Puedo hacer una pregunta preliminar, señor?

El portero de Marte esbozó un ademán de asentimiento.

—Señor: hace sólo dos años había seres humanos en vuestro… *umbral*. ¿Por qué no…?

—¿Por qué no me di a conocer a vosotros entonces? Existe una buena razón que lo explica: el «cable trampa». Paciencia, por favor. Todo se aclarará. Si me permites, pues, volver al programa… El pasado. Resumiendo: la Tierra y Marte son satélites de la misma enana amarilla (de segunda generación, de la secuencia principal, rica en metales) del disco medio de la Vía Láctea. Nuestros planetas se formaron hace unos 4.500 millones de años. Dada su condición de más pequeño y más alejado, el nuestro tuvo una ventaja de partida.

Con un breve resoplido de divertimento o de burlón desdén, el portero de Marte se echó hacia atrás en su silla y enlazó con aire pensativo sus delgadas garras.

—Bien. Ambos tenían la misma química prebiótica y fueron polinizados por el mismo cometa de periodo largo: el Cometa Alfa (así lo llamamos), que visita el sistema solar cada 113 millones de años. Una vez asentada la vida en vuestro planeta, dio comienzo lo que vosotros llamáis, indulgentemente, la «evolución». Nosotros, entretanto, íbamos mucho más deprisa. O sea, cumplimos todo este proceso en apenas 300 millones de años. Mientras vosotros no erais sino una puta enfermedad. Un puto germen que infestaba las riberas. Y puedo aseguraros que la nuestra fue la más típica de las experiencias planetarias: complejidad autoorganizativa, despiadada tendencia teleológica. La civilización marciana siguió prosperando, con algunos

altibajos, por espacio de 3.000 millones de años, y alcanzó su, ¿cómo podría llamarlo?, su apoteosis, su *clímax*, hace 500 millones de años, etapa en la que, como suele decirse, los dinosaurios gobernaban la Tierra. 43 millones de años después, la vida marciana se había extinguido, y yo, ya ubicado donde estoy, fui activado para esperar el «cable trampa».

Miss Mundo dijo:

—¿Señor? ¿Podría decirnos qué aspecto tenía su gente?

Pese a su formulación cortés, la pregunta pareció ofender ligeramente al portero de Marte: se observó un ligero estremecimiento en el grueso filo de su rostro.

—No muy diferente al tuyo, al principio. Eran algo más altos y desgarbados, y con más pelo. No excretábamos. No dormíamos. Y, por supuesto, vivíamos bastante más que vosotros, incluso al inicio del proceso. Ello explica muchas cosas. Veréis: vosotros, los ADN, no valéis para nada hasta los veinte años, y cuando llegáis a los cuarenta vuestro cerebro empieza a deteriorarse. La expectativa media de vida en Marte era de doscientos años incluso antes de que empezáramos a aumentarla. Y, claro está, acometimos una agresiva ingeniería biológica ya en fases muy tempranas. Por ejemplo, pronto desarrollamos una tecnología neurológica de circuitos integrados. Lo que vosotros llamaríais telepatía. La estoy poniendo en práctica ahora mismo, aunque he añadido voz para los que nos están viendo por televisión. ¿Podéis percibir esa especie de imperceptible lamento nasal en la cabeza? Los pensamientos, quizá os complazca saber, tienden hacia el infinito y viajan a la velocidad de la luz.

El portero de Marte se puso en pie con un terrible chirrido al apartar bruscamente la silla metálica hacia atrás, y Pop Jones, al oírlo, frunció el ceño en señal de aprobación mientras alargaba la mano para coger el Bovril y la cuchara. En este punto, los sentimientos de Pop hacia su colega marciano abarcaban una amplia gama: desde la solidaridad hasta la declarada veneración por el héroe. El aire de rudo obstruccionismo, el sesgo resentido de su mirada y…, había algo más, algo más útil que se le antojó a Pop la quintaesencia del portero: *la actitud vigilante ante la amenaza de tener que realizar cualquier esfuerzo*. Sí, era eso. Había llegado el día, pensó Pop. El día en que por fin los porteros…

—Bien, no tengo toda la tarde —dijo el robot, quizá con excesiva dureza (máxime cuando su auditorio había viajado durante cuatro meses y medio para acudir a aquella cita).

Con sus zapatos negros de suela de crepé, el portero de Marte no medía mucho más de uno cincuenta. Aunque ocupaba su espacio con formidable convicción (con metálica autosuficiencia). Se movía como un ser vivo, pero jamás se le confundiría con uno bajo ningún

concepto. Y si bien su cara mostraba todo un abanico de actitudes y meandros, en su severidad no había nada humano, nada de ave, nada remotamente orgánico. Se acercó al borde del estrado y dijo:

—No hagamos que esto degenere en una ronda de preguntas y respuestas. Tengo un programa que cumplir. Hagamos un examen sumario de nuestras respectivas trayectorias paralelas. Veamos: 3.700 millones de años atrás, tuvo lugar la siembra de la vida. 3.400 millones de años atrás, los marcianos, como digo, están ya en el proceso en evolución: «cazadores recolectores», como eufemísticamente lo llamáis vosotros, aunque «carroñeros» se ajustaría más a la realidad. En esta fase, como es lógico, vosotros no sois aún más que una burbuja de gas, un pedo. Un pegote. Un yogur macrobiótico abandonado al sol. Pasan cinco siglos y Marte está totalmente industrializado. Otros cinco, y entramos en lo que, imagino, vosotros llamaríais la fase poshistórica. Nosotros la llamamos Riqueza Total. En tal fase vosotros no hacéis más que infestar los estuarios y los lechos de los ríos, mientras aquí en Marte nos adentramos en la gravedad cuántica, la luz cansada, la fuerza crómica, el impulso de huella, los conformales de grieta, los contrafactuales escalares, la superposición de ondas, la ortogónica. Éramos los dueños de nuestro hábitat: nos habíamos liberado de todos los animales y los océanos y demás, y de las fluctuaciones troposféricas que vosotros llamáis «tiempo atmosférico». Dicho de otro modo, estábamos preparados.

—¿Preparados para qué? —dijo una voz.

—Ahora no soy más que un portero, ¿verdad? No soy más que… un «robot». En la época en que me construyeron, en Marte no había distinción entre lo orgánico y lo sintético. Todo el mundo era una mezcla, un ente semietéreo, autoduplicador. La línea divisoria entre lo natural y lo mecánico pertenecía a la memoria inmemorial. Pero lo que veis ahora delante de vosotros es un *robot*. De lo… más tosco. Es como si, en la Tierra, en el año 2050, una empresa como Sony produjera un gramófono con un montón de agujas de repuesto y un megáfono de hojalata. —El portero de Marte hizo una pausa, asintiendo con la cabeza gacha. Luego alzó de nuevo la mirada—. Y sin embargo mis hacedores, en su sabiduría… En fin. En los últimos 500 millones de años he tenido acceso a una fuente de información fuera del alcance de los antiguos moradores de este planeta. Y desde esta perspectiva queda bastante claro que Marte era un mundo absolutamente medio en su género. Un mundo de tipo V, absolutamente corriente y vulgar, y hacía lo que los mundos de tipo V hacen invariablemente en la fase poshistórica.

—¿Señor? —dijo Incarnacion—. Disculpe, pero ¿se trata de un sistema de clasificación? ¿Qué es un mundo de tipo V?

—Un mundo que ha explotado su estrella.

—¿Qué tipo de mundo es la Tierra?

—Un mundo de tipo Y.

—¿Y los mundos de tipo Z?

—Los muertos. Pero estoy divagando. Entráis en la poshistoria y la pregunta es la siguiente: ¿ahora qué? Como digo, 3.399 millones de años atrás, los marcianos eran señores de todo lo que contemplaban a su alrededor. Estaban preparados. ¿Preparados para qué? Preparados para la guerra.

El robot dejó que estas palabras flotaran en el aire húmedo, sobre las filas de sillas metálicas del auditorio.

—Sí, así es. Marte, el Planeta de la Guerra. Enhorabuena. La única vez que se llega a algo es cuando se sigue la pulsión artística. También tenemos las lunas. Cito: «Dos estrellas menores, o satélites, giran alrededor de Marte. La más cercana dista del centro de Marte exactamente tres veces su diámetro; la más lejana, cinco.» No cito a ninguno de vuestros primeros observadores de Marte, a ningún memo como Schiapperelli o Perceval Lowell. Cito *Los viajes de Gulliver*. Fobos y Deimos. Exacto: las dos lunas de Marte. Miedo y Pánico. Hasta este momento no había habido la menor falta de armonía en Marte. Un firme aunque sabio gobierno del mundo cumplía con su cometido sin fricción alguna. No había jamás ninguna de esas trifulcas y pendencias que tanto os gustan a vosotros. Marte había probado la paz, pero había llegado el momento de cambiar. ¿Qué *otra cosapodía* hacerse? Nos dividimos, casi arbitrariamente, en dos bandos. Estábamos preparados. Uno llamaba al otro Gente del Miedo. El otro llamaba al primero Gente del Pánico. No había ni una sola voz discordante en todo el planeta. Todo el mundo estaba absolutamente a favor. Imaginad dos superfuturistas cultos guerreros japoneses, con arquitectura de Albert Speer. Supongo que eso podrá daros una idea.

»Caímos en una espiral. A las carreras armamentísticas les seguían indefectiblemente masivos conflictos. Nos acribillábamos mutuamente con todo tipo de arsenales sobremanera exóticos, en deliciosas y alambicadas secuencias de estocadas, fintas y contraataques. Pero al cabo nada pudo compararse a los drásticos efectos del intercambio termonuclear entre ambos bandos. Siempre acabábamos lanzándonos todo lo que teníamos a mano, en sucesivos despliegues de liquidación de arsenales. Después de una devastación, volvíamos a reconstruirlo todo con vistas a nuevas devastaciones. Nadie se quejaba. La tecnología de los refugios se había desarrollado enormemente. Las bajas podían recomponerse hasta quedar como nuevas. Y los muertos eran sencillamente resucitados (salvo, claro está, en los casos de volatilización absoluta de los cuerpos). Llegamos a considerar los inviernos nucleares como autóctonos de Marte. Los paréntesis de

calma duraban siglos. Las batallas se dirimían en una tarde.

»No parece tener mucho sentido, ¿no? Más tarde, los marcianos dieron en argüir que se trataba de una etapa necesaria en su desarrollo militar. Sentían que eran… ricos en tiempo. No sabían, como yo sé, que esto les sucede a todos los mundos de tipo V en la fase poshistórica. Sin excepción. Se vuelven locos.

»La Guerra de Hidrógeno de las Dos Naciones duró 112 millones de años, y seis meses después le siguió la Guerra de los 70 Millones de Años, en la cual el uso de armas basadas en la gravedad cuántica incrementaron a extremos inimaginables la potencia de fuego de ambos bandos. Para entonces otro factor estaban haciendo presa de la salud mental de los marcianos: la inmortalidad. En realidad esta palabra no resulta de gran utilidad. Pongámoslo de este modo: en Marte todo el mundo anhelaba una identidad personal sin término en el tiempo. Y en el contexto de los mundos de tipo V eso siempre afectaba a la cabeza. Hubo otra gran guerra, la Guerra de la Gran Fuerza Nuclear, que se prolongó por espacio de 284 millones de años. Cuando salieron de ella, el sentimiento general era que Marte se había estancado. Así que decidieron dejar de hacer gilipolleces. A propósito: vosotros, en esta fase, seguíais siendo un mero remedo de un pozo séptico. Bien, ¿y por qué no? Erais un *magnífico* remedo de un pozo séptico.

»Para empezar, había asuntos que atender en nuestro patio trasero. La Gente del Miedo y la Gente del Pánico se unieron para enfrentarse a un enemigo común. Un enemigo cercano.

El portero de Marte guardó silencio. Su cabeza, con su arco de acero, adoptó una postura inquisitiva. Vladimir Voronezh, uno de los Laureados rusos (su campo era la formación de las galaxias), tomó la palabra y dijo:

—Estimado señor, presiento que ahora va a decirnos que, en un pasado remoto, la vida surgió en alguna otra parte del sistema solar.

—En efecto. Tenéis que dejar esa costumbre de pensar en el «milagro» de la vida, en el fabuloso «accidente» de inteligencia, etcétera. Puedo aseguraros que en este universo la cognición es tan común como la saliva. Al ser un mundo de tipo V, Marte, en su fase de Riqueza Total, era extremadamente insular. Pese a disponer de la adecuada tecnología, no sentía ningún interés por la exploración espacial. Pero era perfectamente consciente de la coexistencia de dos mundos de tipo W: Júpiter y…

—¿Júpiter? —exclamó lord Kenrick Douglas, un científico alto, barbado y célebre, del campo de los quásares—. Señor, nosotros sabemos *algo* del sistema solar. Júpiter es un gigante de gas. Tiene una corona de nubes heladas de un espesor de 1.000 kilómetros y una corteza de hidrógeno líquido. Nuestras sondas suicidas nos dicen que

no hay superficie sólida en ese planeta. ¿Nos va a decir qué aspecto tenían los habitantes de Júpiter? ¿De medusas con transformadores? ¿Con trajes de submarinistas?

Esta chanza arrancó risas inquietas en el auditorio. El portero de Marte se puso tenso ante las risas, pero no como quien se siente agraviado, sino con concentración y curiosidad. Dijo:

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Parecía dirigirse a Miss Mundo —. ¿Os reís porque os ha parecido gracioso o porque pensáis que ha dicho una gilipollez? No. No importa. Déjame decirte, señor lord laureado con el Nobel, que Júpiter no fue *siempre* un gigante de gas. Originalmente era mucho más pequeño y más denso. Un manto de roca sobre un núcleo de silicato de hierro. Pero eso fue antes de enfrentarse a Marte.

»¿Ese sistema de tormentas que vosotros llamáis el Gran Lunar? ¿El "grano" del tamaño de la Tierra en el trópico sur? Fue el punto de impacto del ingenio de NH4 que les enviamos en cierta ocasión.

—¿Amoniaco? —preguntó Voronezh, con un destello en los ojos.

—Exacto. Algo de lo que durante un tiempo estuvimos muy orgullosos. Convertimos el planeta en una colosal bomba fétida sin alterar su masa. Para evitar posibles ulteriores problemas de perturbación orbital. Algunos argumentaban a la sazón que la Guerra con Júpiter podía haberse evitado fácilmente. Marte había reaccionado desproporcionadamente, decían. Es decir, un planeta de tipo W, a centenares de millones de años de poder suponer cualquier verosímil amenaza… Fuera como fuere, la Guerra con Júpiter se zanjó en seis meses. Pero luego creímos percibir falta de respeto en otro flanco, y fijamos nuestra atención en…

—No me lo diga —dijo lord Kenrick—. Venus.

—Se equivoca de dirección. No, no fue Venus. Sino Ceres.

El portero de Marte aguardó. Fukiyama (teoría de las *supercuerdas*) dijo, diligente:

—Ceres no es un planeta. Es la roca más grande del cinturón de asteroides.

Mirándose con calma las puntas de las garras, el portero de Marte dijo:

—Sí, de acuerdo. Querían jugar duro y… —Se encogió de hombros y añadió—: Fue volviendo de Júpiter cuando nuestra fuerza expedicionaria captó una ambigua transmisión de Ceres, otro mundo de tipo W, aunque mucho más allá de Júpiter. Es posible que, en la pasión del momento, el comandante marciano creyera percibir equivocadamente cierto tonillo de sarcasmo en el mensaje cereano de pleitesía. La Guerra con Ceres, en cualquier caso, acabó aquella misma tarde. Luego, durante nueve semanas, en nues-tro planeta reinó una

paz inquieta. Se trazaron planes para un golpe preventivo contra el planeta Tierra. Algunos marcianos veían en ella un potencial agresivo. Porque…, en fin. En el planeta azul acontecían cosas. La fotosíntesis. La disociación fotoquímica del sulfuro de hidrógeno, nada menos. La energía lumínica utilizada para romper los enlaces que unen al oxígeno con el hidrógeno y el carbono. Las bacterias se convierten en cianobacterias. ¡Abran paso! ¿Dónde está el fuego? Pero entonces sucedió algo que cambió todas nuestras perspectivas. De pronto supimos que aquéllas no eran más que tonterías y que la verdadera acción estaba en otra parte.

»En el año 2.912.456.327 a. C. (según vuestro calendario), los Guadañadores de la Espuela de Orión nos enviaron un desafío formal a través de los espacios interestelares: habían comprimido Plutón. Originalmente, Plutón era un gigante de gas del tamaño de Urano. Y los Guadañadores lo estrujaron. Sin importarles lo más mínimo la conservación de la masa (de ahí las perturbaciones orbitales que habéis detectado en Neptuno). ¿Pensabais que Plutón era un planeta? ¿Pensabais que Plutón *tenía* que tener ese aspecto? Creo que podría decirse que en los Guadañadores de la Espuela de Orión Marte había encontrado su justo adversario. Un mundo de tipo V. El mismo armamento. Los mismos problemas de salud mental. Tecnología cosmonáutica más avanzada. La Guerra con los Guadañadores de la Espuela de Orión, en la que los combatientes se hallaban a 20 kiloparsec de distancia, fue, como podéis imaginar, un episodio bastante prolongado. El viaje de Marte a Orión (ida y vuelta) llevaba 150.000 años; incluso a la mitad de la velocidad de la luz (perfectamente factible para nuestros sistemas de propulsión) los efectos de la relatividad resultaron harto graves. Sin embargo, las grandes naves partieron. Oleada tras oleada. La Guerra con los Guadañadores de la Espuela de Orión siguió encarnizadamente durante más de 1.000 millones de años. ¿Quién ganó? Nosotros. Ellos siguen allí, los Guadañadores. Su planeta sigue allí. La naturaleza de la guerra cambió en el curso de aquellos millones de años. Ya no era una contienda nuclear ni quantum-gravitatoria. Sino neurológica. De información. La vida continúa para los Guadañadores, pero su calidad se ha visto sutilmente reducida. Hicimos que pensaran que no son más que simulacros en un universo determinista de computadoras. Ello es considerado como el máximo sufrimiento que puede infligirse a un mundo de tipo V. El sabor de la victoria fue muy dulce. Pero para entonces ya sabíamos que la guerra interplanetaria, incluso a tales distancias, era también un puro disparate. Oh, y mientras tanto, en aquel interludio de 1.000 millones de años, en la Tierra se estaban dando pasos de gigante. El oxígeno se constituye como un gas atmosférico. Las células conforman un núcleo. Toda una jodida

eclosión.

»La Guerra de los Guadañadores ensanchó nuestros horizontes. Los astrónomos marcianos estaba ahora profundamente interesados en una cuestión con la que vosotros aún seguís peleando. La velocidad con la que las galaxias giran sugiere que el 98,333 % de cualquier masa galáctica resulta invisible e inexplicable. Nosotros pasamos por todos los aros por los que ahora estáis pasando vosotros. E incluso por más. ¿Qué era la materia oscura? ¿Los neutrinos con masa? ¿Las estrellas fracasadas? ¿Los planetas asesinados? ¿Los agujeros negros? ¿El residuo de resonancia? ¿La fluctuación de plasma? Entonces tuvimos como una revelación. La respuesta la teníamos delante de las narices, pero tuvimos que vencer una mortal renuencia a enfrentarnos con la verdad. *No había* materia oscura. Las galaxias habían sido *construidas*, y puestas en funcionamiento. Incluida la nuestra. Muchas, muchas eras atrás.

»Con inmediata unanimidad se decidió que tal servidumbre no podía tolerarse. Pese a tener todas las probabilidades en contra. Se pensaba que estábamos enfrentados a un mundo o entidad de tipo N (o incluso de tipo M), pero hoy sé que en realidad nos las veíamos con un mundo de tipo Q, aunque oscuramente conectado con un poder del orden tipo J. Aparte del hecho escueto de su existencia, por cierto, en este horizonte de partículas nada se sabe de los mundos que van del tipo A al tipo I.

»Nuestra idea era lanzar un ataque sorpresa contra el mismo corazón galáctico. Pensamos que nuestras escasas aunque mensurables probabilidades de éxito dependían por completo del factor sorpresa, de la instantaneidad. Nada de aquella maldita historia de los Guadañadores nos iba a servir en aquel empeño. No tenía ningún sentido emprender viaje a 150.000 kilómetros por segundo rumbo al núcleo galáctico: lo que teníamos que hacer era *estar allí* y golpear con absolutamente todo lo que teníamos en las manos. Bien. Seamos claros: en la Tierra, vuestras aspiraciones tecnológicas se ven restringidas por diversos contratiempos ajenos a vuestra voluntad, como la falta de fondos, etcétera, pero también por vuestro escaso dominio de las leyes de la física. Pero a nosotros sólo nos podían limitar las leyes de la física. Punto. Así que adivinadlo. ¿Cómo íbamos a hacerlo?

—Agujeros de lombriz —dijo Paolo Sylvino (especialista en «agujeros de lombriz»).

—Agujeros de lombriz, exacto. Evanescentes orificios en el hiperespacio; o, más precisamente, entre universos paralelos con diferentes culturas o trayectorias de fase. El «ultraespacio»: así es como preferíamos llamarlo. La idea, en su formulación rudimentaria, ha estado rondando la cabeza de la Tierra desde Einstein. Aunque me

permito sugerir que lo que os conviene es lograr un modo de profundizar en los aspectos prácticos de tal teoría. Para nosotros, por supuesto, era en gran medida un problema de ecuaciones de tensión. Detectas un hueco en la espuma cuántica y perforas un túnel en el espacio-tiempo, y lo flexibilizas empleando ciertos, mmm…, materiales exóticos. Estuvimos trabajando en este tema siete millones y medio de años.

»He aquí cómo fue todo: sabíamos que en el núcleo galáctico había un agujero negro de 1,4237 millones de veces la masa solar, y sabíamos también que había sido cercado y explotado. Como os dais perfecta cuenta, la energía contenida en el interior del agujero negro es extraordinaria, pero absolutamente insuficiente para hacer funcionar una galaxia. La verdadera fuente de energía era otra. Y ése era el premio que buscábamos. Mientras preparamos cuidadosamente el golpe inicial enviamos sondas de reconocimiento al núcleo galáctico con intervalos de aproximadamente un millón de años. Muchas misiones no volvieron. Aquellas que retornaron lo hicieron con los sensores borrados. Entre una cosa y otra, los preparativos para el ataque llevaron 437 millones de años. Y al cabo actuamos. Digamos que en la Tierra, en la misma época, no había nada más digno de reseñar que la aparición de organismos visibles a simple vista.

El portero de Marte se echó hacia atrás en su silla y enlazó sus garras por detrás de la cabeza. Pensativo, continuó:

—Nadie pensó jamás que nuestra acción fuera un…, un «error» exactamente. Todo el mundo estaba absolutamente convencido de que era algo que teníamos que hacer de forma ineludible. Pero las consecuencias fueron un tanto extremas. Pese a lo prolongado de su preparación, la Confrontación de las Fuerzas del Golpe Inicial con el Poder del Núcleo se dirimió en nueve segundos.

»Nuestra flota fue… enviada de regreso. Y ni siquiera a través de un agujero de lombriz. Sino mediante el largo viaje sin atajos. Sabíamos que habíamos perdido, pero teníamos que esperar 300.000 años para averiguar por qué. Fue un tiempo de inquietud. Esperábamos enrevesadas represalias… día tras día, constantemente.

»Nuestras naves habían sido neutralizadas como unidades militares en el primer nanosegundo de su aparición en el núcleo galáctico, pero sus sensores siguieron intactos y recogieron cantidad de información. Gran parte de ella resultó harto deprimente para los marcianos. El núcleo galáctico había sido ciertamente cercado y explotado. El Anillo-Mundo artificial que lo rodeaba llevaba allí ubicado, según nuestros más concienzudos cálculos, unos 750.000 millones de años. Había una especie de puesto de avanzada que hacía guardia en el Anillo-Mundo. Y nada más. Una especie de… “portero armado”. Destacado allí por entidades que más tarde daríamos en llamar los

Perros del Infinito, su fuente de energía residía más allá del umbral del agujero negro. Utilizaban fuerza del "universo muerto". Explotaban universos cerrados en los cuales, durante la contracción, el campo de Higgs enlaza con la fuerza gravitacional. También detectamos más allá del Anillo-Mundo lo que sólo podría describir como una "terminal" de cometas. Entre los cometas allí aparcados, nuestro equipo identificó a nuestro propio Cometa Alfa.

»Nuestra moral era baja. Casi nihilista. Los marcianos empezaron a creer, con diversos grados de convicción, que no eran sino meros simulacros en un universo determinista de computadoras. Y volvieron a dividirse. La Gente del Miedo y la Gente del Pánico. El planeta fue sacudido por guerras virulentas, aleatorias, interminables. Empezamos a tener acceso a determinada información. Aprendimos que los Perros del Infinito habían sembrado la vida en Marte (y en la Tierra y en Júpiter y en Ceres) con un propósito concreto. Éramos simples montones de mierda. Eso es todo. Montones de mierda.

—¿Montones de mierda, señor?

Era Incarnacion quien había hablado.

—Sí, montones de mierda. En la Tierra, en África, ¿los rinocerontes machos no echan todos ellos una cagada a cierta distancia del lago donde viven? En la isla de La Española ¿los caribes estrábicos no siembran de conchas la orilla del lecho del río? ¿No lo hacen para delimitar el territorio? Pues eso: montones de desechos. Eso es todo lo que éramos: un mensaje de los Perros del Infinito a unas fuerzas de tipo R llamadas Asaltantes del Núcleo Galáctico que decía: «Manteneos lejos.» Desde entonces he aprendido que tanto el Infinito como el Núcleo no eran sino los «chicos de los recados» de un organismo de tipo 1 llamado la Resonancia. Que a su vez rinde tributo a un imperio de tipo J llamado el Tercer Observador. El cual…

El portero de Marte calló y dejó que su cabeza en forma de hoz le descansara sobre el pecho. Luego la alzó de nuevo hasta que lo iluminó la luz, y dijo:

—Todo el mundo sabía que la única decisión honrosa, o cuando menos digna, era la autoinmolación planetaria. En esa fase, de hecho, éste suele ser el destino de los mundos de tipo V. Entonces empezaron a hacerse oír otras voces más audaces. Nunca se había tratado de ganar o perder. Siempre se había tratado de la *gloriosa autonomía de la voluntad marciana*. Así pues, resultó que el siguiente plan de guerra de Marte creó fuerzas kamikaze cuya acción en poco se diferenciaba del suicidio liso y llano.

»Urdimos una artimaña bélica. *Simulamos* una autoaniquilación y trasladamos todas nuestras operaciones al subsuelo. Tenía que parecer verdad, por lo que destruimos nuestra atmósfera y paralizamos nuestro núcleo, que a su vez hubo de decir adiós a nuestra

magnetosfera. Lo que veis allí en el exterior, las rojas llanuras y valles, las rocas y las cicatrices sobre esa alfombra de escombros yodados, no es más que decoración. Nosotros nos escondimos bajo tierra, y esperamos.

»Acometimos la fabricación de armamento en una serie de planes de cinco millones de años. La moral estaba alta: grandilocuentemente idealista.*Sólo un disparo*. Sólo un disparo: tal fue la salmodia que acabamos repitiendo. Íbamos a convertir aquel agujero de lombriz en el cañón de un rifle. ¿Y cuál iba a ser la bala? Empezamos a trabajar en un tipo de armas totalmente ilegal, basadas en la creación de un falso vacío. Una burbuja de nada expandiéndose a la velocidad de la luz. Los grandes vacíos, los grandes desiertos sin estrellas que tanto os intrigan son algunos emplazamientos poco cautos del despliegue del falso vacío. O accidentes del falso vacío. De ahí también los innúmeros universos vacíos que pueblan el Ultraverso. Si lográbamos hacer detonar tal arma en el interior del agujero negro del núcleo, bajo su superficie…, bueno, teníamos confianza en poder dar un buen aldabonazo cuando llegara el momento de nuestra segunda cita con el Infinito. Nuestra acción haría reorganizarse a todo el Ultraverso. Muy probablemente en favor de los marcianos.

»El arnés del falso vacío, sabíamos, era en sí mismo sobremanera peligroso: el campo creado haría terriblemente precaria toda huida. Fue en este tiempo cuando fui construido y destacado aquí, dentro de una coraza de *ultrium* (elemento que no encontraréis en vuestra tabla periódica), a la espera de la movilización, y finalmente del cable trampa. Mi existencia iba a tener una finalidad. Porque me quedaría aquí solo y comprobaría la aplastante supremacía del poder de tipo I. Dejemos a un lado al Infinito y al Núcleo. Dejemos a un lado a la Resonancia y al Tercer Observador. Aquello vendría de mucho más arriba.

»El ingenio estaba listo. Lo único que quedaba por hacer era la adición del dígito final de su algoritmo. El planeta contuvo la respiración. En aquel instante comenzaba la guerra. Los preparativos que nos habían llevado 500 millones de años ahora darían sus frutos… La Rebelión de los Esclavos Marcianos, como he acabado llamándola, finalizó en una billonésima parte del tiempo que tarda la velocidad de la luz en atravesar un protón. Eso fue lo que tardó en extinguirse toda la vida de este planeta. Ya veis, el poder de tipo I había *impuesto la censura cósmica sobre la materia*. Obligada a tomar la configuración prohibida, la materia *recibió la orden* de destruirse a sí misma. Esto fue hace 570 millones de años. Vosotros seguíais en el periodo cámbrico. Yo me dispuse a esperar.

»Pero ya basta de charla sobre Marte. Hablemos de la Tierra. Pero antes de hacerlo, ¿qué tal un intermedio? Hay… unos lavabos ahí

detrás. No hay jabón, me temo. Ni toallas. Ni agua caliente. Os sugiero que hagáis acopio de presencia de ánimo. Después de la pausa nos ocuparemos del "cable trampa". Primero os daré las malas noticias. Luego os daré las *realmente* malas noticias.

Pop Jones salió por la puerta trasera, tensó los músculos de la cara ante los tenues rayos de las estrellas y bordeó el césped del lado sur con su vivo y apresurado paso de ganso. Las llaves le colgaban de los bolsillos holgados de su traje negro de sarga. Era importante, pensó, caminar lo más rápido posible… Pop se sentía aislado, despersonalizado. Cuán tranquilo era aquel lugar: en los bancos no había chicos fumando, acicalándose, refunfuñando, tosiendo, bostezando, rascándose, quedándose con la boca abierta… Pop entró por la puerta de la rectoría y subió las escaleras.

Normalmente no le estaba permitido entrar en la sala de profesores. Su espacio público era la despensa, un rincón desastrado entre la casa de baños y el cobertizo de las bicicletas, donde si le apetecía podía tomarse una taza de cacao entre los mudos representantes del personal de cocina y de jardinería. Pop Jones tocó con los nudillos en la madera de roble y entró.

La estancia le acogió con un repentino silencio. No se oía nada salvo una voz aislada: el televisor de pared en cuya pantalla una mujer estaba diciendo: *Una forma de resolver la paradoja de la estrella-tenue-y-joven reside en los cálculos de la transferencia de radiaciones, que sugieren que la presencia de CO_2 en los primeros tiempos de Marte*… Olía a cervecería, a ceniceros, a té de jengibre, a galletas de jengibre; se veían pelos pelirrojos y cadáveres de latas de cerveza. Y el señor Davidge, flanqueado por el señor Kidd y el señor Caroline, se volvió y dijo con su fuerte voz galesa:

—¿Qué desea, Jones?

—Se trata de Timmy, señor. Timmy Jenkins.

Notó que el silencio subía un grado. El señor Davidge esperaba. Y al cabo dijo:

—¿Qué le pasa?

—Está en la Enfermería, señor, como ya sabe. Y Fitzmaurice dice que no pueden apagar la televisión. Sin desconectar todo el…

—¿Y bien? ¿Qué solución propone, Jones?

—La norma de la Jefatura del Departamento respecto a las noticias, señor… Yo…

—¿Y qué solución propone, Jones?

—Solicitar permiso para trasladarlo al invernadero, señor.

El señor Davidge miró al señor Kidd y dijo:

—Por usted vale, ¿no? Muy bien, Jones. Creo que podemos dejar a

Timmy «a su merced».

Todos rieron sólo con el labio superior. Por espacio de unos segundos Pop Jones sintió con pavorosa certeza que estaba en un recinto lleno de desconocidos. Agachó la cabeza y se dio la vuelta.

El invernadero, anexo al muro sur del edificio principal y abandonado desde hacía tiempo, se hallaba a unas cuantas vueltas y recodos de la habitación de Pop Jones. Pop llevó a Timmy en su silla, y al llegar lo acomodó en un sofá y lo arropó con cuidado. El niño prestaba una cooperación indolente. Pop pensó en los días pasados. Hacía tres que habían encontrado a Timmy… Aquella clara mañana, el aire había brillado con tantas posibilidades…, tantas posibilidades como surgidas del verde césped. En todos los periódicos y en la televisión analizaban la «clave» marciana para detener el proceso de envejecimiento: tan brillante, de tan fácil comprensión. Y todo mundo reía y se sentía como desfallecer… Pop se llevó las manos a las turgentes caderas y dijo:

—Santo Dios, ¿quién te ha hecho esto, Timmy? ¿Te lo ha hecho Day, no? Oh Dios, Timmy…

—Suelo —dijo Timmy.

¿Qué iba a ser del orden moral?, se preguntó Pop mientras se echaba hacia atrás y se entregaba a las fauces de su sillón gris. En la pantalla se leía: 03.47, 03.46, 03.45.

2

—En el Ultraverso hay un número infinito de universos y un número infinito de planetas, y en el infinito todo vuelve a suceder un número infinito de veces. Es un hecho matemático. Pero en vuestro caso no ha resultado exactamente así. Entre los innúmeros billones de mundos de tipo Y hasta hoy catalogados, ninguno, puedo tranquilamente revelar, presenta una imagen de desesperante atraso como la Madre Tierra. Para decirlo con claridad: los planetas de tipo Y que llevan en el desarrollo el tiempo que lleváis vosotros, todos, sin excepción, son hoy planetas de tipo X, o incluso más adelantados. La Tierra tiene otras peculiaridades. A vosotros, los ADN, os conozco desde antes de que llegarais a ser niños. Soy testigo de todos vuestros terribles padecimientos. Os he visto brincar por la sabana y alborotar alrededor de las fogatas. Os he visto embadurnar de mierda las paredes de las cuevas. Os he visto tropezar, andar a tientas, errar, abortar, fracasar, vacilar, meter la pata, titubear… He visto esforzaros, agobiaros, palpitar… Siento… A veces siento que también yo he llegado a ser, en parte, humano después de tantos, tantos años.

La sala de conferencias estaba ahora muy tenuemente iluminada. Podían verse los lechosos perfiles de los asistentes y el vaho de su lechoso aliento, y las formas de las cabezas, y a Incarnacion con la mano de Pickering, su marido, en el regazo, y a lord Kenrick encogiéndose de hombros, y a Zendovich encorvado hacia adelante, con la barbilla entre las palmas, y a Miss Mundo mascando chicle y sin mover una pestaña. En el estrado el robot se movía entre sombras, siempre acompañado del destello metálico de su cara. Dio unos pasos hacia adelante, y se sentó. El portero de Marte se había cambiado de ropa. Ya no vestía el mono de sarga; en su lugar se había puesto un batín de terciopelo rojo óxido al que le faltaba mucho pelo. Al principio podía pensarse que era un efecto de la luz, pero no: en el hacha curva de su rostro se veían dos remaches negros, a modo de ojos.

—¿Qué os pasó, entonces, oh, Doble Hélice? ¿Qué os hizo quedaros tan atrás? Lo más conspicuo, sin duda, fue el fracaso de vuestra ciencia. El fracaso total de vuestra ciencia. De vuestros Einsteins y Bohrs, de vuestros Hawkings y Kawabatas… Todos ellos habrían caído sobre sus míseras rodillas y se habrían puesto a lamer el suelo de los laboratorios de Marte. Sólo ahora empezáis a recibir los primeros susurros de las dimensiones superiores. En Marte *siempre* creyeron en la existencia de diez dimensiones. Se dice que los Perros del Infinito creen que existen diecisiete; la Resonancia cree que treinta y una; el Tercer Observador cree que sesenta y siete, y las entidades superiores un número de dimensiones a un tiempo ilimitado y finito. Pero vosotros pensáis que hay cuatro. Como yo. Me hicieron así. Tenía que ser alguien que pudiera entenderos.

»Vayamos con lo siguiente: la religión terrestre y su tenacidad apenas creíble. En todas las demás partes viven un tiempo con unos cuantos mitos sobre la creación, que luego abandonan en cuanto la ciencia toma el relevo. ¿Pero vosotros? Uno de vuestros escritores lo expresó sucintamente cuando dijo que no había más prueba de la existencia de Dios que el anhelo humano de que existiera. Una idea extraordinaria. ¿De qué naturaleza es tal anhelo? Todos los demás quieren un Dios, sí, pero desde una óptica distinta. Para nosotros, “Dios” no es “de arriba para abajo” sino “de abajo para arriba”. ¿Por qué anhelar un poder mayor que el tuyo propio? ¿Por qué no pretender *ser* él? Hasta el más afable y conciliador marciano habría tachado de debilidad despreciable vuestra ansia prometeica. De acuerdo, en Marte teníamos que encarar (y tal vez jamás lo hicimos de verdad) nuestra verdadera posición en el orden del ser. Ello nos lleva más allá del Tercer Observador, y luego más allá y más allá y más allá… ¿Y a qué llegamos al cabo? A una entidad para la que el Ultraverso no es sino una partida de billar. Una entidad que es tal vez

un portero: el Ultraportero. Tal entidad, a través de su delegado el Tercer Observador, creó la vida en Marte. ¿Y qué se supone que debo hacer? ¿*Adorarla*? Si pensáis que voy a adorar a esa entidad estáis como putas cabras. Eso es lo que *vosotros* hacéis. A la postre habéis resultado ser unos muy buenos adoradores.

»La Tierra sería una curiosidad de gran interés para los cosmoantropólogos (si es que existen), pero al Ultraverso nunca le ha preocupado la información que no funciona. En mis meditaciones he adoptado la clara posición homeostática de que vuestra ciencia y vuestra política eran tan natural y brutalmente deficientes para que pudiera saltar a primer plano vuestro arte. Porque vuestro arte… El arte no se toma demasiado en serio en ninguna otra parte, ni en este universo ni en ningún otro. A nadie le interesa el arte. En el Ultraverso se interesan por lo que se interesan todos en todas las demás partes: por imponer su voluntad. Pero puede que no se interesen por el arte porque no hay nadie que sea *bueno* en ese campo. Los "pintores" (si podemos llamarlos así) nunca van más allá de las manchas con los dedos y de las figuras de palotes. Y, en lo que concierne a la "música", el Ultraverso en su totalidad ha fracasado en sus intentos de ir más allá de unas cuantas variaciones de *Palillos chinos*. Aparte del extraño himno de guerra. O salmodia de guerra. De igual modo, los "poetas" han acometido a veces el empeño de algunos ripios marciales. Hay por lo menos una docena de poemas humorísticos de cinco versos. Y eso es todo. Supongo que nadie lo ha intentado con más ganas. ¿Por qué habrían de hacerlo? El arte y la religión están fuertemente enraizados en el "hambre" de inmortalidad. Pero casi todos los seres la poseen ya. En los planetas de tipo Y, por lo general, se ha dado desde muy temprano esa tendencia a la indefinida permanencia individual. ¿Vivir ochenta, noventa años? ¿De qué diablos iba a servir eso? Oh, sí. La otra causa de vuestro atraso es el carácter singularísimamente pródigo de vuestra panoplia de emociones. Los sentimientos de ternura para con los demás, y para con los niños, e incluso para con los animales.

»Ahora me gusta el arte. Te lleva cierto tiempo cogerle el tranquillo. Lo que tenéis que hacer es deciros a vosotros mismos: "Esto no va a llevarnos a ninguna parte." Entonces dejaréis de tener este problema. Es extraño. Vuestros científicos no tenían la menor idea de qué buscar o dónde buscarlo, pero vuestros poetas, me ha parecido a veces, adivinan lo universal… Disculpadme. Mi inmersión en vuestra historia, sobre todo durante los últimos diez mil años, si bien a veces lastrada por un inevitable y obligado desdén, ha hecho que me… Pero ¿por qué estoy diciendo esto? Disculpadme.

Y, ciertamente, el campo de fuerza que emanaba del portero de Marte pareció ceder en intensidad: el metal de que estaba hecho había perdido su brillo específicamente metálico. Su cabeza baja, en forma

de proa, adquirió fugazmente —en su curvatura— un aire infantil.

—Decidme algo, oh ADN. Seres humanos, adelante, sacad del error al portero de Marte. Tengo una teoría que se opone a mi intuición. Sé que no es más que una tontería, pero no puedo quitármela de la cabeza. Dice lo siguiente… Bueno, sé que estoy entrando en el terreno de la religión. Pero seguramente tiene que ser así. Es como si empapáis de sangre un tapiz, ¿vale? Lo queréis hacer así en aras del arte. Pero decidme. Decidme. ¿La cosa va más allá? Como, por ejemplo, que tuviera que suceder lo de Guernica para que Picasso pudiera pintarlo; o que Beethoven no habría existido si no hubiera existido Bonaparte; la Primera Guerra Mundial fue hasta cierto punto montada para Wilfred Owen, entre otros. Los acontecimientos de principios de 1940 en Alemania y en Polonia fueron orquestados para Primo Levi y Paul Celan. Etcétera. Pero me está dando la impresión de que no es así. No es así, ¿verdad, Miss Mundo?

—No, señor —dijo Miss Mundo—. No es así.

—En realidad no he pensado que lo fuera. Bueno, en cierto modo —dijo el portero de Marte con aire interesado— eso hace mi tarea más fácil. Me alegra que nos hayamos reunido. ¿Sabéis?, me llevó muchísimo tiempo coger el tranquillo a vuestro modo de hacer las cosas. Técnicamente, como superviviente de un castigado mundo de tipo V he tenido acceso automático a ciertas fuentes de información. Como si toda ella figurara en una lista de publicidad por correo. De mis estudios saqué la conclusión de que los demás mundos eran siempre rápidos y flexibles, y sobre todo siempre *receptivos*, en su tendencia hacia la complejidad. Pero vosotros no sois así. Vosotros siempre tenéis que hacer las cosas a vuestro propio ritmo. Era una verdadera tortura observarlo, pero era *vuestra forma*. Y siempre que trataba de que las cosas se aceleraran un poco en vuestro mundo tropezaba con el más absoluto de los fracasos.

—¿Señor? Discúlpeme. —Era Incarnacion Buttruguena-Hume—. ¿Está diciendo que influía usted en los acontecimientos de la Tierra?

—Sí, y te daré un ejemplo. De cuando en cuando solía intentar que las cosas se animaran un tanto. Por ejemplo, fíjate en ese caballero llamado Aristarco. Hace casi veintitrés siglos justos que ese caballero griego estudiaba las fluctuaciones de luminosidad de los planetas. Entonces yo le sugerí…

—¿Usted le sugirió? —dijo alguien.

—Sí. Por radio neural. Cuando vuestros científicos hablan de sus grandes momentos de revelación (una placentera sensación de vacuidad seguida de una actividad matemática febril…), normalmente están describiendo una ayuda telepática que les llega desde Marte. El tal Aristarco formula un sistema heliocéntrico absolutamente coherente. Y expande su teoría por todas partes. ¿Y qué sucede?

Tolomeo. El cristianismo. No estabais, pues, *preparados*. Así que tuvimos que sentarnos a esperar dos mil años para la llegada de Copérnico. Y constantemente sucedían cosas similares.

Los susurros cesaron en la frialdad oscura del recinto. Pioline (cómputo de los neutrinos solares) dejó escapar un empático y largo gemido que entrañaba elementos de ira pero también, y predominantemente, de profunda pena. El silencio fue asentándose y el portero de Marte dio un ligero respingo de desconcierto y dijo:

—¿No os resulta cómodo lo que acabo de decir? Vamos, vamos… Es lo menos grave de todo. Bienvenidos al mundo de la mierda.

—Pero algunas cosas cuajaron, ¿no? —dijo lord Kenrick—. Ustedes nos moldearon. ¿Es eso lo que quiere decir?

—Sí. Estuve tonteando un poco con vosotros. Sí, claro que sí. Bueno, estaba programado para eso. Tenía… directrices. Algunas cosas funcionaron. Otras no. La esclavitud fue cosa mía, por ejemplo. Sí, la esclavitud fue *exclusiva* creación mía. Y vaya si funcionó. Todos los mundos tienen escarceos con ella en los comienzos. Viene bien para después. Porque es de la esclavitud de lo que se trata en el Ultraverso. De acuerdo, podréis argüir que en la Tierra la cosa fue un poco exagerada. Pero en un mundo no discriminador como el vuestro parecía un paso necesario para el desarrollo. Incluso en su fase de decadencia, la esclavitud tuvo muchos distinguidos (aunque a menudo bastante irresolutos) abogados. Locke, Burke, Hume, Montesquieu, Hegel, Jefferson. Y una justificación de ella que ha ejercido mucha influencia puede hallarse en el libro sagrado de una de las tribus nómadas de vuestra Edad del Bronce.

—¿Cuál, por favor?

—La Biblia. ¿Alguna pregunta más, para terminar?

—Sí, una. ¿Qué diablos es eso del «cable trampa»?

—Parte del programa, repito. No fue posible establecer contacto con la Tierra hasta que tropezasteis con ese cable. Lo cual hicisteis el 9 de junio: el día en que llamé y cité aquí a Incarnacion.

—¿Qué es lo que pasó el 9 de junio? —preguntó Montgomery Gruber (geofisiología)—. Examinamos ese día exhaustivamente y no sucedió nada anormal.

—Querrás decir que lo examinasteis exhaustivamente y *creéis* que no sucedió nada anormal. Sucedieron muchas cosas. Algún gilipollas de castor o nutria taponó un afluente menor del río Lee, en el estado de Washington; en ciertas latitudes una fracción crítica de vida microbiana acometió importantes cambios en su metabolismo respiratorio; la cuarenta y siete milmillonésima lata de cola autoenfriable eructó sus hidrocarburos; se declaró un incendio forestal no excesivamente grave en Albania… Ahí lo tenéis, pues. No tenéis la

menor idea de cuál puede ser la conexión entre todas esas cosas, pero no hay duda de que están relacionadas. Y todo ello en un medio polucionado por el fósforo que habéis puesto en circulación, por el entierro del carbono y las fugas de hidrógeno. Las sinergías necesarias. Todas bien armadas…

—¿Qué quiere decir?

—Que la cantidad de oxígeno de vuestra atmósfera empieza a incrementarse. Y de forma irreversible, finalmente. No se notará ninguna diferencia durante un tiempo. Pero para finales de los años sesenta llegará al veintisiete por ciento. Sí, ya lo sé: qué pena.

Incarnacion y Miss Mundo se volvieron la una hacia la otra bruscamente. Porque los científicos estaban chillando, haciendo aspavientos, terciando… Miss Mundo dijo:

—Por favor, señor. No entiendo…

—Verás, Miss Mundo. Significa que tendréis que ser muy, muy cuidadosos con vuestras fuentes de calor. Al darse tal concentración de oxígeno en el aire, el mero hecho de encender un cigarrillo y lanzar la cerilla por encima del hombro provocaría una auténtica hecatombe. Es una pena, porque se trata de un problema fácil de solucionar si se coge a tiempo. En los días venideros tendréis que trabajar duro en el taponamiento de los volcanes y el control de las tormentas. Y de nada servirá, ay. Y hay algo más. Parece, en cualquier caso, que el sistema solar está cerrándose. Por ahí fuera vaga un planetésimo con vuestro nombre escrito en él. Un asteroide del tamaño de Groenlandia impactará contra la península Ibérica en el anormalmente tórrido verano del año 2069. A ciento cincuenta kilómetros por segundo. En fin. Puede que hubiera habido una ventana de un par de días a principios de la década: podríais haber repetido vuestra hazaña del 2037, cuando fuisteis a despedir a Spielberb-Robb. Pero el caso es que esta vez necesitaréis vuestras armas nucleares. Una «catapulta electromagnética» de masas no os servirá de nada esta vez, no con la orden que este asteroide lleva impresa en él. Desgraciadamente, sin embargo, ahora hay una «pega» en el tritio de vuestros ingenios nucleares que tendríais que haber empezado a resolver mucho antes para haber tenido la mínima posibilidad de volverlos a armar a tiempo. Como es obvio, un cuerpo de ese tamaño a dieciséis veces la velocidad del sonido tendrá una considerable energía cinética que se liberará en forma de calor. Y desgarrará el manto y la corteza, lo que originará la expulsión de billones de toneladas de magma. Todo muy desdichado. El propio Marte podría resultar ligeramente dañado por la onda expansiva.

Zendovich dijo:

—¿Era eso el «cable trampa»? Ha dicho que no podía actuar hasta que fuera demasiado tarde para que pudiéramos remediarlo.

—Exacto. Ésa era precisamente la espoleta.

—¿Señor? —dijo Miss Mundo—. Lo lamento, señor, pero tengo algo que decir. Creo que es usted una persona despreciable.

—Eso es baladí. No soy una persona, señora mía. Soy una máquina que obedece a un programa.

Zendovich se puso en pie. Lo mismo hizo el portero de Marte, que se inclinó hacia adelante y alzó el pico en dirección a él.

—Entonces que Dios maldiga a quienquiera que le puso a usted ahí.

—Oh, vamos… ¿Qué esperabais? Esto es *Marte*, amigo —dijo el portero de Marte mientras las luces empezaban a apagarse—. El Planeta Rojo. ¿Lo habéis oído nombrar? Nergal: la Estrella de la Muerte. Ahora ya podéis iros con viento fresco. Sí. «Fuera.» Id saliendo con los ojos bien fijos en el puto suelo. Luego por el pasillo de la izquierda. Seguid los jodidos letreros.

Pop Jones entró en el invernadero y abrió la puerta trasera. Caía el crepúsculo. Al otro lado del césped se veían las ventanas iluminadas de la sala de profesores (podía ver a Kidd y a Davidge, mirando hacia el exterior). Los niños no volverían de la playa hasta después de una hora como mínimo. Luego, después de que hubieran cenado, Pop Jones haría las rondas con el cubo y las llaves. ¿Las rondas? Pop se encogió de hombros; luego movió la cabeza en señal de afirmación. Sí, lo que había que hacer era intentar seguir haciendo exactamente las mismas cosas que antes. Pero ¿era eso posible?

La estrella se ponía sobre el retazo de verde. ¡La puesta de la estrella! ¡La estrella se estaba poniendo! Y salía la luna, una luna generosa y clemente. Proyectó una penumbra de suciedad dorada sobre los cirros, y su faz fue diciendo: «Lo siento, lo siento, lo siento…»

Pop Jones se volvió.

—Suelo.

—¿Timmy?

Vio la humedad en los ojos del niño.

—Timmy, Timmy. ¿Quién te ha hecho eso, Timmy?

A un paso del final, al parecer, Pop Jones sintió que el asombro lo anegaba. Cuán enteramente diferente sonaba ahora su voz: pastosa, mecánica. En este nuevo tiempo, cuando él, Pop Jones, al igual que todos los demás habitantes de la Tierra, se estaba ya sometiendo a una oscura pero repulsivamente luminosa nueva afiliación, encontraba en su interior aquello que jamás había estado allí antes: el ingrediente absolutamente necesario del amor hacia uno mismo.

—Day —dijo Timmy con nitidez. Y lo repitió con voz clara, como un profesor de inglés—: Day… Me lo hizo Day.

La oscuridad fue tendiendo su manto sobre el recinto de cristal. La nueva voz de Pop Jones dijo que se hacía de noche. Y se acercó al niño. Calla, Timmy, le dijo. Calla.

1997

NARRATIVA HETERO

Todo empezó aquel día en el café de la librería, cuando Cleve vio a la joven leyendo una revista titulada *Hetero News*. ¿O era *Hetero Times? Hetero News* o *Hetero Times*, una cosa u otra. Elijan ustedes.

Ahora a Cleve le gustaba pensar que era un tipo razonablemente civilizado. Vive y deja vivir, se decía. No tenía ninguna clase de problemas con los heterosexuales. A diferencia de aquel pequeño bruto de Kico, por ejemplo. O a diferencia de Grainge, que siempre… Cleve se examinó a sí mismo. Cada oportunidad que se le presentaba, no hacía sino *seguir* pensando en Grainge. Grainge…, oh, Grainge. «Se acabó», se dijo en un susurro por milésima vez. Y luego, sumisamente, se recordó a sí mismo que era muy feliz con su actual amante, un joven muralista de talento que se llamaba Orv.

La mujer alargó la mano para coger su café exprés. Cleve siguió con su Sumatra Lington (baja acidez: Cleve era muy meticuloso con estas cosas). Se sorprendió mirándola; vio que ella también le miraba a él, con expresión de reto inteligente. Cleve, automáticamente, hizo que su cara se embebiera por completo de tolerancia y simpatía. Y funcionó: allí estaban los dos sentados, sonriéndose.

—¿Quién lo iba a decir? —dijo con voz muy suave. Iniciar una conversación allí no era nada del otro jueves. Era el café de la librería Ratos de Ocio. Un café de librería donde *tenían a gala* servir buen café («café hervido, café perdido»). La gente se ponía a hablar con gente nueva constantemente.

—Burton Else… —siguió Cleve—. *Burton*. Por el amor de Dios…

La mujer tardó unos segundos en captar lo que quería decirle. Se llevó la revista al pecho y dirigió la mirada hacia ella para volver a familiarizarse con la portada. Era una fotografía tamaño tabloide de Burton Else, el actor de cine, cruzada en diagonal con la leyenda siguiente: TOTALMENTE HETERO.

—¿Te cuesta creerlo? —dijo la mujer.

—Supongo que no.

—¿Te sorprende? ¿Decepcionado?

—No —dijo Cleve. Lo cual no era cierto. Estaba escandalizado. Anoche mismo vi su última película —dijo. Y eso era cierto: Cleve y

Orv habían ido al cine, y habían comido palomitas y bebido Perrier. Arriba, en la pantalla, estaba Burton Else, el héroe romántico de todo homosexual que se preciara. Haciendo lo de siempre. Llevaba al joven coprotagonista Cyril Braudillard a la inauguración de una discoteca. Luego, Burton y Cyril asistían a una venta de objetos usados en un jardín, y se encontraban con el ex de Burton. Luego Burton, después de una pelea en torno a unos catálogos de flores, abrazaba contra su pecho la desnudez perlada de sudor de Cyril, al fulgor color de mermelada de un fuego de leña—. Allí estaba él —dijo Cleve—, cumpliendo como es debido con su rutina de ensueño.

—Dicen que tienen que ayudarle a entrar en su remolque después de esas escenas de amor. Le dan un masaje de espalda, y después de hacer sus ejercicios de respiración vuelve a estar como una rosa.

Cleve se echó a reír.

—Me estás tomando el pelo. Pero si parece tan…

—¿Qué?

—Ya sabes. Tan…

—¿Qué?

—No sé. Tan…

—Perdona un momento…

Cleve, de inmediato, se irguió. La mujer le estaba dando la bienvenida a un hombre joven. Su hombre. Se veía al instante que era su amante. Por supuesto que actualmente se veían cosas así todos los días (en el centro urbano, al menos); heterosexuales besándose en público, en los labios y demás, con la boca abierta, incluso pasándose la lengua. Como si estuvieran en una manifestación. Cleve sólo tenía treinta y ocho años, pero había vivido lo bastante como para ver cómo la gente, antes, iba a la jodida cárcel por hacer lo que aquella pareja estaba haciendo. La mujer había echado la cabeza hacia atrás. El hombre se inclinaba sobre un costado de la silla. La cara de ella era pequeña y redonda, y sincera; no era pálida, pero estaba cubierta de pecas (de forma uniforme, como esas asperezas de la piel de las patatas nuevas). Cleve cayó en la cuenta de que pensaba en comida, o en cocinar, casi tan frecuentemente como pensaba en Grainge. En cuanto al hombre, era moreno, robusto, de fuertes mandíbulas y labios gruesos; y sin embargo, a ojos de Cleve, carente por completo de *morbo* erótico. Oh, más besos… Y más susurros. Aguzó el oído. No se estaban diciendo cosas íntimas. Era más bien una lista de cosas por hacer. A quién le tocaba esto y a quién lo otro.

De hecho Cleve agradecía que estuvieran ocupados. Le dio la oportunidad de fijarse bien en la cara de Burton Else: del deshonrado semblante de Burton Else, que sonreía jocosamente a la cámara sobre las letras mayúsculas que cortaban su pecho en dos. Al pie de la

portada se leía: BURTON ELSE, ACTOR. NOMINADO PARA UN OSCAR DE LA ACADEMIA. HETEROSEXUAL CONSPICUO. Cleve se sentía *realmente* escandalizado. El caso es que… le habían dicho muchas veces que se parecía a Burton. Y le había halagado mucho oírlo. Mientras la mujer seguía susurrando esto y aquello, y sujetaba con las yemas de los dedos la mejilla de su amante, Cleve se sintió marginado y superado «en número». La mujer y el hombre, y además Burton. De pronto se vio a sí mismo como desde el exterior: el pelo negro y travieso, muy corto; las pesadas gafas oscuras; la camiseta de delgados tirantes; la cajita de oro para llevar el *popper*;[14] el bigote rectangular; el chaleco de malla. De acuerdo con las pautas del *look* más de moda, parecía un policía a medio vestir preparándose para el turno de noche. Burton Else, por una razón u otra, llevaba el pubis completamente rasurado. ¿O eran habladurías?

Estaba a punto de volver a su libro y su Sumatra Lingtong cuando la mujer dijo:

—Estaba charlando con…

—Cleve —dijo Cleve.

—Cressida —dijo Cressida—. Y éste es John.

John dirigió a Cleve un gesto de cabeza algo forzado, y Cleve le devolvió el saludo.

—Estábamos hablando —dijo Cressida— del *outing*[15] de Burton Else.

—¿Y qué opina Cleve del asunto?

—Aún no lo ha dicho.

Y Cleve pensó: Vaya… Se inclinó hacia un costado y se encogió de hombros con desenfado. Una cosa acerca de Cleve: era mucho más reflexivo de lo que parecía. Y el ser más reflexivo de lo que parecía se le iba haciendo cada día más fácil, pues Cleve se alarmaba por momentos ante el descomunal desarrollo de su torso. Iba a un gimnasio cercano a Washington Square, y Orv le había grabado hacía poco con la cámara de vídeo en Watermill, en la Isla, recorriendo la orilla con Arn y Fraze. El cuello de Cleve era pasmoso, en especial visto desde atrás. La espalda parecía llegarle sin solución de continuidad hasta la cabeza, tras la breve y no demasiado rotunda interrupción de los hombros. Dijo:

—Bueno, veamos qué es lo que opino al respecto. Burton Else… Bien, así que Burton es hetero… Pues bien… Es un secreto, no un engaño. Él no es uno de esos predicadores televisivos. De esos que piden las llamas del infierno para los…, los «estilos de vida alternativos». No es ninguno de esos políticos hipócritas.

—Exacto —dijo John—. Es uno de esos hipócritas astros de la pantalla.

Su modo de decirlo, su modo de modular la entonación, de poner toda su estudiada intensidad en ello… Ya estamos, pensó Cleve. El joven John… Cleve observó que su cara tenía una epidermis moteada y toscamente curtida. Era un hombre joven, pero estaba ajado. Cleve, acaso no tan reflexivamente, dijo:

—Burton… Supongo que Burton podría perder un montón de *fans* si esto se propaga. Podría perder papeles. Suponiendo que sea verdad, claro.

John dijo:

—Un momento. ¿No creerás de verdad que Burton no está promocionando algo? Como un estilo de vida, por ejemplo. Es un tipo que está en un pedestal. Con esa gorra negra y esa camisetita de tirantes. El bello maricón por excelencia.

—John… —dijo Cressida.

—¿Y tú te preocupas por sus *papeles*? ¿Por sus *fans*? Que les den por el culo a sus *fans*.

—¡Eh! —dijo Cleve.

De nuevo se sintió injustamente excluido. Volvió la cabeza y vio que un hombre de avanzada edad le miraba desde una mesa contigua con indignación solidaria. El viejo parecía también un policía a medio vestir, pero era más gordo y más canoso y más calvo (e incluso de menor rango) que el policía a medio vestir que parecía Cleve. El viejo llevaba una camiseta negra con una leyenda en letras blancas: CUANTO MÁS PELO PIERDO, MÁS CABEZA GANO. Cleve dijo:

—Venga, John. ¿Tiene obligación Burton de mantener una postura? —Su voz adquirió un tono levemente suplicante—. ¿No tiene Burton una vida propia? ¿No es más que un símbolo, una imagen, o es un ser humano? ¿No tiene Burton…?

—Que le den por el culo a Burton. Y si no ves que es un auténtico descrédito para los de su orientación sexual, y un impostor, y una especie de predicador, y además un gilipollas, pues que te den por el culo a ti también.

—John —dijo Cressida.

Pero John, entre los temblores de las tazas de la mesa y el vuelo del faldón de su impermeable, ya se había ido.

—Me siento… ¡Uf! —dijo Cleve.

—Lo siento… Es que es muy… *activo* —dijo Cressida.

Se miraron. Eran tal para cual: había una total sintonía entre ellos.

—Tú eres uno de ellos… Perdónanos —dijo ella. Estaba recogiendo sus cosas: el bolso, el libro, la revista—. Piénsalo bien y lo entenderás. Lo siento, pero tú eres uno de ellos.

Una vez solo, Cleve se demoró un rato con su Sumatra Lington, tratando de leer —o al menos de echar una ojeada— a *Lo real y otros*

cuentos, de Henry James. En la librería Ratos de Ocio se animaba a la gente a que curioseara los libros. Pero ahora hasta hojearlos le habría exigido a Cleve una atención que no podía prestar. Uno trata de ser razonable con esa gente, de contemporizar con ella, ¿y qué es lo que consigue? A Cleve le disgustaban las actitudes desagradables de todo tipo; le disgustaba la agresividad; le disgustaba que le gritara cualquier pequeño hetero con aire de superioridad en el café de una librería. Sí, en cierto modo —intuía— él era un tipo serio y aburrido. Quizá lo había heredado de sus padres. *Quienesquiera* que éstos hubieran sido…

En su camino de vuelta hacia la Literatura, hizo una parada en las estanterías de Temas Especiales y se sorprendió mirando fijamente un apartado llamado Desarrollo Personal y Astrología y… Estudios Hetero. En las tapas de los libros de bolsillo de esta temática, varias parejas hombre-mujer te miraban con mustia resignación. También había narrativa hetero: agobiada por los problemas, realista sucia, realista social. La única novela hetero que despertó en él alguna resonancia se titulaba *Breeders*.[16] Escrita por un heterosexual, *Breeders* —recordaba Cleve— había suscitado una considerable controversia (incluso en el propio colectivo heterosexual). El autor, se objetaba, había hecho demasiado hincapié en los aspectos negativos de la vida heterosexual. Cleve se puso *Breeders* debajo del brazo y regresó a la Literatura, donde encontró otro Henry James que estaba seguro que no había leído: *Vergüenza*. Y entonces le asaltó la pregunta: Dios, ¿era James hetero?

Salió a Greenwich Avenue, un par de manzanas al norte del barrio hetero en torno a Christopher Street.

Poco después, Cleve y Orv hicieron un viaje a Oriente Medio. Visitaron Bagdad y Teherán y Beirut, donde se relajaron por completo para concentrarse en sus respectivos bronceados. Al pie de la piscina, en la playa, y durante sus excursiones a las colinas, Cleve leyó *Vergüenza*. Leyó también *Breeders*. El mundo hetero, según se describía en este libro, parecía extravagante y *voulu*, y otras cosas por el estilo, pero, por encima de todo, increíblemente *desarrollado*.

Cleve se enteró de que, sólo en la zona de Nueva York, había dos millones y medio de heterosexuales: un millón en Manhattan y aproximadamente doscientos mil en cada uno de los distritos de Queens, Brooklyn, el Bronx, Long Island y el Danbury Triangle. Nueva York era considerado por cierta gente como una ciudad con fuerte influencia hebrea, pero ahora había en ella más heterosexuales que judíos.

Viajaron hacia el sur y visitaron Israel. Hicieron un recorrido turístico y de compras por Jerusalén y Belén; luego vinieron Herodian

y Massada, y el fin de semana último se solazaron en la Franja de Gaza. Fueron en coche a Tel-Aviv y tomaron un vuelo de regreso a Kennedy.

—Escucha. Chico, esto es estupendo —dijo Cleve en el avión, levantando la vista de su ejemplar de *Time*.

Orv levantó la vista de su ejemplar de *USA Today* y miró con interés, pues durante los tres días pasados Cleve, preocupado por su estómago, no había abierto la boca. Cleve, en realidad, tenía el estómago perfectamente. Pero había bebido un trago de agua del Mar Muerto y se esperaba lo peor.

—Lo que dice aquí sobre el gen hetero —dijo Cleve—. Han hecho un experimento con la mosca de la fruta. Me encanta que se llame así: mosca de la fruta. Resulta que las moscas de la fruta son superheterosexuales. Se reproducen como locas: una nueva generación cada dos semanas. Bien, pues han neutralizado el gen hetero. Y adivina qué. Normalmente, en el recipiente del cultivo, la mosca *chico* y la mosca *chica* dedican gran parte de su tiempo a la reproducción. Pues sin ese gen, en cambio, los *chicos* se juntan todos y se ponen a bailar la conga.

—¿La conga?

—Sí, todos en fila bailando la conga. Metiéndose mano como locos y demás.

—¿La conga?

—Eso es. Como la Noche Isleña en la Sala Cachonda.

—Oh, ya: una conga *Háztelo* —dijo Orv—. Pues mira ese tío al que te pareces, el tal Burton Else. Deben de haberle inyectado el gen hetero. Aquí dicen que es heterosexual.

—Sí. Ya lo he oído. *Burton*…

—*Burton*. Él lo niega. Ha puesto un pleito a la revista hetero que lo ha publicado. «…ni apruebo estilos de vida alternativos», declara. Pero la revista tiene un montón de *chaperas* haciendo cola para *largar*. Burton Else heterosexual… Dios santo, ¿es que ya no se respeta nada? Dios, ¿de dónde diablos se han sacado lo de llamarse a sí mismos heteros? Cogen una vieja y noble palabra inglesa y la joden por completo para el resto de la gente.[17]

—Es una palabra que se usa muchísimo. Lo vengo comprobando. No apartarse del camino recto.

—Según mi recto entender.

—Ángulo recto.

—Un hombre recto.

—Un palo recto.

—Cada valle será elevado, y cada montaña y colina será bajada; y lo torcido se hará recto —sentenció Cleve.

—¿Qué coño es eso?

—La Biblia. Creo que es de *El Cantar de los Cantares*, que se atribuye a Salomón.

—Salomón no era hetero, ¿o sí? Dios mío. Oiga… Oiga, por favor. ¿Podría darme una manta, por favor…? ¿Ha visto eso? —dijo Orv, dirigiéndose no a Cleve sino a otro «policía a medio vestir» que iba sentado al otro lado del pasillo—. ¿Qué le pasa a *ése*? —concluyó Orv, refiriéndose al auxiliar de vuelo.

—Hemos herido sus sentimientos. Es heterosexual —dijo Cleve—. Los auxiliares de vuelo son todos hetero.

—Dios santo —dijo Orv—. ¡Estamos rodeados!

Les trajeron unas mantas. Cleve intentó dormir. Reparó en que seguía pensando en Burton Else, en que seguía rumiando dolida, autocompasivamente aquella nueva sobre Burton Else. Porque el tipo parecía tan *normal*… Al estirarse y darse la vuelta hacia un costado en el asiento, mientras los motores del avión zumbaban y silbaban, la mente de Cleve se volvió un *collage*, una serie de fotografías generosamente desplegadas del astro de la pantalla mancillado. Oh, aquellas turbulentas instantáneas: Burton riendo, con un gorro de *chef*; Burton quitando el polvo al retrato enmarcado de Gloria Swanson de su tocador; Burton ordenando por orden alfabético sus guías de viaje…

Cleve volvió a encontrarse con Cressida. En el mismo sitio, a la misma hora, tomando el mismo café, leyendo el mismo libro: *Lo real y otros cuentos*. Había vuelto hacía más de una semana. Su bronceado era como una capa de betún *oxblood*. Su espléndido torso se había bombeado a sí mismo unos cuantos litros de aire comprimido en el gimnasio. En los últimos días de aquel húmedo septiembre llevaba unos provocativos pantalones de ciclista y una camiseta amarillo canario y unas zapatillas Adidas. Cleve había roto con Orv. Al principio se había sentido con el ánimo por los suelos, pero enseguida se había enamorado de otro joven y talentoso diseñador de bisutería llamado Grove. Grove —aquel viril, creativo, agitado y valioso individuo— se había mudado a su casa el viernes anterior. Llegó en una furgoneta y plantó sus cosas por todas partes.

Con Cressida, Cleve mantuvo una muy agradable conversación sobre Dickens —nada de tensiones, nada de notas discordantes, nada de John—. Sólo Dickens; mientras él sorbía su Kenya Peaberry y ella daba cuenta de su café exprés. Salieron juntos de la librería Ratos de Ocio, no sin antes demorarse un poco en la sección Poesía y Obras Dramáticas. Y se dijeron adiós en la calle después de recorrer despacio media manzana en dirección oeste, hacia la Séptima Avenida. Se detuvieron, pues, en el borde mismo del barrio hetero: Christopher

Street, donde Cressida vivía con John. Se percibía una suerte de calor de carnaval en el grupo humano que se veía pulular a cierta distancia; un bullicio de música, una fiesta de barrio… Y Cleve entrevió más allá, avenida abajo, la cola de una especie de desfile o manifestación que se perdía lenta y confusamente en la lejanía. Supuso que se trataba de alguna celebración del calendario hetero (desfiles, belicosidad, *orgullo*…). ¿O siempre era así entre ellos? No dijo nada. Él y Cressida, como siguiendo un pacto, no tocaban nunca el tema de la problemática sexual. Ahora Cressida dijo algo más acerca de *Bleak House*(acerca de Esther, acerca de Ada), y Cleve dijo algo más acerca de *Hard Times* (acerca de Grad-grind, acerca de Bounderby). Él le dijo que se cuidara. Y ella se adentró en *aquello*. Cleve volvió por Greenwich Avenue, camino del gimnasio. En la calle Octava empezó a sentirse más cómodo, más en su sitio, más él mismo. A menudo bajaba hasta la calle Octava a comprar ropa, conjuntos «divertidos» en Uniformes Militares, Mundo Cowboy, Cuero Macho, Atuendo Obrero… Pero normalmente, claro está, compraba en los elegantes grandes almacenes o en las boutiques de la parte alta de la ciudad, como el Marquis de Suede, en Madison, o See You Latex, Alligator, en la Quinta.[18] Cuando le sonreía, cuando Cressida le sonreía, Cleve se quedaba siempre fascinado por sus dientes. No es que fueran especialmente bonitos, sino imponentemente funcionales, pues prescindían con total naturalidad de las encías y no daban impresión de cambio de una materia corporal a otra. Su sonrisa le recordaba a Grainge (oh, Grainge…). ¿Cómo podía una chica recordarle a uno a un chico? Ni siquiera los gemelos chicochica podían jamás ser idénticos. Sólo parecidos. Mientras se acercaba al gimnasio, con las piernas arqueadas por los músculos de los muslos, Cleve pensó en unos gemelos (los gemelos, algo que todas las culturas primitivas temían) flotando juntos en un líquido detrás de un grueso cristal.

Cleve llegó a su apartamento de Chelsea un poco antes de las siete, y encontró a Grove en la cama, follando desaforadamente con Kico, el primo *disc-jockey* de Pepe el Ebanista, que a principios del verano le había hecho a Cleve unas estanterías nuevas. Cleve entró en la cocina y se preparó un sándwich de pepino. Era irritante: Grove había dejado el pequeño televisor encendido (lo hacía continuamente). En la televisión estaban *poniendomás* noticias hetero. Aquel tema de lo hetero… Era asombroso. Uno iba por la vida sin pensar apenas en el asunto, y de pronto, sin más, en cualquier parte donde miraras… Sí, estaban informando sobre el Día de la Libertad Hetero celebrado en San Francisco, «la capital hetero mundial». Cleve dejó de masticar; su bigote dejó de moverse. Era un plano aéreo del Desfile del Día de la Libertad Hetero, en Mission District, encabezado por la Banda del Día de la Libertad Hetero. Planos intercalados mostraban a hombres y

mujeres de porte serio, en ademán de autoafirmación —deprimente, la verdad, que hablaban de sus preocupaciones hetero, de sus exigencias hetero, de sus metas hetero. Los líderes y activistas hetero estaban tomando conciencia de su recién descubierto peso político, ya que constituían el colectivo de votantes solteros más importante en una ciudad donde *dosadultos* entre *cinco* se declaraba «abiertamente heterosexual». En el Castro, al parecer, *todo el mundo* era heterosexual. Toda la comunidad. Tenían verdulerías hetero, cajeros de banco hetero, carteros hetero. Hasta policías hetero.

—Deberían matarlos a todos, tío.

Cleve notó el humo de cigarrillo. No se volvió. Sin duda era Kico. Kico, con sus pantalones de cuero adornados con pañuelos codificados por colores y plumas y fajas (¿por qué no se contentaba con el color naranja, que quería decir «Cualquier Cosa»?), sus ojos sanguinolentos y su bigote poco denso y perlado de sudor.

—Que los manden al puto Madagascar. Eso es lo que necesitan.

—Venga, Kico… No digas más barbaridades. Uauuu… ¡Mira eso!

En la pantalla unos cowboys hetero del Rodeo Hetero de Reno se pavoneaban por Market Street, enarbolando la bandera de Nevada (y las banderolas del arco iris, que, según decían, eran ahora el estandarte de todos los hetero californianos).

—Así que piensas que hacen bien. Que son iguales que nosotros.

—No son iguales, pero tienen vidas que vivir. Más aún: podría decirse que es una opción muy dura. Ser hetero.

—Son enfermos, tío.

A continuación voy a hablar con Merv Cusid —decían en la televisión —, *que está elaborando el ideario de la plataforma por los derechos hetero que será presentado a la convención el próximo agosto*. Y a continuación se vio un plano que ni a Cleve se le hizo fácil soportar (o incluso seguir mirando): una ladera verde, salpicada por un montón de brillantes mantas colgadas, y, en una inicua cámara lenta propagandística, mujeres y niños pequeños jugando.

—Ahí tienes. Lo veo y me dan ganas de vomitar.

—La naturaleza es hetero —dijo Cleve con un súbito asentimiento de cabeza.

—Y eso es lo que son, tío. Putos animales.

—Vive y deja vivir. ¿Dónde está Grove? ¿Descansando?

—Durmiendo.

Entonces Cleve, que no había tenido sexo en el gimnasio, le hizo una mamada a Kico en la sala, y luego fue a la cocina y se puso a hacer la cena: un *soufflé* de queso gorgonzola, y después jamón de Parma con granada, chirimoya, papaya y pomelo. Apareció Grove, en bata, y al cabo de un rato le sirvió a Cleve en silencio una copa de

Sauvignon muy frío. Luego se dio una ducha, y volvió a la cocina con una toalla blanca alrededor de las caderas. Grove estaba en plena forma. Cleve estaba en plena forma. La calle, la ciudad —el mundo en que vivían— bien podría llamarse Plena Forma. Durante la cena tuvieron una larga, ruidosa y venenosa pelea acerca de cuál era mejor: *Cossì fan tutte* o *La flauta mágica*. Hicieron las paces mientras Grove hacía el café descafeinado.

Era demasiado tarde para ir a cualquiera de los sitios adonde podían haber ido, las inauguraciones de exposiciones o las ventas en jardines a la luz de la luna, los concursos de pollas largas o culos *guapos*, los recitales o conferencias, las discotecas-restaurantes, las preinauguraciones de ventas de antigüedades, las fiestas de las agencias de viajes. De modo que ¿por qué no tener una velada tranquila? Se pusieron en cuclillas alrededor de la mesa baja del salón y empezaron a hojear revistas. A esas horas, hasta Cleve dejaba a un lado a Trollope o a Dostoievski y se ponía a leer revistas. Y a fumar un poco de hierba. El placer de los grandes textos, en compañía de Grove, le hacía sentirse a Cleve un poco cohibido. O quizá era Cressida la que le hacía sentirse cohibido: podía casi *oír* su embarazo, como se oye la orilla del mar en una caracola. Incluso cuando están en plena forma, los hipocondríacos padecen una enfermedad verdaderamente inquietante: la hipocondría. Cleve, aquella noche, sentía la paranoia de su hipocondría. Sentía que podía empeorar… Siguió examinando a Grove: su pelo travieso, su camiseta de tirantes finos, su bigote; el modo en que leía revistas echado hacia atrás, con los labios ensanchados en una estoica inanidad. De todos los amantes de Cleve, sólo Grainge había compartido su curiosidad intelectual y su pasión literaria. Sólo Grainge…

Poco después de las once, Grove levantó la mirada de la revista *Torso* y dijo:

—Ahora, si me disculpas, tengo que ir al Retrete.

Cleve levantó la mirada de la revista *Varones* y dijo:

—¿Sabes? Antes me hacía gracia. Los primeros cientos de veces que te lo oí decir. Además, sé que ya no vas nunca por La Taza.

—¿Quién lo dice?

—Te vas a Folsom Prison.

—¿Quién lo dice?

—Fraze —dijo Cleve.

Cuando Grove salió por la puerta, Cleve se fue a la cama con el pequeño televisor. La cháchara sobre el mundo hetero le siguió hasta el dormitorio. En la Convención Demócrata Nacional, que debía celebrarse en Nueva York, el *caucus* de los heterosexuales era más numeroso que las delegaciones de veinte estados. Se daban incluso

serias especulaciones sobre la nominación de un hetero como candidato a la vicepresidencia en el tándem de Ted Kennedy. A Cleve se le levantó el bigote al sonreír: un pensamiento estúpido: que Ted Kennedy fuera hetero. Imagínenlo. ¿No sería — aparte del disparate, claro está— algo *divino*?

Grove le despertó a eso de las cuatro, como de costumbre. Se quitó trabajosamente la ropa y se desplomó sobre la cama. Como de costumbre, resultaba tan reconfortante su olor a *Tattoo* y a nitrito de amilo…

En *The New York Review of Books* Cleve vio el anuncio de un «crucero exclusivamente heterosexual» de Filadelfia a Maine. ¿Por qué le obsesionaba tanto aquel tema? Había descubierto que ya no se reía cuando algún amigo contaba un chiste de heterosexuales. («¿Cuántos heterosexuales hacen falta para cambiar una bombilla?», etc…) Ahora le parecía ver cada día más heterosexuales en la calle, no sólo en las inmediaciones de Greenwich Avenue sino en la calle Octava, en Washington Square. Cleve siguió dedicando horas al gimnasio. Los grandes bloques musculares de los hombros ahora le rozaban casi los mismísimos lóbulos de las orejas. Su espléndido torso… ¿Qué era más justo afirmar: que lo mantenía bajo control o que se le había ido de las manos? El gimnasio de Cleve se llamaba Soberbia Obsesión. Cuán a menudo iba de Soberbia Obsesión a Ratos de Ocio, de Ratos de Ocio a Soberbia Obsesión…

Su hipocondría tomó un sesgo a peor (¿o debería decirse que a mejor?). Porque tal hipocondría jamás había sido tan fuerte y vigorosa. Cleve era ya un conspicuo devorador de las secciones de salud y las columnas médicas y los suplementos sobre patologías de los periódicos y revistas. Pero ahora un compañero hipocondriaco del gimnasio —un esculpidor total de su propia persona— no paraba de darle más y más cuerda al respecto. En aquellos días Cleve leía incluso *The Morbidity and Mortality Weekly Report*,[19] y en sus páginas se empezaba a hacer referencia a lo que ellos llamaban ahora Síndrome del Cuello del Útero. Y al ver a los heterosexuales en las calles Cleve se preguntaba si no les estaría esperando algo a la vuelta de la esquina, algo de la misma magnitud que su cohesión y destreza recién halladas.

Cleve rompió con Grove. Aquel Grove del desaliño total y nada romántico, del consumismo inteligentemente selectivo, de los trances dhármicos, de las malas pulgas, de los planes para el más allá, de los 2,7 contactos sexuales noche tras noche… Después de romper con él, durante un tiempo, Cleve estuvo haciéndose pajas al mismo ritmo. Pero ahora se había enamorado de un joven y talentoso experto en arte chinesco llamado Harv.

—¿*Orgullo y prejuicio*? —dijo Cressida.

Cleve releía la mitad de la obra de Jane Austen todos los inviernos. Tres novelas: una en noviembre, otra en diciembre, la tercera en enero. Cada primavera releía la mitad restante. Era enero y le tocaba *Orgullo y prejuicio*.

—Sí —dijo—. Por novena vez. Lo que no puedo evitar es… Bueno, que cada vez que la releo estoy en vilo en el borde del asiento, animando con toda mi alma a Elizabeth y al señor Darcy. Ya sabes, ¿*se lo hará* finalmente Elizabeth con Charlotte Lucas? ¿Acabará el señor Darcy *tirándose* al señor Bingley? En fin, sabiendo perfectamente que todo va a terminar bien. Pero sigo sufriendo. Es ridículo.

—Yo siempre he pensado que Elizabeth habría sido más feliz con la chica de De Bourgh. ¿Cómo se llamaba?

—Anne. Es extraño que Jane Austen no tuviera nunca ninguna novia. Me refiero a que, bueno…, tuvo todos esos niños y demás, como era de rigor. Pero nunca fue *follada* de verdad.

—Y sin embargo entendió tan bien el corazón humano…

—Me gustaría saber algo que Jane Austen no podría decirme —dijo Cleve—. Me gustaría saber qué tal era él en la cama.

—¿Quién? Tómate el café.

Cleve apuró el café. Capuchino: Santos y Java. Cleve y Cressida se habían visto ya en Ratos de Ocio un buen puñado de veces. Si se le hubiera preguntado al respecto, Cleve habría dicho francamente que disfrutaba de su compañía. Quizá opinaba, también, que uno no perdía un ápice de sofisticación por contar entre sus amistades a una persona hetero inteligente.

—El señor Darcy —dijo—. Tengo que saber qué tal es el señor Darcy en la cama.

—¿El señor Darcy? Yo también. Magistral.

—Majestuoso. Pero también gentil.

—Tierno.

—Pero un tanto agotador. *Fitzwilliam* Darcy. ¡Tiene tanto *morbo* ese nombre…!

—¿Podemos suponer que es…?

—Oh, por supuesto. —Cleve titubeó unos instantes, y al cabo se encogió de hombros y dijo—: Creo que podemos afirmar sin ningún temor que es el señor Bingley el que *toma*.

—Sin ninguna duda. Eso no tiene vuelta de hoja.

Cleve la observó con detenimiento. La mayoría de las mujeres que conocía tendían siempre hacia dos extremos: el excesivo pulimento y el despreocupado abandono. Pequeñas neveras con faldas bajo pelos cortados «a tazón», como Deb y Mandy, las del apartamento de al lado

en la calle 32. O figuras emperifolladas con pinturas de guerra y escrupuloso celo corporal, como sus colegas Trudy (de Marketing) y Danielle (de Diseño Gráfico). ¿Qué significaban los afeites de Danielle y Trudy? ¿Que tenían interés, que eran activas, que estaban *preparadas*? ¿Y el descuidado torpor de Mandy y Deb? ¿Que eran unas neveras con pelo «a tazón»? ¿Que tenían un pacto de no hacer dietas? Al principio había pensado que Cressida tenía el típico aspecto hetero; un aspecto sin comentarios, de quien dice: «No te preocupes por mí.» Serena, pero consciente de sus deberes. Hetero. Pero días atrás Cleve había percibido en Cressida un nuevo fulgor, un color, una tangible carga de vida. ¿Estaba… *en la onda*? ¿O, sencillamente, estaba cachonda? Estaba allí sentada, abriéndose la gabardina y sacudiéndose el flequillo de la frente. El supuesto marido de Cressida, John, que desdeñaba Nueva York (el orgullo hetero, por aquellos pagos, no era lo suficientemente orgulloso para aquel feroz separatista), se había ido con su bocaza a San Francisco, donde era un pez gordo en la Junta Operativa Nacional Hetero. Ser heterosexual era su *carrera*. Sin embargo, a Cleve no le gustaba preguntarle a Cressida por sus planes de futuro.

Cressida dijo:

—¿Lees mucha narrativa *hetero*? Porque a Proust lo lee todo el mundo, supongo. Y a E. M. Forster. Y a Wilde.

—Yo ni siquiera sabía que Forster fuera hetero hasta que leí *Maurice*.

—Sí, con esa obra se quitó la máscara… Comúnmente se admite que es su libro menos bueno. Es lo que suele pasar con la narrativa hetero. Es como si sus autores necesitaran el secreto. Sin él, la tensión interior desaparece. Se relajan demasiado.

Cleve dijo tímidamente:

—He leído *Breeders*.

—John odia ese libro. Pero yo pienso que da bastante en el clavo. Su enfoque de la…

—Orientación —dijo Cleve con delicadeza.

—No es una orientación.

—Perdona. Una preferencia.

—No es en absoluto una preferencia. Puedes creerme.

—¿Qué dirías tú que es?

—Es un destino. ¿Estoy delirando, o es que aquí hace un calor horrible?

—Hace un calor de mil demonios —dijo Cleve para tranquilizarla. Pero entonces, de súbito, *hacía* un calor de mil demonios. Cressida se levantó y se quitó la gabardina, y a Cleve le dio la impresión de estar respirando los mismísimos bufidos de las cafeteras del local, y de que

los monstruosos bloques de su torso se hallaban totalmente empapados de su sudor y su vaho. Más aún: que estaba respirando el fogonazo ardiente de la biología.

—Estás embarazada.

—Es cierto. Pero no *muy* embarazada.

Cleve estaba pensando que Cressida parecía mucho menos embarazada que Mandy, la pequeña gordinflona del apartamento de al lado, con sus togas cuboidales y sus tipis. El vientre de Cressida, sin embargo, se hallaba apenas (aunque insidiosamente) dilatado. Uno de los terapeutas de Cleve le había dicho en cierta ocasión que la hipocondría era una forma de solipsismo. Pero ahora, al mirar a través de la mesa a Cressida, que era otra persona, sintió la alerta roja del miedo clínico.

—Lo siento —dijo.

—No lo sientas —dijo ella, y añadió al instante—: ¿Sabes? Puede que leas más narrativa hetero de lo que crees. Estoy convencida de que Lawrence era heterosexual.

—¿Te refieres a T. E. Lawrence? Por supuesto: T. E. era heterosexual.

—No. No me refiero a T. E. sino a D. H.

—¡D. H.!

—D. H. Cuando le leí me quedé pensando: Dios, ¡qué pedazo de hetero tenemos ahí! Y Hemingway.

—¿Hemingway? Venga ya…

Cressida sonreía.

—Un heterosexual claro. Como Burton Else.

—Venga ya…

—Un hetero clarísimo. Un hetero como la copa de un pino.

—Hemingway… —dijo Cleve—. ¡*Hemingway*!

Se dijeron adiós en Greenwich Avenue. Cleve se quedó en el bordillo, con su ejemplar de tapa dura de *Orgullo y prejuicio* casi oculto en la sima de la axila, mirando cómo se alejaba su amiga hacia Christopher Street.

Cuando llegó a casa, Harv ya había llegado. Algo pintoresco acerca de Harv: faltaban siete meses para su cumpleaños y él *ya* hablaba y hablaba de la efeméride. El Mercado de Antigüedades de la calle 19 preinauguraba una nueva exposición de cristalería, así que fueron a echar una ojeada, y luego tomaron unas copas de vino blanco en Tan Track, el bar del vecindario, y acabaron tomando una sencilla cena de pastel de carne en Chutney Ferret, su *bistro* del barrio. Cuando volvieron al apartamento Cleve elaboró el menú para la pequeña cena-fiesta que darían el siguiente martes. Vendría Arn con Orv, y Fraze con Grove. Arn y Fraze habían sido pareja, y Grove había tenido una

aventura con Orv, pero ahora Grove estaba con Fraze y Orv estaba con Arn. Cleve pensaba preparar raviolis a la mejorana y bolsitas de calabaza a la provenzal. Ahora estaba haciendo lo que solía hacer siempre que acababa de estar con Cressida: ver su propia vida como la vería un extraño: un desconocido crítico y poco tolerante. Miraba una y otra vez a Harv, que estaba echado en el sofá, leyendo. Harv: gafas gruesas y oscuras, bigote rectangular, camiseta de malla con tirantes. Harv no leía revistas. Leía novelas rosas de supermercado. Novelas rosas…, santo Dios. Siempre que Cleve ojeaba una de las novelas rosas de Harv encontraba la misma historia, pacientemente repetida: mozos de cuadra que eran maltratados con saña por tipos con títulos nobiliarios.

Ante las tazas de chocolate humeante tuvieron una gresca vehemente, repetitiva y odiosamente *ad hominem* acerca de quién era mejor: Jane Mansfield o Mamie van Doren. Hicieron las paces mientras Harv deshacía el paquete de las copas que Cleve le había regalado. Y volvieron a charlar sobre el cumpleaños de Harv. En mitad de la noche Cleve se despertó y fue al baño y se miró en el espejo y pensó: Estoy en un desierto, o en un mundo de cristal. Cada cierto número de años voy y me hago una paja y eyaculo dentro de un tubo de cristal: es como el deber de hacer de jurado. Fui concebido *in vitro*. No nací. Me follaron. No hay biología en ello. No hay ni un ápice de biología en ello.

Llegó la primavera. La moda cambió. Cleve colgó la ropa de cuero y se «apuntó» a los pantalones de pintor y a los Pendletons. Y se puso a releer los otros tres libros de Jane Austen: *Mansfield Park, Emma* y *Persuasión*. Harv aprendió cocina japonesa. Hicieron un viaje a África: visitaron Libia, Sudán, Etiopía, Eritrea, Somalia, Uganda, Zaire, Zambia, Zimbaue, Angola, el Congo, Nigeria y Liberia. Cleve rompió con Harv. Y se puso a tener sexo 2,7 veces cada noche hasta que se enamoró de un joven de talento especialista en macramé llamado Irv.

Justo cuando parecía que ya no podría expandirse más (¿de dónde diablos —se preguntaba— le *venía* aquella desmesura?), el torso de Cleve se adentró de golpe en una nueva categoría de enormidad. Encajados entre las soperas gemelas de sus flancos, los brazos se le antojaban ahora a Cleve irremediablemente cortos, como los del tiranosaurio; y la cabeza, que formaba una cresta redondeada sobre el triángulo del cuello, no parecía mucho más grande que un pomelo. Cressida también estaba adquiriendo más volumen. En la calle, en Greenwich Avenue, nadie miraba a Cleve, porque todo el mundo tenía su mismo aspecto, pero todo el mundo miraba a Cressida, cuyo destino sexual se hacía cada día más patente. Cressida ya no tenía necesidad de revelar su heterosexualidad: era evidente. No hablaban

de ello. Hablaban de libros. Pero mientras la acompañaba desde la librería Ratos de Ocio hasta la linde de Christopher Street, Cleve notaba que la gente les miraba, y les apuntaba con el dedo, y cuchicheaba. Cleve sabía bien lo que decían (él mismo lo decía no hacía mucho tiempo): *reproductora, transportadora, portadora, engendradora, repobladora*… Una vez, en Greenwich Avenue, una anciana le llamó *a él* «fertilizador». Así que llegó un día en que ya no se limitaron a mirarla a ella: empezaron a pensar que *Cleve* era hetero. Ahora, al caminar al lado de Cressida, Cleve sentía que le afloraban los instintos protectores; podía incluso *oírlos*: sentía cómo despertaban, bostezaban, se estiraban, se frotaban los ojos… Pero también se sentía en el límite de la imparcialidad, de la tolerancia… De la neutralidad. ¿Y cómo iba a poder entonces proteger a Cressida de lo que se le venía encima? Así que hacia finales del quinto mes de embarazo, cuando Cressida se fue a San Francisco a reunirse con John, Cleve experimentó un ruin y enorme alivio.

Los tabloides de los supermercados lo llamaban el cáncer hetero y la plaga hetero, pero hasta el *New York Times*, en sus frecuentes informes y datos de puesta al día, sacó una nota de tan acusada monotonía que a Cleve se le antojó el preludio de una desatada histeria. Un portavoz del Colectivo de Médicos Hetero de Bay Area había señalado que ciertas prácticas insalubres, incluido el (inevitable) recurso a tocólogos clandestinos, estaban dando origen a un «caldo de cultivo» para la propagación de enfermedades. Una portavoz del Centro para la Crisis Sanitaria de las Mujeres Hetero de Los Ángeles exigió una pronta asignación gubernamental de fondos para hacer frente a tal situación de emergencia —exigencia que fue desechada al considerarse que iba a dar lugar a la «primera dentellada de los heterosexuales a las arcas del estado». Como era previsible, un portavoz de la Coalición de la Iglesia Antifamilia declaró que era la subcultura hetero misma la que se había echado tal azote sobre sus espaldas. Y el recién nombrado presidente de la nación, interrogado acerca de los centenares de casos registrados de infección ovárica, septicemia y fiebre puerperal — todo ello relacionado, como es obvio, con la condición heterosexual—, respondió con la mayor de las rotundidades: «¡Y yo qué sé!»

Cleve y Cressida seguían siendo amigos. Amigos epistolares. Al principio él pensó en una correspondencia de notable brillantez circunscrita a la narrativa (y perfectamente publicable). Pero no resultó como esperaba. Las cartas de Cressida —comprobó muy pronto Cleve— eran irreductiblemente cotidianas. La cocina, la secadora de ropa, la reforma del trastero (¿debía pintarlo de azul o de rosa?). «Sé que estás interesado en las mejoras decorativas del hogar», escribía

Cressida, «pero esto no puede considerarse decoración. Esto es *anidar*.» La sudadera de fútbol americano temblaba sobre la mesa de la cocina de Cleve cuando éste, por su parte, acometía diligentes y alambicados meandros para intentar explicar exactamente *cómoFanny* Price se había ganado el favor de Mary Crawford, exactamente *cómo* Frank Churchill lograba «echar el lazo» al señor Knightly. Y a la mañana siguiente recibía de Cressida otras nueve hojas que hablaban sobre el seguro de enfermedad y las facturas del fontanero. Así era la vida hetero. Sus cartas no le aburrían, sin embargo. Se sentía a un tiempo «prendido» y «hecho polvo». Era como quedar enganchado a una de esas telenovelas británicas que ponían por cable: vicisitudes proletarias —semana tras semana, implacable, interminablemente— más largas que una vida… Cressida, ahora, se había «inflado» por completo, tenía los pies planos, le faltaba el resuello y no paraba de abanicarse.

Irv… Irv se parecía mucho a Cleve. Harv se había parecido mucho a Cleve, y también Grove, y también Orv. Pero Irv y Cleve (como Irv solía comentar) eran como las dos nalgas del mismo culo. La primera vez, cuando avanzaron el uno hacia el otro a través de los humos de Folsom Prison, Cleve sintió que se acercaba hacia un espejo (comprobaría al instante que se trataba de un cálido y suave espejo). Ahora, a veces, cuando Irv no sabía dónde había dejado sus llaves (algo que le sucedía siempre), Cleve le abría con el portero automático y esperaba a que llamara e iba a la puerta a recibirle, y se sentía absolutamente despersonalizado, aniquilado, por tener que dar la bienvenida a aquel usurpador con quien compartía la vida, a su sombra. Era como la pesadilla recurrente de las novelas de William Burroughs, cuando tu temido *alter ego* llama a tu puerta. ¡Burroughs! Más narrativa hetero… En los primeros tiempos de su relación, cuando aún tenían relaciones sexuales, Cleve e Irv siempre lo hacían en la postura del misionero, cara a cara; y Cleve era Narciso fascinado por el reflejo de su propio cuerpo en el agua.

A mediados del octavo mes, con la aparición de la congestión vascular de la pelvis, las nuevas de San Francisco se convirtieron drásticamente en cuasi partes médicos. Atrás quedaban las anodinas menciones a los ejercicios respiratorios y los chequeos periódicos. En sus cartas, Cressida hablaba ahora de cosas tales como cianosis vaginal, dilatación asimétrica del útero, bajo nivel de albúmina en los análisis de orina… Cleve elaboró un florido relato de su reciente viaje con Irv a Camboya. Y al poco le llegó la noticia de que se habían presentado problemas: al parecer el bebé venía de nalgas… Entrada ya la noche (Irv estaba fuera), Cleve estaba en el cuarto de baño pensando en las posibles incisiones de una cesárea. Se quedó quieto, de pie frente al espejo; tras el cristal se hallaban las medicinas

ordenadas en hileras, como espectadores ante un escenario. Los modernos hipocondríacos no son sólo hipocondríacos. Son los Hipocondríacos, conscientes de sí mismos y representantes de un Síndrome. Así que incluso cuando están en plena forma, y se *sienten* en plena forma, siguen aterrorizados por su propia capacidad de autosugestión. Les asusta su propia mente. Cleve entró en el dormitorio y, con el teléfono en el regazo, marcó los números prohibidos.

—¿Grainge?

—No empecemos, Cleve…

—¿Grainge?

—Cleve. De verdad…

—Voy a ser bueno, Grainge —dijo Cleve con voz infantil—. Sólo quiero preguntarte una cosa.

—Que sea rápida, Cleve.

—Grainge… Hace años tuviste una fase hetero, ¿no? De muy joven. Algunos escarceos o episodios hetero…

—¿Cómo?

—Eras un chiquillo. Acababas de salir del campamento de verano. Tu primer trabajo. ¿No fue en el servicio de hostelería de aquella escuela de enfermeras?

—Oh, *aquello*. Sí, claro. ¿Y?

—¿Qué te supuso aquello, Grainge?

—No me supuso nada. Mira, hay un nombre para eso: heterosexualidad circunstancial.

—Pero ¿qué significó para ti, Grainge?

—No significó nada. Significó un puerto en una tormenta. ¿Qué te pasa, Cleve?

—Nada. No importa. Estoy siendo bueno… ¿Grainge?

—Cleve. De veras…

—Grainge. Oh, Grainge…

—No empecemos, Cleve…

Poco después Cleve volvió al cuarto de baño y se enjabonó el bigote con agua caliente. Luego cogió la navaja de Irv. Cleve sabía que una niña quería venir al mundo. De nalgas.

De la noche a la mañana, como de costumbre, la primavera se convirtió en verano. El sol se alzó sobre filamentos de plata por encima de la ciudad, y se puso a «cocinarla», haciendo que afloraran todos sus aromas y sabores y humores, huellas residuales de las pizzas y hamburguesas y salchichas de este siglo.

Una agobiante tarde, ataviado con un *top* de moda color magenta,

un pantalón de boxeador anaranjado y unas zapatillas de tenis altas, con cordones de un metro (y sin calcetines), Cleve estaba frente a la librería Ratos de Ocio, en la acera. Delante de él, con aquel familiar vestido de algodón negro, estaba Cressida. Ambos tenían un aire maltrecho. Cressida, como es lógico, acababa de pasar por una batalla interna de la biología. Cleve, por su parte, estaba magullado, pero más reciente, patente, superficialmente. Seguía con Irv. La noche anterior habían tenido una pelea a puñetazos. Motivo: qué ciudad era mejor, Florencia o Roma.

Su entrevista, hasta el momento, había sido perfectamente fría. Nada personal. Echaron a andar hacia el oeste. Cleve pensaba acompañarla hasta la Séptima Avenida. Luego volvería sobre sus pasos y se iría a Soberbia Obsesión. Al andar, los muslos de Cleve tropezaban y se rozaban entre sí con ruido y de modo harto evidente. De medio cuerpo para arriba se mantenía como siempre; pero su parte inferior se había agrandado desmesuradamente. Aquellos muslos… Sólo con las piernas bien abiertas podía encontrar sitio para las dos.

—Uf… —dijo en la esquina, balanceándose en medio del calor—. Bueno, me ha encantado volver a verte.

Alargó la mano, pero ella no se la cogió.

—Espera un momento —dijo Cressida—. Pensaba que a lo mejor te apetecía ver al bebé.

Christopher Street no era en absoluto como la había imaginado. Para empezar, ni siquiera se llamaba Christopher Street; no aquel tramo, al menos. A modo de letrero provisional, habían colocado otra placa encima de la vieja. Podía haberle preguntado a Cressida el porqué de aquellos cambios, pero no sintió necesidad. El distrito hetero lo decía *todo* sobre sí mismo. Había manifestado abiertamente su heterosexualidad. LUGAR DE LA REVUELTA DE STONEWALL — 27-29 DE JUNIO DE 1969, rezaba un letrero blanco sobre la ventana negra de un impenetrable local comercial o apartamento. CUNA DEL MOVIMIENTO MODERNO DE LA LIBERACIÓN Y LOS DERECHOS DE LOS HETEROSEXUALES. Las secuencias televisivas de aquellos días desfilaron por la cabeza de Cleve: policías, luces, coches patrulla, cintas amarillas de acordonamiento, salmodias, hileras de heteros brincando… Cressida le miró (Cressida: ojos redondos, nariz sin carácter, sonrisa anodina…), y luego le fue guiando por Stonewall Place.

Cleve había imaginado un pequeño mundo. Un mundo de inocuidad laboriosa, de tímido afán, centímetro a centímetro; gentes con la cabeza gacha y la cara huidiza, con perpetuo ademán de avergonzarse. Pero se encontró con un mundo caótico: pobreza y mezquindad y peligro por todas partes. En el triángulo verde de Sheridan Square, el Five O'Clock Club ponía orden en su entrada: los

gorilas vociferaban y los quinceañeros alborotaban. A medida que avanzaban hacia el oeste por aceras totalmente obstruidas por cochecitos de niño y sillitas de paseo de todas clases, entre olores de productos lácteos y de confitería y de perfumería barata, dejando atrás rebaños de hombres atraídos hacia las fauces de bares y tabernas, a jovencitos apostados en esquinas, a merodeadores, vagos, patanes, borrachos…, que observaban a Cleve desde alguna ignota superioridad de violencia y tedio. Cleve siguió andando por la acera, con un aire de peonza que gira, que vibra movida por una fuerza centrífuga.

En Nueva York, en verano, el aire no quiere ser aire. Quiere ser líquido. En las inmediaciones de Christopher Street, aquel día, el aire quería ser un sólido: algún tipo de comida, lo más probable. Abriéndose paso a través de él, los muslos de Cleve seguían restregándose uno con otro a cada paso. En Bleecker torcieron hacia la derecha. Cleve miró hacia arriba. Más allá del follaje *lumpen* de los ginkgos, se veía un cielo de tarde anegado de femeninos tonos rosas y masculinos tonos azules. Y bloques de apartamentos. Las ventanas a una sola fachada, los reversos salientes de los aparatos de aire acondicionado, con aire de desvencijados altavoces que lanzaran un calor batido. Las tiznadas escaleras de incendios, con su forma Z Z Z (¿qué nos estarán sugiriendo esas zetas?, se preguntó Cleve. ¿Sueño, o simplemente el fin del alfabeto?). Cressida apretaba el paso unos metros más adelante. Cleve la seguía con una inmensa impotencia.

Ahora estaba de pie en la cocina de un sótano. Cleve suponía, al menos, que era una cocina. Cressida la había llamado así. Para Cleve, una cocina era la palestra del juego libre de la delectación, la iniciativa y el ingenio. No el fondo trasero de un desesperado teatro de operaciones, de un hospital de campaña de cazuelas y baldes, de ácido fénico, de calderos de ropa lavándose en agua hirviente.

—Es carne con patatas —dijo Cressida en un susurro—. Carne con patatas *de primera*.

A Cleve se le hacía imposible imaginar que allí pudiera cocinarse. Un lugar donde le amputaban a uno ambas piernas, tal vez… Pero no un lugar donde se pudiera cocinar. Cressida estaba en el cuarto del fondo, al otro extremo del pasillo del sótano, consultando algo con otra hetero, una amiga o alguien que la ayudaba con el bebé. Cleve aguardó mientras escuchaba el sonido más triste que jamás había oído. Le recordaba el canto de los somormujos en aquellos viajes por el río, años atrás, con Grainge…

Ahora el bebé estaba encima de la mesa de la cocina. Cressida le quitaba las ropitas como para someterlo a una inspección; los sollozos con hipo del bebé fueron cediendo en intensidad —el pañal manchado quedó parcialmente al descubierto bajo el peto abierto—, y las manitas se agitaron en el aire como queriendo coger la bombilla

desnuda del techo.

—¿Quieres pasarme los polvos? Y ese tubo de crema. Y ese trapo. No, ése no. Ahí, encima del grifo. El rosa.

Mientras buscaba cautelosamente entre tarros, compresas, algodón hidrófilo, botellitas de plástico, tetinas… (suciedad y biología), Cleve se preguntó si alguna vez también él habría pasado por aquello. Sentía que la piedad por sí mismo anegaba su corazón; su corazón, tan hondamente «encapsulado», tan lejano…

—No, ése no. Aquél.

Cleve se preguntó de nuevo si alguna vez habría pasado por aquello.

Y se preguntó también qué diablos iba a decir la gente.

La calle 22, el apartamento, el dormitorio: sábanas, almohadas, una pierna aquí, un brazo allá. El penetrante olor acre del sexo entre machos flotaba en el ambiente a la débil luz y el aire vivificante del otoño. Dos bigotes se agitaron y torcieron el gesto.

El primer bigote dijo:

—Quiero decir que si fuera otro hombre… Podría entenderlo.

Había hablado Irv.

El segundo bigote dijo:

—Contra eso se podría pelear. Al menos sabrías con quién tenías que vértelas.

Había hablado Orv.

—Sabrías cuál es tu situación.

—Sabrías dónde estás.

—Pero esto…

—Otro hombre… Bueno. A veces sucede. Pero esto…

—Me siento tan sucio…

—Irv —dijo Orv.

—El pasado… Para mí, ya todo está profanado. Me siento tan…

—Puede que sea una crisis de la edad mediana. Un trastorno pasajero. Seguro que vuelve a ser el de antes.

—Yo ya nunca podré sentir lo mismo por él. Después de esto.

—Lo he visto en Jefferson Market. Parece que tiene doscientos años. Ha perdido toda la musculatura. Ha perdido el *tono*.

—¿Crees que habrá sido así… siempre?

—¿Cleve? Dios santo… Quién sabe.

—Todo volverá a su cauce.

—Tienes razón. Todo volverá a su cauce. ¿Dónde está mi Rolodex?

—Orv —dijo Irv.

—Imagínatelos *besándose*…

—Coge esto. Dice que no son las tetas ni el culo lo que «admira» en ella. Sino las muñecas. Y las clavículas.

—¡Eso sí que suena hetero…!

—Va a venir el sábado por la mañana a recoger sus libros. Perfecto. Se está mudando a esa… *guardería* de Bleecker.

—Ah, ya. *Cleve*… precisamente. De todos los tíos con los que salimos. Arn. Harv. Grove. Fraze…

—Pero *Cleve*…

—O sea: *Cleve*…

Éste era Orv.

—O sea: *Cleve*…

Éste era Irv.

Esquire, 1995

LO QUE ME PASÓ EN LAS VACACIONES

Para Elias Fawcett, 1978-1996

Una coza derrible me passo en mis bacaziones. Una coza derrible, y ademax permanente. Ia no volbera a ser lo missmo nunka.

Pero lo pimero de todo sera dezir: ¡qe no os entre el panico! Porqe no tengo ninguna lession cerevral, ni tampoco begetaziones. Y puedo escrivir muchho megor que esto qe esstais biendo. Pero no qiero. Por aora no qiero. Dejazme que lo esspliqe.

Soi medio ingles, medio norteamerikano. Mi mama es norteamerikana y mi papa es ingles. Boi al colejio en Londres y mi bronunciazion es inglesa (klara, inkluso un poco enngolada, lo mismo qe mi padre). Los norteamerikanos muchas bezes se sorprenden al oir ablar asi a un chiko de once años. Mi avuelo Jag, el norteamerikano, dize qe a el le pareze asomvroso. Como si ese azento esijiera una gran koncentrazion inkluso a los adultos, asi qe para qe ablar de los niños… Los norteamerikanos parezen sospeshar que los ingleses, kuando estan dentro de su cassa, se relajan y se ponen a ablar «norteamerikano». Qe en cuanto yegan enpiezan a gritar: «¡Zielito, ia estoi aqi!» Mi otro avuelo opina de forma conpletamente diferente: el ingles, dize, es la voz mas natural. Asi qe esta istoria tamvien es para eyos, ademas de para Eliaz. La kuento asi, en «norteamerikano» sarkastico, porqe no qiero qe sea klara, qe sea toda klara y prezisa. Siento una estraña resistenzia a azerlo. Siento una estraña resistenzia.

Mi ermano peqeño Jacob y io pasamos normalmente la primera parte del verano en Cap Cod, com mi madre, y la otra parte en East Hampton, com mi padre. Pero este año fuimos a donde papa un poko mas pronto qe de kostumbre. Cuando yego el dia nos lebantamos con la primera luz de la mañana i nos montamos en el coche con el tio Desmond. Era un biaje de cinco oras asta Nueva Yorq, pero no abia mucho trafiko y Desmond nos conto muchas cossas interesantes; sovre los sueños, sovre estados allterados de conzienzia… Nos parezio que

abiamos yegado en um periqete. Mi padre nos estava esperando en la kalle 96.

Comimos algo y luego nos fuimos a Lang Island en un microbus esstupendo. Era komo si fueras en abion, en lugar de en autobus. Zumos o agua mineral gratys, y cakauetes, y luzes indibiduales para leer, y un kuarto de vaño al fondo. Pronto nos instalamos en la casa alqilada de mi padre, en medio del vosqe. Nada de lujos. Podia aver sido perfektamente Oklajoma: una gran kamioneta en el kamino de entrada, un viejo coche delante del porche y los vezinos siempre peleandose y chiyando: «¡E, lebantate, Margaret!» a un lado, y «¿Por qe, Caren, por qe?» al otro. Pero el frigorifico estava a rebentar, como sienpre, y abia barios cuartos de vaño, ademas de tele por cavle. Asi que un poco de spagetis y un poco de Bivis an Butjed, y ala, a suvir las colinas llenas de arboles en direzion a Bedforsire… Mi padre tamvien estaba mui dissgustado con lo de Eliaz. Y Isabel tamvien estava alli, y tamvien estava dissgustada (y con la tripa mui avultada por el bebe qe llevava dentro).

Como digo, este año emos estado con mi padre un poko antes qe de costumvre, y emos viajado desde Cap Cod a Lang Island.

Casi todos los beranos, en Cap Cod, biene a bisitarnos Marlowe Vawzedd. Prakticamente ia un adulto, Marlowe solia tener un empleo de monitor en un canpamento jubenil, asi qe es un essperto en adibinar lo qe les apeteze acer a los chikos. Se komprende perfektamente que nos kaiga tan vien a Jacob y a mi. Vien, pero Marlowe este año tubo qe volber a casa pronto. Y mi madre tubo qe volber a casa pronto. Por lo qe abia pasado en Londres.

Abia ya amanezido cuando Marlowe se entero de lo de su ermano peqeño. De lo qe le abia pasado a Eliaz. Jacob y io suvimos con el por el camino de tierra asta donde teniamos aparkado el coche. Sovre Horzeleej Band abia una gran nuve gris: no de nievla, ni de vruma, sino de esa nevlina gris de las ziudades, de las calles. Flotava sovre el lago, se qedava en el aire, atrapada entre los arvoles, y nada se beia claro. Marlowe, como en un sueño, suvio al coche y zerro la puerta. Se fue al aereopuerto de Brafinzetown. Primero un abion peqeño asta Bosston. Luego uno mas grande, a Londres. Y mi madre le sigio poco despues. Asi qe, como digo, fuimos a estar con mi padre un poco antes de lo que abiamos planeado.

Jacob, mi ermano peqeño, esta totalmente ovsesionado por las tortugas —las de mar y de todo typo—, las ranas, los sapos, las langostas, los canjrejos y toda klase de biscosos rebtiles de las formas mas estrañas, anfivios y krustazeos… Se save sus nomvres latinos, y todas sus kostumvres y sus abitats. Es un eksperto en esas kriaturas. Y

io tamvien, aora, me gusste o no. Porqe Jacob se pasa todo el santo dia ablandome de sus vichos.

Asi qe, estando en East Hampdon, muchos dias ivamos a cojer cangrejos. La baia parezia repleta de canjrejos y de espadines (y peceziyos de todo tipo). Io llebaba una rez para los espadines, y en kuanto la metia y arrastrava cogia montones de ellos. Los cangrejos los metiamos en un bote grande, y al final de la jornada haziamos una carrera de cangrejos. Divujabamos un zirculo en la arena, y el primer cangrejo qe salia fuera de el era proklamado ganador. Ninguno de ellos moria: al final los volviamos a tirar al mar. En nuestra baia preferida, ademas (la llamavamos Donde los Muertos Desemvarcan), aparecia cada ora o asi una furgoneta qe bendia polos y elados.

A estas salidas a peskar cangrejos solia benir muchas vezes mi primito Pablo. Pablo solo tiene cuatro años y tienes qe tener mucho cuidado con el cuando se mete en el agua. Porqe solo save nadar con lo qe el yama sus «brazitos» inchables y su «flota». Pablo tiene una ermanita que se llama IJ, un retako de qinze meses qe es una moneria.

Un dia Jacob atrapo un cangrejo jigante y bino corriendo por la playa para meterlo en el bote (el rezipiente de plastico o de metal donde los guardavamos). Io estava sentado en una toaya, leyendo un livro: *Brando*, escrito por Elmore Leonard. Jacob volbio a irse corriendo acia la oriya. Y entonzes Pablo se azerco a mi y me dijo:

—Io tamien me e enkontado un cangejo.

—Si —le respondi io—. Pero ese cangrejo esta muerto, Pab.

—¿Lo meto en el pote con los otos? —dijo Pablo.

Y io le dije:

—¿Ese «fianvre»? ¿Para qe bamos a qerer qe metas eso en el bote?

Y el dijo:

—¿Po qe no? ¿Es demassiado gande?

—No es demasiado grande, so idiota. Esta *muerto*.

Y baya si estaba muerto: le faltavan la mitad de las tripas. Solo tenia una pinza, qe le colgava de una espezie de bulto desilachado. Ni siqiera olia: *así* de muerto estava.

—¿Puedo echalo en el pote?

—No, y no ai mas qe ablar. ¿Lo entiendes, Pablo? ¡No!

Entonzes Jacob nos grito desde la oriya. Un nuebo descuvrimiento.

Fuimos a echar un bistazo. Al otro lado del mueye, los vajios estavan llenos de pecezillos muertos; provablemente karnada de los peskadores. Pablo se metio en el agua para inspezionarlos. Y vino con un pecezillo muerto.

Asi qe nos dimos el ultimo vaño, Pablo con su tivuron inchable y sus inseparavles brazitos. Y cuando llego la ora de marcharnos, Pablo se nego a dejar su pecezito en la plaia. Dijo qe qeria llebarselo a casa,

para ponerlo en un cuvo en su cuarto. Iva a ser su maskota… ¡en lugar de un perro o un gato!

En el coche dije:

—Vien, Pab, ese pez va a ser un estupendo anvientador para tu cuarto.

Y el dijo:

—¿Por qe?

—¿Por qe? Porqe muy prontito empezara a apestar a pez muerto.

—No me impota.

—¿Por qe no te importa?

—Poqe le voi a dar krema.

—¿A, si? ¿Qe clase de krema, Pablo?

—… krema para pezes.

Nos partimos de risa con esto. Y dije:

—¿Y las ratas, Pablo? ¿Qe pasa si una rata apareze en tu cuarto a media noche?

—No me impota.

—¿Por qe no?

—No voi a oler a la rata…

—¿Por qe no?

—Por la krema de pezes…

Mas risas.

—¿Por qe no vuelves a Donde los Muertos Desemvarcan…, a traerte tamvien el cangrejo muerto? Asi tu pez tendra un amigo.

Pero mi padre dijo que Pablo ia tenia el cuarto sufizientemente lleno con el pez y con la rata.

Cuando llegamos a su casa, Pablo le presento la nueva maskota a su madre:

—Ezte ez mi pez. Ez de plata. Ez peqeño. Esta mueto. Biene del mar. Y va a bibir en un cuvo en mi kuato.

Asi: como si el estar muerto fuera una karacteristica mas de aqel bicho: otro de sus atrivutos. La madre de Pablo no parezía muy entusiasmada con la nueva maskota de su ijo. Pero cuando llamamos por telefono a la mañana siguiente, para ponernos al korriente sovre el asunto, Pablo dijo que su pez estava fantastico.

Cuando Pablo tenia solo tres años su madre, para Halloween, le izo un traje de leon. Pab se lo provo, solto un rujido a pleno pulmon y bramo:

—¡Soy un disfaz de leon!

Mi padre, a estas meteduras de pata tan graziosas de Pablo, las llama «errores de categoria». Una vez, este berano, Pablo y yo

estubimos diskutiendo de coches y de conduzir, y yo dije:

—¿Tu padre, entonzes, es un buen conduktor?

Pablo assintio con los ojos cerrados.

—¿Mi papa? —dijo luego, con boz segura y como konfidenzialmente—. Mi papa puede conduzir todo segido asta la ciuda.

Y assintio otra vez con la caveza, para darle mas fuerza a lo qe dezia, y como diziendo:

—Chupate esa.

Asi qe io le dije:

—¿De beras? Pues mi padre solo consige llegar asta Wainsgatt. Y cuando llega ay qe ayudarle a vajarse del coche.

Pablo parezio todo dispuesto a creerselo.

—¿Y qe tal esta tu pez, Pablo?

—Muy vien.

—¿Sige poniendose fuerte?

—Si —nos dijo Pablo—. Mi pez esta perfetamente.

Esta claro que Pablo no entiende todabia lo que es la muerte.

Pero ¿lo entiende algien?

La muerte me rondo mucho la caveza aqel berano. Por Eliaz. Eliaz havia muerto en Londres. Y por tanto la muerte estubo presente en mi konstantemente.

Mi padre conto que a prinzipios del berano Eliaz se havia presentado en su apartamento. Iva a recojer una chaqeta, pero la chaqeta estava en el coche de mi padre, qe estaba en no se qe taller de reparaziones (le estavan poniendo una vateria nueva y demas). Tipiko de Eliaz: ir de una punta a otra de la ziudad a vuscar una chaqeta. El kaso es qe se qedo por alli toda la tarde, jugando a la maqina del millon y, por supuesto, tocando la gitarra. Y mi padre dijo que konservava de el un recuerdo muy preziso: qe el recuerdo de Eliaz, o de Fabian, qe era su apodo, segia bivo de verdad en su memoria. Isabel tamvien se enkontro con el a prinzipios de berano, en el metro, en la Zentral Line, devajo de Londres y de sus calles. Tipiko de Eliaz: cargado con montones de volsas y vultos, con sus chaqetas y somvreros, amavle y alegre, y a toda prisa…, y sin emvargo dispuesto a passarse media ora charlando. Asi qe su recuerdo permanezia bivo en ellos. Y en mi tamvien. Pero creo qe se mantiene tan vivo en todos porqe Eliaz era tan, tan joben… Porqe tamvien el estava tan vivo… Mi padre me dijo que puede «sentir» el fantasma de Eliaz en su cuarto, al amanezer, quieto al pie de la cama. Yo lo veo por la noche. Una joben estrella del rock con el pelo alvorotado y rodeado de fotografos.

Tamvien recuerdo el dia en qe nos enteramos, en Cap Cod. Como Jacob y io suvimos el camino de tierra con Marlowe para coger el

coche. Y la nuve sovre el lago, con su gris de ziudad…, el gris de Totenham Cort Road, de Charin Cros Road, el gris de Goodge Street… El cielo estaba todo gris y no abia nada claro.

La ultima semana de vacaziones tubo lugar un inzidente. Un inzidente en el qe la muerte, otra bez, nos mostro su rostro fuggazmente.

El protagonissta fue Pablo. Y otro error de kategoria.

Estavamos en la piszina de Alex y Pam. Avia mucha actibidad, porqe tamvien tienen tranpolin. Te entusiasmas al massimo saltando, y luego te metes en la piszina y te relajas. Pablo estava nadando con sus brazitos inchables y su flota. Jacob y yo estavamos aciendo el tonto aqi y alla, jugando al futbol de toqe o a Marco Polo. Mi padre estaba hechado en una tumvona, fumandose un zigarrillo y charlando con Pam. Puede que tamvien estubiera tomandose un koktel, un bozca con tonika o un guiski con ielo. Y de repente Pablo apareze nadie save de donde y se tira de golpe a la piszina ¡sin sus brazitos ni su flota! ¡Se le abia olbidado ponerselos!

Al final no paso nada. Mi padre, qe aun estava en traje de vaño, se lebanto immediatamente, dejo el pitiyo, se tiro de caveza a la piszina y nado como un desesperado asta donde Pablo y lo agarro y lo mantubo a flote. Pero Pablo no tenia nada de angustia: no avia abido tiempo para qe le entrara el paniko. Mi padre asta le animo a qe bolviera nadando asta la parte de la piszina donde no cuvre. Y, con un poqito de ayuda, eso es lo qe izo Pablo. Y mi padre se fumo otro zigarrillo tranqilamente.

—¡Jo, qe diber! —dijo Pablo, saliendo del agua. Luego, sakando pecho, anunzio—: He nadado sin brazitos y sin flota. ¡He nadado sin mis brazitos y mi flota!

—De echo —dijo mi padre—. Has nadado, sin mas.

Qe cosas tenia Pablo. Porqe uno, en los Juegos Olimpikos, no partizipa en ninguna kompetizion yamada «los 200 metros livres sin brazitos ni flota». Uno no se ba a dar un baño nokturno sin flota. Y asi suzesivamente. Y a la piszina la llamamos piszina, no piszina para nadar sin brazitos ni flota.

Aqel dia parezia el dia idoneo para dezir adios al pecezillo de Pablo.

Cuando lo llebamos con su madre hizimos unas diskretas pesqisas para saber como iba el famoso pez, y ella puso los ojos en vlanco y dijo:

—¡O, ese pez! ¡Ojala dejara de oir ablar de ese pez de una vez por todas!

Al parezer el pez abia enpezado a pudrirse y a lanzar una peste

insoportavle. Pero Pablo se negava a dejar qe su madre lo tirara a la vasura. Afirmava solemnemente qe su pez estava perfektamente. Le pussieron todo tipo de cremas antiolor (y asta perfumes y desinfektantes), pero segia apestando. Su madre le dijo por enesima vez qe aqel pez abia passado ya a la istoria; qe, en realidad, era un ex pez. Pero Pablo sostenia qe aqel pez segia siendo su maskota. Cuando la peste se izo avsolutamente insoportavle, la madre de Pablo se lo eskamoteo y se desizo de el y le dijo a Pablo qe seguramente se lo avia llebado un armiño o un mapache.

Pablo, sorprendentemente, no protesto ni armo ningun eskandalo. La escusa parezio satisfazer su idea del orden natural de las cosas. Y puede qe algien le dijera qe no se pussiera triste. Qe no se preokupara. Qe su pez estava feliz, con su Dios pez, en el zielo de los pezes. Y qe su pez nazeria otra vez, y seria un tivuron, un delfin, un pulpo… O un gran monstruo de las profundidades. Qe, de una forma o de otra, su pez estava estupendamente.

Agosto se conbirtio en septienvre: tiempo de bolver a casa. Lang Island abia sido la mar de dibertido, pero me alegro mucho hazer las maletas. Demasiados campos, demasiados arvoles, demasiada arena, demasiado mar. Estava listo para bolver a la ziudad (a pesar de lo qe las ziudades son y lo qe las ziudades hazen).

No mas casas alqiladas.

No mas: «¡Lebantate, Margaret!»

No mas: «¿Por qe, Caren, por qe?»

Fue camino del aereopuerto cuando salio a reluzir el tema de Eliaz. El tema de la muerte. Mi padre dijo:

—¿Aora sentis de forma diferente en ese aspekto? ¿En relazion con la muerte?

Io dije:

—Io aora entiendo qe la gente muere.

Y Jacob salto ensegida:

—Io lo entiendo desde ace años…

—No, señor. ¡No seas idiota! —dije io—. Yo antes lo entendia, claro que lo entendia… Pero no lo e *comprendido* con todo su signifikado asta aora.

Y Jacob dijo qe si con la caveza. Y el tamvien lo entendio.

Antes, yo savia qe los cangrejos mueren y qe los pezes mueren. Savia qe los viejos, con sus achakes y sus dolores, qiza tenian razones para sentirse agradezidos por la essistencia de un final. Y, por supuesto, en todo el mundo, y en grandissimo numero, la gente se mata con los coches y se muere de amvre y sangra y se avrasa y es asessinada a palos y aplastada y apuñalada y maltratada, y ba cayendo

y desapareziendo por millones y millones en todo el planeta. Pero la muerte nunca avia estado tan *cerca* en un sitio donde no tenia por qe estar. Pablo, Jacob, Eliaz… Todos somos muy jobenes, ¿no es zierto?

Pero entonces te bes esperando en el camino de tierra, con Marlowe, junto al coche. Con Marlowe, en una espezie de nube, en un sueño, en una pessadilla. El gris se lebanta del lago. Y nada esta claro. Y entonzes, de repente, es como si el gris se iluminara, y sientes como un latido muy ondo en mitad del craneo.

Eliaz ¡se fue a nadar sin sus brazitos! ¡Ay! Eliaz se sumerjio muy ondo sin su flota… Pero uno *debe hazerlo*. Sovrebiva o no. ¡Un dia tienes qe acerlo! Cuando bas a la playa, ¿cuantos adultos bes nadando con flota? ¿Cuantos adultos bes alla lejos, en medio de las holas, con brazitos?

Y si se van al fondo de veras, no buelven a salir a flote. No ai nada con el poder suficiente para azer qe buelvan a la superfizie. Ninguna mano amiga, ningun sisstema fotografico, ninguna medizina, ningun milagro. Se qedan donde estan para sienpre, solos en el frio fondo o la fria tierra.

Aora lo siento en mi corazon. Recuerdo los ojos de Marlowe, y enpiezan a agolparsse lagrimas en los mios. Porqe un vuen dia puedes lebantar la bista de la almoada y no ber a tu ermano en la cama jemela. Y recorres la casa, vuscandole, y tu ermano ia no esta en ninnguna parte.

Las vacaziones an llegado y se an ido. Las vacaziones se an acavado.

Las vacaciones han llegado y se han ido. Las vacaciones se han acabado.

Adiós a todo lo vivido en ellas.

Esto fue lo que me pasó en las vacaciones.

New Yorker, 1997

NOTAS

1 Linzi emplea siempre el nominativo del pronombre personal *he* («él») en lugar del acusativo y el dativo *him* («lo», «le») y del adjetivo posesivo *his* («su», «de él»). (*N. del T.*)

2 *She*: «ella»; *her*: «la», «le»; *her*: «su» («de ella»). Véase nota anterior. (*N. del T.*)

3 *Rhyming slang* («argot rimado»): argot en el que se sustituye una palabra determinada por otra palabra o locución que rime con ella. (*N. del T.*)

4 *Lucozade* (un refresco) rima con *spade* (en argot, «negro, negra»). (*N. del T.*)

5 *Boat* («barca») en argot rimado es *face* («cara»), después de abreviar *boat race* («regata»), que rima con *face*. (*N. del T.*)

6 «Paquistaní» (despectivo). (*N. del T.*)

7 *Houri* («hurí») y *hourray* («hurra») son muy similares fonéticamente. (*N. del T.*)

8 En español en el original. (*N. del T.*)

9 *Bought*: participio pasado de *buy* («comprar»). (*N. del T.*)

10 Pink Lady y Black Velvet, nombres de cócteles. (*N. del T.*)

11 Horas en las cuales las consumiciones son más baratas. (*N. del T.*)

12 *Waiter* (literalmente «esperador»): «camarero». (*N. del T.*)

13 Rodney se queda anonadado ante la pronunciación y el acento de la mujer, absolutamente *cockney* (de los barrios tradicionalmente obreros de Londres). (*N. del T.*)

14 Nitrito de amilo, en ampollas, utilizado como afrodisíaco. (*N. del T.*)

15 Hacer pública la homosexualidad propia. (En este caso, como es lógico, es la heterosexualidad propia lo que se hace público.) (*N. del T.*)

16 *Breeders*: reproductores. (*N. del T.*)

17 *Straight* («recto», «franco», «convencional», etc.) significa

también, en *slang*, «heterosexual». De ahí lo que viene a continuación y su imposibilidad de traducirlo al español. (*N. del T.*)

18 Juegos de palabras entre «Marqués de *Suede* («ante»)» y «Marqués de Sade», y entre el célebre «*See you later, alligator*» y «*See you latex, alligator*». (*N. del T.*)

19 Informe Semanal sobre Morbilidad y Mortalidad. (*N. del T.*)